

JENNIFER L. ARMENTROUT

MESTIJA
COVENANT

Kiwi

EDICIONES KIWI, 2011
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Título original: *Half Blood*
Publicado originalmente en Estados Unidos por Spencer Hill Press.

Primera edición: Octubre 2011

© 2011 Jennifer L. Armentrout
© de la traducción: Verónica Blázquez, 2011
© de la fotografía de cubierta: Istockphoto
© 2011 Ediciones Kiwi S.L.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Capítulo 1



MIS OJOS SE ABRIERON COMO PLATOS, MI EXTRAÑO SEXTO SENTIDO LLEVÓ AL LÍMITE MI INSTINTO DE LUCHA, O HUIDA. Con la humedad de Georgia y el polvo que cubría el suelo se me hacía difícil respirar. Desde que huí de Miami, ningún lugar era ya seguro. Esta fábrica abandonada había demostrado que tampoco lo era.

Los daimons estaban aquí.

Podía oírlos en el piso de abajo, buscando sistemáticamente en cada sala, abriendo puertas a golpes, cerrándolas con fuerza. El sonido me hacía volver días atrás, cuando abrí la puerta de la habitación de mamá. Estaba en los brazos de uno de esos monstruos, al lado de un jarrón de flores de hibisco roto. Había pétalos morados repartidos por todo el suelo, mezclándose con la sangre. El recuerdo me trajo un dolor áspero en mi interior, pero ahora no podía pensar en ella.

Me levanté de un salto, y —parada en el estrecho pasillo—, traté de oír cuántos daimons había. ¿Tres? ¿Más? Mis dedos temblaban mientras sujetaba el mango de la pequeña pala de jardín. La sostuve en alto, pasando los dedos por sus bordes afilados, chapados en titanio. El acto me recordó lo que había que hacer. Los daimons no soportaban el titanio. A parte de la decapitación —que era *muuy* asquerosa— el titanio era lo único que los mataba. Llamado así en honor a los Titanes. El metal precioso era venenoso para los adictos al éter.

En algún lugar del edificio, una tabla del suelo crujió y cedió. Un grave grito rompió el silencio, empezó como un suave gemido antes de llegar a un intenso nivel agudo. Sonó inhumano, horrible y terrorífico. Nada en este mundo sonaba como un daimon —un daimon hambriento.

Y estaba cerca.

Me apresuré por el pasillo, mis deportivas andrajosas golpeaban los tablones ajados. Tenía la velocidad en la sangre, y mechones de pelo largo y sucio ondeaban detrás de mí. Giré la esquina, sabiendo que sólo tenía segundos—

Una ráfaga de aire rancio me envolvió al agarrarme el daimon de la camiseta, estampándome contra la pared. Polvo y yeso flotaron por el aire. Unos destellos negros me cegaron la vista al ponerme de pie. Aquellos desalmados agujeros negros donde debía de haber ojos parecía que me miraban como si fuese su siguiente cupón de comida.

El daimon me agarró del hombro y dejé que el instinto actuase. Me di la vuelta,

viendo cómo la sorpresa se reflejaba en su pálido rostro una décima de segundo antes de darle la patada. Mi pie dio en el lateral de su cabeza. El impacto lo mandó tambaleándose hasta la pared opuesta. Me giré, estampando mi mano contra él. La sorpresa se convirtió en terror cuando el daimon miró abajo y vio la pala clavada profundamente en su estómago. No importaba dónde apuntásemos. El titanio siempre mataba a un daimon.

El sonido gutural escapó de su boca antes de explotar en un polvo brillante azul.

Con la pala aún en la mano, me di la vuelta y bajé las escaleras de dos en dos. Ignoré el dolor en mis caderas y salí corriendo.

Iba a conseguirlo —tenía que conseguirlo. Estaría muy cabreada en la otra vida, si moría en este tugurio siendo virgen.

—Pequeña mestiza, ¿dónde vas tan rápido?

Me tropecé, cayendo hacia un lado sobre una gran prensa de acero. El corazón me golpeaba contra las costillas, era muy doloroso. El daimon apareció unos pocos metros detrás de mí. Como el de arriba, éste parecía un monstruo. La boca completamente abierta, enseñando sus afilados dientes aserrados y esos agujeros completamente negros me daban escalofríos por toda la piel. No reflejaban luz ni vida, sólo significaban muerte. Tenía las mejillas hundidas y la piel extremadamente pálida. Las venas sobresalían, marcándole toda la cara como serpientes oscuras. Realmente parecía algo salido de mi peor pesadilla —algo demoníaco. Sólo un mestizo podía, por momentos, ver a través de su encanto. Entonces la magia elemental aparecía, revelando cómo llegó a ser alguna vez. Me vino a la mente Adonis —un impresionante hombre rubio.

—¿Qué haces tan sola? —preguntó, con una voz grave y atrayente. Di un paso atrás, mientras buscaba con los ojos una salida de la sala. El supuesto Adonis me bloqueaba el paso, y sabía que no podía quedarme quieta mucho más tiempo. Los daimons aún tenían control sobre los elementos. Si me daba con aire o fuego, estaba perdida.

Rió, pero sin humor ni vida.

—Quizá si suplicas, quiero decir, suplicando de verdad; dejaré que tu muerte sea rápida. La verdad es que los mestizos no me van. Pero los pura sangre sin embargo, —dejó escapar un sonido de placer—, son como una cena de lujo. ¿Los mestizos? Sois más como comida rápida.

—Acércate un paso más, y acabarás como tu compañero de arriba.

Esperé que sonara suficientemente amenazador. No fue así precisamente.

—Inténtalo.

Levantó las cejas.

—Ahora estás empezando a cabrear me. Ya son dos de los nuestros a los que has matado.

—¿Llevas la cuenta o qué?

Mi corazón se paró cuando el suelo tras de mí crujió. Me di la vuelta, viendo a una daimon.

Se acercó un poco, forzándome a acercarme al otro daimon.

Me estaban acorralando, quitándome toda oportunidad de escapar. Otro gritó en algún lugar. El pánico y el miedo me golpearon. El estómago me dio un vuelco y los dedos me temblaron sobre la pala de jardín. Dioses, quería vomitar.

El cabecilla avanzó hacia mí.

—¿Sabes lo que voy a hacerte?

Tragué saliva y puse una sonrisa burlona.

—Bla. Bla. Vas a matarme. Bla bla. Ya lo sé.

El grito hambriento de la daimon cortó su respuesta. Obviamente tenía mucha hambre. Comenzó a dar vueltas a mí alrededor, como un buitre, lista para rajarme. Mis ojos se clavaron en ella. Los hambrientos eran siempre los más estúpidos —los más débiles del grupo. La leyenda decía que probar por primera vez el éter —la fuerza vital que corre por nuestra sangre— era lo que poseía a un pura sangre. Simplemente el probar un poco te convertía en un daimon y acababa en una adicción de por vida. Había bastantes probabilidades de poder pasarla. Pero al otro... ese era otra historia.

Hice un amago de ir hacia la daimon. Vino directa hacia mí como una drogata buscando su dosis. El daimon le gritó que parase, pero era demasiado tarde. Salí corriendo en dirección contraria, como una corredora olímpica, hacia la puerta que había abierto esa noche. Una vez fuera, las apuestas estarían de nuevo a mi favor. Un pequeño atisbo de esperanza brilló y me empujó a lanzarme fuera.

Ocurrió lo peor que podía pasar. Un muro de llamas se alzó frente a mí, ardiendo entre los bancos y levantándose cerca de los dos metros. Era real. No era una ilusión. El calor me golpeó hacia atrás y el fuego crepitó, atravesando los muros.

Frente a mí, *él* atravesó las llamas caminando, con la apariencia que tenían los cazadores de daimons. El fuego no le chamuscó los pantalones ni le ensució la camiseta. No le tocó ni un sólo pelo oscuro. Aquellos ojos fríos del color de una tormenta se clavaron en mí.

Era él —Aiden St. Delphi.

Jamás olvidaría su nombre o su cara. La primera vez que le vi en el campo de entrenamiento, me enamoré de él como una estúpida. Yo tenía catorce y él diecisiete años. El hecho de que él fuese un pura sangre no importaba cuando le veía por el campus.

La presencia de Aiden sólo podía significar una cosa: los centinelas habían llegado.

Nuestros ojos se encontraron, y entonces él miró por encima de mi hombro.

—Agáchate.

No hizo falta que me lo dijera dos veces. Como una profesional, me tiré al suelo. Un rayo de calor salió por encima mío, dando en el blanco. El suelo tembló por el golpe violento que dio al daimon, y sus gritos de dolor llenaron el aire. Sólo el titanio podía matar a un daimon, pero estaba segura de que ser quemado vivo no sentaba muy bien.

Levantándome sobre los codos, vi a través de mi pelo sucio cómo Aiden bajaba la mano. Un estallido siguió al movimiento, y las llamas se extinguieron tan rápido como habían aparecido. En segundos, sólo quedó el olor a madera quemada, carne y humo.

Dos centinelas más entraron corriendo en la sala. Reconocía a uno de ellos. Kain Poros: un mestizo de un año o así más que yo. Entrenamos juntos hacía mucho tiempo. Kain se movía con una gracia que antes no tenía. Fue a por la daimon, y con un movimiento rápido clavó una daga larga y delgada en su carne quemada. Ella también se convirtió en poco más que polvo.

El otro centinela tenía el aspecto de un pura sangre, pero nunca antes le había visto. Era grande —grande tipo esteroides— y se centró en el daimon que yo sabía que estaba en algún lugar de esta fábrica pero que aún no había visto. Viendo cómo movía un cuerpo tan grande de forma grácil me hizo sentir muy incompetente, especialmente considerando que aún estaba espatarrada en el suelo. Me levanté, sintiendo desvanecerse el subidón de adrenalina del miedo.

Sin aviso previo, mi cabeza explotó de dolor al golpear mi cara el suelo *con fuerza*. Aturdida y confusa, me llevó un momento darme cuenta de que el aspirante a Adonis me había cogido las piernas. Me retorcí, pero el muy asqueroso hundió sus manos en mi pelo

y me tiró de la cabeza hacia atrás. Clavé los dedos en su piel, pero no hizo bajar la presión que sentía en mi cuello. Por un momento pensé que quería arrancarme la cabeza de cuajo, pero clavó sus dientes afilados como cuchillas en mi hombro, pasando a través de la tela y carne. Grité —y tanto que grité.

Estaba ardiendo —tenía que estarlo. El drenaje de mi sangre me quemaba a través de la piel; pinchazos agudos se extendían a través de cada célula de mi cuerpo. Incluso a pesar de ser sólo una mestiza, sin estar llena hasta arriba de éter como un pura sangre, el daimon continuó bebiendo mi esencia como si lo fuese. No era mi sangre lo que estaba buscando; bebería litros sólo para llegar hasta el éter. Hasta mi alma cambió cuando lo absorbía hacia él. El dolor se apoderó de mí.

De repente, el daimon soltó la boca.

—¿Qué eres? —Su voz susurraba arrastrando las palabras.

No hubo tiempo ni de pensar la pregunta. Le quitaron de encima mío y mi cuerpo se desplomó hacia delante. Me encogí, en una bola sucia y sangrienta, sonando más como un animal herido que cualquier cosa remotamente humana. Era la primera vez que me marcaban —que era drenada por un daimon.

Por encima de los pequeños ruidos que yo hacía, oí un escalofriante crujido, y luego salvajes chillidos, pero el dolor pudo con mis sentidos. Empezó en los dedos, deslizándose hacia mi interior, donde aún ardía todo. Traté de respirar, pero *mierda...*

Unas manos amables me pusieron de espaldas, apartándome los dedos del hombro. Miré a Aiden.

—¿Estás bien? ¿Alexandria? Por favor, di algo.

—Álex —dije casi sin respiración—, todo el mundo me llama Álex.

Se rió aliviado.

—Está bien. Vale. Álex, ¿puedes ponerte de pie?

Creo que asentí. Cada pocos segundos una punzada rápida de calor me sacudía todo el cuerpo, pero el dolor había disminuido hasta ser una pequeña molestia.

—Eso... ha sido una auténtica basura.

Aiden logró pasar un brazo alrededor mío, poniéndome de pie. Me tambaleé un poco mientras él me apartaba el pelo y revisaba los daños.

—Dale unos minutos. El dolor desaparecerá.

Levanté la cabeza y miré alrededor. Kain y el otro Centinela estaban mirando dos montones casi idénticos de polvo azul. El pura sangre nos miró.

—Esto deberían ser todos.

Aiden asintió.

—Álex, tenemos que irnos. Ahora. De vuelta al Covenant.

¿*Al Covenant?* Sin tener todavía control total sobre mis emociones, me volví hacia Aiden. Iba completamente de negro —el uniforme de los Centinelas. Por un segundo, aquel enamoramiento de niña volvió a aflorar después de tres años: Aiden estaba sublime, pero la furia echó abajo ese sentimiento absurdo.

¿El Covenant estaba metido en esto —en venir a mi rescate? ¿Dónde narices estaban cuando uno de los daimons se coló en nuestra casa?

Dio un paso adelante, pero no le vi a él —vi de nuevo el cuerpo sin vida de mi madre. Lo último que vio en este mundo fue el horrible rostro de un daimon, y lo último que sintió... me estremecí al recordar el desgarrador dolor de la marca del daimon.

Aiden dio otro paso hacia mí. Reaccioné con una respuesta nacida del dolor y la rabia. Me lancé hacia él con movimientos que no había practicado en años. Una cosa eran simples patadas y puñetazos, pero un ataque ofensivo era algo que apenas había aprendido.

Agarró mi mano, me dio la vuelta y me dejó mirando hacia el otro lado. En segundos tenía mis brazos sujetos, pero todo el dolor y la tristeza afloraron en mí, anulándome el sentido común. Me doblé, tratando de conseguir el espacio suficiente entre los dos para dar una violenta patada hacia atrás.

—No lo hagas —advirtió Aiden con voz falsamente suave—. No quiero hacerte daño.

Respiré con furia. Podía sentir la sangre caliente gotear por mi cuello, mezclada con sudor. Seguí peleando aunque la cabeza me daba vueltas, y el hecho de que Aiden me sujetase tan fácilmente sólo hacía que mi mundo se volviese rojo de rabia.

—¡Wow! —Kain gritó desde algún lado—. Álex, ¿nos conoces! ¿No me recuerdas? No vamos a hacerte daño.

—¡Cállate! —me liberé de Aiden, esquivando a Kain y a Míster Esteroides. Ninguno de ellos esperaba que fuera a escaparme, pero es lo que hice.

Llegué hasta la puerta de la fábrica, esquivé las tablas rotas y salí fuera. Mis pies me llevaron hacia el campo al otro lado de la calle. Estaba hecha un lío. ¿Por qué estaba corriendo? ¿Acaso no llevaba intentando volver al Covenant desde el ataque daimon en Miami?

Mi cuerpo no quería hacerlo, pero seguí corriendo a través de las altas hierbas y arbustos espinosos. Por detrás de mí sonaban unas pisadas fuertes, acercándose cada vez más. Comencé a ver un poco borroso, el corazón me resonaba en el pecho, estaba tan confusa, tan—

Un cuerpo duro chocó contra mí, dejándome sin aire en los pulmones. Caí en un lío de brazos y piernas. De alguna manera, Aiden se anticipó y se llevó todo el peso de la caída. Aterricé encima de él, y estuve ahí un momento hasta que me tumbó, sujetándome sobre la áspera hierba del suelo.

El miedo y la rabia estallaron en mi interior.

—¿Ahora? ¿Dónde estabais hace una semana? ¿Dónde estaba el Covenant cuando estabais asesinando a mi madre? ¿Dónde estabais?

Aiden se echó hacia atrás, con los ojos bien abiertos.

—Lo siento. Nosotros no—

Su disculpa sólo me enfadó aún más. Quería hacerle daño. Quería hacer que me dejara ir. Quería... Quería... No sabía qué narices quería, pero no podía evitar gritarle, clavarle las uñas y darle patadas. Sólo cuando Aiden apretó su cuerpo largo y esbelto contra el mío, pude parar. Su peso, la proximidad, me dejaron inmóvil.

No había ni un centímetro entre nosotros. Podía sentir las duras ondulaciones de sus abdominales contra mi estómago, podía sentir sus labios a tan sólo unos centímetros de los míos. De repente, me vino una idea loca. Me pregunté si sus labios sabían tan bien como parecían... porque a la vista eran increíbles.

No era una buena idea. Tenía que estar loca —era la única excusa plausible para lo que estaba pensando y haciendo. La forma en que le miraba los labios o el hecho de querer desesperadamente ser besada —estaba mal por un montón de razones. A parte del hecho de que acababa de intentar arrancarle la cabeza, estaba hecha un desastre. La suciedad me cubría la cara hasta dejarme irreconocible; no me había duchado en una semana y estaba segura de que apestaba. Así de asquerosa estaba.

Pero por el modo en que bajó la cabeza, realmente pensé que iba a besarme. Todo mi cuerpo se tensó con ilusión, como esperando a ser besada por primera vez, aunque desde luego ésta no era la primera vez que me besaban. Había besado a muchos chicos antes, pero no a él.

No a un *pura sangre*.

Aiden se movió, apretando más fuerte. Respiré hondo y mi mente ya volaba a mil kilómetros por segundo, pero sin arrojar nada de utilidad. Movié su mano derecha hacia mi frente. Se dispararon las alarmas.

Murmuró una compulsión, rápida y en voz baja, demasiado rápido como para que pudiese adivinar lo que decía.

Hijo de—

Repentinamente, la oscuridad me invadió, sin propósito ni sentido. No se podía luchar contra algo tan poderoso, y sin poder decir mucho más que una palabra en protesta, me hundí en sus oscuras profundidades.

Capítulo 2



DONDE TENÍA LA CABEZA APOYADA PARECÍA DURO, PERO EXTRAÑAMENTE CÓMODO. Me acurruqué un poco más, sintiéndome cálida y protegida — algo que no sentía desde que mamá sacó mi culo del Covenant hacía tres años. Saltando de sitio en sitio casi nunca conseguía esta comodidad. Algo estaba pasando.

Mis ojos se abrieron rápidamente.

Hijo de perra.

Me separé tan rápidamente del hombro de Aiden que me golpeé la cabeza contra la ventana.

—¡Mierda!

Se volvió hacia mí, con sus oscuras cejas levantadas.

—¿Estás bien?

Ignoré la preocupación de su voz y me quedé mirándolo. No tenía ni idea de cuánto había estado fuera de mí. A juzgar por el azul del cielo que se veía a través del cristal tintado, supuse que fueron horas. Se suponía que los puros no debían usar la compulsión en los mestizos que no eran sirvientes; estaba considerado poco ético, ya que las obligaciones dejaban a la gente sin voluntad, elección ni nada.

Malditos Hematoi. Tampoco es que se hayan preocupado nunca por la ética.

Antes de que los semidioses originales muriesen con Hércules y Perseo, todos se juntaron entre sí como sólo los griegos sabían hacer. Estas uniones crearon a los pura-sangre —los Hematoi—, una raza muy, muy poderosa. Podían ejercer control sobre los cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego, y manipular todo ese poder en conjuros y compulsión. Los puros nunca usaban sus dones contra otro puro. Hacerlo significaba prisión —o incluso muerte en algunos casos.

Como yo era una mestiza, producto de un pura-sangre y un humano normal — como un chucho, por así decirlo— no podía controlar los elementos. Mi especie estaba dotada de la misma fuerza y velocidad que los puros, pero teníamos una habilidad especial extra que nos permitía ver a través de la magia elemental que usaban los daemons. Los puros no podían hacerlo.

Había muchos mestizos por ahí, seguramente más que pura-sangres. Dado que los puros se casaban para mejorar su estatus en nuestra sociedad en lugar de casarse por amor, solían tontear por ahí —*mucho*. Dado que no les afectaban las enfermedades

que plagaban a los mortales, supongo que asumieron que no pasaba nada por olvidarse de usar protección. Al final resultó que su descendencia mestiza era de valiosa utilidad en la sociedad de los pura-sangre.

—Álex —Aiden bajó las cejas al mirarme—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —arrugué la frente mientras asimilaba mi entorno.

Estábamos en algo grande —seguramente uno de los inmensos Hummers del Covenant, uno que podría pasar por encima de un pueblo entero. A los puros no les importaban cosas como el dinero o el gasto en gasolina. «Cuanto más grande, mejor» era su lema no oficial.

El otro puro —el enorme— estaba al volante y Kain estaba en el asiento del copiloto, mirando en silencio por la ventana.

—¿Dónde estamos?

—Estamos en la costa, justo al final de Bald Head Island. Estamos casi en Deity Island —respondió Aiden.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Qué?

—Volvemos al Covenant, Álex.

El Covenant —el lugar en el que me entrené y llamaba hogar hasta hacía tres años. Suspiré y me froté por detrás de la cabeza—. ¿Os mandó el Covenant? ¿O fue... mi padrastro?

—El Covenant.

Respiré aliviada. Mi padrastro pura-sangre no estaría contento de verme.

—¿Ahora trabajas para el Covenant?

—No. Sólo soy un Centinela. Esto es algo temporal. Tu tío nos mandó a buscarte —Aiden hizo una pausa, y miró por la ventana—. Han cambiado muchas cosas desde que te fuiste.

Quise preguntar qué era lo que un Centinela tenía que hacer en la bien protegida Deity Island, pero supuse que no era de mi incumbencia.

—¿Qué ha cambiado?

—Bueno, tu tío es ahora el Decano del Covenant.

—¿Marcus? Espera. ¿Qué? ¿Qué le ha pasado al Decano Nasso?

—Murió hace unos dos años.

—Oh —no era ninguna sorpresa. Era más viejo que la peste. No dije nada más mientras meditaba sobre el hecho de que mi tío fuese ahora el *Decano* Andros. «Ufff». Hice una mueca. Casi no le conocía, pero lo último que recordaba es que estaba escalando en la política de los purasangre. No debía sorprenderme que lograra una posición tan codiciada.

—Álex, perdona por la compulsión de antes —Aiden rompió el silencio que se había extendido entre nosotros—. No quería que te hicieses daño.

No respondí.

—Y... siento lo de tu madre. Os buscamos por todas partes, pero nunca estabais lo suficiente en un sitio. Llegamos demasiado tarde.

El corazón se me encogió en el pecho.

—Sí, llegasteis demasiado tarde.

Unos cuantos minutos de silencio llenaron el Hummer.

—¿Por qué se fue tu madre hace tres años?

Miré a través de mi pelo. Aiden me miraba esperando una respuesta a su pregunta tendenciosa.

—No lo sé.

Desde los siete años, había sido una mestiza en formación —una de los llamados mestizos «privilegiados». Sólo teníamos dos opciones en la vida —o ir a clase en el Covenant o trabajar. Los mestizos que tenían a un pura-sangre que respondiese por ellos y pudiesen costearse la educación entraban en el Covenant para entrenarse como Centinelas o Guardias. Los otros mestizos no tenían tanta suerte.

Eran convocados por los señores Maestros, un grupo de puros que destacaban en el arte de la obligación. Habían creado un elixir a partir de una mezcla especial de amapolas y té. El brebaje funcionaba de forma diferente en la sangre de un mestizo. En lugar de dejarles letárgicos y adormecidos, la amapola refinada los hacía sumisos y vacíos —dándoles un colocón que no se les pasaba. Los Maestros comenzaban a darles el elixir a los mestizos que contrataban con siete años —la edad de la razón— y continuaban con dosis diarias. Sin educación. Sin libertad.

Eran los responsables últimos en tratar con el elixir y monitorizar el comportamiento de los mestizos que servían. También eran los que les marcaban en la frente. Un círculo con una línea a través —el doloroso signo visible de la esclavitud.

Todos los mestizos temían ese futuro. Incluso si acabábamos aprendiendo en el Covenant, sólo hacía falta un paso en falso para que te diesen la bebida que te hacía suyo. Lo que hizo mi madre al sacarme del Covenant sin más explicación era todo un punto en mi contra.

También estaba segura de que haber cogido la mitad del dinero de su marido — mi padrastro— tampoco iba a ayudarme mucho.

Y luego estaban todas esas veces en que debería haber contactado con el Covenant y haber entregado a mi madre, hacer lo que se esperaba de mí. Una llamada — una estúpida llamada— le habría salvado la vida.

El Covenant también tendría eso en mi contra.

El recuerdo de despertarme y encontrarme con mi peor pesadilla resurgió. El día antes me pidió que limpiase el jardín de la terraza que yo misma pedí tener, pero me quedé dormida. Cuando me levanté y cogí la bolsa de herramientas de jardín, ya era por la tarde.

Supuse que mamá estaba ya trabajando en el jardín, así que salí al balcón, pero el jardín estaba vacío. Me quedé ahí un rato, mirando hacia el callejón al otro lado de la calle, jugueteando con una pequeña pala de jardinería. Entonces, de entre las sombras, salió un hombre —un daimon.

Se quedó ahí a plena luz del día, mirando hacia mí. Estaba tan cerca que podría haberle tirado la pala y acertar. Con el corazón en la garganta, me aparté de la barandilla. Me apresuré dentro de casa, gritando a mi madre. No hubo respuesta. Las habitaciones se volvieron borrosas mientras corría por el estrecho pasillo hacia su dormitorio y abrió la puerta. Lo que vi me perseguiría siempre —sangre, mucha sangre, y los ojos de mamá, abiertos y vacíos, mirando a la nada.

—Ya estamos —Kain se inclinó impaciente.

Mis pensamientos se desvanecieron cuando mi estómago, extrañamente, dio un vuelco. Me giré y miré por la ventana. Deity Island consistía en realidad en dos islas. Los puros vivían en sus fantásticas casas en la primera isla. Para el mundo exterior

parecía una comunidad isleña normal. Pequeñas tiendas y restaurantes se alineaban en las calles. Había incluso tiendas regentadas por mortales y destinadas a ellos. Las prístinas playas eran para morir.

A los daimons no les gustaba viajar por el agua. Cuando un puro se pasaba al lado oscuro, su magia elemental cambiaba y sólo podía usarla si estaba tocando suelo. No tener contacto los debilitaba. Eso hacía de la isla un escondite perfecto para los nuestros.

Era demasiado pronto para que hubiese nadie por las calles, y en cuestión de minutos cruzamos el segundo puente. En esta parte de Deity Island, situada entre zonas pantanosas, playas y bosques prácticamente intactos, se encontraba el Covenant.

Elevándose entre el interminable mar y hectáreas de playas blancas, la extensa estructura de arenisca por la que pasamos era la escuela donde los puros y mestizos iban a clase. Con sus gruesas columnas de mármol y estatuas de los dioses estratégicamente colocadas, era un lugar intimidante, como de otro mundo. Los mortales pensaban que el Covenant era una escuela privada de élite donde ninguno de sus hijos tendría nunca el privilegio de entrar. Tenían razón. La gente tenía que tener algo súper especial en la sangre para llegar hasta aquí.

Tras el edificio principal estaban las residencias que contaban también con más columnas y estatuas. Edificios más pequeños y bungalows salpicaban el terreno, y los enormes gimnasios e instalaciones de entrenamiento estaban al lado del patio. Siempre me recordaba a los antiguos coliseos, excepto que los nuestros estaban bajo techo; los huracanes podían llegar a ser muy bestias aquí.

Todo era bonito —un lugar que amaba y odiaba al mismo tiempo. Ahora que lo veía, me daba cuenta de cuánto lo echaba de menos... y a mamá. Ella se quedaba en la isla principal mientras yo iba a clase, pero era una habitual en el campus, apareciendo para llevarme a comer después de las clases, convenciendo al antiguo Decano para que me dejase quedarme con ella los fines de semana. Dioses, sólo quería otra oportunidad, otro segundo para decirle—

Me contuve.

Control —tenía que estar bajo control ahora mismo, y hundirme en mi pena perpetua no iba a ayudarme. Armándome de valor, salí del Hummer y seguí a Aiden hacia la residencia de las chicas. Éramos los únicos moviéndonos por los silenciosos pasillos. Siendo principios de verano, por allí solo habría unos pocos estudiantes.

—Aséate. Volveré a por ti en un rato —comenzó a darse la vuelta, pero paró—. Encontraré algo que ponerte y lo dejaré en la mesa.

Asentí, falta de palabras. Incluso a pesar de estar intentando calmar mis emociones, algunas se colaban. Hace tres años mi futuro estaba perfectamente planeado. Todos los Instructores del Covenant habían alabado mis habilidades en las sesiones de entrenamiento. Incluso llegaron a decir que podría convertirme en Centinela. Los Centinelas eran los mejores —y yo *era* una de las mejores.

Tres años sin entrenamientos me habrían puesto por detrás de cualquier mestizo. Una vida entera de servidumbre era lo que posiblemente me esperaba —un futuro que no podía soportar. Ser súbdita de los deseos de los puros, sin tener voz ni voto sobre nada —la posibilidad me mataba de miedo.

Una posibilidad que empeoraba por mi necesidad apremiante de cazar daimons. Luchar contra ellos estaba arraigado en mi sangre, pero después de ver lo que

le había ocurrido a mamá, las ganas se dispararon. Sólo el Covenant podía darme los medios para conseguir mis metas, y mi ausente tío pura-sangre tenía ahora mi futuro en sus manos.

Mis pasos pesaban mientras me movía por las ya conocidas habitaciones. Estaban totalmente amuebladas y parecían más grandes de lo que recordaba. La habitación tenía una sala de estar separada y un dormitorio decentemente grande. Y tenía su propio baño. El Covenant sólo ofrecía lo mejor a sus estudiantes.

Me di una ducha más larga de lo necesario, deleitándome en la sensación de estar limpia de nuevo. La gente daba por hecho cosas como una ducha. Yo también lo había hecho. Tras el ataque daimon, me encontré en la calle con poco dinero. Seguir con vida se había vuelto más importante que una ducha.

Cuando me aseguré de que me había quitado toda la porquería, encontré un cuidado montón de ropa sobre la mesa pequeña frente al sofá. Cuando la cogí me di cuenta de que era la ropa de entrenamiento que daba el Covenant. Los pantalones me venían al menos dos tallas grandes, pero no iba a quejarme. Me los acerqué a la cara y respiré. Olían tan, tan limpios.

De vuelta en el baño, estiré el cuello. El daimon me había marcado justo donde el cuello bajaba hacia la clavícula. La marca tuvo tenido un color rojo furia durante todo el día siguiente, y luego fue perdiendo intensidad hasta ser una cicatriz pálida y brillante. El mordisco de un daimon nunca dejaba la piel intacta. Las filas de pequeñas dentadas prácticamente idénticas me marearon y me recordaron a una de mis antiguas Instructoras. Era una mujer mayor y hermosa que se había retirado a enseñar tácticas básicas de defensa tras un encontronazo con un daimon. Tenía los brazos cubiertos de marcas pálidas semicirculares, de un tono o dos más claras que su piel.

Una marca había sido suficientemente horrible. No podía imaginar lo que debía haber sido para ella. Los daimons intentaron convertirla drenándole todo su éter. Cuando se trataba de convertir a un puro, no había intercambio de sangre.

Era un proceso terriblemente simple.

El daimon ponía sus labios sobre los del puro drenado, le pasaba algo de su éter y —¡voilà!— lo último en daimons. Como sangre infectada, el éter contaminado que pasaba convertía a un puro, y no había nada que pudiese deshacer el cambio. El puro se había perdido para siempre. Por lo que sabíamos, era la única forma de crear un daimon, pero no es que quedáramos y charlásemos con ellos. Se les mataba nada más verlos.

Siempre pensé que era una norma absurda. Nadie —ni siquiera el Consejo— sabía qué pensaban los daimons conseguir matando. Si pilláramos a uno y lo interrogáramos, podríamos aprender mucho sobre ellos. ¿Cuáles eran sus planes —sus metas? ¿Tenían? ¿O era simplemente la necesidad de éter la que les obligaba a hacerlo? No lo sabíamos. Lo único que preocupaba a los Hematoi era pararles y asegurarse de que no convirtiesen a ningún puro.

Sea como fuere, los rumores decían que nuestra Instructora había esperado hasta el ultimísimo momento para atacar, frustrando así los planes del daimon. Recuerdo haberme quedado mirando esas marcas y pensar lo horrible que era que su cuerpo perfecto hubiese sido arruinado.

Mi reflejo en el espejo empañado me miró. Esta marca sería difícil de esconder, pero podría haber sido peor. Podría haberme marcado en la cara —los daimons podían

ser muy crueles.

Los mestizos no podíamos ser convertidos, por eso luchábamos tan bien contra los daimons. Morir era lo peor que podía pasarnos. ¿A quién le importaba que un mestizo cayera en batalla? Para los puros no valíamos nada.

Suspiré, me eché el pelo hacia atrás y me aparté del espejo justo cuando sonó un suave golpe en la puerta. Un segundo después, Aiden abrió la puerta de mi residencia. Sus casi dos metros se pararon de golpe en cuanto me vio. La sorpresa se reflejó en su cara al ver la versión buena de mí.

¿Qué puedo decir? Me había aseado bien.

Sin toda la suciedad y asquerosidad general, me parecía a mi madre. El pelo largo y oscuro me caía por la espalda; tenía los pómulos marcados y labios carnosos que solían tener la mayoría de los puros. Yo tenía algo más de curvas que la figura espigada de mi madre y no tenía sus increíbles ojos. Los míos eran marrones, marrones normales y poco atractivos.

Incliné la cabeza un poco hacia atrás, mirándole directamente a los ojos por primera vez.

—¿Qué?

Se recuperó en un tiempo récord.

—Nada. ¿Estás lista?

—Supongo —le eché otro vistazo mientras le veía salir de mi habitación.

Los rizos oscuros de Aiden caían continuamente por su frente, juntándose con sus cejas igualmente oscuras. Las líneas de su cara eran casi perfectas, la curvatura de su mandíbula fuerte, y tenía los labios más expresivos que había visto en mi vida. Pero eran esos ojos de tormenta lo que encontraba más atractivo. Nadie tenía esos ojos.

Desde el breve momento que me sujetó en el campo, sentí que el resto de él era igualmente impresionante. Qué mal que fuese un pura-sangre. Los puros eran intocables para mí y para cualquier mestiza. Supuestamente, los dioses habían prohibido las interacciones divertidas entre mestizos y puros hacía eones. Tenía algo que ver con que la pureza de un pura-sangre no se empañase —con el miedo a lo que un hijo de una pareja así pudiera ser... Fruncí el ceño tras Aiden.

Pudiera ser ¿qué?— ¿un cíclope?

No sé qué podría suceder, pero sabía que se consideraba algo muy, muy malo. Los dioses se ofenderían, y no era nada bueno. Así que desde que éramos lo bastante mayores como para entender cómo se hacían bebés, a los mestizos nos enseñaban a no mirar los pura-sangre de otra forma que no fuese con respeto y admiración. A los puros les enseñaban a no ensuciar nunca su linaje por mezclarse con un mestizo, pero algunas veces mestizos y puros habían salido juntos. No acababa bien, y los mestizos solían llevarse el peso del castigo.

No era justo, pero la vida era así. Los puros estaban en la cima de la cadena alimenticia. Ellos hacían las reglas, controlaban el Consejo e incluso dirigían el Covenant.

Aiden me miró por encima de su hombro.

—¿Cuántos daimons has matado?

—Sólo dos —subí el ritmo para poder igualarme al que él llevaba con sus largas piernas.

—¿Sólo dos? —su voz se notaba asombrada—. ¿Te das cuenta de lo increíble que es para un mestizo no entrenado completamente el matar a un daimon, y más aún dos?

—Supongo —hice una pausa, sentía la furia burbujeando y amenazando con salir de mí. Cuando el daimon me vio en la puerta del dormitorio de mamá, se me lanzó... directamente sobre la pala que llevaba en la mano. Idiota. El otro daimon no había sido tan estúpido.

—Habría matado al otro en Miami... pero estaba —no sé. No podía pensar. Sé que tenía que haber ido a por él, pero me entró el miedo.

Aiden se paró y me miró.

—Álex, que hayas matado a un daimon sin entrenamiento es algo extraordinario. Fue valiente, pero también estúpido.

—Vaya, gracias.

—No estás entrenada. El daimon podía haberte matado fácilmente. ¿Y al que mataste en la fábrica? Otro acto intrépido, pero estúpido.

Se adelantó.

Luché para intentar mantener su ritmo.

—¿Por qué te iba a importar que me matasen? ¿Por qué le iba a importar a Marcus? Ni siquiera conozco a ese hombre y, de todas formas, si no me permite volver a entrenar valgo lo mismo viva que muerta.

—Sería una pena —me miró amablemente—. Tienes todo el potencial del mundo.

Entorné los ojos a su espalda. La repentina necesidad de empujarle era casi demasiado grande como para ignorarla. No hablamos después de eso. Una vez fuera, la brisa jugó con mi pelo, aspiré el olor de la sal marina mientras el sol calentaba mi piel helada.

Aiden me llevó de vuelta al edificio principal de la escuela, y subimos un absurdo número de escaleras que conducían hasta el despacho del Decano. Las formidables puertas dobles se acercaban, y tragué fuerte. Había pasado mucho tiempo en este despacho cuando el Decano Nasso dirigía el Covenant.

Cuando los Guardias nos abrieron la puerta, recordé la última vez que había estado en este despacho para que me diese un sermón. Tenía catorce años, y del aburrimiento, convencí a uno de los puros para inundar el ala de ciencias usando el elemento del agua. Por supuesto, el puro me delató.

A Nasso no le gustó nada.

El primer vistazo al despacho fue tal y como lo recordaba: perfecto y bien diseñado. Varias sillas de cuero se encontraban ante un gran escritorio de roble. Peces de colores brillantes iban y venían en un acuario situado en la pared tras el escritorio.

Mi tío entró en mi campo visual y dudé. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que le vi —años realmente. Olvidé cuánto se parecía a mamá. Tenían los mismos ojos —de color esmeralda, que cambiaban dependiendo del estado de ánimo. Los ojos eran lo único que compartían mi madre y mi tío.

Excepto la última vez que vi los ojos de mi madre; ya no brillaban. Una sensación horrible creció en mi interior, presionándome el pecho. Di un paso adelante, sintiendo la presión todo el tiempo.

—Alexandria —la voz grave y culta de Marcus me devolvió a la habitación—. Después de tantos años. ¿Volverte a ver? No tengo palabras.

Mi tío —y usaba esa palabra indirectamente— no me sonaba a miembro cercano de la familia. Su tono era frío y vacío. Cuando nuestros ojos se encontraron, supe que estaba condenada. No había nada en su mirada que lo ligase a mí —ni felicidad ni

alivio al ver a su única sobrina viva y de una pieza. Como mucho, parecía bastante aburrido.

Alguien se aclaró la garganta, mandando mi atención hacia la esquina del despacho. No estábamos solos. Mister Esteroides estaba en la esquina, junto a una pura. Era alta y esbelta, con cascadas de pelo negro como un cuervo. La identifiqué como una Instructora.

Sólo los puros que no tenían aspiraciones por los juegos políticos de su mundo, enseñaban en el Covenant o se convertían en Centinelas —o puros como Aiden que tenían razones súper personales para hacerlo: como que a sus padres los asesinasen unos daimons delante suyo cuando era un niño. Eso fue lo que le pasó. Supuestamente, eso es por lo que Aiden eligió ser un Centinela. Seguramente quería algún tipo de venganza. Algo que ahora teníamos en común.

—Siéntate —Marcus se acercó a una silla—. Tenemos mucho de que hablar.

Aparté los ojos de los puros y fui hacia delante. La esperanza surgió con su presencia. ¿Por qué iban a estar esos puros aquí si no fuese para hablar de mi falta de entrenamiento y formas de arreglarlo?

Marcus se movió tras su escritorio y se sentó. Juntó las manos y me miró por encima. El malestar me hizo sentarme más recta, y mis pies colgaron sobre el suelo.

—En realidad no sé por dónde empezar... todo este lío que ha creado Rachelle.

No respondí porque no estaba segura de haberle escuchado bien.

—Para empezar, casi arruina a Lucian, dos veces —hablaba como si yo tuviese algo que ver—. El escándalo que originó cuando conoció a tu padre fue suficientemente grande. ¿Y cuando vació la cuenta del banco de Lucian y huyó contigo? Bueno, estoy seguro de que hasta tú puedes comprender las duraderas consecuencias de una decisión tan poco sabia.

Ah, Lucian, el marido perfecto, pura-sangre, de mamá —mi padrastro. Podía imaginar su respuesta. Seguramente consistió en tirar un montón de cosas por los aires y lamentar su mal criterio a la hora de elegir. Ni siquiera sé si mamá alguna vez lo amó, o si amaba a mi padre mortal con el que tuvo un lío, pero sí sabía que Lucian era un capullo integral.

Marcus continuó citando todas las maneras en que sus decisiones habían dañado a Lucian. La verdad es que desconecté bastante. Lo último que recordaba es que Lucian estaba intentando asegurarse un hueco en el Consejo de los pura-sangre. Como recuerdo del antiguo tribunal griego del Olimpo, el Consejo tenía doce figuras gobernantes, y, de esos doce, dos eran Patriarcas.

Los Patriarcas eran los más poderosos. Gobernaban las vidas de los puros y los mestizos como Hera y Zeus gobernaban el Olimpo. No hace falta decirlo, pero los Patriarcas tenían un ego enorme.

Cada lugar donde había un Covenant tenía un Consejo: Carolina del Norte, Tennessee, Nueva York y la universidad pura-sangre de Dakota del Sur. Los ocho Patriarcas controlaban el Consejo.

—¿Me estás siquiera escuchando, Alexandria? —Marcus frunció el ceño.

Mi cabeza se levantó al instante.

—Sí... estás hablando sobre lo malo que ha sido todo para Lucian. Lo siento por él. De verdad que sí. Pero estoy segura de que palidece en comparación a que te arranquen la vida.

Un gesto extraño surcó su cara.

—¿Te refieres al destino de tu madre?

—¿Quieres decir al destino de tu hermana? —entorné los ojos cuando se cruzaron con su mirada.

Marcus me miraba fijamente, con cara inexpresiva.

—Rachelle selló su propio destino cuando abandonó la seguridad de nuestra sociedad. Lo que ocurrió es realmente trágico, pero no logro sentirme afectado. Cuando te sacó del Covenant, probó que no le importaba la reputación de Lucian ni tu seguridad. Sólo pensaba en sí misma, irresponsable—

—¡Lo era todo para mí! —me puse en pie de un salto— ¡No hizo más que pensar en mí! ¡Lo que le ocurrió fue horrible —«trágico» es para los que mueren en accidentes de coche!

Su expresión no cambió.

—¿Que no hizo más que pensar en ti? Lo dudo. Dejó la seguridad de Covenant y os puso a las dos en peligro.

Me mordí la mejilla por dentro.

—Exacto —su mirada se volvió gélida—. Siéntate, Alexandria.

Furiosa, me forcé a sentarme y callarme.

—¿Te dijo por qué teníais que marchar del Covenant? ¿Te dio alguna razón por la que hacer algo tan imprudente?

Miré hacia los puros. Aiden se había retirado y se puso al lado de los otros dos. Los tres miraban este culebrón con cara de póker. Estaban probando ser de mucha ayuda.

—Alexandria, te he hecho una pregunta.

Al agarrar los reposabrazos, la dura madera se me clavó en las palmas de las manos.

—Te he oído. No. No me lo dijo.

Un músculo se movió como un tic en la mandíbula de Marcus mientras me miraba en silencio.

—Bueno, es una pena.

Como no sabía qué responder, miré como abría una carpeta en su escritorio y extendía los papeles frente a él. Me incliné hacia delante, tratando de ver qué eran.

Se aclaró la garganta y cogió uno de los papeles.

—Tal y como están las cosas, no puedo considerarte responsable de lo que hizo Rachelle. Los dioses saben que está sufriendo las consecuencias.

—Creo que Alexandria es consciente de lo que sufrió su madre —interrumpió la pura—. No hay necesidad de profundizar más.

La mirada de Marcus se volvió gélida.

—Sí, supongo que tienes razón, Laadan —volvió a mirar el papel que sostenía entre sus elegantes dedos—. Cuando me avisaron de que finalmente os habían localizado, pedí que me mandasen tus informes.

Hice una mueca de dolor y me volví a sentar. Esto no iba ser nada bueno.

—Todos tus instructores sólo tienen brillantes elogios acerca de tu entrenamiento. Una pequeña sonrisa se formó en mis labios.

—Era bastante buena.

—Sin embargo —miró hacia arriba, donde nuestros ojos se encontraron—, respec-

to a tu comportamiento, estoy... atónito.

Mi sonrisa se marchitó y murió.

—Numerosos informes sobre situaciones irrespetuosas hacia tus profesores y otros estudiantes —continuó—. Una nota particular aquí, escrita personalmente por el Instructor Banks, habla de tu seria falta de respeto hacia tus superiores, y es algo constante.

—El Instructor Banks no tiene sentido del humor.

Marcus arqueó una ceja.

—¿Entonces supongo que tampoco el Instructor Richards ni el Instructor Octavian? También han escrito que a veces eras incontrolable e indisciplinada.

Las protestas murieron en mis labios. No tenía nada que decir.

—Tus problemas con el respeto no parecen ser los únicos.

Cogió otro papel y levantó las cejas.

—Se te ha castigado numerosas veces por escaparte del Covenant, pelearte, interrumpir en clase, romper muchas normas, y oh si, ¿mi favorita? —miró hacia arriba, sonriendo ligeramente—. Tienes anotadas repetidas sanciones por romper el toque de queda e intimar en la residencia masculina.

Me moví incómoda.

—Todo antes de los catorce años —apretó los labios—. Debes estar orgullosa.

Abrí más los ojos mientras miraba al escritorio.

—Yo no diría orgullosa.

—¿Acaso importa?

Miré hacia arriba.

—Supongo... ¿que no?

La sonrisa volvió.

—Considerando tu comportamiento anterior, me temo que tengo que decirte que no puedo permitirte de ninguna manera el que continúes tu entrenamiento—

—¿Qué? —dije con voz aguda— Entonces ¿por qué estoy aquí?

Marcus devolvió los papeles a la carpeta y la cerró.

—Nuestras comunidades necesitan siempre sirvientes. He hablado con Lucian esta mañana. Te ha ofrecido un sitio en su casa. Deberías estar honrada.

¡No! —volví a ponerme en pie. El pánico y la rabia me podían— ¡De ninguna manera vais a drogarme! ¡No seré una sirvienta en su casa ni en la de ningún puro!

—¿Entonces qué? —Marcus volvió a juntar las manos y me miró con calma— ¿Vas a volver a vivir en las calles? No lo permitiré. La decisión ya está tomada. No volverás al Covenant.

Capítulo 3



AQUELLAS PALABRAS ME IMPACTARON Y ME DEJARON EN SILENCIO. Todos mis sueños de venganza se habían evaporado en la nada. Miré a mi tío, odiándole casi tanto como odiaba a los daimons.

Míster Esteroides se aclaró la garganta.

—¿Puedo decir algo?

Marcus y yo nos giramos hacia él. Me sorprendió que pudiese siquiera hablar, pero Marcus le hizo una seña para que continuase.

—Mató a dos daimons.

—Soy consciente de ello, Leon —el hombre que estaba a punto de echar todo mi mundo abajo parecía no estar muy interesado.

—Cuando la encontramos en Georgia estaba sola, defendiéndose de dos daimons —Leon continuó—. Su potencial, si se la entrena bien, es astronómico.

Sorprendida de que este puro hablase a mi favor, me fui sentando poco a poco.

Marcus aún seguía sin parecer impresionado y aquellos brillantes ojos verdes eran tan duros como el hielo.

—Lo entiendo, pero su comportamiento antes del incidente con su madre no puede ser eliminado. Esto es una escuela, no un centro de acogida. No tengo ni el tiempo ni la energía como para estar vigilándola. No puedo tenerla corriendo libremente por estas salas e influyendo a los demás estudiantes.

Puse los ojos en blanco. Me hizo parecer una malvada criminal que iba a derribar todo el Covenant.

—Entonces asígnele a alguien —dijo Leon—. Hay Instructores aquí durante el verano que podrán tenerla vigilada.

—No necesito una niñera. No voy a derrumbar un edificio.

Todos me ignoraron.

Marcus suspiró.

—Aunque le asignemos a alguien, va retrasada en su entrenamiento. No hay ninguna forma de que se ponga a la par con los de su clase. Para el comienzo de las clases estará muy atrasada.

Esta vez fue Aiden el que habló.

—Tendríamos todo el verano para prepararla. Es posible que pueda estar sufi-

cientemente preparada como para ir a clase.

—¿Quién tiene tiempo para ese proyecto? —Marcus frunció el ceño— Aiden, tú eres un Centinela, no un Instructor. Ni tampoco Leon. Y Laadan volverá dentro de poco a Nueva York. Los demás instructores tienen vidas; vidas que no puedo esperar que dejen a un lado por una simple mestiza.

La expresión de Aiden era ilegible, y no tenía la remota idea de qué provocó las palabras que salieron después de su boca.

—Yo puedo trabajar con ella. No interferirá con mis obligaciones.

—Eres uno de los mejores Centinelas —Marcus movió la cabeza—. Sería desperdiciar tu talento.

Estuvieron discutiendo sobre qué hacer conmigo. Intenté intervenir una vez, pero tras la mirada de advertencia que me lanzaron tanto Leon como Aiden, me callé. Marcus continuaba afirmando que yo era una causa perdida, mientras Aiden y Leon argumentaban que podría cambiar. El interés de mi tío por entregarme a Lucianapestaba. La servidumbre no era un futuro agradable. Todo el mundo lo sabía. Había oído rumores, rumores horribles sobre cómo los puros trataban a los mestizos —especialmente a las mestizas.

Laadan dio un paso al frente cuando Aiden y Marcus llegaron a un punto muerto sobre qué hacer conmigo. Lentamente, se pasó el largo pelo por encima de un hombro.

—¿Qué tal si hacemos un trato, Decano Andros? Si Aiden dice que puede entregarla y seguir haciendo sus tareas, no tiene nada que perder. Si no está lista al final del verano, no se queda.

Me giré de nuevo hacia Marcus, llena de esperanza.

Me miró durante lo que me pareció una eternidad.

—Está bien —se echó hacia atrás en su silla—. Esto te afecta, Aiden. ¿Entiendes? Cualquier cosa, y quiero decir, lo que sea que haga se reflejará en ti. Y confía en mí, hará algo. Es como su madre.

Aiden de repente pareció cauto cuando me miró.

—Sí. Lo entiendo.

Una gran sonrisa apareció en mi cara y la mirada cauta en su cara creció, pero cuando me volví hacia Marcus, mi sonrisa murió bajo su mirada glacial.

—Seré menos tolerante que tu antiguo decano, Alexandria. No me hagas lamentar esta decisión.

Asentí con la cabeza, sin atreverme del todo a hablar. Había bastantes posibilidades de que la cagase si lo hacía. Después, Marcus me despidió con la mano. Me levanté y salí de su despacho. Laadan y Leon se quedaron, pero Aiden me siguió.

Me giré hacia él.

—Gracias.

Aiden me miró.

—Aún no me des las gracias.

Calmé un bostezo y me encogí de hombros.

—Bueno, ya lo he hecho. La verdad es que creo que Marcus me habría mandado con Lucian si no hubiese sido por vosotros tres.

—Lo habría hecho. Tu padrastro es tu tutor legal.

Me encogí de hombros.

—Eso me deja mucho más tranquila.

Él pilló mi reacción.

—¿Fue por algo que hizo Lucian por lo que tu madre y tú os fuisteis?

—No, pero Lucian... no estaba particularmente orgulloso de mí. Yo soy hija de mi madre, ¿sabes? Él es sólo Lucian. ¿Y a qué se dedica ese capullo ahora, por cierto?

Aiden levantó las cejas.

—Ese capullo es el Patriarca del Consejo.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Qué? Estás bromeando ¿verdad?

—¿Por qué iba a bromear sobre algo así? Así que quizá deberías abstenerte de llamarle capullo en público. Dudo que eso te ayude.

La noticia de que Lucian fuese ahora Patriarca me encogió el estómago, especialmente considerando que tenía un «sitio» para mí en su casa. Meneé la cabeza y saqué esa implicación lejos de mis pensamientos. Tenía suficientes preocupaciones cerca como para preocuparme por él.

—Deberías descansar un poco. Ven mañana, empezaremos el entrenamiento... si te apetece.

—Me apetece.

Los ojos de Aiden recorrieron mi cara herida y fue bajando, como si pudiese ver todos los cortes y moratones que había ido acumulando desde que huí de Miami.

—¿Estás segura?

Asentí, mirando el mechón de pelo que siempre se apartaba de la frente.

—¿Con qué empezamos? No hice nada de tácticas ofensivas ni Silat.

Movió la cabeza.

—Siento decepcionarte, pero no vamos a empezar con el Silat.

Sí que *era* decepcionante. Me gustaban las dagas y todo con lo que se puede apuñalar, y realmente me gustaría saber usarlas con efectividad. Empecé a dirigirme hacia mi residencia, pero la voz de Aiden me paró.

—Álex. No... me decepciones. Cualquier cosa que hagas se volverá en mi contra. ¿Entiendes?

—Sí. No te preocupes. No soy tan mala como Marcus me hace sonar.

Me miró dudoso.

—¿Intimar en la residencia masculina?

Me puse roja.

—Sólo estaba visitando a unos *amigos*. No es que estuviese saliendo con ninguno. Sólo tenía catorce años. No soy una fresca.

—Bien, es bueno saberlo.

Se fue alejando.

Suspiré y me dirigí hacia mi habitación. Estaba cansada, pero la emoción de haber logrado una segunda oportunidad me había animado. Tras quedarme mirando la cama durante un cantidad absurda de tiempo, salí de la habitación y me moví por los pasillos vacíos de la residencia femenina. Los puros y los mestizos sólo compartían salas en el Covenant. En todos los demás sitios estaban separados.

Traté de recordar cómo era estar aquí. Los rigurosos horarios de entrenamiento, absurdos trabajos de clase estudiando cosas que me aburrían hasta la muerte, y todos los juegos sociales a los que jugaban los puros y mestizos. No hay nada como un montón de adolescentes malvados que podrían mandarte de una patada al otro lado del

país o prenderte en llamas con sólo pensarlo. Eso cambiaba a quién elegía la gente para luchar o de quién te hacías amigo. Y al final del día siempre era bueno tener algo con lo que encender los ánimos.

Todo el mundo tenía un papel que desempeñar. Yo era considerada guay entre los mestizos, pero ahora no tenía ni idea de dónde estaría al empezar las clases.

Tras vagar por las salas comunes vacías, salí de la residencia femenina y me dirigí hacia uno de los edificios pequeños al lado de la zona pantanosa. El edificio cuadrado de un piso albergaba la cafetería y las salas de entretenimiento y estaba rodeado por un colorido patio.

Ralentí el paso según me acercaba a una de las salas más grandes. Las risas y golpes que salían de ella probaban que aún había algunos chicos allí durante las vacaciones de verano. Algo cambió en mi interior. ¿Me aceptarían de nuevo? ¿Me conocerían siquiera? ¿Les importaría siquiera?

Respiré profundamente y empujé la puerta. Nadie pareció darse cuenta de mi presencia. Todos estaban ocupados animando a un puro que hacía flotar unos cuantos muebles por el aire. La joven era novata en controlar el aire, lo que explicaba todo el ruido. Mamá también usaba el aire. Después de todo, era el elemento más común. Los puros sólo podían controlar uno, a veces dos si eran muy poderosos.

Estudí a la chica. Con sus brillantes rizos rojos y enormes ojos azules, parecía tener como doce años, sobre todo por estar ahí al lado de los enormes mestizos con su bonita sudadera. La verdad es que yo no era la más indicada para hablar. Medía poco más de un metro sesenta, lo que era bastante enana comparada con la mayoría de los mestizos.

Maldije a mi padre mortal.

Mientras tanto, la pura cerró con fuerza los labios cuando otra silla cayó al suelo y el público soltó más risitas —todos excepto uno, Caleb Nicolo. Alto, rubio y con una sonrisa encantadora, Caleb había sido mi compañero de batallas cuando estaba en el Covenant. No debería haberme sorprendido tanto verle aquí en verano. Su madre mortal nunca quiso tener nada que ver con su «extraño» hijo y su padre pura-sangre se desentendió totalmente de él.

Caleb me miraba con los ojos como platos, asombrado.

—Pero... qué—

En ese momento todo el mundo se giró hacia mí, incluso la pura. Al perder la concentración, todas las cosas cayeron al suelo de golpe. Unos cuantos mestizos se dispersaron cuando cayó el sofá y luego la mesa de billar.

Abrí los brazos.

—Cuánto tiempo sin vernos ¿eh?

Caleb se espabiló, y en dos segundos cruzó toda la sala y me dio un abrazo de oso. Luego me agarró y me empezó a dar vueltas.

—¿Dónde has estado? —me dejó de nuevo en el suelo— ¿Tres años, Álex? ¿Qué demonios? ¿Sabes lo que dice la mitad de los estudiantes que os pasó a ti y a tu madre? ¡Pensábamos que estabais muertas! En serio, te daría un puñetazo ahora mismo.

No podía contener la sonrisa.

—Yo también te he echado de menos.

Continué mirándome como si fuese una especie de espejismo.

—No puedo creer que estés aquí delante de verdad. Más vale que tengas una

historia brutal que contarme.

Reí.

—¿Como qué?

—Más te vale haber tenido un bebé, matado a alguien o haberte acostado con un puro. Esas son tus tres opciones. Cualquier otra cosa es totalmente inaceptable.

—Pues vas a estar muy decepcionado, porque no ha sido nada emocionante.

Caleb dejó caer el brazo sobre mis hombros y me llevó hacia uno de los sofás.

—Entonces tienes que decirme qué narices has estado haciendo y cómo has vuelto. ¿Por qué no nos llamaste? No hay ni un solo sitio en el mundo que no tenga cobertura.

—Yo opto por lo de que haya matado a alguien.

Miré hacia atrás y vi a Jackson Manos en el grupo de mestizos que no había reconocido. Era tal y como lo recordaba. Pelo oscuro con la raya en medio, un cuerpo hecho para que las chicas babeasen por él, y unos igualmente sexys y oscuros ojos. Le dediqué mi mejor sonrisa.

—Lo que tú digas, capullo, no he matado a nadie.

Jackson sacudió la cabeza mientras se nos acercaba.

—¿Recuerdas haber hecho caer a Nick sobre su cuello durante las prácticas? Casi le matas. Menos mal que sanamos muy rápido, si no le habrías dejado sin entrenamientos durante meses.

Todos nos reímos al recordarlo. El pobre Nick se pasó una semana en la enfermería tras el incidente. Lo bien que nos lo estábamos pasando y la curiosidad general hizo que los demás mestizos vinieran al sofá. Como sabía que en algún momento tendría que responder a alguna de las preguntas sobre mi ausencia, me inventé una historia bastante sosa sobre que mamá quería vivir entre mortales. Caleb me miró como dudando, pero no dijo nada.

—Por cierto, ¿qué narices llevas puesto? Parece el uniforme de entrenamiento de los chicos —Caleb me tiró de la manga.

—Es todo lo que tengo —di un suspiro dramático—. Dudo que vaya a salir pronto de aquí, y no tengo dinero.

Sonríó.

—Sé dónde guardan todos los uniformes aquí. Mañana puedo pillarte algo nuevo en la ciudad.

—No tienes por qué hacerlo. Además, no creo que quiera que compres por mí. Acabaré pareciendo una stripper.

Caleb rió y se le hicieron unas pequeñas arrugas alrededor de sus ojos azules.

—No te preocupes por ello. Papá me mandó una fortuna hace unas semanas. Creo que se siente culpable por ser una mierda de padre. De todas formas, haré que venga conmigo alguna de las chicas.

La pura —que se llamaba Thea— acabó viniendo donde estábamos. Parecía maja y realmente interesada en mí, pero hizo la pregunta que más temía.

—Y tu madre... ¿Se ha reconciliado con Lucian? —preguntó bajito con voz de niña.

Me obligué a no mostrar ninguna emoción.

—No.

Pareció sorprendida. Igual que todos los mestizos.

—Pero... no pueden divorciarse —dijo Caleb— ¿Van a hacer eso de separar la casa con distintos códigos postales?

Los puros nunca se divorciaban. Creían que sus parejas estaban predestinadas por los dioses. Yo siempre he pensado que todo eso era una mierda, pero eso del «no divorcio» explicaba por qué tantos tenían aventuras.

—Eh... no —dije—. Mamá... no ha sobrevivido *ahí fuera*.

Caleb se quedó boquiabierto.

—Oh, dios. Lo siento.

Me forcé a encogerme de hombros.

—No pasa nada.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Jackson, con tan poco tacto como siempre.

Respiré profundamente, y decidí contarles la verdad.

—Un daimon la atrapó.

Eso llevó a otra ronda de preguntas, a las que respondí con la verdad. Sus caras reflejaban horror y emoción cuando llegué a la parte en que peleé y maté a dos de los daimons. Hasta Jackson parecía impresionado. Ninguno de ellos había visto a un daimon en la vida real.

No entré en detalles sobre mi encuentro con Marcus, pero les dije que mi verano no iba a ser todo diversión y juegos. Cuando mencioné que iba a entrenarme con Aiden, se oyó un quejido colectivo.

—¿Qué? —miré a todo el grupo.

Caleb quitó las piernas de mi regazo y se levantó.

—Aiden es uno de los más duros—

—Bruscos —añadió Jackson solemnemente.

—Mezquinos —dijo una mestiza con el pelo marrón muy corto. Creo que se llamaba Elena.

Un malestar recorrió mi cuerpo. ¿Dónde me había metido al juntarme con él? Y aún no habían acabado con las descripciones.

—Fuertes —añadió otro chico.

Elena miró por la habitación, con una medio sonrisa.

—Sexys.

Hubo una serie de suspiros entre las chicas, pero Caleb frunció el ceño.

—Esa no es la cuestión. Tío, es una bestia. Ni siquiera es un Instructor. Es un Centinela puro y duro.

—Las últimas clases que se iban a graduar fueron asignadas a su área —Jackson sacudió la cabeza—. Ni siquiera es un Guía, pero eliminó a más de la mitad de ellos y los devolvió como Guardias.

—Oh —me encogí de hombros. Tampoco sonaba tan mal. Estaba a punto de decir esto cuando una nueva voz interrumpió.

—Anda, mira quién ha vuelto. Si es nuestra única e inimitable chica sin estudios —dijo Lea Samos alargando las palabras.

Cerré los ojos y conté hasta diez. Lo dejé en cinco.

—¿Te has perdido, Lea? Aquí no es donde regalan los test de embarazo.

—Oh, tío —Caleb se movió hasta detrás del sofá, quitándose de en medio. No le culpé. Lea y yo teníamos una historia legendaria. Los informes que Marcus había mencionado acerca de peleas solían involucrar a Lea. Se rió con esa risa ronca y gutural a la

que yo estaba tan acostumbrada. Entonces miré hacia arriba. No había cambiado nada. Vale. Era mentira.

Como poco, Lea se había vuelto más guapa en estos tres últimos años.

Con su largo pelo color cobre, ojos amatista y un bronceado imposible, parecía una modelo elegante. No pude evitar pensar en mis aburridos ojos marrones.

Mientras mi reputación estelar hizo que mi nombre estuviese en boca de todos durante el tiempo que estuve aquí, Lea había cazado al Covenant —No. Se había hecho con él.

Sus ojos me recorrieron entera mientras me observaba desde el otro lado de la sala de entretenimientos, fijándose en mi gran camiseta y los arrugados pantalones de deporte. Arqueó una ceja perfectamente formada.

—¿No estás adorable?

Ella, por supuesto, llevaba la falda más corta y ceñida que existe.

—¿No es esa la misma falda que llevabas en tercero? Se te está quedando un poco pequeña. Igual deberías comprarte una talla o tres más.

Lea sonrió sobradamente y se echó el pelo sobre el hombro. Se sentó en una de las modernas sillas fluorescentes al otro lado.

—¿Qué le ha pasado a tu cara?

—¿Qué le ha pasado a la tuya? —repliqué— Pareces un maldito Oompa Loompa. Deberías dejar el spray de bronceado, Lea.

Hubo unas cuantas risitas por lo bajo de nuestro improvisado público, pero Lea lo ignoró. Estaba concentrada en mí —su archienemiga. Estábamos así desde los siete años. Enemigas del arenero, supongo.

—¿Sabes lo que he oído esta mañana?

Suspiré.

—¿Qué?

Jackson caminó hasta su lado, con sus ojos oscuros devorando sus largas piernas. Se puso detrás suyo y tiró de un mechón de pelo.

—Lea, déjalo. Acaba de volver.

Mis cejas se levantaron cuando ella le hizo bajar con un sólo movimiento de su dedo. Él bajó su boca hasta la de ella. Lentamente me giré hacia Caleb. Parecía aburrido de la escena y se encogió de hombros. Los Instructores no podían evitar que los estudiantes se liasen. Quiero decir, vamos... Cuando tienes a montón de adolescentes juntos, estas cosas pasan, pero el Covenant no lo veía con buenos ojos. Normalmente los estudiantes no se iban mostrando.

Cuando acabaron de morrear, Lea volvió a mirarme.

—He oído que el Decano Andros no te quería de vuelta. Tu propio tío quería ponerte en servidumbre. ¿Cómo es eso de triste?

Le hice un corte de mangas.

—Hicieron falta tres pura-sangres para convencer a su tío de que merecía la pena tenerla por aquí.

Caleb resopló.

—Álex es una de las mejores. Dudo que necesitasen mucho para convencerle.

Lea abrió la boca, pero le corté.

—Fui una de las mejores. Y sí que hizo falta. Al parecer, tengo mala reputación, y él pensaba que había perdido mucho tiempo.

—¿Qué? —Caleb me miró fijamente.

Me encogí de hombros.

—Tengo hasta el final del verano para demostrarle a Marcus que puedo ponerme en forma a tiempo para unirme al resto de estudiantes. Tampoco es para tanto, ¿verdad Lea? —la miré, sonriendo— ¿Recuerdas la última vez que discutimos? Fue hace mucho tiempo, pero estoy segura de que te acordarás bastante bien.

Un rubor rosado se extendió por sus bronceadas mejillas y se tocó la nariz en un movimiento inconsciente, lo que hizo mi sonrisa aún mayor. Siendo tan jóvenes, nuestras discusiones no deberían de ser un ejercicio de entrenamiento sin ningún tipo de contacto. Pero un insulto llevó a otro, y le rompí la nariz.

Por dos sitios.

Eso también me supuso tres semanas de expulsión.

Lea apretó los labios.

—¿Sabes qué más sé, Álex?

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Qué?

—Que mientras todos los de aquí puede que se crean cualquier ridícula excusa que hayas dado sobre por qué tu madre se fue, yo sé la razón real.

—Sus ojos brillaron con malicia.

Me volví fría como el hielo.

—¿Y cómo lo sabes?

Sus labios se curvaron en los extremos cuando nuestras miradas se encontraron. Pude ver cómo Jackson se apartaba de ella.

—Tu madre se vio con la Abuela Piperi.

¿La Abuela Piperi? Puse los ojos en blanco. Piperi era una vieja loca que se suponía que era un oráculo. Los puros creían que intimaba con los dioses. Yo creía que intimaba con mucho alcohol.

—¿Y? —le dije.

—Sé lo que la Abuela Piperi dijo para que tu madre se volviera loca. Estaba loca ¿verdad?

Estaba de pie sin darme cuenta.

—Lea, cállate.

Me miró, con los ojos bien abiertos y sin inmutarse.

—Ahora Álex, quizá quieras calmarte. Una pequeña pelea y estarás limpiando retretes durante el resto de tu vida.

Cerré los puños. ¿Había estado en la sala, debajo de la mesa de Marcus o algo así? ¿Cómo si no iba a saber tanto? Pero tenía razón, y eso era una mierda. Ser mejor persona implicaba irme lejos de ella. Era más difícil de lo que nunca pensé, como andar sobre arenas movedizas. Cuanto más me movía, más me pedía el cuerpo que me quedase y le rompiese la nariz de nuevo. Pero lo hice, y pasé al lado de su silla sin pegarle.

Era una persona diferente —mejor persona.

—¿No quieres saber lo que le dijo a tu madre para volverla loca? ¿Para hacerla salir de aquí? Te encantará saber que todo tenía que ver contigo.

Me paré, tal y como Lea sabía que iba a hacer.

Caleb apareció a mi lado y me agarró del brazo.

—Vamos, Álex. Si lo que dice es verdad entonces no tienes que tragarte toda esta

basura. Sabes que no sabe nada.

Lea se dio la vuelta, pasando un grácil brazo sobre el respaldo de la silla.

—Pero sí que lo sé. ¿Sabes? Tu madre y Piperi no estaban solas en el jardín. Alguien más escuchó su conversación.

Me solté de Caleb y me di la vuelta.

—¿Quién las escuchó?

Se encogió de hombros, mirándose las uñas pintadas. En ese preciso momento supe que acabaría pegándole.

—El oráculo le dijo a tu madre que serías tú quien la matarías. Teniendo en cuenta que no pudiste evitar que un daimon la drenase, supongo que Piperi lo dijo en sentido figurado. ¿De qué sirve una mestiza que ni siquiera puede proteger a su propia madre? ¿Acaso te sorprende por qué Marcus no te quiera de vuelta?

Hubo un momento en que nadie en la habitación se movió. Ni siquiera yo.

Entonces le sonreí, justo antes de coger un montón de su pelo cobrizo y tirarla de la silla.

Que le den a ser mejor persona.

Capítulo 4



LA FORMA EN QUE ABRIÓ LA BOCA MIENTRAS CAÍA DE ESPALDAS CASI COMPENSABA SUS CRUELES PALABRAS. Claramente no esperaba que fuese a hacerle nada, creyendo que la amenaza de ser expulsada era demasiado. Lea no conocía el poder de sus propias palabras.

Eché el brazo hacia atrás, con la intención de deshacer lo que hubiesen hecho los médicos para arreglar aquella naricilla suya, pero mi puño nunca llegó a darle. De hecho, Caleb llegó a mí antes de que pudiese dar otro paso hacia ella. De hecho, me sacó de la sala de entretenimiento antes de que pudiera dar un paso más. Me dejó en el suelo y bloqueó el paso hacia Lea. En su cara había una sonrisa mientras yo trataba de esquivarle.

—Déjame pasar, Caleb. ¡Juro a los dioses que le voy a romper la cara!

—No llevas ni un día de vuelta, Álex. Wow.

—Cállate —le miré.

—Álex, déjalo. Vas a meterte en una pelea y te van a echar. ¿Y entonces qué? ¿Serás una sirvienta el resto de tu vida? De todas formas sabes que miente. Olvídalo.

Miré hacia mi mano y vi varios mechones de pelo rojo enredados entre mis dedos. Genial.

Caleb vio las ganas en mi mirada y parece que se dio cuenta que seguir cerca de esta sala no iba a acabar bien. Agarrándome por el brazo, me arrastró por el pasillo.

—Sólo es una estúpida. Sabes que no decía más que estupideces, ¿verdad?

—¿Quién sabe? —gruñí— Tiene razón, ¿sabes? No tengo ni idea de por qué mi madre se fue. Puede que hablase con la Abuela Piperi. No lo sé.

—La verdad es que dudo que el oráculo dijese que ibas a matar a tu madre.

Poco convencida, abrí la puerta de un puñetazo.

Caleb me seguía de cerca.

—Simplemente olvídalo, ¿vale? Tienes que concentrarte en el entrenamiento, no en lo que Lea o el oráculo hayan podido decir.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Vale. Entonces podrías preguntarle al oráculo qué fue lo que dijo a tu madre.

Me lo quedé mirando.

—¿Qué? Podrías preguntárselo tú al oráculo si tanto te importa.

—No hay manera de que esa mujer siga viva —entorné los ojos cegados por el sol—. Fue hace tres años cuando mamá pudo haber hablado con ella.

Ahora Caleb seguía mirándome igual.

—¿Qué? No puede ser. Ahora tiene que tener... como ciento cincuenta años.

Los puros tenían mucho poder y un oráculo quizá tuviese más, pero ninguno de ellos era inmortal.

—Álex, ella es el oráculo. Seguirá viva hasta que el próximo tenga el poder.

Puse los ojos en blanco.

—Sólo es una vieja chiflada. ¿Que intima con los dioses? Las únicas cosas con las que intima son los árboles y su club de bridge.

Hizo un sonido de exasperación.

—Nunca dejará de sorprenderme que siendo lo que eres, lo que somos, sigas sin creer en los dioses.

—No. Creo en ellos. Sólo creo que son terratenientes ausentes. Ahora mismo, seguramente estén en Las Vegas, tirándose a strippers y haciendo trampas al póker.

Caleb se apartó de mí de un salto, aterrizando sobre las piedrecillas blancas y marrones.

—Que no me pille estando a tu lado cuando uno de ellos te fulmine.

Me refí.

—Sí, en realidad están observando y cuidando el negocio. Por eso tenemos daimons por ahí sueltos, drenando puros y matando mortales por diversión.

—Para eso nos tienen los dioses —Caleb sonrió como si acabase de explicarlo todo.

—Da igual —nos detuvimos al final de caminito de piedra. De ahí, se podía ir a la residencia de las chicas o de los chicos.

Los dos miramos hacia la zona pantanosa. Plantas leñosas y pequeños arbustos salpicaban las saladas aguas, haciendo que cruzar aquello fuese casi imposible. Más allá estaba el bosque —literalmente en tierra de nadie. Cuando era más pequeña pensaba que en los bosques oscuros vivían monstruos. Cuando me hice mayor aprendí que seguir el pantanal te llevaba a la isla principal, lo que me daba una ruta de escape perfecta cuando quería escabullirme.

—¿La vieja bruja sigue viviendo ahí? —pregunté al fin— ¿Y si pudiera hablar con Piperi?

Caleb asintió.

—Eso creo, pero ¿quién sabe? Baja hasta el campus de vez en cuando.

—Oh —entrecerré los ojos por la fuerte luz—. ¿Sabes qué estaba pensando?

Miró hacia mí.

—¿Qué?

—Mamá nunca me dijo por qué teníamos que irnos, Caleb. Ni una sola vez en estos tres años. Creo que estaría... mejor si supiese por qué mamá se fue. Sé que no va a cambiar nada de lo que ha ocurrido, pero por lo menos sabría qué narices era tan importante como para tener que salir de aquí.

—Sólo el oráculo lo sabe y ¿quién sabe cuándo volverá por aquí? Tampoco puedes llegar a ella. Vive por allí lejos. Ni siquiera yo me aventuro tan lejos por el pantanal. Así que ni lo pienses.

Mis labios se curvaron.

—Todos estos años, y aún me conoces bien.

Rió por lo bajo.

—Quizá podríamos hacerle una fiesta y atraerla aquí fuera. Creo que vino para el equinoccio de primavera.

—¿En serio? —quizá hablar con el oráculo podría darme algunas respuestas, o con-

tarme mi futuro.

Caleb se encogió de hombros.

—No me acuerdo bien, pero hablando de fiestas, va a haber una este fin de semana en la isla principal. La organiza Zarak. ¿Te apuntas?

Reprimí un bostezo.

—¿Zarak? Wow. Hace siglos que no le veo, pero dudo que el ir de fiesta sea algo que pueda hacer hasta dentro de mucho. Estoy castigada.

—¿Qué? —Caleb se quedó con la boca abierta— Puedes escaparte. Eras la reina de las escapadas.

—Sí, pero eso era antes de que mi tío se convirtiese en el decano y yo estuviese a un paso de que me expulsaran.

Caleb gruñó.

—Alex, casi te expulsan como tres veces. ¿Desde cuándo eso te ha parado? De todas formas, estoy seguro de que daremos con algo. Además, será como una fiesta de bienvenida para ti.

Era una mala idea, pero sentí la emoción de siempre cosquilleando en mi tripa.

—Bueno... por la noche no estaré entrenando.

—No —confirmó Caleb.

Una sonrisa nació en mis labios.

—Y escabullirse un poco nunca ha matado a nadie.

—O le ha expulsado.

Nos sonreímos, y sólo con eso, las cosas estaban como antes de que todo se fuese al infierno.

...

Caleb y yo tuvimos un poco de acción en el almacén del edificio principal de la escuela después de cenar. Cogimos todas las cosas de vestir que me pudiesen quedar bien y Caleb prometió de nuevo que iría con una de las otras mestizas a comprarme algo al día siguiente. No podía imaginarme con lo que volvería.

Con los brazos llenos, nos dirigimos hacia mi residencia. Sólo me sorprendí un poco cuando vi la formidable figura de Aiden al lado de las gruesas columnas de mármol del ancho porche. Caleb abrió los ojos como platos.

Gruñí.

—Pillada.

Mis pisadas se hicieron más lentas según nos acercábamos a él. No pude adivinar nada por su estoica expresión o por la forma en que inclinó la cabeza hacia Caleb respetuosamente. Por primera vez en su vida, Caleb se quedó sin palabras cuando Aiden se le acercó y cogió el montón de ropa que llevaba en los brazos.

—¿Tengo que recordarte que los chicos no pueden entrar en la residencia de las chicas, Nicolo?

Caleb negó con la cabeza en silencio.

Levantó las cejas mientras se volvió hacia mí.

—Tenemos que hablar.

Miré a Caleb en vano, pero él se apartó con una media sonrisa de disculpa. Por un segundo, consideré seguirle. No lo hice.

—¿De qué tenemos que hablar?

Aiden se acercó a mí con un brusco movimiento de la cabeza.

—No has descansado nada en todo el día ¿verdad?

Me cambié el peso al otro brazo.

—No. He estado poniéndome al día con los amigos.

Pareció estar pensando en ello mientras íbamos por el pasillo. Gracias a los dioses tenía una habitación en el piso de abajo. Odiaba las escaleras, y aunque el Covenant tenía más dinero del que yo podría comprender, no había ni un solo ascensor en todo el campus.

—Deberías haber estado descansando. Mañana no será fácil para ti.

—Siempre podrías ponérmelo fácil.

Aiden rió. El sonido fue un profundo y sonoro ruido que me habría puesto una sonrisa en la cara en otra situación. En una en la que no se estuviese riendo de mí.

Arrugué la frente mientras abría la puerta de mi habitación de un empujón.

—¿Por qué puedes entrar en mi habitación si Caleb no puede?

Arqueó una ceja.

—No soy un estudiante.

—Pero sigues siendo un chico —metí mi montón de ropa en la habitación y la dejé en el suelo—. No eres un Instructor ni un Guía. Así que creo que si tú puedes estar aquí, Caleb debería poder también.

Aiden me estudió un momento, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Me han dicho que antes estuviste interesada en ser una Centinela en vez de Guardia.

Me senté en la cama y le sonreí.

—Has estado investigándome.

—Decidí que sería mejor estar preparado.

—Estoy segura de que te han contado cosas estupendas sobre mí.

Puso los ojos en blanco.

—La mayor parte de lo que dijo el Decano Andros era cierto. Se te conoce bien entre los Instructores. Alabaron tu talento y tu ambición. Por lo demás... bueno, era de esperar. Sólo eras una niña; aún sigues siéndolo.

—No soy una niña.

Los labios de Aiden se movieron como si quisiera sonreír.

—Sigues siendo una niña.

Me puse roja. Una cosa era que te llamase niña una persona mayor. ¿A quién le importaba? Pero cuando era un tío que estaba súper bueno el que me lo decía, no me dejaba muy cómoda por dentro.

—Que no soy una niña —repetí.

—¿En serio? ¿Entonces eres adulta?

—Claro —le mostré mi mejor sonrisa, la que normalmente me sacaba de líos.

No le afectó a Aiden.

—Interesante. Un adulto sabría cuándo retirarse de una pelea, Álex. Especialmente después de haber sido advertido de que cualquier comportamiento cuestionable podría acabar en su expulsión del Covenant.

Mi sonrisa se desvaneció.

—No tengo ni idea de lo que hablas, pero estoy de acuerdo.

Aiden inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Ah no?

—Nop.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Debería haber servido de advertencia, pero me vi a mí misma mirando aquellos labios en lugar de prestándole atención a él. De

repente, se agachó frente a mí a nivel de la vista.

—Entonces tendría que estar aliviado de saber que lo que me dijeron hace sólo una hora es falso. Que no fuiste tú la que agarró a una chica del pelo y la tiró de la silla en la sala de estar común.

Abrí la boca para negarlo, pero mis protestas murieron. Mierda. Siempre había alguien encantado de delatar a la gente.

—¿Comprendes la precaria posición en la que te encuentras? —su firme mirada se clavó en la mía— ¿Lo estúpido que es el que unas simples palabras te lleven a la violencia?

Tirar a Lea de la silla había sido estúpido, pero ella me había cabreado.

—Estaba hablando de mi madre.

—¿Y eso importa? Piensa en ello. Sólo son palabras y las palabras no significan nada. La acción sí. ¿Vas a pelearte con todo aquel que diga algo sobre ti o tu madre? Si es así, deberías ir haciendo las maletas ya.

—Pero—

—Va a haber rumores, rumores ridículos sobre por qué tu madre se fue. Por qué no volviste. No puedes pelearte con todo aquel que te moleste.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—Podría intentarlo.

—Álex, necesitas concentrarte en volver al Covenant. Ahora mismo estás aquí como un favor. Quieres venganza contra los daimons ¿verdad?

—¡Sí! —mi voz se volvió violenta al apretar los puños.

—¿Quieres poder salir y luchar contra ellos? Entonces tienes que centrarte en el entrenamiento en vez de en lo que la gente diga sobre ti.

—¡Pero ella dijo que yo fui la razón por la que mamá murió! —escuchar mi voz me afectó, tuve que mirar hacia otro lado. Era débil. Vergonzoso. Débil y vergonzoso no estaban en el vocabulario de un Centinela.

—Álex, mírame.

Dudé antes de hacerlo. Por un momento, la dureza de su expresión se suavizó. Cuando me miró así, realmente creí que había entendido mi reacción. Quizá no estaba de acuerdo con ello, pero por lo menos entendió por qué lo hice.

—Sabes que no había nada que pudieses hacer acerca de lo que le ocurrió a tu madre —sus ojos buscaron mi cara—. Lo sabes, ¿verdad?

—Debería haber hecho algo. Tuve todo el tiempo y debería haber llamado a alguien. Quizá entonces... —me pasé la mano por el pelo y respiré profundamente—. Quizá nada de esto habría pasado.

—Álex, no podías haber sabido que iba a acabar así.

—Pero sí que lo sabía —cerré los ojos, sintiendo un nudo en el estómago—. Todos lo sabemos. Es lo que ocurre cuando abandonas la seguridad de la comunidad. Sabía que ocurriría, pero tenía miedo de que no la dejaran volver después de haberse ido. No podía... dejarla sola ahí fuera.

Aiden se quedó en silencio tanto rato que pensé que se había ido de la habitación, pero entonces sentí su mano en mi hombro. Abrí los ojos, volviendo la cabeza y miré abajo hacia su mano. Sus dedos eran largos y parecían gráciles. Mortales, imagínate. Pero ahora eran amables. Como si no tuviese control sobre mí misma, miré sus ojos plateados. No pude evitar que me recordase a lo que pasó entre nosotros en la fábrica.

Repentinamente, Aiden me soltó. Se pasó una mano por el pelo, parecía inseguro

de lo que hacía.

—Mira. Descansa un poco. Las ocho de la mañana llegan rápidamente —se dio la vuelta para salir, pero paró—. Y no vuelvas a salir de la habitación esta noche. No quiero descubrir por la mañana que has quemado un pueblo mientras yo dormía.

Había varias contestaciones que tenía preparadas, todas ellas inteligentes y mordaces, pero me las tragué y me levanté de la cama. Aiden se paró en la puerta y miró por el pasillo vacío.

—Álex, lo que le pasó a tu madre no fue por tu culpa. El cargar con eso sólo te estorbará. No te lleva a ningún sitio. ¿Entiendes?

—Claro —mentí.

A pesar de que quería creer que lo que Aiden decía era verdad, sabía que no lo era. Si hubiese contactado con el Covenant, mamá seguiría viva. Así que sí, de algún modo, Lea tenía razón.

Yo era responsable de la muerte de mi madre.

Capítulo 5



EL DÍA SIGUIENTE FUE COMO VOLVER ATRÁS EN EL TIEMPO, LEVANTARSE DEMASIADO PRONTO COMO PARA PENSAR BIEN Y LLEVAR ROPA DISEÑADA PARA QUE TE PATEEN EL CULO. Pero esta vez en cambio, había algunas cosas diferentes.

Viendo a Aiden, por ejemplo, estaba claro que no iba a ser como los Instructores que tuve antes. Eran Centinelas o Guardias heridos en el trabajo, o los que querían asentarse. Antes siempre acababa con Instructores que eran o viejos como la peste o aburridos de morir.

Aiden no era nada de eso.

Llevaba el mismo tipo de pantalones de trabajo que robé del armario del almacén, pero mientras yo llevaba una modesta camiseta blanca, él llevaba una sin mangas. Y dios, tenía brazos que lucir. Su piel no caía; estaba lejos de ser aburrido, e iba por ahí cazando daimons.

Pero tenía algo en común con mis anteriores Instructores. Desde el momento en que entré en el gimnasio, no paró un segundo. Por la forma en que me hizo empezar con varios ejercicios de calentamiento y mandándome desenrollar todas las esterillas, supe que me iba a doler todo al acabar el día.

—¿Cuánto recuerdas de tu entrenamiento anterior?

Miré alrededor, viendo cosas que no había visto en tres años —esterillas de entrenamiento para amortiguar caídas, maniqués con una piel que parecía real, y un kit de primeros auxilios en cada esquina. La gente solía sangrar en algún momento del entrenamiento. Pero la pared más lejana era la que más me interesaba. Estaba cubierta de cuchillos con mala pinta, con los que nunca llegué a practicar.

—Lo normal: cosas de los libros, entrenamiento ofensivo, técnicas de patadas y puñetazos —fui directa a la pared de las armas; era como una obligación.

—No mucho entonces.

Cogí una de las delgadas dagas de titanio que solían llevar los Centinelas, asentí.

—Todo lo bueno empezaba justo—

Aiden llegó hasta mí, quitándome la daga de las manos y volviéndola a poner en la pared. Sus dedos tocaron el filo con respeto.

—No te has ganado el derecho de tocar estas armas, especialmente esa.

Al principio pensé que estaba bromeando, pero al mirarle a la cara vi que no.

—¿Por qué?

No respondió.

Sentía que quería volver a tocarla, pero retiré la mano y me alejé de la pared.

—Se me daba bien todo lo que aprendí. Podía pegar y dar patadas fuertes. Podía correr más rápido que nadie en mi clase.

Volvió al centro de la sala y se puso las manos en sus estrechas caderas.

—No mucho, entonces —repitió.

Mis ojos le siguieron.

—Puede ser.

—Deberás acostumbrarte a esta sala. Pasaremos ocho horas al día aquí.

—¿Me tomas el pelo, verdad?

No parecía estar bromeando.

—Al otro lado del pasillo hay un gimnasio. Deberías visitarlo... *a menudo*.

Abrí la boca de par en par.

Me miró.

—Estás demasiado delgaducha. Tienes que ganar algo de peso y músculo —se me acercó y tocó mi esmirriado brazo—. Velocidad y fuerza, las tienes por naturaleza. Pero ahora mismo, un niño de diez años podría contigo.

Cerré la boca. Tenía algo de razón, esta mañana tuve que hacer dos nudos a los cordeles de los pantalones para que se quedasen arriba.

—Bueno, no es que tuviese tres comidas completas al día. Hablando de comida, tengo bastante hambre. ¿No hay desayuno?

La dureza de sus ojos se suavizó un poco, durante un momento le vi igual que cuando estuvo en mi habitación la noche anterior.

—Te he traído un batido de proteínas.

—Puaj —gruñí, pero cuando levantó el recipiente de plástico y me lo entregó, lo cogí.

—Bébetelo todo. Primero cubriremos algunas reglas básicas —Aiden se echó atrás—. Vamos, siéntate. Quiero que escuches.

Y ahí se acabó la mirada suave y amable. Puse los ojos en blanco, me senté y con cuidado me acerqué la botella a los labios. Olía a chocolate rancio y sabía a batido aguado. Asqueroso.

Se quedó de pie delante de mí con esos brazos imposiblemente cruzados sobre el pecho.

—Lo primero de todo: prohibido beber o fumar.

—Leches. Eso significa que voy a tener que dejar el crack.

Miró hacia mí, claramente sin impresionarse.

—No podrás salir del Covenant sin permiso o... no me mires así.

—Jesús, ¿cuántos años tienes? —sabía bien cuántos años tenía, pero quería verme con él.

Aiden se crujió el cuello.

—Haré veintiuno en octubre.

—Aha —agitó la botella—. Así que siempre has sido tan... ¿maduro?

Frunció el ceño.

—¿Maduro?

—Sí, sueñas como un padre —puse la voz más grave e intenté parecer seria—. No me mires así o si no...

Aiden pestañeó despacio.

—Yo no sueño así, y no he dicho «o si no...».

—Pero si lo hubieses hecho, ¿qué habría sido ese «o si no...»? —escondí mi sonrisa tras la botella.

Miró hacia el lado, con el ceño fruncido.

—¿Puedes no interrumpir?

—Como tú digas —di un trago—. Entonces, ¿por qué no puedo salir de la isla?

—Por tu seguridad y mi tranquilidad —Aiden volvió a su posición original, los brazos sobre el pecho, las piernas abiertas—. No saldrás de la isla sin ir acompañada por alguien.

—¿Mis amigos cuentan? —pregunté, sólo medio seria.

—No.

—Entonces ¿quién puede acompañarme?

Aiden cerró los ojos y suspiró.

—O yo o alguno de los otros Instructores.

Agité el líquido en la botella.

—Conozco las reglas, Aiden. No tienes que volver a repetir las.

Pareció querer señalar el hecho de que me podría venir bien el refrescarlas, pero cedió. Después de acabarlo, cogió el batido y lo llevó hacia donde había unos cuantos sacos de boxeo apoyados contra la pared.

Me levanté y estiré.

—Entonces ¿qué voy a aprender hoy? Creo que deberíamos empezar con algo que no sea patearme el culo.

Sus labios se torcieron como si estuviese luchando por no mostrar una sonrisa.

—Lo básico.

—Lo básico —protesté—. Debe ser una broma. Ya sé lo básico.

—Sabes lo suficiente como para que no te maten en seguida —frunció el ceño cuando me puse a saltar de lado a lado—. ¿Qué haces?

Paré, encogiéndome de hombros.

—Me aburro.

Aiden puso los ojos en blanco.

—Entonces vamos a empezar. No estarás aburrida mucho más tiempo.

—Sí, señor.

Puso mala cara.

—No me llames eso. No soy tu señor. Sólo los dioses pueden ser llamados nuestros señores.

—Sí... —hice una pausa al brillar sus ojos y tensar la mandíbula—, mi capitán.

Aiden se me quedó mirando un momento, y movió la cabeza.

—Está bien. Quiero ver qué tal sabes caer.

—Casi te doy una buena en la fábrica —sentí la necesidad de señalarlo.

Se volvió hacia mí, dirigiéndose hacia una de las esterillas.

—Casi no cuenta, Álex. Nunca cuenta —me moví y me paré en frente de él mientras me daba vueltas alrededor—. Los daimons no sólo usan su fuerza cuando atacan, sino también magia elemental.

—Sí. Sí.

Los daimons podían ser enormemente fuertes dependiendo de a cuántos puros o mestizos hubiesen drenado. Ser golpeado por uno que usara el elemento aire era equivalente a ser golpeado por un tren de mercancías. El único momento en que los daimons no eran peligrosos era cuando estaban drenando éter.

—La clave es no dejar nunca que te cojan en el suelo, pero ocurrirá, hasta a los mejores. Y cuando pasa, tienes que poder levantarte.

Sus ojos grises se fijaron en mí.

Esto era aburrido.

—Aiden, me acuerdo de mi entrenamiento. Sé cómo caer.

—¿De verdad?

—Caer bien es lo más fácil—

Mi espalda golpeó la esterilla. El dolor me recorrió entera. Me quedé ahí tumbada aturdida.

Aiden se me acercó.

—Ha sido sólo un golpe amoroso, y no has caído para nada correctamente.

—Au —no estaba segura de poder moverme.

—Deberías haber caído con la parte superior de la espalda. Duele menos y es más fácil maniobrar después —ofreció su mano—. Pensaba que sabías cómo caer.

—Dioses —dije bruscamente— ¿No podías haberme avisado antes? —Ignoré su mano y me di cuenta de que me podía mover. Me levanté, clavándole la mirada.

Una sonrisa ladeada se formó en sus labios.

—Incluso sin avisar, tienes un segundo de tiempo antes de caer. Es tiempo más que suficiente para poner tu cuerpo correctamente.

Balancea las caderas y mantén la barbilla abajo.

Arrugué la frente mientras me frotaba la espalda.

—Sí, me acuerdo.

—Entonces muéstramelo —se paró, mirándome como si fuese algún tipo de espécimen raro—. Levanta los brazos; aquí. Así —me puso los brazos de tal forma que bloqueaban mi pecho—. Manténlos fuertes. Nada de brazos spaghetti.

—Vale.

Le hizo una mueca a mis flacuchos brazos.

—Bueno, tenlos tan fuertes como puedas.

—Ja-ja, qué risa.

Volvió a sonreír.

—Está bien.

Entonces golpeó mis brazos con el lado ancho de los suyos. En realidad, no me dio fuerte, pero aun así caí. Y lo hice mal. Rodé con un gesto de dolor.

—Álex, sabes qué hacer.

Rodé y gruñí.

—Bueno... aparentemente es algo que he olvidado.

—Levántate —ofreció su mano, pero seguí sin cogerla. Me puse de pie—. Levanta los brazos.

Lo hice y me preparé para el inevitable golpe. Caí al suelo, una y otra vez. Me pegué las siguientes horas de espaldas, y no bien. Llegó al punto en que Aiden explicó la mecánica del aterrizaje como si yo tuviese diez años.

Pero al final, de entre toda la mierda inútil que flotaba por mi cerebro, saqué la técnica que me habían enseñado hace años y lo clavé.

—Ya era hora —murmuró Aiden.

Hicimos un parón para comer, que consistió en que yo comía sola mientras Aiden se iba a hacer algo. Como quince minutos después, una pura-sangre con una bata blanca de laboratorio apareció frente a mí. Me tragué la comida que tenía en la boca.

—¿Hola?

—Por favor, sígueme —dijo.

Miré hacia mi sándwich a medias y suspiré. Tiré el plato y seguí a la pura hasta el edificio médico, detrás de las instalaciones de entrenamiento.

—¿Me van a hacer un reconocimiento médico o algo?

No contestó.

Cualquier intento de conversación fue ignorado y me di por vencida en cuanto me senté sobre la mesa. La vi ir hacia el armario y rebuscar unos segundos. Se dio la vuelta, apretando el final de la jeringuilla.

Mi ojos se abrieron de par en par.

—Eh... ¿qué es eso?

—Por favor, levántate la manga de la camiseta.

Aunque mosqueada, hice lo que me dijeron.

—Pero qué me estás dando... ¡mierda! —me ardía la piel por donde me había pinchado, en la parte superior del brazo—. Eso duele de narices.

Sus labios se curvaron en una tenue sonrisa, pero sus palabras destilaban asco.

—Te lo recordaremos igualmente; en seis meses tienes que recibir otra dosis. Durante las próximas cuarenta y ocho horas, por favor intenta evitar el tener relaciones sexuales sin protección.

¿Intentar evitar? ¿Como si tuviese incontrolables urgencias animales y saltase sobre todo mestizo que se cruzase?

—No soy una ninfómana loca por el sexo, señorita.

La pura se dio la vuelta, claramente invitándome a salir de allí. Salté de la camilla, bajándome la manga. No podía creer que hubiese olvidado el control de natalidad obligatorio para las mestizas. Después de todo, los descendientes de dos mestizos eran mortales e inútiles para los puros. Nunca me había preocupado, ya que dudaba que nunca llegase a desarrollar la necesidad de ser madre. Pero la pura podía haberme al menos avisado antes de pincharme.

Cuando volví a la sala de entrenamiento, Aiden me vio frotándome el brazo, pero no le expliqué nada. Allí, cambió a otra de mis favoritas: ser golpeada y levantarme de nuevo.

También se me daba fatal eso.

Al final de la práctica, me dolían todos los músculos de la espalda y los muslos me dolían como si alguien no hubiese dejado de golpearlos. Iba un poco lenta enrollando las esterillas. Tanto que en un momento dado Aiden se encargó de ello.

—Se hará más fácil —miró hacia arriba mientras yo iba cojeando hacia donde él estaba apilando las esterillas—. Tu cuerpo se volverá a acostumbrar.

—Eso espero.

—Deberías posponer el gimnasio unos días.

Podría haberle abrazado.

—Pero sí que deberías hacer los estiramientos de calentamiento por la noche. Te ayudarán a soltar los músculos. Así no te dolerá tanto.

Le seguí hasta la puerta. Parecía un buen consejo. Fuera de la sala de entrenamientos, esperé mientras Aiden cerraba las puertas dobles.

—Mañana trabajaremos un poco más en el salto. Luego pasaremos a las técnicas de bloqueo.

Empecé a señalar que había aprendido muchas técnicas de bloqueo, pero recordé lo rápido que me había marcado el daimon en Georgia. Llevé la mano al hombro, tocando la cicatriz ligeramente irregular.

—¿Estás bien?

Dejando caer la mano, asentí.

—Sí.

Como si pudiese leer la mente, dio un paso al frente y me frotó la gruesa coleta contra el hombro. El ligero toque me dio un escalofrío.

—No está mal. Se irá dentro de poco.

—Va a dejar cicatriz; de hecho ya está.

—Se podría decir que esas cicatrices son como medallas de honor.

—¿De verdad?

Aiden movió la cabeza.

—Sí. Muestran lo fuerte y valiente que fuiste. No son nada de lo que estar avergonzada.

—Claro —forcé una rápida y brillante sonrisa.

Sabía por su cara que no me había creído, pero no insistió. Me fui cojeando hacia mi habitación. Caleb estaba esperando en mi puerta con las manos llenas de bolsas y una expresión nerviosa.

—Caleb, no tenías que hacer todo esto. Y te van a echar de aquí.

—Entonces déjame entrar a la habitación antes de que me pillen. Y no te preocupes por las compras. Hice que unas tías increíbles se probasen la ropa. Créeme, ha sido un día beneficioso también para mí.

Resoplé mientras iba cojeando hasta el sofá y me acomodaba.

—Gracias, te debo una.

Caleb se lanzó a contarme todo lo que me había perdido durante la *ausencia* —así era como ahora me refería a ello— mientras yo iba sacando varios pantalones, vestidos y shorts que dudaba siguiesen el código de vestimenta del Covenant. Sacudí la cabeza. ¿Dónde narices se suponía que me iba a poner eso? ¿En alguna esquina?

Al parecer no había cambiado mucho. Todos seguían escapándose y liándose con todos. Lea había conseguido poner en contra a dos chicos que esperaban lograr meterse entre sus piernas. Jackson parecía haber sido el ganador según vi ayer. Dos mestizos de un año más que nosotros, Rosalie y Nathaniel, se habían graduado y eran ahora Centinelas, y yo estaba que me moría de envidia. Después de las prácticas de hoy, dudaba que Aiden siguiese creyendo que tenía algún potencial.

Luke, un mestizo que solía salir con nosotros, salió del armario el año pasado —no es que ser gay o bisexual fuese nada ni remotamente problemático aquí. El ser los hijos de un puñado de dioses cachondos que seguramente no discriminaban al elegir sus compañeros sexuales, hacía que no sorprendiese nada en cuanto a lo relacionado con actividades sexuales.

Parece ser que yo era la única virgen por aquí. Suspiré.

—¿Tan malo ha sido tu entrenamiento?

—Creo que hoy me he roto la espalda —le dije inexpresiva.

Pareció querer reírse.

—No te has roto la espalda. Solo estás... falta de práctica. En unos días le estarás pateando el culo a Aiden.

—Lo dudo.

—¿Y qué quería ayer? Colega, de verdad, estoy esperando que aparezca aquí de repente y me eche la bronca por estar en tu habitación.

—Entonces no deberías estar aquí si tienes miedo.

Caleb lo ignoró.

—¿Qué quería Aiden ayer?

—Creo que Lea me delató. Aiden sabía lo que ocurrió en la sala. Realmente no me echó mucho la bronca, pero me podría haber ahorrado el sermón.

—Joder, a veces es un tocapelotas —se volvió a sentar en la silla, pasándose una mano por el pelo—. Quizá podemos quemarle las cejas o algo. Estoy seguro de que Zarak estaría dispuesto a ello.

Reí.

—Estoy segura de que eso no me ayudará.

—Sabes, me lié con—

—¿Qué? —chillé, casi cayéndome del sofá. Mal movimiento. Dolió—. Por favor, dime que no te liaste con Lea.

Se encogió de hombros.

—Estaba aburrido. Ella estaba disponible. No estuvo mal—

Indignada, le tiré un cojín a la cabeza y le corté.

—No quiero detalles. Voy a hacer como que nunca has dicho eso.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—Bueno, parece que Lea está decidida a meterte en problemas si te ha delatado.

Me eché hacia atrás, pensando sobre los demás de la habitación.

—No sé. ¿Y la pura que estaba en la habitación?

—¿Quién? ¿Thea? —movió la cabeza—. De ningún modo se lo habría dicho a nadie.

—Y por cierto, ¿que hace Thea aquí?

Era raro ver a un puro en el Covenant durante el verano. Se quedaban durante el año escolar, pero en cuanto llegaba el verano, se iban con sus padres —seguramente a viajar por el mundo y hacer otras cosas ridículamente caras. Divertidas, cosas totalmente guays. Por supuesto tenían Guardias que los acompañaban en sus aventuras, sólo por si acaso a algún daimon se le ocurría algo.

—Sus padres están en el Consejo y no tienen tiempo para ella. Es muy maja, pero súper callada. Creo que le mola Deacon.

—Deacon, ¿el hermano de Aiden?

—Sip.

Sabía que tenía que haber algo detrás de que a Thea le gustase.

—¿Qué pasa? Los dos son puros —Caleb levantó una ceja, pero entonces pareció recordar que llevaba fuera tres años—. Deacon tiene una reputación.

—Vale —traté de aliviar una contractura repentina en la espalda.

—Y Thea también. Y digamos que Thea gana el premio a la pureza. Estaba bien saber que no era la única virgen.

—¿Y?

—La reputación de Deacon es... más como de... ummm, ¿cómo puedo decirlo suavemente? —hizo una pausa, pensativo— Deacon se parece a Zeus. Ese tipo de reputación.

—Bueno... los polos opuestos se atraen, supongo.

—No *tan* opuestos.

Me encogí de hombros con una mueca de dolor.

—Casi lo olvido. No vas a creerte lo que he oído hoy en la ciudad. Una de las vendedoras estaba ocupada hablando mientras yo iba mirando ropa, sin preocuparse por quién podría oírla, pero; ah, sí, por cierto, esa vendedora seguramente ahora piense que soy un travesti.

Me reí.

—A lo que iba, ¿te acuerdas de Kelia Lothos?

Arrugué los labios. Kelia Lothos —el nombre me sonaba.

—¿No era una Guardia de aquí?

—Sí, tiene como diez años más que nosotros. Se ha echado un novio.

—Bien por ella.

—Espera, Álex. Tienes que esperar. Se llama Héctor, no estoy seguro de cuál es su apellido. Da igual, es un puro de una de las otras comunidades —paró para dar un efecto más dramático.

Me acaricié la coleta, sin estar segura de dónde quería ir a parar con esto —. Es un maldito pura-sangre —levantó las manos—. ¿Recuerdas? No está permitido.

Mis ojos se abrieron de repente.

—Oh no, eso no está bien.

Sacudió la cabeza, y mechones rubios le cayeron sobre la frente.

—No puedo creer que fuesen tan estúpidos como para llegar si quiera a considerar algo así.

El hecho de que no pudiésemos tener ningún tipo de relación romántica con un puro era una norma arraigada en nosotros desde que nacíamos. La mayoría de los mestizos ni siquiera lo cuestionaban, pero bueno, la mayoría de los mestizos no se cuestionaban muchas cosas. Se nos entrenaba para obedecer desde el principio.

Intenté encontrar una posición cómoda.

—¿Qué crees que le ocurrirá a Kelia?

Caleb resopló.

—Seguramente la saquen de sus deberes como Guardia y la manden a trabajar en una de las casas.

Eso me llenó de enfado y rencor.

—Y Héctor se llevará un golpecito en la mano. ¿Acaso eso es justo?

Me miró, extrañado.

—No, pero es lo que pasa.

—Es estúpido —sentí que se me tensaba la mandíbula—. ¿A quién le importa si un mestizo y un puro se juntan? ¿Es como para que Kelia tenga que perderlo todo?

Caleb abrió más los ojos.

—Es así, Álex. Ya lo sabes.

Crucé los brazos, preguntándome por qué me sentía así sobre ello. Es como habían sido las cosas durante eones, pero parecía tan injusto.

—Está mal, Caleb. Kelia básicamente va a acabar de esclava sólo por liarse con un puro.

Se quedó callado por un momento, y entonces sus ojos se clavaron en mí.

—¿Tu reacción tiene algo que ver con que resulta que tu nuevo entrenador personal sea el puro por el que babea todas las chicas?

Hice una mueca.

—Para nada. ¿Estás loco? Va a acabar matándome —hice una pausa, hundiéndome en el cojín—. Creo que lo tiene planeado.

—Lo que tú digas.

Estirando las piernas, lo atravesé con la mirada.

—Olvidas que he estado tres años en el mundo normal; un mundo donde los puros y mestizos ni siquiera existen. Nadie mira el pedigrí divino del otro antes de salir con él.

Se me quedó mirando en la distancia durante un rato.

—¿Cómo era?

—¿Cómo era el qué?

Caleb se movió inquieto en el borde de la silla.

—Estar ahí fuera, lejos de todo... esto.

—Oh —me apoyé con el codo. La mayoría de los mestizos no tenían ni idea de cómo era eso. Claro que alguna vez se habían mezclado en el mundo exterior, pero nunca habían sido parte, no durante bastante tiempo. Ni tampoco los puros. Para los nuestros, la vida mortal parecía violenta, donde los daimons no eran lo único maligno de lo que la gente tenía que preocuparse.

Claro, nosotros también teníamos nuestros locos. Los chicos que no tenían la palabra «no» en su vocabulario, las chicas que dan puñaladas por la espalda, y gente que haría cualquier cosa para conseguir lo que quieren. Pero no era ni parecido al mundo mortal, y no estaba segura de si eso era algo bueno o malo.

—Bueno, es diferente. Hay mucha gente distinta. Yo llegué a integrarme hasta cierto punto.

Caleb me escuchó con más interés del que debía mientras yo intentaba explicarle cómo era estar ahí fuera. Cada vez que nos mudábamos, mamá tenía que usar las obligaciones para meterme en el sistema escolar local sin tener expedientes. Caleb mostró muchísimo interés en el sistema escolar de los mortales, pero era diferente del Covenant. Aquí, nos pasábamos los días peleando en clase. En el mundo mortal, me pasaba la mayoría de las clases mirando a la pizarra.

Tener curiosidad por el mundo exterior no era necesariamente algo bueno. Normalmente llevaba a que alguien intentase escapar. Mamá y yo tuvimos más suerte que la mayoría de los que se aventuraron a hacerlo. El Covenant siempre encontraba a los que intentaban vivir en el mundo exterior.

A nosotras nos encontraron un poco demasiado tarde.

Caleb inclinó la cabeza hacia los lados mientras me estudiaba.

—¿Qué tal llevas estar aquí de vuelta?

Me eché de espaldas, mirando al techo.

—Bien.

—¿En serio? —se levantó—. Porque has pasado por muchas cosas.

—Sí, estoy bien.

Caleb se me acercó y se sentó, empujándome hacia un lado.

—Ay.

—Álex, toda la mierda que ha pasado te ha tenido que, ya sabes, afectar. A mí me habría afectado.

Cerré los ojos.

—Caleb, aprecio tu preocupación, pero estás prácticamente sentado encima de mí.

Se movió, pero se quedó a mi lado.

—¿Vas a hablarme de ello?

—Mira. Estoy bien. No es que no me haya afectado —abrí los ojos, curiosa, y lo encontré mirándome como esperaba—. Vale. Sí, me ha afectado. ¿Contento?

—Claro que no estoy contento.

Una cosa que no se me daba bien era hablar sobre cómo me siento. Demonios, ni siquiera se me daba bien *pensar* sobre cómo me siento. Pero no lo parecía.

—Yo... intento no pensar en ello. Es mejor así.

Arrugó la frente.

—¿En serio? ¿Tengo que usar psicología básica en ti y decirte que «seguramente no sea bueno que no pienses en ello»?

Gruñí.

—Odio toda la palabrería psicológica, así que por favor no empieces.

—¿Álex?

Me levanté, ignorando cómo me gritaba la espalda de dolor, y le empujé del sofá. Recuperé el equilibrio con facilidad.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que echo de menos a mi madre? Sí. La echo de menos. ¿Que fue una auténtica mierda ver cómo la drenaba un daimon? Sí, fue una mierda. ¿Luchar contra daimons pensando que iba a morir fue divertido? No. No fue divertido. *También* fue una mierda.

Asintió, aceptando mi retahíla.

—¿Pudiste hacerle un funeral o algo?

—Vaya pregunta más estúpida, Caleb —me recoliqué el pelo que había escapado de mi coleta—. No pude hacerle un funeral. Después de matar al daimon, había otro. Corrí.

Se puso blanco.

—¿Fue alguien a recoger el cuerpo?

Me encogí avergonzada.

—No sé. No he preguntado.

Pareció pensar en ello.

—Quizá si le hicieses una ceremonia, ayudaría. Ya sabes, una pequeña reunión sólo para recordarla.

Le lancé una mirada dura.

—No vamos a hacerle un funeral... Lo digo en serio. Como vuelvas a pensar en algo así, me arriesgaré a que me echen por darte una paliza —hacerle un funeral significaría enfrentarse al hecho de que mi madre estaba muerta. La coraza, la dureza que había construido a mi alrededor, se rompería y... no podría soportarlo.

—Vale. Vale —levantó las manos—. Sólo pensaba que podría darte un final.

—Ya tengo un final. ¿Recuerdas? La vi morir.

Esta vez fue él el que se avergonzó.

—Álex... lo siento mucho. Dioses. Ni siquiera sé cómo te debiste sentir. No puedo ni imaginarlo.

Entonces dio un paso al frente, como si intentase darme un abrazo, pero lo esquivé. Caleb parece que pilló que no quería volver a hablar sobre ello y cambió a temas más seguros —más cotilleos, más historias de travesuras en el Covenant.

Me quedé en el sofá después de que se fuese de la residencia. Debería de tener hambre o ganas de ir a socializar, pero no. Nuestra conversación —la parte sobre mi madre— seguía presente como una herida abierta. Intenté concentrarme en los nuevos cotilleos que sabía. Intenté incluso pensar en lo mono que estaba ahora Jackson —incluso Caleb, porque la verdad es que se había puesto bien en estos últimos tres años— pero sus imágenes fueron rápidamente sustituidas por Aiden y sus brazos.

Y eso estaba *muy* mal.

Me di la vuelta y volví a mirar al techo. Yo estaba bien. Muy bien, de hecho. Estar de vuelta en el Covenant era mucho mejor que estar ahí fuera en el mundo normal o limpiando retretes en la casa de algún puro. Me froté los ojos. Estaba bien.

Tenía que estar bien.

Capítulo 6



QUERÍA HACERME UN OVILLO EN UN AGUJERO Y MORIR.

—Bien hecho —Aiden asintió cuando desvié uno de sus golpes—. Usa el antebrazo. Muévete con decisión.

¿Moverme con decisión? ¿Y si me movía hacia un sitio donde pudiese tumbarme? Esa era una decisión que me gustaba más. Aiden se lanzó hacia mí y bloqueé su puñetazo directo. Oh, sí. Eso se me daba bien. Luego empezó a moverse de lado a lado, sin duda para alguien tan tremendamente alto, movía el cuerpo como un ninja.

Su talón pasó rozando mis brazos y me dio en un costado. El impacto apenas entró en mi escala de dolor. Ahora ya me había acostumbrado a la afilada punzada del dolor y el latido justo después. Inhalé lentamente e intenté respirar a pesar del dolor. Los mestizos no dejaban reflejar su dolor en la cara frente al enemigo. Al menos de eso me acordaba.

Aiden se irguió, con cara de preocupación.

—¿Estás bien?

Apreté los dientes.

—Sí.

Se me acercó, dudando.

—Ha sido un golpe bastante fuerte, Álex. No pasa nada si duele. Descansaremos unos minutos.

—No —me alejé mientras miraba—. Estoy bien. Volvamos a intentarlo.

Y lo hicimos. Fallar algunos directos o patadas era mucho mejor que dar vueltas corriendo como el día anterior o pasarme la tarde entera en el gimnasio. Eso fue lo que ocurrió cuando me quejé de dolores en la espalda y costado la última vez. Aiden continuó repasando muchas más técnicas de bloqueo aptas para niños de diez años mientras yo observaba sus movimientos obsesivamente. En estos últimos días, me había dado cuenta de lo retrasada que iba, e incluso yo me sorprendí de haber logrado matar a dos daimons.

Ni siquiera podía bloquear la mayoría de las patadas de Aiden.

—Obsérvame —me rodeó y se puso firme—. Siempre hay algo que te mostrará mi siguiente movimiento. Puede ser un leve temblor del músculo o una breve mirada, pero siempre hay algo. Cuando un daimon ataca es exactamente igual.

Asentí y volvimos a ponernos en posición. Aiden inició un golpe con la mano. Alejé su brazo de un golpe, y luego el otro. No era con sus directos o sus puñetazos con los que tenía un problemas. Eran las patadas —se giraba con gran rapidez. Pero esta vez vi sus ojos caer sobre mi cintura.

Girándome hacia la patada, bajé el brazo en un limpio movimiento curvo que llegó un segundo tarde. Su pie alcanzó mi amoratada espalda. Me doblé sobre mí misma al instante, cogiéndome las rodillas mientras respiraba lentamente.

Rápidamente, Aiden estaba a mi lado.

—¿Álex?

—Eso... ha picado un poco.

—Si te hace sentir mejor, esta vez casi lo logras.

Levanté la mirada y me sonreí al ver su sonrisa ladeada.

—Me alegro.

Empezó a decir algo, pero su sonrisa desapareció cuando me dio una advertencia en voz baja.

—Álex. Levantaté.

Mi espalda protestó por el repentino movimiento, pero en cuanto vi a Marcus en la puerta, entendí por qué. No podía dejar que pareciese que me habían dado la paliza de mi vida delante de él.

Marcus estaba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados.

—Me preguntaba qué tal estaría yendo el entrenamiento. Veo que va como se esperaba.

Au. Respiré profundamente.

—¿Le gustaría intentarlo?

Marcus alzó las cejas y sonrió, pero Aiden me puso una mano en el brazo advirtiéndome.

—No.

Me quité la mano de encima. Estaba bastante segura de que podía con mi tío. Con su pelo perfecto y sus pantalones ajustados color caqui parecía el ejemplo perfecto del «miembro del mes del club náutico».

—Yo me apunto si está dispuesto —volví a ofrecerme con una sonrisa brillante.

—Álex, te digo que no lo hagas. Él era—

Marcus se apartó de la pared.

—Está bien, Aiden. Normalmente no aceptaría una oferta tan ridícula, pero hoy me siento caritativo.

Me reí por lo bajo.

—¿Caritativo?

—Marcus, no es necesario —Aiden se movió delante mío. —Está empezando a aprender los bloqueos correctamente.

Le fruncí el ceño. *Leches. Vaya forma de cubrirme, compañero.* Mi ego volvió a la vida y aparté a Aiden de un empujón.

—Creo que puedo con él.

Marcus echó la cabeza hacia atrás y rió, pero Aiden parecía estar bastante lejos de divertirse con la situación.

—Álex, te digo que no lo hagas. Calla y escúchame.

Miré a Aiden con inocencia.

—¿Que haga qué?

—No. *Lo tiene controlado*, Aiden. Veamos qué ha aprendido. Ya que me está retando, supongo que estará lista.

Puse las manos sobre las caderas.

—No sé. Me sentiría mal por darle una paliza a un viejo.

La mirada verde esmeralda de Marcus clavó en mí.

—Atácame.

—¿Qué?

Parecía perplejo, pero entonces chasqueó los dedos.

—¡Claro! Aún no has aprendido ningún movimiento de ataque real. Entonces tendré que atacarte yo. ¿Sabes técnicas defensivas de bloqueo?

¿Marcus conocía técnicas defensivas de bloqueo? Cambié el peso y miré a Aiden. No parecía gustarle nada de esto.

—Sí.

—Entonces deberías estar suficientemente entrenada para defenderte —Marcus hizo una pausa y su sonrisa desapareció—. Imagina que soy el enemigo, Alexandria.

—Oh, eso no será muy difícil, *Decano Andros* —levanté las manos y le hice moverse hacia delante. Yo era la leche.

Marcus no me dio otra advertencia más que un leve temblor en su brazo justo antes de moverse. Levanté mi brazo, justo como Aiden me enseñó, y bloqueé el puñetazo directo. No pude evitar una sonrisa al desviar otro devastador puñetazo. Fijé mi mirada en mi tío según se incorporaba y se preparaba para otro ataque.

—Échate atrás —la voz de Aiden me llegó desde una banda, baja y dura—. Estás demasiado cerca.

Me eché hacia delante, bloqueando otro de los golpes de Marcus. Me lo creí demasiado.

—Tienes que ser más rápido—

Sin embargo Marcus no hizo la patada giratoria que yo esperaba, sino que me agarró y retorció el brazo. Según me giraba puso su otro brazo alrededor de mi cuello, en una brutal llave de estrangulamiento.

El corazón me golpeó las costillas. Cualquier movimiento sólo hacía que el brazo se torciese en un ángulo aún más poco natural. En segundos me había dejado totalmente inmóvil. En cualquier otra situación, como una en la que no fuese *mi tío* el que me estuviese ahogando, le habría alabado por esa rápida maniobra.

Agachó la cabeza, hablándome directamente al oído.

—Ahora imagina que fuese un daimon —dijo Marcus—. ¿Qué crees que pasaría ahora?

Me negué a contestar, apretando los dientes.

—Alexandria, te he hecho una pregunta. ¿Qué pasaría si fuese un daimon? —apretó un poco más.

Mi mirada se encontró con la de Aiden. Estaba observando todo con un enfado impotente en la cara. Sabía que una parte de él quería tomar parte, pero sabía que no podía.

—¿Lo intentamos de nuevo? —preguntó Marcus.

—¡No! Estaría... muerta.

—Sí. Estarías muerta —Marcus me soltó y me tambaleé hacia delante. Pasó rozán-

dome, mientras se dirigía hacia Aiden—. Si aún pretendes tenerla lista para el inicio de las clases, quizá quieras trabajar su actitud y asegurarte de que la próxima vez te haga caso. Si continúa así, fracasará.

Sin quitarme los ojos de encima, le inclinó la cabeza a Aiden cortésmente.

Rabí en silencio hasta el momento en que Marcus desapareció.

—¿Qué demonios le habré hecho yo? —me froté el cuello distraídamente—. ¡Podía haberme roto el brazo!

—Si te hubiese querido romper el brazo, lo habría hecho. Te dije que te quedases callada, Álex. ¿Qué esperabas de Marcus? ¿Pensabas que era un simple vago pura-sangre que necesitaba protección? —su voz salpicaba sarcasmo.

—¡Bueno, lo parece! ¿Cómo se supone que iba a saber que su secreto era ser un Rambo con vaqueros?

Aiden vino hacia mí, me alcanzó y me cogió de la barbilla.

—Deberías haberlo sabido porque te dije que no le presionases. Y aun así lo hiciste. No me escuchaste. Fue un Centinela, Álex.

—¿Qué? ¿Marcus fue un Centinela? ¡No lo sabía!

—Intenté decírtelo —Aiden cerró los ojos y me soltó la barbilla. Dándose la vuelta, se pasó una mano por el pelo—. Marcus tiene razón. No estarás lista para el curso si no me escuchas —suspiró—. Por esto es por lo que nunca podría ser Instructor o Guía. No tengo paciencia para esta mierda.

Esta era una de las veces que sabía que tenía que callarme, pero no podía. Enfadadísima, lo seguí por las esterillas.

—¡Te estoy escuchando!

Se dio la vuelta.

—¿Qué parte has escuchado, Álex? Te dije específicamente que no le presionaras. Si no puedes escucharme, ¿cómo puede cualquier otro, incluido Marcus, esperar que escuches a tus Instructores durante el curso?

Tenía razón, pero estaba demasiado avergonzada y enfadada para admitirlo.

—Sólo lo hizo porque no le gusto.

Soltó un ruido de exasperación.

—No tiene nada que ver con si le gustas o no, Álex. ¡Tiene todo que ver con el hecho de que no escuchas! Te has pasado mucho tiempo ahí fuera donde podías defenderte fácilmente de los mortales, pero ya no estás en el mundo mortal.

—Ya lo sé. ¡No soy estúpida!

—¿En serio? —sus ojos destellaron furia plateada—. Estás por detrás de todos los de aquí. Incluso los pura-sangre que vendrán al colegio en otoño tendrán conocimientos básicos sobre cómo defenderse. ¿Sigues queriendo ser una Centinela? Después de lo que me has mostrado hoy, dudo que sea el caso. ¿Sabes lo que distingue a un Centinela? Obediencia, Álex.

Sentí cómo me sonrojaba. El repentino brote de lágrimas cálidas me escoció en los ojos. Pestañeeé y me alejé de él.

Aiden maldijo entre dientes.

—No... intento avergonzarte, Álex. Pero estos son los hechos. Sólo hemos entrenado durante una semana y aún tienes un largo camino por delante. Tienes que escucharme.

Una vez que estuve bien segura de que no iba a ponerme a llorar, me enfrenté a él.

—¿Por qué diste la cara por mí cuando Marcus quiso entregarme a Lucian?
Aiden miró a otro lado, arrugando la frente.

—Porque tienes potencial, y no podemos permitirnos desperdiciar ese potencial.

—Si... no hubiese perdido tanto tiempo, sé que habría sido buena.

Se volvió hacia mí, con sus ojos volviendo a un gris más suave.

—Lo sé, pero es que perdiste mucho tiempo. Ahora tenemos que devolvarte a donde deberías estar. Pelear contra tu tío no va a ayudarte.

Dejó caer los hombros y miré hacia otro lado.

—Me odia. Me odia de verdad.

—Álex, él no te odia.

—Oh no, creo que sí. Esta ha sido la primera vez que lo veo desde la primera mañana aquí, y él tenía unas ganas tremendas de probar que soy una perdedora. Es obvio que no quiere que me entrene.

—Ese no es el caso.

Le miré.

—¿En serio? ¿Entonces cuál es el caso?

Aiden abrió la boca pero la volvió a cerrar.

—Sí. Exacto.

Estuvo callado unos momentos.

—¿Alguna vez fuisteis cercanos?

Reí un poco.

—¿Antes? No. Sólo lo veía cuando visitaba a mamá. Nunca me prestó atención. Siempre supuse que era uno de esos puros que no estaba muy orgulloso de... los míos.

Había muchos puros por ahí que miraban a los mestizos por encima del hombro, viéndonos más como ciudadanos de segunda clase que otra cosa. Sabían que nos necesitaban, pero no cambiaba el hecho de que nos viesan de otra forma diferente.

—Marcus nunca ha pensado eso sobre... los mestizos.

Me encogí de hombros, repentinamente cansada de hablar.

—Entonces supongo que es por mí —miré hacia arriba y forcé una débil sonrisa—. Así que... ¿vas a decirme qué he hecho mal?

—¿Qué parte? —apretó la boca.

—¿Todo?

Finalmente sonrió, pero las bromas que nos intercambiábamos el uno al otro durante los entrenamientos desaparecieron. Sus instrucciones directas y formales me dejaron claro cuánto le había decepcionado. ¿Pero qué podía hacer yo? No sabía que Marcus era Chuck Norris. Había perdido los estribos. ¿Y entonces qué? ¿Por qué me sentía tan mal?

Tras las prácticas, seguía sin poder quitarme la sensación de ser un completo fracaso. Ni siquiera cuando Caleb se presentó en mi puerta unas horas después. Arrugé la frente, me eché a un lado y le dejé entrar.

—Se te da muy bien el colarte en esta residencia, Caleb.

Sonrió con satisfacción, pero se desvaneció al darse cuenta de mi ropa llena de sudor.

—Es la fiesta de Zarak. Esta noche. ¿Te acuerdas?

—Mierda. No —cerré la puerta de una patada.

—Bueno, pues más vale que te prepares. Ahora. Ya llegamos tarde.

Me planteé decirle que no me apetecía, pero la idea de quedarme enfurruñada en la habitación no me parecía muy divertida. Supuse que me merecía una noche de diversión después del día que había pasado, y no es que Aiden o Marcus fueran a saberlo si decidía ir a la fiesta de Zarak.

—Necesito darme una ducha rápida primero. Ponte cómodo.

—Claro —se tiró en el sofá y agarró el mando a distancia—. Va a haber un montón de puros por allí. Gente que no te ha visto desde que volviste. Está claro que saben que has vuelto. Todo el mundo lo comenta.

Puse los ojos en blanco, abrí la puerta del baño y me quité la ropa. No me preocupaba que Caleb pudiese entrar y verme. Sería como ver a su hermana desnuda; dudo que quisiese ver mis atributos. Según me giré ante el espejo, vi una enorme selección de manchurroneos azulados por toda la espalda y los costados. Puaj. Me di la vuelta.

Caleb continuó desde el salón.

—Lea y Jackson se han peleado de lo lindo hoy, justo en la playa para que todos les viesen. Fue divertido de ver.

Yo no estaba tan segura de ello. Después de una ducha rápida, me sequé el pelo para que cayese en ondas más o menos manejables. ¿Y ahora qué me ponía?

—¿Estás acabando? Dioses, me aburro.

—Casi —me puse unos vaqueros y una camiseta, aunque me querría haber puesto el vestidito negro demasiado ligero que Caleb me había escogido, pero el escote de la espalda habría mostrado todos los moratones.

Caleb se levantó cuando entré al salón.

—Estás atractiva.

Arrugué la cara.

—¿Crees que esto es atractivo?

Se rió mientras iba hacia la puerta.

—No.

Para cuando nos encontramos con otros mestizos al final del campus, el monólogo sin fin de Caleb sobre quién iba a estar en la fiesta había sacado de mí lo peor de mi ánimo asqueado. Caleb no dejaba de lanzarle miraditas a una de las chicas que se nos habían unido mientras cruzábamos el puente que llevaba a la isla principal. Era fácil olvidar las prácticas y todo lo que me había perdido los últimos años.

No nos fue difícil pasar a los Guardias. Ninguno de ellos me reconoció, o si lo hicieron, no les importó tanto como para mandarme de vuelta a mi habitación. Estaban acostumbrados a que los chavales fuesen de un lado a otro de las islas, especialmente en verano.

—Wow —una de las chicas dejó escapar un suave resoplido mientras bordeábamos las dunas de arena—. La fiesta es a lo grande.

Tenía razón. Tan pronto como rodeamos la curva, los puros y mestizos se esparcían desde la enorme casa en la playa. Hacía siglos desde la última vez que estuve en casa de Zarak. Como Thea, sus padres tenían asientos en el Consejo, un montón de dinero y poco tiempo para sus hijos pura-sangre.

Con sus increíbles vistas al océano, fachada azul claro y porche encalado, la casa de los padres de Zarak era idéntica a la casa en la que vivió mamá. Supuse que su casa aún estaría al otro lado de la isla. Me atravesó una mezcla de pena y felicidad. Me vi a mí misma de pequeña, jugando en el porche, corriendo por las dunas de arena, riendo,

y vi a mamá, sonriéndome. Siempre estaba sonriendo.

—Hey —Caleb vino detrás de mí—. ¿Estás bien?

—Sí.

Pasó los brazos por mis hombros y me dio un achuchón.

—Vamos, aquí vas a ser como una estrella. Todo el mundo estará contento de verte.

Caminando hacia la casa de la playa, la verdad es que me sentí un poco como una estrella. Allí donde miraba, alguien me llamaba o se acercaba para darme un abrazo y un cálido «Bienvenida». Por un momento, me perdí en un mar de caras conocidas. Alguien me puso un vaso de plástico en la mano; otro lo llenó de una botella abierta, y antes de darme cuenta estaba pasándomelo bien entre viejos amigos.

Me dirigí hacia la ancha escalera, esperando encontrarme a Zarak por la casa. Y es que él era, después de todo, uno de mis pura-sangres favoritos. Esquivé a dos mestizos que estaban liándose mientras seguían sujetando con firmeza sus vasos rojos de plástico —*increíble* habilidad, por cierto— y entré a la cocina, menos abarrotada. Al final, divisé la reconocible cabeza llena de rizos rubios. Parecía ocupado con una chica rubia muy guapa.

Estaba bastante segura de que iba a interrumpir algo, pero no creí que a Zarak le importase. Tenía que haberme echado de menos. Me acerqué y le di un golpecito con los dedos en el hombro. Le tomó un momento levantar la cabeza y darse la vuelta. Un par de asombrosos ojos grises —claramente no de Zarak— se encontraron con los míos.

Capítulo 7



DI UN PASO HACIA ATRÁS. NUNCA ANTES HABÍA VISTO A ESE CHICO, PERO HABÍA ALGO EXTRAÑAMENTE FAMILIAR EN ESOS OJOS Y LA FORMA DE SU CARA.

—¿Pero qué tenemos aquí? —mostró una vaga sonrisa—. ¿Una mestiza ansiosa por conocerme? —volvió a mirar a la otra chica, y luego a mí.

—Oh, bueno... Pensaba que eras otra persona. Lo siento.

En sus ojos brilló la diversión.

—Supongo que estaba siendo presuntuoso, ¿no?

No pude evitar sonreír.

—Pues sí.

—¿Pero no estabas siendo tú también presuntuosa por asumir que yo era otra persona? ¿Acaso importa? —moví la cabeza—. Bueno, debería presentarme —dio un paso adelante e hizo una reverencia, literalmente, se inclinó por la cintura e hizo una reverencia—. Soy Deacon St.Delphi, ¿y tú eres?

Casi abro la mandíbula hasta el suelo. La verdad es que debí haberlo sabido desde que vi sus ojos. Eran casi idénticos a los de Aiden.

Los labios de Deacon se movieron en una sonrisa engreída.

—Veo que has oído hablar de mí.

—Sí, conozco a tu hermano.

Alzó las cejas.

—¿Mi perfecto hermano conoce a una mestiza? Interesante. ¿Cómo te llamas?

Claramente molesta por la falta de atención, la chica detrás suya se enfurruñó y se fue de nuestro lado. La seguí con la mirada, pero él no la miró ni por el rabillo del ojo.

—Me llamo Alexandria Andros, pero—

—Pero todos te llaman Álex —Deacon suspiró—. Sí. También he oído hablar de ti —se fue hasta la barra y cogió una botella, tomando un gran trago—. Eres la chica que mi hermano se pasó meses buscando, y ahora carga con su entrenamiento.

Mi sonrisa se volvió amarga.

—¿Que carga con mi entrenamiento?

Sonrió, haciendo oscilar la botella en sus dedos.

—Tampoco es que me importase cargar contigo. Pero mi hermano... bueno, no

suele disfrutar con lo que tiene delante. Por ejemplo yo. Pasa todo el tiempo asegurándose de que me comporte como un buen puro en lugar de divertirme. Ahora... pasa todo su tiempo asegurándose de que tú te comportes.

Eso no tuvo nada de sentido.

—No creo que tu hermano esté muy orgulloso de mí ahora mismo.

—Lo dudo —me ofreció la botella. Moví la cabeza. Se puso un vaso y sonrió ampliamente—. Estoy seguro de que mi hermano está muy orgulloso de ti.

—¿Por qué crees...?

Dejando la botella a un lado, cogió un vaso y puso un dedo en el borde. Las llamas rodearon el vaso. Un segundo después, hizo subir y bajar el fuego por el vaso. Otro controlador de fuego, debí haberlo sabido. Las afinidades de los puros hacia ciertos elementos solían venir de familia.

—¿Que por qué iba a pensar eso? —Deacon se inclinó como si fuese a contarme un gran secreto.

—Porque conozco a mi hermano y sé que no se habría ofrecido voluntario para poner en forma a ningún mestizo. No es muy paciente.

Fruncí el ceño.

—Es bastante paciente conmigo —excepto por lo de hoy, pero no iba a contárselo. Deacon me dio una mirada de complicidad.

—¿Es necesario que diga algo más?

—Creo que no.

A él también le debió parecer igual de divertido. Rodeando mis hombros con su brazo libre, me condujo hasta el porche y justo en el camino de Lea y Elena, la chica que conocí en la sala el primer día que volví. Sólo recordaba su nombre por su corte de pelo tan corto.

Suspiré.

Deacon miró hacia mí.

—¿Amigas tuyas?

—Más bien no —dije entre dientes.

—Hey pelirroja —dijo—. Estás genial.

Tuve que darle la razón sobre la pelirroja. Lea estaba estupenda con ese vestido rojo ajustado que le marcaba cada curva del cuerpo. Estaba muy buena —lo malo es que era una total y completa zorra.

Su mirada pasó de mí al brazo de Deacon, que aún colgaba de mi hombro.

—Oh, dioses, por favor dime que te has tirado una copa por encima y vas temporalmente con ella para esconder la mancha. Porque Deacon, preferiría usar como seda dental el pelo de la espalda de un daimon que ir por ahí con un tumor como ese.

Deacon me miró con las cejas levantadas.

—Parece que tenías razón con eso de «más bien no somos amigas».

Me giré hacia él con la mirada vacía.

Él le devolvió una brillante sonrisa a Lea. Incluso tenía hoyuelos, y estaba segura de que Aiden también los tendría si sonriese alguna vez.

—Tienes una boca bonita para unas palabras tan feas.

Lea sonrió como una tonta.

—Nunca antes te había importado cómo usaba mi boca, Deacon.

Miré a Deacon boquiabierto.

—Oh... wow.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa, pero no respondió. Salí pitando de allí y arrastré a Caleb hasta el porche. Ahora no había demasiada gente ahí. Mirando por encima del hombro, vi que Lea y Deacon se habían marchado hacia la sala.

—Vale. ¿Qué me he perdido mientras estaba fuera? —pregunté.

Caleb puso cara de extrañado.

—¿De qué hablas?

—¿Lea y Deacon están liados?

Se echó a reír.

—No, pero les gusta mucho fanfarronear.

Le di en el brazo.

—No te rías de mí. ¿Y si la gente pensase que sí? Lea podría meterse en un buen problema.

—No están liados, Álex. Lea es estúpida, pero no tanto. Incluso a pesar de que están intentando cambiar la ley de la Orden de Razas, ningún mestizo de por aquí estaría dispuesto a tontear con un puro.

—¿Están cambiando la Orden de Razas?

—Intentar es la palabra clave. Lograrlo es otra historia.

Los ojos de Caleb se abrieron de par en par ante la inesperada voz. Me giré, casi soltando mi copa. Kain Poros estaba sentado en el borde de la barandilla, vestido con el uniforme del Covenant.

—¿Qué haces aquí?

—Hacer de niñera —gruñó Kain—, y no me importa lo que estéis bebiendo, así que dejad de buscar dónde tirar la copa.

Una vez que me recuperé por la impresión ante su displicente actitud sobre los menores y la bebida, sonreí.

—¿Así que están intentando cambiar la Orden de Razas?

—Sí, pero están encontrando mucha oposición —paró, estrechando la mirada hacia un mestizo que se estaba acercando demasiado a la hoguera que alguien había decidido encender.

—¡Hey! ¡Sí! ¡Tú! Apártate de ahí a hora mismo.

Caleb se me acercó, poniendo su copa en el suelo como si nada.

—Odio que lo llamen Orden de Razas. Suena muy ridículo.

—Estoy de acuerdo —asintió Kain—. Pero así es como la han llamado siempre.

Llegado a este punto habíamos reunido un poco de público.

—¿Puede alguien explicarme por favor qué narices están intentando cambiar?

—Es una petición para quitar la orden en contra de que se mezclen las dos razas.

Un chico de pelo marrón rapado muy corto sonrió satisfecho.

—¿Una petición para permitir que los mestizos y los puros se mezclen? —abrí los ojos de par en par—. ¿Quién lo ha instado?

El puro resopló.

—No tengas muchas esperanzas. No va a ocurrir. El permitir que los mestizos y los puros se mezclen no es lo único que están intentando. El Consejo no va a hacer nada en contra de los dioses y por supuesto que no van a permitir que entren mestizos en el Consejo. No hay nada por lo que emocionarse.

Las enormes ganas de tirarle la copa a la cara eran difíciles de ignorar, pero dudo

que Kain estuviese a favor de ello.

—¿Quién eres?

Sus ojos se clavaron en mí, obviamente no le gustó mi tono.

—¿No debería de ser yo el que te lo preguntase a ti, mestiza?

Caleb interrumpió antes de que pudiese responder.

—Se llama Cody Hale.

Ignoré a Caleb y me encaré al puro.

—¿Debería saber quién eres?

—Déjalo, Álex —Kain se bajó de la barandilla, recordándome mi lugar en esta vida. Si Cody decía salta, yo tendría que preguntar cómo de alto. El responderle así no era como un mestizo trataba a un puro; nunca—. Da igual, he oído a miembros del Consejo hablar sobre ello. Los mestizos del Covenant de Tennessee tienen mucho respaldo. Están pidiendo estar en el Consejo.

—Dudo que lleguen a nada —dijo Caleb.

—No lo sabemos —respondió Kain—. Hay bastantes probabilidades de que el Consejo los escuche en noviembre y puede que incluso estén a favor.

Alcé las cejas.

—¿Cuándo comenzó todo esto?

—Hará algo así como un año —Kain se encogió de hombros—. Ha traído mucho movimiento. El Covenant de Dakota del Sur también está metido en ello. Ya era hora también.

—¿Y qué pasa con este y el de Nueva York? —pregunté.

Caleb resopló.

—Álex, la rama de Carolina del Norte aún está anclada en tiempos de los griegos y estando el Consejo principal en Nueva York, van a aferrarse a las antiguas reglas y ritos. En las afueras, al norte, es otro mundo totalmente distinto. Es brutal.

—Y si hay un movimiento tan fuerte, ¿por qué tienen tantos problemas Hector y Kelia? —arrugué la frente recordando la historia que me contó Caleb.

—Porque no ha ocurrido nada, y creo que nuestros Patriarcas tratan de darnos ejemplo con ellos —Kain tensó los labios.

—Sí, un modo de recordarnos a dónde pertenecemos y qué pasa si no seguimos las reglas —Jackson se abrió paso a través del pequeño grupo, sonriendo a pesar de lo deprimentes que eran sus palabras.

—Oh, por el amor de los dioses —Kain chasqueó la lengua. Se dio la vuelta y salió del porche. Dos mestizos estaban intentando arrancar un todoterreno.

—Más o vale a vosotros dos estar a más de un kilómetro de ese cacharro antes de que llegue ahí. ¡Sí! ¡Vosotros dos!

La conversación sobre la petición empezó a disminuir según iban pasando más vasos de plástico. Al parecer, las discusiones sobre política sólo eran socialmente aceptables tras la tercera copa. Yo seguía pensando acerca de la Orden de Razas y lo que podría significar cuando Jackson se sentó en el columpio a mi lado.

Levanté la cabeza, sonriendo.

—Hey.

Me dirigió una sonrisa encantadora.

—¿Has visto a Lea?

—¿Y quién no? —reí.

Él no lo encontró ni de cerca tan divertido como yo, pero mi comentario sarcástico sirvió para dos cosas. Jackson se pegó a mí el resto de la noche, y cuando Lea reapareció, su cara se volvió de un tono rojizo cuando vio lo cerca que estábamos Jackson y yo. Y realmente estábamos súper cerca en el columpio del porche. Estaba prácticamente sobre su regazo. Le levanté la copa a Lea.

La mirada entrecerrada que me dirigió lo decía todo. Encantada conmigo misma, me giré hacia Jackson son una sonrisa satisfecha.

—Tu novia no parece muy contenta.

—No lo está desde que volviste —me pasó un dedo por el brazo—. ¿Qué es lo que pasa entre las dos, por cierto?

Lea y yo siempre habíamos estado así. Supuse que tenía mucho que ver con el hecho de que las dos éramos agresivas, polémicas y bastante increíbles. Pero aún había más; lo único es que no me acordaba. Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe?

Zarak finalmente apareció y estaba más que feliz de verme. Gracias a él y a Cody, todo el mundo estaba encantado con la idea de cambiar la fiesta a otro sitio llevándose los Porsches de mamá y papá a Myrtle.

Como estaba ocupada con Jackson, perdí la pista a Caleb en algún momento, y escondí mi vaso medio lleno tras el columpio. Me gustaba el estar contentilla, pero sólo estaba a unos pocos tragos de acabar borrachilla.

—¿Te vas con ellos?

Fruñí el ceño, y miré hacia Jackson.

—¿Cómo?

Sonrió, inclinándose tanto hacia mí que sus labios casi rozaron mi oreja al hablar-me.

—¿Vas a Myrtle?

—Oh —columpié los pies hacia delante y atrás—. No sé, pero suena divertido.

Jackson me cogió de las manos, obligándome a ponerme de pie.

—Zarak se va ya. Podemos irnos con él.

Debí haberme perdido la parte en la que él y yo nos convertimos en «nosotros», pero no protesté cuando me hizo bajar las escaleras e ir por la playa. Muchos de los chicos ya se habían ido, y yo vi de un vistazo a Lea metiéndose en el asiento trasero con Deacon. No tenía ni idea de dónde estaba Kain; la última vez que le vi fue cuando lo del todoterreno.

Zarak se metió en el asiento del conductor del único coche que quedaba —al menos él parecía estar suficientemente bien como para estar detrás del volante. La chica que había visto antes con Deacon estaba tomándose su tiempo decidiendo cuál era el más chulo.

Estaba empezando a aburrirme así que me apoyé contra la casa mientras la chica hablaba con Lea. Jackson se acercó a mí.

Eché la cabeza hacia atrás, encantada por la forma en que la cálida brisa acariciaba mis mejillas.

—¿No deberías irte con ella?

Se quedó callado, mirando por encima de su hombro.

—Obviamente ella tiene otros planes.

—Pero te está mirando —señalé. Tenía su cara pegada contra la ventana.

—Déjala que mire —se acercó más, con una sonrisa picarona—. Ya ha tomado su decisión, ¿no?

—Supongo.

—Y yo he tomado la mía —Jackson se inclinó para besarme.

Aunque me habría encantado ver la cara de Lea después de besar a Jackson, me eché a un lado. Jackson era un jugador buscando las mismas condiciones, y yo no quería participar en ese tipo de juegos.

Rió y me cogió, juguetón. Me sujetó bien del brazo y me empujó hacia atrás.

—¿Me vas a hacer ir detrás de ti?

Mi puntito feliz de borrachilla tenía el potencial de convertirse en algo malo si esto seguía así. Soltándome el brazo, forcé una sonrisa.

—Será mejor que te vayas yendo. Zarak va a dejarte aquí.

Volvió a intentar cogerme, pero esquivé esas manos demasiado amistosas.

—¿Tú no vas?

Moví la cabeza.

—Nah. Creo que ha sido suficiente por hoy.

—Me puedo quedar haciéndote compañía si es lo que quieres. Podemos continuar la fiesta en mi residencia o en la habitación de Zarak —comenzó a andar de espaldas, hacia el coche—. No creo que le importe. Última oportunidad, Álex.

Necesité de todo mi autocontrol para no reírme. Negué con la cabeza y me alejé, sabiendo que estaba pareciendo toda una calientabraguetas.

—Quizá la próxima vez —y me di la vuelta, sin darle a Jackson ni un momento para que me arrastrase hacia ese coche.

Me pregunté si Caleb se habría ido a Myrtle, y fui volviendo por la playa hacia el puente, pasando por varias silenciosas casas en la costa. El aire que me rodeaba olía a sal. Me encantaba ese olor. Me recordaba a mi madre, a mí y los días que solíamos pasar en la arena. Tan metida estaba en mis recuerdos, que sólo volví a la realidad cuando un suave escalofrío me recorrió la espalda según me acercaba al puente.

Los arbustos despeinados y las hierbas altas se mecían con la fresca brisa. Era extraño, ya que esa brisa había sido agradable sólo unos minutos antes. Di un paso adelante, observando el pantano. La oscuridad cubría la ciénaga, pero una sombra más densa destacaba entre las demás, volviéndose más sólida por segundos.

El viento llevaba un susurro. «Lexie...»

Tenía que estar oyendo cosas raras. Sólo mamá me llamaba Lexie, no podía haber nada ahí, pero el miedo seguía enroscado en mi estómago como un muelle.

Sin avisarme, unas manos fuertes me cogieron de los hombros y me tiraron hacia atrás. Mi corazón se paró y por un momento, no sabía quién me había agarrado por detrás. Me entró el instinto de comenzar a dar golpes, pero en ese momento capté el olor familiar a jabón y océano.

Aiden.

—¿Qué estás haciendo? —su voz tenía un punto de exigencia.

Me di la vuelta y me lo quedé mirando. Sus ojos eran finas hendiduras. Verle me dejó sin habla un segundo.

—Yo... hay algo por ahí.

Las manos de Aiden me soltaron los hombros y se giró hacia donde le había indicado. Por supuesto, no había nada allí más que las sombras normales que la luna

dejaba por el pantanal. Me miró.

—Ahí no hay nada. ¿Qué haces aquí fuera tú sola? No puedes salir de la isla sin vigilancia, Álex. Nunca.

Caray. Di un paso atrás, sin saber cómo responder.

Entonces él se inclinó, olfateando el aire.

—Has estado bebiendo.

—No he bebido.

Alzó las cejas y tensó los labios.

—¿Qué hacías fuera del Covenant?

Jugueteé con el borde de mi camiseta.

—Estaba... visitando unos amigos, y si recuerdo bien, se me dijo que no podía salir de la isla. Técnicamente sigo estando en Deity Island.

Movió la cabeza un poco a un lado, cruzando los brazos.

—Estoy bastante seguro de que se daba por supuesto que era quedarse en la isla controlada por el Covenant.

—Bueno, ya sabes lo que dicen sobre dar por supuestas las cosas.

—Álex —bajó la voz en advertencia.

—¿Qué haces tú aquí fuera, merodeando en la oscuridad como si fueses un... merodeador? —una vez que esa última palabra salió de mi boca, me dieron ganas de darme una torta.

Aiden rió incrédulo.

—No es que tengas que saberlo, pero estaba siguiendo a un grupo de idiotas que iban hacia Myrtle Beach.

Abrí la boca.

—¿Los estabas siguiendo?

—Sí, un montón de Centinelas los estábamos siguiendo —los labios de Aiden se curvaron en una sonrisa—. ¿Qué pasa? Pareces sorprendida. ¿De verdad piensas que íbamos a dejar que un montón de jóvenes salieran de la isla sin protección? Quizá no se den cuenta de que estamos siempre siguiéndolos, pero nadie sale de aquí sin que lo sepamos.

—Bueno... eso es fantástico —almacené bien esa información—. ¿Entonces por qué sigues aquí?

No respondió a la pregunta inmediatamente, ya que estaba ocupado arrastrándome por el puente.

—Vi que no te habías ido con ellos.

Tropecé.

—¿Qué... has visto exactamente?

Me miró, levantando una ceja.

—Suficiente.

Me puse roja de pies a cabeza, gruñí.

Aiden se rió en voz baja pero le oí.

—¿Por qué no te has ido con ellos?

Pensé si decirle lo que ya sabía, pero decidí que ya tenía suficientes problemas.

—Supuse... que ya me había metido en suficientes estupideces para toda la noche.

Entonces se rió más alto. Fuerte y alto. Guay. Miré hacia él, esperando ver *sus*

hoyuelos. No hubo suerte.

—Está bien escucharte decir eso.

Dejé caer los hombros.

—¿En cuánto lío me he metido?

Aiden pareció pensar en ello unos momentos.

—No voy a decírselo a Marcus, si es a lo que te refieres.

Sorprendida, le sonreí.

—Gracias.

Miró hacia otro lado, moviendo la cabeza.

—No me des las gracias aún.

Recordé la primera vez que me dijo eso. Me pregunté cuándo se supone que podría darle las gracias.

—Pero no quiero volver a pillarte con una bebida en la mano.

Puse los ojos en blanco.

—Dioses, otra vez, pareces un padre. Tienes que empezar a actuar como alguien de veinte años.

Ignoró eso, saludando con la cabeza a los Guardias que pasamos al otro lado del puente.

—Ya es bastante malo que tenga que ir detrás de mi hermano. Por favor, no te sumes a mis problemas.

Le miré disimuladamente. Iba mirando al frente, se le marcaba un músculo en la mandíbula.

—Sí... parece que puede dar algunos.

—Algunos y más.

Recordé lo que dijo Deacon sobre Aiden asegurándose de que a partir de ahora me comportara debidamente.

—Lo... siento. No quiero que te sientas como... si me tuvieses que estar cuidando todo el tiempo.

Aiden me miró fijamente.

—Vaya... gracias.

Retorcí los dedos, quedándome sin palabras por alguna razón.

—Debe haber sido duro tener que criarlo prácticamente solo.

Resopló.

—No tienes ni idea.

Realmente no la tenía. Aiden era sólo un crío cuando sus padres fueron asesinados. ¿Y si yo hubiese tenido un hermano o hermana pequeños y fuese responsable de ellos? De ningún modo. No podía ni siquiera ponerme en su lugar.

Pasaron unos momentos antes de que le preguntase.

—¿Cómo... lo hiciste?

—¿Hacer qué, Álex?

Pasamos el puente y el Covenant se extendía ante nosotros. Bajé el paso.

—¿Cómo te hiciste cargo de Deacon después de que... ocurriese algo tan horrible?

En sus labios se formó una sonrisa forzada.

—No tenía otra opción. Me negué a que Deacon fuese entregado a otra familia. Creo que... mis padres hubiesen querido que fuese yo el que lo criase.

—Pero eso es mucha responsabilidad. ¿Cómo lo hiciste mientras ibas a clase? Qué

demonios, ¿mientras entrenabas?

Graduarse en el Covenant no significaba el fin del entrenamiento de un Centinela. El primer año de trabajo era realmente duro. El tiempo se dividía entre seguir de cerca a Centinelas entrenados llamados Guardias y seguir entrenando en clases de artes marciales de alto rendimiento y pruebas de esfuerzo.

Metió las manos en los hondos bolsillos de su uniforme negro del Covenant.

—Había veces en que me planteé hacer lo que mi familia habría querido para mí. Ir a la universidad y volver, para entrar en la política de nuestro mundo. Sé que mis padres habrían querido que me hiciese cargo de Deacon, pero lo último que habrían querido para mí hubiese sido que fuese un Centinela. Nunca entendieron... este tipo de vida.

La mayoría de los puros no lo entendían, ni siquiera yo lo entendía del todo hasta que vi a mi madre siendo atacada. No hasta que sentí la necesidad de ser Centinela. Echando fuera todos los pensamientos negativos, intenté pensar en lo que recordaba sobre sus padres.

Parecían jóvenes, como la mayoría de los puros, y por lo que sabía, habían sido poderosos.

—Estaban en el Consejo, ¿verdad?

Asintió.

—Pero después de su muerte, lo que quise fue ser Centinela.

—Lo que *necesitabas* —corregí suavemente.

Bajó el paso y pareció sorprendido.

—Tienes razón. El ser Centinela era algo que necesitaba; aún lo necesito —hizo una pausa, mirando al infinito—. Ya lo debes saber. Es lo que necesitas.

—Sí.

—¿Cómo sobreviviste? —me pasó la pregunta a mí.

Un poco incómoda, me concentré en las aguas tranquilas del océano. De noche, bajo la luz de la luna, parecían tan oscuras y densas como el petróleo.

—No lo sé.

—No tenías otra opción, Álex.

Me encogí de hombros.

—Supongo.

—No te gusta hablar de ello ¿no?

—¿Tan obvio es?

Nos paramos donde el camino se bifurcaba hacia las residencias.

—¿No crees que sea una buena idea hablarlo? —su voz tenía un tono serio que lo hizo sonar mucho más mayor—. Casi no has tenido tiempo para lidiar con lo que le ocurrió a tu madre... lo que presenciaste y tuviste que hacer.

Sentí cómo se me tensaba la mandíbula.

—Lo que tuve que hacer es lo que los Centinelas tienen que hacer. Me estoy entrenando para matar daimons. Y no puedo hablar con nadie. Si Marcus llegase a sospechar que tengo problemas con ello, me entregaría a Lucian.

Aiden paró y cuando me miró, en su cara había una cantidad infinita de paciencia. De nuevo, me encontré con lo que Deacon había dicho.

—Sólo tienes diecisiete años. La mayoría de los Centinelas no matan por primera vez hasta un año o dos después de graduarse.

Suspiré; ahora era un buen momento para cambiar de tema.

—¿Sabes lo que dijiste sobre que tus padres no querían que tuvieses esta vida?

Aiden asintió, con una expresión de curiosidad en la cara. Seguramente se preguntaba dónde narices quería ir a parar con esto.

—Creo que... no creo, sé que aun así estarían orgullosos de ti.

Levantó una ceja.

—¿Piensas eso porque me ofrecí para entrenarte?

—No. Pienso eso porque me acuerdo de ti.

Mis palabras parecieron pillarlo por sorpresa.

—¿Cómo? No coincidíamos en ninguna clase ni horario.

—Te vi unas cuantas veces. Siempre sabía cuándo andabas por aquí —le solté.

Los labios de Aiden se levantaron por los lados al mirarme.

—¿Qué?

Di un paso atrás, poniéndome roja.

—Quiero decir, tenías reputación de ser algo increíble. Incluso a pesar de estar todavía en la escuela, todo el mundo sabía que ibas a ser un Centinela increíble.

—Oh —rió de nuevo, relajándose un poco—. Supongo que tendría que estar halagado.

Asentí enérgicamente.

—Deberías estarlo. Todos los mestizos te admiran. Bueno, los que quieren ser Centinelas. Justo el otro día me estuvieron contando cuántos has matado. Es legendario. Especialmente para un puro... lo siento. No quería decir que matar a un montón de daimons sea necesariamente algo bueno o algo de lo que sentirse orgulloso, pero... tengo que callarme ya.

—No. Entiendo lo que dices. Matarlos es una necesidad que tiene nuestro mundo. Cada uno se lleva lo suyo, porque los daimons solían ser buenas personas. Alguien a quien podrías haber conocido. Nunca es fácil quitarle la vida a alguien, pero hacerlo a quien alguna vez consideraste un amigo es... mucho más difícil.

Hice una mueca.

—Yo no sé si podría hacerlo... —vi desaparecer la diversión de su cara. Esa no debía ser la respuesta correcta—. Quiero decir, cuando vemos al daimon, los mestizos podemos verlos tal y como son ahora. Al menos al principio, y luego les vemos tal y como eran antes. La magia elemental los vuelve a cambiar para que se parezcan a cómo eran antes. Pero tú ya sabes eso, claro, aun cuando no puedes ver tras la magia negra como nosotros. Yo podría. Estoy segura de que podría matar a alguien a quien conocí.

Los labios de Aiden se tensaron y miró hacia otro lado.

—Es duro cuando es alguien a quien conocías.

—¿Alguna vez has luchado contra alguien que conocías antes de volverse al lado oscuro?

—Sí.

Tragué saliva.

—¿Y lo...?

—Sí. No fue fácil —me miró a la cara—. Se está haciendo tarde, tu toque de queda ha pasado hace rato, y no te vas a librar por lo de esta noche. Espero verte en el gimnasio mañana a las ocho.

—¿Cómo? —había asumido que tendría el fin de semana libre.

Simplemente levantó las cejas.

—¿Tengo que hacerte una lista de todas las reglas que has incumplido?

Quise señalar que yo no era la única que había incumplido las normas esta noche —y que algunas personas que no eran yo seguían incumpléndolas— pero logré mantener la boca cerrada. Hasta yo sabía que mi castigo podría haber sido mucho peor. Asentí y me giré hacia mi residencia.

—¿Álex?

Me di la vuelta imaginándome que había cambiado de idea y me iba a mandar ir a ver a Marcus por la mañana a confesarle mi mal comportamiento.

—¿Sí?

Se apartó un mechón de pelo oscuro de la frente y me mostró esa sonrisilla ladeada.

—Me acuerdo de ti.

Me extrañé.

—¿Qué?

La sonrisilla aumentó a una enorme sonrisa. Y... oh, amigo. Tenía hoyuelos. Me quedé sin aire.

—Yo también me acuerdo de ti.

Capítulo 8



ESTABA CASTIGADA.

Parece que la parte de la conversación de anoche acerca de no poder salir de la isla controlada por el Covenant no era una suposición. Vale, yo ya lo sabía, pero sinceramente, ¿era para tanto?

Para Aiden sí que lo era.

Arrastró mi culo hasta el gimnasio a primera hora de la mañana y nos pasamos gran parte del día allí. Me enseñó algunos ejercicios que quería que hiciese, unas cuantas repeticiones con peso, y luego toda una tanda de cardio. Odiaba el cardio.

Mientras corría de una máquina a otra, Aiden se sentaba, estiraba esas piernas tan largas que tenía y abría un libro que seguramente pesaba tanto como yo.

Miré hacia la máquina de levantar peso con las piernas.

—¿Qué lees?

No levantó la vista.

—Si puedes hablar mientras te ejercitas es que no estás haciendo suficiente.

Le hice una mueca mientras él mantenía la cabeza agachada y me subí a la máquina. Tras hacer las repeticiones, me di cuenta de que no había una manera elegante de salir de esa cosa. Consciente de que iba a parecer una idiota, le eché un ojo rápido a Aiden antes de salir rodando de la máquina.

Había unas cuantas máquinas más con las que quería que trabajase y estuve callada durante los siguientes cinco minutos o así.

—¿Quién lee libros tan grandes por diversión?

Aiden levantó la cabeza, atravesándome con su mirada aburrida.

—¿Quién habla para que nadie le escuche?

Abrí los ojos.

—Hoy estás de un humor adorable.

Con el libro enormemente grande en equilibrio sobre una rodilla, pasó una página.

—Tienes que trabajar en la fuerza de la parte superior de tu cuerpo, Álex. No en tus habilidades del habla.

Miré a la pesa y me la imaginé volando por la habitación —hacia su cara. Pero era una cara bonita, y no me gustaría estropearla. Las horas siguieron así. Él leía el libro; yo le molestaba; él me gritaba, y entonces yo cambiaba de máquina.

A pesar de lo triste que era, me estaba divirtiendo molestándole y creo que él también. De vez en cuando, una pequeña —y digo *realmente* pequeña— sonrisa aparecía en sus labios cada vez que le hacía una pregunta irritante. Ni si quiera estaba segura de que le estuviese prestando atención al libro de—

—Álex, deja de mirarme y haz algo de cardio —pasó otra página.

Pestañeé.

—Espero que ese libro tuyo vaya sobre el encanto y habilidades de personalidad. ¡Ja! Apareció esa sonrisa fantasma.

—Cardio, haz cardio. Eres rápida, Álex. Los daimons también son rápidos, y los daimons hambrientos lo serán más aún.

Eché la cabeza hacia atrás y gruñí mientras me arrastraba hacia la cinta de correr que me había indicado antes.

—¿Cuánto rato?

—Sesenta minutos.

¡Madre mía! ¿Estaba loco? Cuando se lo pregunté, no lo encontré divertido. Necesité varios intentos para poner la cinta a una velocidad a la que pudiese trotar.

Cinco minutos después, Aiden levantó la vista y vio lo rápido que iba. Desesperado conmigo, se levantó y se acercó hasta donde estaba corriendo. Sin mediar palabra, aumentó la velocidad por encima del cuatro —yo estaba en el dos— y volvió a su pared y su libro.

Que le den.

Sin aliento y completamente fuera de forma todavía, casi me caigo de la cinta cuando llegué a los sesenta minutos y bajé el ritmo hasta el modo de calentamiento. Miré hacia donde estaba Aiden apoyado en la pared, absorto en su libro tamaño mamut.

—¿Qué... estás leyendo?

Miró hacia arriba y suspiró.

—Mitos y leyendas griegas.

—¡Oh! —siempre me había gustado leer lo que el mundo mortal escribía sobre nuestros dioses. Algunas de las cosas eran bastante correctas mientras que el resto eran sólo tonterías.

—Lo cogí de la biblioteca. Ya sabes, ese sitio a donde deberías ir en tu tiempo libre en lugar de beber.

Me encogí de hombros y sacudí los brazos.

—Odio la biblioteca. Todos odian la biblioteca.

Movió la cabeza y cerró el libro.

—¿Por qué los mestizos creéis que hay Cancerberos, Arpías y Furias viviendo en la biblioteca? No lo entiendo.

—¿Acaso no has estado en la biblioteca? Argh. Da miedo y todo el rato oyes cosas raras. De niña, escuché una vez algo gruñendo allí —me bajé de la cinta y me paré frente a él—. Caleb oyó alas moviéndose, cerca del suelo. No es broma.

Aiden rió bien alto.

—Chicos, sois absurdos. No hay nada en la biblioteca. Y todas esas criaturas hace tiempo que las sacaron del mundo mortal. De todas formas —levantó el libro y lo agitó—, es uno de tus libros de texto.

Me dejé caer a su lado.

—Oh. Que aburrimiento. No puedo creer que leas libros de texto sólo por diversión —hice una pausa, reconsiderándolo—. Da igual. Ahora que lo he vuelto a pensar, sí que me creo que leas libros de texto por diversión.

Volvió la cabeza hacia mí.

—Estiramientos para calentar.

—¡Sí, señor! —le saludé, estiré las piernas y me agarré los pies—. Bueno, ¿y qué mito te estás leyendo? ¿Algo sobre que Zeus es el dios más promiscuo de todos? —esa era una leyenda sobre la que los mortales sí que habían acertado. Él era responsable de la mayoría de los semidioses originales de hace años.

—No —me dio el libro—. Aquí tienes. ¿Por qué no lo coges y lees un poco? Tengo el presentimiento de que después de lo de hoy vas a pasar largas noches en tu cuarto.

Puse los ojos en blanco, pero cogí el libro. Tras el entrenamiento, quedé con Caleb y estuve quejándome durante una hora sobre cómo Aiden no estaba siendo nada agradable. Después me estuve quejando sobre cómo él había desaparecido la noche pasada dejándome sola con Jackson.

Los amigos no dejan que sus amigas actúen como guarras.

Poco después, me fui sin dudarle a mi habitación en lugar de escaparme con Caleb. Tenía la sospecha de que si lo hacía, me pillarían, y la verdad es que no quería pasarme otro día en el gimnasio. Ya era suficientemente horrible tener que pasar una o dos horas ahí todas las noches.

Aburrida a más no poder, agarré ese libro que olía a humedad y fui pasando las hojas de esa antigualla. La mitad del libro estaba escrito en griego antiguo y fuera de mis posibilidades de descifrarlo. Sólo me parecían un montón de líneas garabateadas. Tras encontrar la parte en mi idioma, descubrí que eran leyendas o mitos. Era una lista detallada de todos los dioses, de lo que representaban y cómo llegaron al poder. Había incluso una sección sobre pura-sangres y sus descendientes de menor valor —nosotros. Literalmente, así era como se nos nombraba en este libro.

No es broma:

LOS PURA-SANGRE Y SUS DESCENDIENTES DE MENOR VALOR LOS MESTIZOS.

Fui pasando las páginas, parando en un pequeño bloque de texto bajo el nombre de «Ethos Krian». Hasta yo me acordaba de ese nombre. Todos los mestizos lo recordábamos. Él fue el primero de un grupo selecto de mestizos que podía controlar los elementos. Pero... oh, era más que eso. Fue el primer *Apollyon* —el único mestizo con la habilidad de controlar los elementos y usar el mismo tipo de compulsiones que los puros usaban con los mortales.

En otras palabras, el Apollyon era una pasada de mestizo.

ETHOS KRIAN, NACIDO DE UN PURA-SANGRE Y UNA MORTAL EN NÁPOLES, EN EL 2848 ED (1256 DC), FUE EL PRIMER MESTIZO QUE SE CONOCE EN TENER LAS HABILIDADES DE UN VERDADERO HEMATOI. TAL Y COMO PREDIJO EL ORÁCULO DE ROMA, CON DIECIOCHO AÑOS, LA PALIGENESIA DESPERTÓ EL PODER DE ETHOS.

HAY DIFERENTES ESCUELAS DE PENSAMIENTO SOBRE EL ORIGEN DEL APOLLYON Y SU PROPÓSITO. LA CREENCIA POPULAR ES QUE LOS DIOS QUE TIENEN SEDE EN OLYMPIA OTORGARON EL PODER DE LOS CUATRO ELEMENTOS Y EL PODER DE AKASHA, EL QUINTO Y FINAL ELEMENTO, A ETHOS, COMO MEDIDA PARA ASEGURARSE DE QUE EL PODER DE NINGÚN PURA-SANGRE SUPERASE AL DE SUS SEÑORES. EL APOLLYON TIENE RELACIÓN DIRECTA CON LOS DIOS Y ACTÚA COMO EL DESTRUCTOR. EL APOLLYON

SE CONOCE COMO «EL QUE CAMINA ENTRE LOS DIOS».

DESDE EL NACIMIENTO DE ETHOS, HA NACIDO UN APOLLYON EN CADA GENERACIÓN, TAL Y COMO DICTÓ EL ORÁCULO...

La sección continuaba listando los nombres de los otros Apollyons, parando en el año 3517 del calendario Hematoi —1925 DC.

Necesitábamos *urgentemente* unos libros de texto actualizados.

Salté esa parte y pasé de página. Había otra parte que describía las características del Apollyon y otro pasaje que no me sonaba.

Se me paró la respiración cuando lo leí una vez, y otra. «No puede ser».

EN TODO ESTE TIEMPO, SÓLO UN APOLLYON HA NACIDO EN CADA GENERACIÓN EXCEPTO LO QUE ACABÓ SIENDO CONOCIDO COMO «LA TRAGEDIA DE SOLARIS». EN EL AÑO 3203 DE (1611 DC), UN SEGUNDO APOLLYON FUE DESCUBIERTO EN EL NUEVO MUNDO. LA PALINGENESIS DESPERTÓ EL PODER DE SOLARIS (DE APELLIDO Y FAMILIA DESCONOCIDA) EN SU DECIMOCTAVO CUMPLEAÑOS, DESENCA- DENANDO UNA SERIE DE ASOMBROSOS Y DRAMÁTICOS ACONTECIMIENTOS. HASTA LA FECHA, NUNCA HA HABIDO UNA EXPLICACIÓN DE CÓMO EXISTIERON DOS APOLLYONS EN LA MISMA GENERACIÓN O PORQUÉ.

Volví a leer la sección. *Nunca* podía haber dos Apollyons. Jamás. Había escuchado leyendas cuando era pequeña sobre la posibilidad de que hubiera dos, pero las tomé como... eso, leyendas. Continué, y rápidamente me di cuenta de que no tenía ni puñetera idea.

SE CREE QUE EL PRIMERO NOTÓ LA PRESENCIA DE OTRO APOLLYON CERCA DE SU DECIMOCTAVO CUMPLEAÑOS Y, SIN CONOCER LAS CONSECUENCIAS, SE FUE CON ELLA AL NUEVO MUNDO. LOS EFECTOS DE LA UNIÓN SE RELATAN COMO DEVASTADORES Y DAÑINOS TANTO PARA LOS PURA-SANGRE COMO PARA SUS SEÑORES, LOS DIOS. TRAS ENCONTRARSE, COMO SI FUESEN DOS MITADES DESTINADAS A SER UNO, LOS PODERES DE SOLARIS PASARON AL PRIMER APOLLYON, Y ASÍ EL PRIMERO SE CONVIRTIÓ EN LO QUE SIEMPRE SE HA TEMIDO: EL DIOS ASESINO. EL PODER DEL PRIMERO SE VOLVIÓ INESTABLE Y DESTRUCTIVO.

LA REACCIÓN DE LOS DIOS, ESPECIALMENTE DE LA ORDEN DE THANATOS, FUE RÁPIDA Y TAJANTE. AMBOS APOLLYONS FUERON EJECUTADOS SIN JUICIO.

«Wow...» Cerré el libro de un golpe y me volví a sentar. Los dioses, cuando se sienten amenazados, no se andan con tonterías. Un Apollyon actuaba como sistema de comprobación y estabilidad, capaz de poder luchar contra todo, ¿pero si había dos de ellos a la vez?

Ahora había un Apollyon, pero no lo conocía. Era como un famoso. Sabíamos que estaba en algún sitio, pero nunca lo habíamos visto en persona. Sabía que el Apollyon ahora estaba centrado en los daimons en lugar de impartir justicia a los pura-sangre. Desde la creación del Consejo, los puros ya no pensaban que pudiesen enfrentarse a los dioses —o, al menos, no lo decían tan abiertamente.

Dejé el libro a un lado y apagué la lámpara.

Pobre Solaris.

En algún lugar, los dioses la habían cagado y habían creado dos. No es que fuese

su culpa. Seguramente ella ni lo habría visto venir.

...

Mientras el entusiasmo por el Solsticio de Verano hervía por todo el Covenant, yo seguí en mi vida de entrenamiento a un mestizo. La emoción por mi presencia se había acabado ya, y la mayoría de los estudiantes que se habían quedado en el Covenant durante el verano ya estaban acostumbrados a tenerme por allí. Por supuesto, el hecho de haber matado a dos daimons seguía asegurando mi genialidad. Incluso los comentarios maliciosos de Lea se habían vuelto menos frecuentes.

Lea y Jackson habían roto, habían vuelto juntos, y hasta donde yo sabía, habían vuelto a cortar.

Durante el tiempo que Jackson fue un hombre libre, desarrollé el hábito de evitarle. Sí, era atractivo puro, pero también era súper rápido con las manos, y más de una vez las tuve que apartar de mi culo. Caleb siempre advertía que no podía quejarme, ya que era yo la que me lo había buscado.

Otro tipo de rutina extraña se había establecido, pero esta vez entre Aiden y yo. Dado que por las mañanas siempre estoy insoportable, solíamos comenzar los entrenamientos con estiramientos y algunas vueltas corriendo —básicamente, cualquier cosa que no nos dejase hablar. Al final de la mañana, ya era menos probable que le arrancase la cabeza y estaba más receptiva para meterme en la cuestión. Nunca volvió a mencionar la noche que me pilló en la fiesta y hablamos sobre nuestras necesidades de convertirnos en Centinelas. Tampoco me explicó nunca lo que quiso decir con «yo también me acuerdo de ti».

Está claro que pensé en un millón de explicaciones absurdas. Mi talento era tan increíble que *todo el mundo* sabía quién era. O mis travesuras dentro y fuera de los entrenamientos me habían dado el derecho a convertirme en una leyenda. O era tan increíblemente guapa que no podía evitar fijarse en mí. Esa última era la más absurda. Por aquel entonces sólo era una pringada desgarbada. Por no mencionar que alguien como Aiden nunca miraría a una mestiza de esa forma.

Durante los entrenamientos, Aiden era duro e inflexible con sus métodos. Sólo algunas veces parecía no darse cuenta y sonreír cuando pensaba que no estaba mirando. Pero siempre estaba mirando.

¿Quién podía culparme? Aiden era... la belleza hecha persona. Yo iba cambiando entre mirar los músculos que se le marcaban en los brazos y tener envidia de cómo se movía con tanta elegancia, pero era más que sólo su habilidad para hacerme babear. Nunca en mi vida había conocido a nadie tan paciente y tolerante conmigo. Los dioses saben que soy una pesada de cuidado, pero Aiden me trataba como si fuese su igual. La verdad es que ningún puro hacía eso. El día en que me avergoncé por haber retado a mi tío parecía estar olvidado, y Aiden lo hizo todo para asegurarse de que progresaba como se esperaba.

Con su guía, me iba acostumbrando a las exigencias del entrenamiento y el peaje que pagaba mi cuerpo. Incluso gané algo de peso. La parte de pringada seguía estando en el aire. Aiden *aún* seguía sin dejar que me acercase a menos de tres metros de ninguna de las atractivas armas.

El día del Solsticio de Verano, hacia el final del entrenamiento, intenté acercarme

al muro de la destrucción.

—Ni lo pienses. Te cortarás la mano... o la mía.

Me quedé helada, a un palmo de la daga siniestra. Mierda.

—Álex —Aiden sonó un poco divertido—. Nos queda poco tiempo. Tenemos que trabajar tus bloqueos.

Gruñí y me aparté de lo que realmente quería aprender.

—¿Otra vez los bloqueos? Es lo único que hemos hecho estas semanas.

Aiden cruzó los brazos sobre el pecho. Llevaba una camiseta blanca lisa. Le sentaba bien, muy bien.

—No es lo único que hemos hecho.

—Vale. Estoy lista para pasar a algo más, como entrenar con cuchillos o defensa contra las artes oscuras. Cosas guays.

—¿Acabas de citar a *Harry Potter*?

Sonreí.

—Puede.

Movió la cabeza.

—Hemos estado practicando patadas y puñetazos directos, Álex. Y tu bloqueo aún necesita trabajo. ¿Cuántas de mis patadas has podido bloquear hoy?

—Bueno... —hice una mueca. Él ya sabía la respuesta. Sólo había podido bloquear unas pocas—. Unas cuantas, pero es que eres rápido.

—Y los daimons son más rápidos que yo.

—No sé yo —nada era tan rápido como Aiden. La mitad de las veces se movía como un borrón. Pero me puse en posición y esperé.

Aiden me guió por los ejercicios una vez más, y podría haber jurado que ralentizó un poco sus patadas, porque bloqueé más que nunca. Nos separamos, a punto de comenzar otra ronda de patadas cuando sonó un silbido desde el pasillo. El culpable —Luke, de pelo color bronce— estaba en la puerta de la sala de entrenamientos. Sonreí y le saludé con la mano.

—No estás prestando atención —soltó Aiden.

La sonrisa desapareció de mi cara en cuanto Luke y unos cuantos otros mestizos desaparecieron de nuestra vista.

—Lo siento.

Soltó aire lentamente y me pidió que me acercase. Cumplí sin rechistar.

—¿Ese es otro de tus chicos? Siempre estás con ese otro.

Dejé caer las manos a los lados.

—¿Cómo?

Aiden echó rápidamente la pierna hacia delante. Casi no me dio tiempo de bloquearla.

—Que si es otro de tus chicos.

No sabía si reírme, enfadarme, o emocionarme porque se hubiese dado cuenta de que siempre iba con el *otro chico*. Poniéndome la coleta sobre el hombro, cogí su antebrazo antes de que conectase con mi estómago.

—No es que sea de tu incumbencia, pero no me silbaba a *mí* precisamente.

Eché la mano hacia atrás, con la frente arrugada.

—¿Qué quiere decir eso?

Levanté las cejas y esperé a que lo pillase. Cuando lo hizo, abrió los ojos de par

en par y su boca formó un círculo perfecto. En lugar de partirme el culo de risa como habría querido, le di una buena patada. Apunté al punto débil bajo las costillas, casi doy un grito por lo perfecta que iba a ser mi patada.

Nunca llegué a hacer contacto.

Con un certero movimiento del brazo, me tiró a la esterilla. De pie sobre mí, sonrió.

—Buen intento.

Me levanté sobre los codos, arrugando la frente.

—¿Por qué sonríes si me has tirado?

Me ofreció la mano.

—Las cosas pequeñas son las que me hacen feliz.

La acepté y me levantó.

—Bueno es saberlo —me encogí de hombros, pasé a su lado y cogí mi botella de agua—. Así que... ehm, ¿vas a las celebraciones de esta noche?

El Solsticio era algo grande para los puros. Era más de un mes de eventos sociales que terminaban con la sesión del Consejo de agosto. Esta noche era la fiesta más grande, y si los dioses fuesen a bendecirles con su presencia, sería esta noche. Dudaba que ninguno lo hiciese, pero los puros iban todos vestidos con sus túnicas de colores por si acaso.

También había un montón de fiestas en la isla principal —a las que no estamos invitados ningún mestizo; ninguno. Y como todos los padres de los puros estarían en casa, no habría fiestas en casa de Zarak. Sin embargo, se rumoreaba que habría una fiesta en la playa, preparada por el único e inimitable Jackson. No estaba segura de si iba a aparecer por allí.

—Seguramente —Aiden se estiró, enseñando una tira de piel por encima de sus pantalones—. No me gustan mucho esas cosas, pero tengo que aparecer por alguna de ellas.

Intenté concentrarme en su cara, y fue más difícil de lo que pensaba.

—¿Por qué tienes que hacerlo?

Sonrió.

—Es lo que tenemos que hacer los adultos, Álex.

Puse los ojos en blanco y di un trago.

—Puedes ir y quedar con los amigos. Te divertirás.

Aiden me miró con cara rara.

Bajé la botella.

—No sabes cómo divertirme ¿verdad?

—Claro que sí.

No sé de dónde me vino eso. No creo que Aiden *pudiese* divertirse. Igual que no podía soportar pensar de verdad, de verdad en lo que le pasó a mamá. Síndrome del superviviente —o al menos creo que así lo llaman.

Aiden se me acercó y me tocó el brazo.

—¿En qué piensas?

Miré hacia arriba, encontrándome con su mirada fija en mí.

—Solo estaba... pensando.

Se fue un poco hacia atrás, se apoyó despreocupado contra la pared y me miró curioso.

—¿Pensando en qué?

—Para ti es difícil... divertirse ¿no? Quiero decir, que nunca te veo haciendo nada. Sólo te veo con Kain o Leon y nunca con chicas. Sólo te he visto una vez con vaqueros... —me callé, poniéndome roja. ¿Qué tendría que ver con nada el verle en calzoncillos? Pero habrían sido unas vistas increíbles—. Da igual, supongo que es difícil después de lo que les pasó a tus padres.

Aiden se apartó de la pared, con la mirada dura de repente.

—Tengo amigos, Álex, y sé cómo divertirme.

Me puse aún más roja. Obviamente había dado con el dedo en la llaga. Uuuups. Me sentí muy estúpida, así que acabé el entrenamiento y me fui corriendo a mi residencia. A veces me preguntaba en qué pensaba cuando abría la boca.

Enfadada conmigo misma, me di una ducha rápida y me puse un par de shorts. Poco después, me fui hacia el centro del campus donde había quedado con Caleb en la cafetería, decidida a olvidar mi torpeza.

Caleb ya estaba allí, enfrascado en una conversación con otro mestizo sobre quién había sacado mejores puntuaciones en sus ejercicios de campo al final del último semestre. Como yo aún no había participado en ninguno, estaba bastante fuera de la conversación. Me sentía como una perdedora.

—¿Vas a la fiesta esta noche? —preguntó Caleb.

Miré hacia arriba.

—Supongo. No tengo nada mejor que hacer.

—Simplemente no repitas lo de la última vez.

Le lancé una mirada enfadada.

—No me dejes sola mientras tú te escapas a Myrtle, capullo.

Caleb rió.

—Tenías que haber venido. Lea estuvo echando pestes todo el rato hasta que vio a Jackson sin ti. Casi le fastidia la noche a todo el mundo. Bueno, Cody de hecho le fastidió la noche a todos.

Subí las piernas y me incliné hacia atrás en la silla. Era lo primero que sabía de esto.

—¿Qué pasó?

Hizo una mueca.

—Alguien volvió a sacar la mierda del tema de la Orden de Razas, y Cody se puso como una fiera. Empezó a soltar mierda sobre ella. Decía cosas como que los mestizos no pertenecíamos al Consejo.

—Seguro que les sentó bien a todos.

Sonrió.

—Sí, y también dijo algo sobre que las dos razas no se deberían de mezclar y toda esa mierda sobre la pureza de su sangre.

Hizo una pausa, echando un ojo con mucho interés a alguien detrás de mí.

Me di la vuelta, pero sólo pude ver un poco de alguien con piel color caramelo y pelo largo y rizado. Me volví hacia él con una ceja alzada.

—¿Bueno, y qué ocurrió?

—Umm... unos cuantos mestizos se mosquearon. Lo siguiente que se sabe es que Cody y Jackson se estaban peleando. Tío, iban bien en serio.

Los ojos se me abrieron.

—¿Qué? ¿Y Cody ha dado parte sobre Jackson?

—No —dijo Caleb sonriendo—. Zarak convenció a Cody para que no lo hiciera, pero cierto es que le dio una paliza a Cody. Fue bastante alucinante. Claro que los dos idiotas hicieron las paces después. Ahora está todo bien.

Aliviada, volví a acomodarme en la silla. Pegar a un puro —incluso en defensa propia— era una forma fácil de ser expulsado del Covenant. Por matar a un puro en cualquier situación te ejecutarían, aunque te hubiese intentado arrancar la cabeza. Con lo injusto que era, teníamos que tener cuidado al discutir la política del mundo de los pura-sangre. Podíamos pegarnos todo lo que quisiésemos, pero cuando se trataba de los puros, eran intocables en más de un sentido. Y si por alguna casualidad rompíamos una de las reglas... bueno, estábamos a sólo un paso de la servidumbre de por vida —o la muerte.

Me encogí de hombros, pensando acerca de mi precaria posición. Si no lograba ser aceptada para el curso, la servidumbre era todo lo que me esperaba. De ninguna manera iba a aceptarlo. Tendría que huir, pero ¿dónde iría? ¿Qué haría? ¿Vivir en las calles? ¿Intentar buscar un trabajo y fingir de nuevo que soy una mortal?

Apartando los malos pensamientos, me centré en la fiesta de Jackson, a la que al final decidí asistir, y unas horas después, me encontré con que estaba allí. La pequeña fiesta no era realmente pequeña; parecía que todos los mestizos que estaban encerrados en el Covenant durante el verano estaban diseminados por toda la playa. Algunos sobre mantas; otros en sillas. Nadie estaba en el agua.

Yo opté por una manta con pinta de cómoda al lado de Luke. Ritter, un mestizo más pequeño con el pelo del color rojo más brillante que nunca había visto, me ofreció un vaso de plástico amarillo, pero lo rechacé. Rit se quedó con nosotros un rato más, hablando de cómo se estaba preparando para viajar a California durante el resto del verano. Le tenía un poco de envidia.

—¿No bebes? —preguntó Luke.

Hasta yo estaba sorprendida de mi decisión, pero me encogí de hombros.

—Esta noche no me apetece.

Se quitó un mechón de pelo de los ojos.

—¿Te metí en algún lío hoy durante el entrenamiento?

—No. Suelo distraerme con facilidad. Así que no fue nada nuevo.

Luke me dio una palmadita, sonriendo.

—Me imagino por lo que estás distraída. Qué pena que sea un puro. Daría mi nalga izquierda por un poquito de eso.

—Le gustan las chicas.

—¿Y? —Luke se rió de la cara que había puesto—. ¿Cómo es? Parece muy callado. Ya sabes, como si fuese bueno en—

—¡Para ya! —reí, dándole con la mano. El movimiento se dejó sentir en los músculos doloridos de mi espalda.

Luke echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—No digas que nunca lo has pensado.

—Él... él es un puro —dije otra vez, como si eso no lo hiciese sexy.

Luke me echó una mirada de complicidad.

—Vale —suspiré—. De hecho es... muy majo y paciente. La mayor parte del tiempo... me siento rara hablando de él. ¿Podemos hablar de algún otro tío bueno?

—Oh, sí. Por favor. ¿Podemos hablar de algún otro tío bueno? —Caleb resopló—. Justo de lo que quería hablar.

Luke le ignoró, rastreando con la mirada por la playa y fijándola en un grupo de chicos guays.

—¿Qué tal de Jackson?

Me acomodé de espaldas.

—Ni lo nombres.

Rió por lo bajo ante mi patético intento de intentar hacerme invisible.

—Apareció hace un rato *sin* Lea. Y yo me pregunto, ¿dónde narices estará esa pequeña zorrilla?

Preferí no mirar para no atraer la atención de Jackson.

—No tengo ni idea. No la he visto.

—¿Y eso es malo? —preguntó Caleb.

—Oh, Álex, aquí viene tu hombre —anunció Luke.

No podía ir a ninguna parte y miré inútilmente a Caleb y Luke. Ninguno de los dos hizo nada para esconder su diversión.

—Álex ¿dónde estabas? —dijo Jackson arrastrando las palabras—. No te he visto por ahí.

Cerré los ojos y maldije en voz baja.

—He estado ocupada entrenando.

Jackson se movió hacia la derecha, dirigiéndose hacia Caleb, que estaba distraído.

—Aiden debería saber que necesitas salir y divertirme.

Luke se dio la vuelta y me guiñó un ojo antes de levantarse. Yo me puse en pie, pero eso fue a todo lo que llegué. Jackson se metió en el espacio que quedaba y me puso el brazo alrededor, casi atropellándome.

Su aliento era demasiado caliente y olía a cerveza.

—Sabes que estás más que invitada a quedarte por aquí después de la fiesta.

—Oh... no lo sabía.

Jackson sonrió y se acercó más. Normalmente encontraba atractivo a Jackson, pero ahora me estaba dando asco. Algo pasaba conmigo. Tenía que pasarme algo.

—Mañana no vas a entrenar. No después de las fiestas. Incluso Aiden dormirá hasta tarde.

Lo dudaba y me vi preguntándome si Aiden se estaría divirtiendo. ¿Iría a las fiestas y se quedaría? ¿O aparecería, haría acto de presencia y se rajaría? De alguna forma esperaba que se quedase y se lo pasase bien. Le vendría bien después de tener que cargar todo un día conmigo.

—¿Álex?

—¿Sí?

Jackson rió y me pasó la mano por el hombro. Se la cogí y se la puse sobre su regazo. Sin darse por vencido, volvió a por mí.

—Me preguntaba si querrías algo de beber. Zarak se volvió loco con las compulsiones y tenemos bastantes para el resto del verano.

Era bueno *saberlo*.

—No. Estoy bien. No tengo sed.

En algún momento, Jackson se aburrió de mi falta de interés y se piró. Agradecida, volví hacia Caleb.

—Pégame la próxima vez que piense siquiera en hablarle a un tío. En serio. Se quedó mirando a su copa, arrugando la frente.

—¿Qué pasó con él? ¿Te echa los trastos demasiado a lo bestia? —un gesto de enfado apareció en su cara y sus ojos se estrecharon mientras lo miraba de espaldas—. ¿Tengo que hacerle daño?

—¡No! —reí—. Sólo es que... no sé —me di la vuelta y le vi al lado de la mestiza que había visto antes. Era una morena guapa, con muchas curvas, y tenía una suave piel color caramelo—. Jackson no me va.

—¿Y quién sí? —su mirada se fijó en la compañera de Jackson.

—¿Quién es esa chica? —pregunté.

Se dio la vuelta y suspiró.

—Es Olivia. Su apellido es uno de esos griegos imposibles de pronunciar. Su padre es un mortal; su madre una pura.

Seguí mirando a la chica. Llevaba un par de pantalones de marca por los que yo habría matado. También estaba todo el rato evitando las manos juguetonas de Jackson.

—¿Cómo es que es la primera vez que la veo?

—Creo que ha estado con su padre —se aclaró la garganta—. La verdad es que es... bastante maja.

Le miré fijamente.

—Te gusta ¿eh?

—¡No! No, claro que no —la voz sonó algo ahogada.

Mi curiosidad creció según los ojos de Caleb parecían volver a Olivia. Un tono rojo tiñó sus mejillas.

—Claro. No te interesa para nada.

Caleb dio un buen trago a su copa.

—Cállate, Álex.

Abrí la boca, pero lo que fuese que iba a decir se cortó cuando Deacon St. Delphi apareció de la nada.

—¿Pero qué narices?

Caleb siguió mi mirada.

—Ahora esto se vuelve interesante.

Ver a Deacon en la playa no era para nada sorprendente, pero verlo la noche del Solsticio cuando todos los puros se reunían juntos era impactante.

Era tan... *impuro* de él.

Deacon barrió a todos los mestizos con su mirada tranquila y una sonrisa burlona apareció en su cara cuando nos vio. Tranquilamente vino hasta nosotros, sacó una petaca plateada brillante del bolsillo de sus vaqueros.

—¡Feliz Solsticio de Verano!

Caleb brindó con su vaso.

—Igualmente.

Se puso en el sitio que había dejado vacío Jackson, sin darse cuenta de todas las miradas impactadas. Me aclaré la garganta.

—¿Qué... que haces aquí?

—¿Qué pasa? Me aburría en la isla principal. Toda esa pompa y solemnidad pueden volver sobrio a cualquiera.

—Nosotros no podemos disfrutarlo —me fijé en los círculos rojos alrededor de

sus ojos—. ¿Acaso tú estás sobrio?

Pareció pensar sobre ello.

—No si puedo evitarlo. Las cosas son... más fáciles así.

Sabía que hablaba de sus padres. No estaba segura de cómo continuar, así que esperé a que continuara él.

—Aiden odia que beba tanto —miró a la petaca—. Tiene razón, ¿sabes?

Jugué con mi pelo, trenzándolo en una gruesa cuerda.

—¿Razón sobre qué?

Deacon echó la cabeza hacia atrás, mirando hacia las estrellas que cubrían el cielo nocturno.

—Sobre todo, pero especialmente sobre el camino que ha elegido —paró y rió—.

Ojalá lo supiese, ¿eh?

—¿No averiguarán que te has marchado, no? —Caleb me cortó.

—¿Y venir aquí y fastidiaros la diversión? —la mirada seria de Deacon desapareció—. Por supuesto. Como dentro de una hora, cuando empiecen los cantos rituales y esas mierdas, alguien —seguramente mi hermano— se dará cuenta de que no estoy y vendrá a buscarme.

Me quedé boquiabierta.

—¿Aiden sigue ahí?

—¿Has venido sabiendo que iban a seguirte? —Caleb frunció el ceño.

A Deacon parecían divertirle ambas preguntas.

—Sí contesta a todo.

Se apartó un rizo brillante de la frente.

—¡Mierda! —Caleb empezó a levantarse mientras yo seguía pensando en que Aiden seguía de fiesta—. Álex, tenemos que irnos.

—Sentaos —Deacon levantó una mano—. Tenéis por lo menos una hora. Les daré tiempo suficiente a los chicos de la fiesta para que desaparezcan. Confíad en mí.

Caleb pareció no escucharle. Miró hacia atrás, hacia la costa, donde Olivia y otro mestizo estaban muy, muy juntos. En unos segundos se le endurecieron los rasgos. Me acerqué a él y tiré del borde de su camiseta.

Me mostró una sonrisa amplia.

—¿Sabes qué? Estoy bastante cansado. Creo que me voy a ir yendo a la residencia.

—Buuu —Deacon sacó hacia fuera el labio inferior.

Me puse de pie.

—Lo siento.

—Doble buuuu —movió la cabeza—. La diversión acababa de empezar...

Le di un rápido adiós a Deacon y seguí a Caleb por la playa. Nos cruzamos con Lea que bajaba del paseo de madera.

—¿Te gusta ir detrás de mis sobras? —Lea arrugó la nariz—. Qué mona.

Un segundo después le agarré del brazo.

—Hey —Lea intentó soltarse el brazo, pero yo era más fuerte—. ¿Qué pasa?

Le di mi mejor sonrisa.

—Tu novio me acaba de meter mano. Obviamente no le basta contigo —y entonces me fui, dejando sola a una Lea poco feliz.

—¡Caleb! —me apresuré para alcanzarle.

—Sé lo que vas a decir, así que no quiero escucharlo.

Me aparté el pelo detrás de las orejas.

—¿Cómo sabes lo que iba a decir? Sólo quería señalar que si quieres a la chica esa de antes, podías simplemente—

Mirándome de reojo, levantó las cejas.

—La verdad es que no quiero hablar de esto.

—Pero... no entiendo por qué no quieres admitirlo. ¿Qué es lo que pasa?

Suspiró.

—Algo pasó la noche que fuimos a Myrtle.

Casi me tropiezo.

—¿Qué pasó?

—*Eso* no. Bueno, no en serio, pero casi.

—¿*Qué*? —chillé, pegándole un puñetazo en el brazo—. ¿Y cómo es que no me habías dicho nada? ¿Con la Olivia esta? Dioses, ¿soy tu mejor amiga y te olvidas de contarme esto?

—Los dos habíamos bebido, Álex. Estábamos discutiendo sobre quién se había pedido antes ir en el asiento de delante... y lo siguiente que sé, es que nos lo estábamos montando a tope.

Me mordí el labio.

—Es bastante apasionada. ¿Y por qué no hablas con ella?

El silencio se metió entre nosotros hasta que respondió.

—Porque me gusta, me gusta de verdad, y a ti también te gustaría. Es inteligente, divertida, fuerte, y tiene un culo tan—

—Caleb, vale, ya lo he pillado. Te gusta de verdad. Entonces habla con ella.

Nos dirigimos hacia el patio que había entre las dos residencias.

—No lo entiendes. Y deberías. No puede haber nada entre nosotros. Ya sabes cómo son las cosas para nosotros.

—¿Eh? —miré hacia los intrincados dibujos del camino. Eran runas y símbolos grabados en el mármol. Algunos representaban diversos dioses y otros parecía que un niño se había hecho con un rotulador y se había puesto a dibujar. De hecho parecía algo que dibujé yo.

—Da igual. Es sólo que necesito salir con otra persona. Sacarme este no se qué de la mente.

Aparté los ojos de las marcas extrañas.

—Parece un buen plan.

—Igual debería volver a quedar con Lea o con otra persona. ¿Qué tal contigo?

Le dirigí una mirada asesina.

—Dios, gracias. Pero en serio, no quieres salir con cualquiera. Quieres... que signifique algo.

Paré, sin saber muy bien de dónde había salido *eso*.

Él tampoco.

—¿Que signifique algo? Álex, has estado en el mundo normal demasiado tiempo. Ya sabes cómo son las cosas para nosotros. No tenemos nada «que signifique algo».

Suspiré.

—Sí. Ya lo sé.

—Somos o Guardias o Centinelas, no maridos, mujeres o padres —paró, pensativo—. Rollos y novias. Eso es lo que tenemos. Nuestros deberes no nos dan para mucho

más.

Tenía razón. Nacer siendo mestizo te quitaba toda oportunidad de tener una relación normal y sana. Como había dicho Caleb, nuestras obligaciones no nos permitían atarnos a nadie —a nada que nos hiciese arrepentirnos de dejarlo o darle de lado. Una vez que nos graduábamos, nos podían asignar en cualquier sitio y en cualquier otro momento nos podían sacar de allí y mandarnos a otro lado.

Era una vida solitaria y dura, pero con un propósito.

Di una patada a una pequeña piedrecilla y la mandé volando entre la espesa maleza.

—Sólo porque no vayamos a tener una casita con jardín, no significa... —me encogí al sentir un frío repentino recorrer mi cuerpo. Vino de la nada, y por la cara confusa de Caleb, supe que él también lo había sentido.

—Un chico y una chica, uno de ellos con un futuro brillante y corto, y el otro cubierto de sombras y dudas.

La voz ronca y vieja nos dejó a los dos paralizados. Caleb y yo nos dimos la vuelta. El banco de piedra estaba vacío hacía un momento, pero ahí estaba ella. Y era vieja, vieja en plan ya-debería-estar-muerta.

Un montón de pelo completamente blanco se sostenía sobre su cabeza, y su piel era tan oscura como el carbón y plagada de líneas. Su postura encorvada le daba más edad, pero sus ojos eran duros. Inteligentes.

Nunca antes la había visto, pero instintivamente sabía quién era.

—¿Abuela Piperi?

Echó la cabeza hacia atrás y rió fuertemente. Medio esperaba que el peso de su pelo le desestabilizase, pero se mantuvo erguida.

—Oh, Alexandria, pareces sorprendida. ¿No pensabas que fuese real?

Caleb me dio con el codo unas cuantas veces, pero no podía dejar de mirar.

—¿Sabes quién soy?

Sus ojos oscuros se movieron hacia Caleb.

—Claro que sí —se pasó las manos por lo que parecía una bata de andar por casa—. También me acuerdo de tu madre.

La incredulidad me hizo dar un paso hacia el oráculo, pero la impresión me dejó sin habla.

—Me acuerdo de tu madre —continuó, moviendo la cabeza de delante a atrás—. Vino a verme hace tres años, sí. Le dije la verdad, sabes. Sólo ella podía oír la verdad —hizo una pausa, volviendo a mirar a Caleb—. ¿Qué hacéis aquí, chicos?

Con los ojos como platos, se movió incómodo.

—Estábamos... estábamos volviendo a nuestra residencia.

La Abuela Piperi sonrió, haciendo que se arrugase la piel apergaminada alrededor de su boca.

—¿Quieres escuchar la verdad; tu verdad? ¿Lo que los dioses te tienen preparado?

Caleb palideció. Lo que ocurría con las verdades, es que normalmente hacía que te comieses la cabeza. No importaba que fuesen tonterías o no.

—Abuela Piperi, ¿qué le dijiste a mi madre? —pregunté.

—Si te lo dijese ¿qué cambiaría? El destino es el destino, sabes. Igual que el amor es amor —se rió burlona como si hubiese dicho algo gracioso—. Lo que los dioses han

escrito ocurrirá. La mayoría ya ha sucedido. Es triste cuando los hijos se vuelven contra sus creadores.

No tenía ni idea de lo que estaba diciendo y estaba bastante segura de que estaba loca, pero tenía que saber lo que Piperi dijo —si es que dijo algo. Quizá Caleb tuviese razón y necesitase ponerle fin a esto.

—Por favor, necesito saber lo que le dijiste. ¿Qué le hizo salir de aquí?

Ladeó la cabeza.

—¿No quieres conocer tu verdad, chica? Eso es lo que importa ahora. ¿No quieres saber sobre el amor? ¿Sobre lo que está prohibido y lo que está predestinado?

Dejó caer los brazos y de repente parpadeó con lágrimas en los ojos.

—No quiero saber sobre el amor.

—Pero deberías, hija mía. Tienes que saber sobre el amor. Las cosas que la gente haría por amor. Todas las verdades se acaban reduciendo al amor ¿verdad? De una forma u otra lo hacen. Sabes, hay una diferencia entre amor y necesidad. A veces, lo que sientes es inmediato y sin ton ni son —se sentó un poco más recta—. Dos personas se miran desde el otro lado de una habitación o se rozan la piel. Sus almas reconocen a esa persona como suya. No hace falta tiempo para adivinarlo. El alma siempre sabe... si está bien o mal.

Caleb me cogió del brazo.

—Venga. Vámonos. No te está diciendo nada que quieras oír.

—El primero... el primero es siempre el más poderoso —cerró los ojos, suspirando—. Luego hay necesidad y destino. Ese es otro tipo. La necesidad se disfraza de amor, pero la necesidad... la necesidad nunca es amor. Ten siempre cuidado de quien te necesita. Siempre hay un querer tras una necesidad, sabes.

Caleb me soltó el brazo y se dirigió furioso al camino detrás de nosotros.

—A veces confundiréis necesidad con amor. Tened cuidado. El camino con necesidad nunca es justo, nunca es bueno. Como el camino por el que tienes que ir. Tened cuidado de quien necesita.

La mujer era una pirada, y aunque lo sabía, sus palabras aún me hacían correr escalofríos por la espalda.

—¿Por qué no iba a ser el camino fácil para mí? —pregunté, ignorando a Caleb.

Se levantó. Bueno, todo lo que se podía levantar. Como su espalda estaba curvada hacia delante, no le permitía levantarse por completo.

—Los caminos siempre tienen baches, nunca son lisos. Este de aquí —señaló a Caleb con la cabeza— este tiene un camino lleno de luz.

Caleb dejó de señalar detrás de nosotras.

—Bueno es saberlo.

—Un camino corto lleno de luz —añadió la Abuela Piperi.

Su cara decayó.

—Eso... es bueno saberlo.

—¿Qué pasa con el camino? —volví a preguntar, esperando una respuesta que tuviese sentido.

—Ah, los caminos siempre están en penumbra. Tu camino está lleno de sombras, lleno de hazañas por realizar. Eso es lo que tienen los tuyos.

Caleb me lanzó una mirada elocuente, pero yo sólo moví la cabeza. No tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero aun así no me quería ir. Me pasó por el lado co-

jeando y me aparté del camino. Mi espalda rozó contra algo suave y cálido, llamando mi atención. Me di la vuelta, viendo unas flores moradas grandes con el centro amarillo. Me acerqué más, inhalando su olor agrídulce, casi acre.

—Cuidado con eso, chica. Tocas belladona —se paró, girándose hacia donde estábamos—. Muy peligrosa... casi como los besos de los que caminan entre dioses. Embriagadores, dulces y mortales... tienes que saber cómo manejarlo bien. Sólo un poco y no pasa nada. Demasiado... y te quita lo que te convierte en ti mismo —sonrió suavemente, como si estuviese recordando algo—. Los dioses se mueven entre nosotros, siempre cerca. Están observando y esperan a ver quién se revela como el más fuerte. Ahora están aquí. Sabes, el final está cerca de ellos, cerca de todos nosotros. Hasta los dioses tienen poca fe.

Caleb me volvió a mirar con los ojos bien abiertos. Me encogí de hombros, decidida a darle una oportunidad más.

—¿Así que no me vas a decir nada de mi madre?

—Nada que no hayas escuchado ya.

—Espera... —sentía la piel caliente y fría a la vez—. ¿Lo... lo que dijo Lea era cierto? ¿Que yo fui la razón por la que mamá murió?

—Déjalo Álex. Tienes razón —Caleb dio un paso atrás—. Está totalmente loca.

Piperi suspiró.

—Siempre hay oídos por estos sitios, pero los oídos no siempre oyen bien.

—Vamos, Álex.

Pestañee y —no exagero— en el tiempo que tardé en volver a abrir los ojos, la Abuela Piperi estaba en frente de mí. La anciana se movía muy rápido. Su mano me agarró el hombro como una garra, tan fuerte que hice un gesto de dolor.

Me miró, con la mirada afilada como cuchillas, y cuando habló, su voz perdió ese deje ronco. Y no sonó para nada loca. Oh no, sus palabras eran claras e iban al grano.

—Matarás a los que amas. Está en tu sangre, en tu destino. Así es como lo han dicho los dioses y así es como lo han previsto los dioses.

Capítulo 9



—¡ÁLEX! ¡VIGILA TUS MANOS, SE TE ESTÁN ESCAPANDO MUCHOS BLOQUEOS!

Asentí a las palabras duras de Aiden y volví a enfrentarme con Kain. Aiden tenía razón, Kain me estaba destrozando. Mis movimientos eran demasiado lentos, torpes y distraídos —sobre todo debido al hecho de haber estado despierta la mitad de la noche, repasando la bizarra conversación con la Abuela Piperi.

La verdad es que éste era un mal momento para estar preocupada. Hoy era el primer entrenamiento con Kain, y estaba peleando como un bebé. Kain no me estaba dando tregua tampoco. No es que lo hubiese querido, pero es que tampoco quería quedar como una patosa delante de otro Centinela.

Otra de sus patadas brutales atravesó mi bloqueo y la logré esquivar por tan sólo un segundo. Esquivar no era la cuestión en este ejercicio. Si lo fuese, lo estaría bordando.

Entonces Aiden se me acercó enfadado, colocándome los brazos en una posición en la que habría podido golpear bien la pierna de Kain.

—Obsérvale. Hasta el más ligero temblor en un músculo te mostrará su ataque. Tienes que prestar atención, Álex.

—Ya lo sé —di un paso atrás y me pasé el brazo por la frente—. Lo sé. Puedo hacerlo.

Kain movió la cabeza y fue a por su botella de agua mientras Aiden me llevaba al otro lado de la sala con su mano agarrando mi brazo por arriba. Se agachó un poco para ponerse a mi nivel.

—¿Qué te pasa hoy? Sé que puedes hacerlo mejor.

Me agaché para coger el agua, pero la botella estaba vacía. Aiden me dio la suya.

—Sólo es que... hoy no estoy a lo que estoy.

Di un trago y se la devolví.

—Ya veo.

Me mordí el labio y me puse roja. Yo era mejor que esto, y dioses, quería probarle a Aiden que lo era. Si no podía lograr esto, no pasaríamos a nada más —a todas esas cosas chulas que quería aprender.

—Álex, llevas distraída todo el día —sus ojos se encontraron con los míos y mantuvo la mirada—. Más vale que no tenga nada que ver con la fiesta que dio Jackson en

la playa anoche.

Por los cielos, ¿había algo que este tío no supiese? Negué con la cabeza.

—No.

Aiden me dio una mirada de complicidad y dio un trago de la botella antes de volvérmela a pasar.

—Bébetela.

Suspiré, apartándome de él.

—Volvamos a hacerlo, ¿vale?

Aiden movió a Kain hacia atrás y me dio una palmada en el hombro.

—Puedes hacerlo, Álex.

Tras recuperar la calma y dar otro trago de agua, dejé la botella en el suelo. Volví al centro de las esterillas y le hice un gesto con la cabeza a Kain.

Kain me vio cansada.

—¿Estás lista?

—Sí —apreté los dientes. Kain levantó las cejas, como si dudase que esta vez fuese a hacer algo diferente.

—Está bien —movió la cabeza y volvimos a enfrentarnos—. Recuerda, anticipa mis movimientos.

Bloquéé su primera patada, luego el puñetazo. Nos dimos unas cuantas vueltas mientras me preguntaba qué narices quiso decir la Abuela Piperi con eso de que mataría a los que amo. No tenía sentido, porque la única persona a la que amaba ya estaba muerta y estaba más que segura de que yo no la había matado. No puedes matar a alguien que ya está muerto, y no es que yo amase—

La bota de Kain se hizo paso entre mis defensas y me dio en el estómago. El dolor explotó en mi interior, tan intenso e insoportable que caí de rodillas. La forma en que aterricé en el suelo me hizo más daño en mi ya maltrecha espalda. Con un gesto de dolor, me sujeté la espalda con una mano y el estómago con la otra.

Estaba hecha un desastre.

Kain se dejó caer en frente mío.

—¡Mierda, Álex! ¿Qué estabas haciendo? ¡No tenías que haber estado tan cerca de mí!

—Ya —gruñí. *Respira. Tú respira.* Era más fácil decirlo que hacerlo, pero seguí diciéndome eso. Esperaba que Aiden empezase a soltarme un sermón, pero no me dijo ni una palabra. En lugar de eso, se acercó y agarró a Kain del cuello de la camiseta, casi levantándolo del suelo.

—El entrenamiento se ha acabado.

Kain se quedó boquiabierto, y su piel normalmente bronceada palideció.

—Pero...

—Parece que no lo entiendes —su voz sonó grave y peligrosa.

Me puse de pie como pude.

—Aiden, ha sido culpa mía. Yo me eché hacia delante —no tuve que inventármelo; era obvio lo que había hecho mal.

Aiden me miró por encima del hombro. Tras unos tensos segundos, soltó a Kain.

—Vete.

Kain se alisó la camiseta mientras se iba. Cuando se volvió hacia mí, tenía bien abiertos los ojos de color del mar.

—Álex. Lo siento.

Moví una mano.

—No pasa nada.

Aiden se puso en frente de mí, haciendo irse a Kain sin dirigirle otra palabra.

—Déjame que le eche un ojo.

—Oh... está bien —me aparté de él. Me ardían los ojos, pero no por el dolor punzante. Quería sentarme y llorar. Me había dirigido directa a la patada. Ni un niño habría cometido ese fallo. Así de patético era.

Me puso una mano increíblemente amable en el hombro y me dio la vuelta. Por su cara, supe que entendía mi vergüenza.

—No pasa nada, Álex —como no me moví, dio un paso atrás—. Te has dañado la espalda. Tengo que asegurarme de que estás bien.

No veía la forma de salir de esta, así que seguí a Aiden hasta una de las pequeñas salas donde guardaban el material médico. Era una habitación fría y estéril, como el despacho de cualquier médico, excepto por el cuadro de Afrodita totalmente desnuda en todo su esplendor, que me pareció extraña y un poco inquietante.

—Súbete a la camilla.

No había nada que quisiese más que correr hasta mi habitación y enfurruñarme yo sola, pero hice lo que me dijo.

Aiden se acercó a mí, con la mirada fija sobre mi cabeza.

—¿Cómo llevas el estómago?

—Bien.

—¿Por qué te agarraste la espalda?

—Me duele —me froté las manos en las piernas—. Me siento estúpida.

—No eres estúpida.

—Lo soy. Tenía que estar prestando atención. He ido directa hacia la patada. No ha sido culpa de Kain.

Pareció pensar en ello.

—Nunca te había visto tan distraída.

Durante el último mes habíamos estado entrenando ocho horas al día, y supongo que en todo ese tiempo ha visto muchas cosas mías. Pero nunca había estado tan desconcentrada.

—No puedes permitirte estar tan distraída —continuó amable—. Estás progresando muy bien, pero no tienes tiempo que perder. Es casi julio y eso nos deja dos meses por delante para ponerte al nivel. Tu tío me pide informes semanales. No creas que se ha olvidado de ti.

Llena de vergüenza y decepción, dejé caer los ojos sobre mis manos.

—Ya lo sé.

Aiden me puso los dedos en la barbilla, levantándose la cabeza.

—¿Por qué estás tan distraída, Álex? Te mueves como si no hubieses dormido y actúas como si tu mente estuviese a kilómetros de aquí. ¿Si no es la fiesta de anoche, es un chico el que te tiene distraída?

Me estremecí.

—Mira. Hay muchas cosas de las que no voy a hablar contigo. De tíos es una de ellas.

Aiden abrió los ojos.

—¿En serio? Si interfiere en tu entrenamiento, entonces interfiere también conmigo.

—Dioses —me moví incómoda bajo su mirada intensa—. No hay ningún tío. No tengo a ningún tío.

Se quedó en silencio, mirándome curioso. Esos ojos tenían un efecto relajante, y aunque sabía que esto iba a ser idiota, estúpido, respiré profundamente.

—Anoche vi a la Abuela Piperi.

Parece que Aiden esperaba que hubiese dicho cualquier cosa menos eso. Mientras su cara seguía impassible como siempre, sus ojos parecieron hacerse un poco más grandes.

—¿Y?

—Y Lea tenía razón—

—Álex —me cortó—. No sigas por ahí. Tú no eres la responsable.

—Tenía razón y estaba equivocada al mismo tiempo —paré, suspirando ante la cara dudosa de Aiden—. La Abuela Piperi no me contó todo. De hecho, me contó un montón de cosas locas sobre el amor y la necesidad... y dioses besando. Da igual, la cosa es que me dijo que mataría a quien amo, ¿pero eso cómo es posible? Mamá ya está muerta.

Algo extraño recorrió su cara, pero desapareció antes de que pudiese descubrir de qué se trataba.

—Creía que habías dicho que no creías en estas cosas.

Por supuesto, tenía que recordar justo ese de entre los millones de comentarios que había hecho.

—No sé, pero no es que todos los días te digan que vas a matar a alguien a quien amas.

—¿Así que es eso lo que te ha estado preocupando todo el día?

Me apreté las piernas.

—Sí. No. Quiero decir, ¿crees que ha sido culpa mía?

—Oh, Álex —movió la cabeza—. ¿Te acuerdas de cuando me preguntas que por qué me había ofrecido voluntario para entrenarte?

—Sí.

Se apartó de la camilla en la que estaba sentada.

—Bien, pues digamos que te mentí.

—Ya —me mordí el labio y miré hacia otra parte—. Ya lo suponía.

—¿En serio? —sonó sorprendido.

—Diste la cara por mí por lo que les pasó a tus padres —le miré de reojo. Estaba callado y me miraba—. Creo que te recordaba a ti mismo cuando ocurrió.

Aiden me miró durante un segundo eterno.

—Eres bastante más observadora de lo que pensaba.

—Gracias —no le dije que lo había imaginado hacía poco.

Su sonrisa ladeada volvió a aparecer.

—Tienes razón, si te hace sentir mejor. Recuerdo cómo fue después. Siempre te preguntas si había algo que podrías haber hecho diferente, aunque sea absurdo, pero te quedas clavado en el «y si...» —lentamente la sonrisa fue desapareciendo y apartó la cara—. Durante mucho tiempo pensé que si hubiese decidido antes ser un Centinela, podría haber parado al daimon.

—Pero no sabías que un daimon iba a atacar. Eras, eres, un pura-sangre. Tan pocos de vosotros... eligen esta vida. Y tú eras sólo un niño. No puedes culparte por ello.

Aiden me miró, curioso.

—¿Entonces cómo puedes sentirte tú responsable por lo que le pasó a tu madre? Podías haberte dado cuenta de que había alguna posibilidad de que os encontrase un daimon, pero no lo sabías.

—Ya —odiaba cuando tenía razón.

—Aún sigues cargando con esa culpa. Tanto que estás haciendo una montaña de lo que dijo el oráculo. No puedes dejar que te afecte, Álex. Un oráculo sólo habla de posibilidades, no hechos.

—Creía que un oráculo hablaba con los dioses y las Parcas —dije secamente.

Pareció dudar.

—Un oráculo ve el pasado y la posibilidad en el futuro, no está escrito en ninguna parte. No hay algo así como un destino prefijado. Sólo tú controlas tu destino. No eres responsable de... lo que le pasó a tu madre. Necesitas olvidarte de ello.

—¿Por qué lo dices así? Nadie dice que murió. Es como que todo el mundo tiene miedo de decirlo. Eso no es *lo que pasó*; fue asesinada.

La sombra volvió a aparecer sobre su cara, pero se puso al otro lado de la camilla.

—Déjame que le eche un vistazo a tu espalda —antes de darme cuenta de lo que hacía, me levantó la camiseta por detrás y respiró fuerte.

—¿Qué pasa? Pregunté, pero no dijo nada. Me levantó más la camiseta.

—Hey; ¿qué haces? —le aparté las manos.

Rodeó la camilla, tenía los ojos gris oscuro.

—¿Qué crees que estoy haciendo? ¿Hace cuánto que llevas así la espalda?

Me encogí de hombros.

—Desde que... um... empezamos a entrenar los bloqueos.

—¿Por qué no dijiste algo sobre esto?

—No pasa nada. No duele, de verdad.

Aiden volvió a dar la vuelta.

—Malditos mestizos. Sé que tenéis una tolerancia al dolor mayor de lo normal, pero esto es absurdo. Esto tiene que dolerte.

Le miré a la espalda mientras rebuscaba por los armaritos.

—Estoy entrenando —forcé el que mi voz sonase todo lo madura que podía—. No debemos quejarnos y gruñir de dolor. Es parte del entrenamiento, parte de ser Centinela. Estas cosas pasan.

Aiden giró, con una expresión incrédula.

—Llevas sin entrenar tres años, Álex. Tu cuerpo, tu piel ya no está acostumbrada a ello. No puedes dejar pasar cosas así porque pienses que alguien vaya a tener una peor opinión sobre ti.

Parpadeé.

—No creo que la gente vaya a tener una mala opinión de mí. Sólo son... unos cuantos moratones de mierda. Algunos hasta se han ido ya. ¿Ves?

Puso un botecito a mi lado en la camilla.

—Y una mierda.

—Nunca habías dicho una palabrota —tuve la extraña necesidad de reír.

—No es sólo un moratón. Tienes toda la espalda negra y azul, Álex —Aiden hizo

una pausa, apretando los puños—. ¿Tenías miedo de que cambiase de opinión sobre ti si me enseñabas esto?

Negué ligeramente con la cabeza.

—No.

Apretó los labios.

—No esperaba que tu cuerpo fuese a adaptarse rápidamente y, sinceramente, debí haberlo sabido.

—Aiden... en serio, no duele tanto —ya me había acostumbrado a este dolor sordo e interminable, así que en realidad no estaba mintiendo.

Cogió el botecito y dio la vuelta a la mesa.

—Esto debería ayudar, y la próxima vez, cuéntame cuando te pase algo.

—Vale —decidí no tentar a la suerte. No parecía que fuese a apreciar ninguna respuesta sarcástica en este momento—. Por cierto, ¿qué es eso?

Quitó la tapa.

—Es una mezcla de árnica y menta. La flor de árnica actúa como un antiinflamatorio y reduce el dolor. Debería ayudarte.

Esperé que fuese a darme el bote, pero en vez de eso metió los dedos dentro.

—¿Qué estás...?

—Sujétate la camiseta. No quiero echártelo todo por encima. Suele dejar mancha en la ropa.

Estaba flipando, y me vi levantándome el borde de la camiseta. De nuevo, tomé aire profundamente al verme la espalda otra vez.

—Álex, no puedes dejar algo así sin tratar —esta vez su voz ya no sonaba enfadada—. Si estás herida, tienes que decírmelo. No habría...

¿Sido tan duro conmigo? ¿Dejado que entrenase con Kain y que derrotase de forma humillante? Eso no era lo que yo quería.

—Nunca sientas que no puedes decirme cuando vaya mal. Tienes que confiar en que me importa si estás herida.

—No es tu culpa. Podría haber dicho...

Puso sus dedos en mi piel y casi salto de la camilla. No porque el ungüento estuviese frío —que lo estaba— sino por *sus* dedos moviéndose por mi espalda. Un puro nunca tocaba a un mestizo así. O igual ahora sí. No lo sé, pero no podía imaginarme a los otros puros que conocía intentando calmar el dolor a un mestizo. No solían preocuparse tanto.

Aiden, en silencio, fue extendiendo el espeso ungüento por mi piel e iba subiendo.

En un momento dado sus dedos rozaron el borde de mi sujetador deportivo. Sentí la piel extrañamente caliente, raro ya que esa cosa estaba muy fría. Me concentré en la pared de delante. Estaba ese cuadro de Afrodita colocada sobre una roca. Tenía una expresión lujuriosa en la cara y tenía los pechos fuera para que todos los vieses.

Eso no estaba ayudando *nada*.

Aiden continuó tranquilamente. De vez en cuando mi cuerpo se estremecía solo, y entonces sentía calor, mucho calor.

—¿Conociste a tu padre biológico? —su voz tranquila irrumpió en mis pensamientos.

Moví la cabeza.

—No. Murió antes de que naciera.

Sus dedos hábiles se deslizaron al lado de mi estómago.

—¿Sabes algo de él?

—No. Mamá nunca habló de él, pero creo que solían pasar algo de tiempo en Gatlinburg. Nosotras pasábamos allí el Solsticio de Invierno cuando ella podía... deshacerse de Lucian. Creo que... estar en esas cabañas le hacía sentirse cerca de él.

—¿Le amaba?

Asentí con la cabeza.

—Eso creo.

Trabajó la parte inferior de mi espalda, moviendo el bálsamo en suaves círculos, y de vez cuando me llegaba el olor fresco de la menta.

—¿Qué habrías hecho si los daimons no hubiesen aparecido? Tendrías algo que hacer ¿no?

Tragué saliva. Era una pregunta fácil, pero me costaba concentrarme en otra cosa que no fuesen sus dedos.

—Um... quería hacer muchas cosas.

Sus dedos pararon y rió suavemente.

—¿Como qué?

—No... no sé.

—¿Pensaste alguna vez en volver al Covenant?

—Sí y no —tragué más fuerte—. Antes del ataque, nunca pensé que volvería a ver el Covenant. Después de que ocurriera, estaba intentando llegar al de Nashville, pero los daimons... seguían interponiéndose en mi camino.

—¿Entonces qué habrías hecho si los daimons no te hubiesen encontrado? —sabía que no debía centrarse en aquella semana horrible después del ataque. Sabía que no iba a hablar sobre ello.

—Cuando... era muy pequeña, mi madre y unos cuantos Centinelas más nos llevaron a unos cuantos niños al zoo. Me encantó, me gustaban *mucho* los animales. Me pasé todo el verano diciéndole a mamá que yo tenía que estar ahí.

—¿Qué? —sonó incrédulo—. ¿Pensabas que debías estar en un zoo?

Sentí formarse una sonrisa en mis labios.

—Sí, era una niña rara. Así que... esa era una de las cosas que pensaba que podría hacer. Ya sabes, trabajar con animales o algo, pero... —me encogí de hombros, sintiéndome un tanto estúpida.

—¿Pero qué, Álex? —podía *sentir* su sonrisa.

Bajé la mirada hacia mis manos.

—Pero siempre quise volver al Covenant. Lo necesitaba. Simplemente no encajaba con la gente normal. Echaba de menos esto, echaba de menos tener un propósito y saber lo que tenía que hacer.

Sus dedos dejaron mi piel y se quedó en silencio tanto rato que pensé que algo le había sucedido. Me di la vuelta para mirarle.

—¿Qué?

Inclinó un poco la cabeza hacia un lado.

—Nada.

Crucé las piernas y dejé escapar un suspiro.

—Me miras como si fuese rara.

Aiden dejó el bote a un lado.

—No eres rara.

—¿Entonces...? —me bajé la camiseta y cogí el bote—. ¿Ya has acabado?
Cuando asintió le puse la tapa.

Aiden se inclinó hacia delante, poniendo las manos a los lados de mis piernas cruzadas.

—La próxima vez que te hagas daño, quiero que me lo digas.

Cuando miré hacia arriba, estaba a nivel de la vista y sólo nos separaban unos centímetros —lo más cerca que habíamos estado fuera de la sala de entrenamiento.

—Vale.

—Y... no eres rara. Bueno, he conocido a gente más rara que tú.

Empecé a sonreír, pero había algo en la forma en que Aiden me miraba que me llamó la atención. Era como que sentía responsabilidad por mí y lo que yo sentía. Sabía que sí. Igual tenía algo que ver con tener que cuidar de Deacon... ¿Y Deacon? Recordé lo que dijo anoche

Me aclaré la garganta y me concentré en su hombro.

—¿Deacon habla alguna vez sobre las cosas? Ya sabes, ¿sobre vuestros padres?

Mi pregunta lo pilló por sorpresa. Le costó unos segundos responder.

—No. Igual que tú.

Ignoré eso.

—¿Su problema con la bebida? Creo que lo hace para no tener que pensar en ello.

Aiden parpadeó.

—¿Por eso bebes tú?

—¡No! Yo no bebo tanto, pero esa no es la cuestión. ¿Qué estaba diciendo...? —
Dioses, ¿qué estaba haciendo? ¿Intentando hablarle sobre su hermano?

—¿Qué decías?

Esperaba no pasarme de la raya, y continué.

—Creo que Deacon bebe para no tener que sentir.

Aiden suspiró.

—Ya lo sé. Y también todos los orientadores y profesores. Da igual lo que haga o a quién le lleve a ver, no se abre.

Asentí, comprendiendo lo difícil que le resultaba a Deacon.

—Está... orgulloso de ti. No lo dijo exactamente así, pero está orgulloso de lo que estás haciendo.

Pestañeó.

—¿Por qué... cómo lo sabes?

Me encogí de hombros.

—Creo que si sigues haciendo lo que haces, porque está bien, acabará viniendo a ti.

Continuó serio, pero algo más. Parecía preocupado, y por razones que yo ni siquiera quería saber, me preocupaba.

—Hey —me moví y le toqué la mano que tenía al lado de mi pierna izquierda—. Eres...

La mano que había tocado agarró la mía. Me quedé helada cuando entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Que soy qué?

Guapo. Amable. Paciente. Perfecto. No dije ninguna de estas cosas. En vez de eso,

me quedé mirando a sus dedos, preguntándome si sabía que me estaba cogiendo de la mano.

—Siempre eres tan...

Movió el pulgar por encima de mi mano. Tenía los dedos frescos y suaves por el bálsamo.

—¿Qué?

Miré hacia arriba, y estaba completamente atrapada. Su mirada, su tacto suave por mi mano estaban haciendo cosas raras conmigo. Me sentía acalorada y mareada, como si hubiese estado sentada al sol todo el día. Sólo podía pensar en cómo sentía su mano sobre la mía. Y luego, en cómo se sentiría esa mano en otras partes. No debería estar pensando en nada.

Aiden era un *puro*.

La puerta de la habitación se abrió. Me eché hacia atrás, dejé caer mi mano en mi regazo.

Una sombra descomunalmente grande se quedó en la puerta. Don Esteroides, Leon, miró dentro de la habitación, fijándose en Aiden, que se había movido hasta una distancia mucho más apropiada.

—Te he buscado por todas partes —dijo Leon.

—¿Qué pasa? —preguntó Aiden tranquilamente.

Leon me miró. No sospechaba nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Aiden era un puro bien respetado y yo sólo era una mestiza a la que estaba entrenando.

—¿Se ha hecho daño?

—Está bien. ¿Qué necesitas?

—Marcus necesita vernos.

Aiden asintió. Empezó a salir fuera con Leon, pero se paró en la puerta. Girándose hacia mí, volvió al tema.

—Hablaremos más sobre esto más tarde.

—Vale —dije, pero ya se había ido.

Mi mirada se dirigió de nuevo hacia el cuadro de la diosa del amor. Tragué saliva y agarré con más fuerza el bote. De ninguna forma —para nada— estaba interesada en Aiden de ese modo. Claro que sí, estaba como para derretirse y era muy simpático, paciente y divertido, aunque de una forma como seca. Había mucho de él que podía gustarte. Si fuese un mestizo, entonces no habría nada malo. No trabajaba para el Covenant, así que no era el tipo de problema de una estudiante liada con su profesor, y sólo tenía tres años más que yo. Si fuese un mestizo, seguramente yo ya me habría lanzado a él.

Pero Aiden era un maldito pura-sangre.

Un maldito pura-sangre con unos dedos maravillosamente fuertes y una sonrisa que... bueno, me hacía sentir como si tuviese un nido de mariposas en el estómago. Y la forma en que me miraba —cómo sus ojos cambiaban de gris a plateado en un segundo— me seguía emocionando todavía. Mi estúpido corazón me saltaba en el pecho.

Capítulo 10



TIRADO EN LAS ESTERILLAS, GUIÁNDOME DURANTE LOS ESTIRAMIENTOS UNOS CUANTOS DÍAS DESPUÉS, AIDEN DECIDIÓ CONTARME POR QUÉ MARCUS QUISO VERLO.

—Lucian va a venir.

Miré hacia el techo, decepcionada.

—¿Y?

En lugar de acercarse hacia mí como solía, se dejó caer a mi lado sobre la esterilla. Su pierna rozó la mía, y sentí cómo se me tensaba el pecho. *Estás siendo ridícula, Álex. Para ya.* Aparté la pierna.

—Va a querer hablar contigo.

Apartando la atracción salvaje que sentía hacia él, me concentré en sus palabras.

—¿Por qué?

Dobló las rodillas y dejó caer sus brazos sobre ellas.

—Lucian es tu tutor legal. Supongo que tiene curiosidad por saber qué tal va tu entrenamiento.

—¿Curiosidad? —pataleé en el aire. ¿Por qué? No tenía ni idea—. Lucian nunca se ha interesado en nada que tuviese que ver conmigo. ¿Por qué iba a empezar ahora?

Su expresión se endureció por un momento.

—Las cosas ahora son diferentes. Con tu madre...

—Eso no importa. No tiene nada que ver conmigo.

Él seguía teniendo una expresión extraña mientras miraba cómo apuntaba con los dedos de los pies hacia el techo.

—Tiene todo que ver contigo —respiró profundamente, como si estuviese escogiendo sus siguientes palabras sabiamente—. Lucian está empeñado en no querer que vuelvas al Covenant.

—Está bien saber que Lucian y Marcus tienen eso en común.

Se le tensó la mandíbula.

—Lucian y Marcus no tienen nada en común.

Ya empezaba otra vez, intentando convencerme de que Marcus no era tan

capullo como yo pensaba. Llevaba igual unas cuantas semanas hablando sobre lo preocupado que pareció mi tío cuando mi madre y yo desaparecimos. O lo aliviado que pareció Marcus cuando le comunicó que estaba viva. Qué amable por parte de Aiden, querer arreglar la relación entre nosotros, pero Aiden no se daba cuenta de que no había nada que arreglar.

Se acercó y me sujetó las piernas contra el suelo.

—¿Alguna vez te estás quieta sentada durante cinco minutos?

Sonreí, poniéndome de pie.

—No.

Pareció querer sonreír, pero no lo hizo.

—Esta noche, cuando veas a Lucian, deberás mostrar tu mejor cara.

Me reí.

—¿Mi mejor cara? ¿Entonces supongo que no podré retar a Lucian a una pelea? Esa sí que la ganaría. Es un flojucho.

La mirada seria que cubría su cara era una clara señal de que no le estaba pareciendo divertido.

—¿Te das cuenta de que tu padrastro puede revocar la decisión de Marcus de que te quedes aquí? ¿De que su autoridad supera a la de Marcus?

—Sí —me puse las manos en las caderas—. Y Marcus sólo va a dejar que me quede si pruebo que soy capaz de volver a las clases en otoño, así que no veo cuál es el problema.

Aiden se puso de pie rápidamente. Por un segundo me quedé impactada por lo rápido que se movía.

—El problema es que si eres igual de bocazas con el Patriarca que con Marcus, no tendrás una segunda oportunidad. Nadie podrá ayudarte.

Aparté los ojos de él.

—No voy a fanfarronear con él. En serio, no hay nada que Lucian me pueda decir para que salte. No significa nada para mí. Nunca lo ha hecho.

Pareció dudarlo.

—Intenta recordarlo.

Le lancé una sonrisa.

—Tienes muy poca fe en mí.

Sorprendentemente, Aiden me respondió con una sonrisa. Me hizo sentir arropada y estúpida a la vez.

—¿Qué tal tu espalda?

—Oh. Va bien. Esa... cosa parece que me ha ayudado.

Caminó por las esterillas, con sus ojos plateados clavados en mí.

—Asegúrate de ponértela todas las noches. Los moratones deberían irse en unos días.

Siempre podrías volver a ayudarme a ponérmela, pero no se lo dije. Me eché hacia atrás, mantenido un espacio entre nosotros.

—Sí, sensei.

Aiden se paró en frente de mí.

—Será mejor que nos vayamos. El Patriarca y sus Guardias llegarán pronto, y se supone que todo el Covenant tiene que recibirle.

Gruñí. Todos llevarán un uniforme del Covenant de algún tipo y a mí nadie

me había dado uno.

—Voy a parecer una...

Aiden me puso las manos en los brazos, destruyendo toda capacidad de pensamiento. Le miré, imaginándome una escena salvaje en la que me apretaba contra él y me besaba igual que los hombres fornidos de los libros eróticos que mi madre solía leer.

Me cogió y me puso en el suelo, a unos metros de las esterillas. Se agachó y comenzó a enrollarlas. Ahí se iban mis fantasías.

—¿Que parecerás qué? —preguntó.

Me pasé las manos por los brazos.

—¿Qué se supone que me voy a poner? Voy a dar el cante y todo el mundo me va a mirar.

Me miró desde abajo entre sus pestañas tupidas.

—¿Desde cuándo te molesta que todo el mundo te mire?

—Esa es buena —le sonreí, y me fui hacia fuera—. Luego te veo.

Cuando llegué a la sala común, todo el mundo estaba cotorreando sobre lo de esta noche.

No es que Lucian fuese la razón de que Caleb estuviese andando de un lado a otro de la sala. Hasta Lea parecía preocupada mientras se enrollaba un mechón de pelo en los dedos. No es que los mestizos nos preocupásemos mucho sobre Lucian personalmente, pero como Patriarca de la Corte tenía un nivel bastante alto de control sobre los puros y los mestizos. Nadie se imaginaba por qué un Patriarca tenía que venir al Covenant durante el verano, cuando la gran mayoría de los estudiantes estaban ausentes.

Yo seguía ocupada imaginándome a Aiden como un pirata, levantándome del suelo.

—¿Tú sabes algo? —preguntó Luke.

Antes de que pudiese responder, Lea se metió en medio.

—¿Cómo iba a saberlo? A Lucian apenas le importa.

La miré, serena.

—Se supone que eso tenía que herir mis sentimientos o algo?

Se encogió de hombros.

—Mi madrastra me visita todos los domingos. ¿Por qué no te ha visitado Lucian?

—¿Cómo iba a saberlo?

Tenía una mirada taimada.

—Yo lo sé.

—Te estás tirando a uno de los Guardias ¿verdad? —fruncí el ceño—. Eso explica cómo sabes siempre tantas cosas.

Lea estrechó los ojos, como hacen los gatos al ver un ratón.

Riéndome por lo bajo, aposté por Clive, un Guardia joven que estuvo presente el primer día que llegué al Covenant. Era mono, le gustaba mirar a las chicas, y le había visto por las residencias unas cuantas veces.

—Igual Lucian viene a sacarte del Covenant —Lea se estudió las uñas—. Siempre he pensado que pagarías más con los esclavos.

Como si nada, me eché hacia delante y cogí una de las revistas gordas. Se la

tiré a Lea a la cabeza. Con los reflejos de mestiza, la pilló antes de que le diera.

—Gracias. Necesitaba algo para leer —se puso a hojearla.

Según se acercaban las siete, me fui hacia mi cuarto para prepararme. Doblado sobre la mesita de café había un uniforme verde oliva del Covenant. Abrí los ojos de par en par al coger el uniforme y cayó una notita. La abrí con dedos temblorosos:

Tuve que imaginarme tu talla.

Nos vemos esta noche.

Sonriendo, miré en los pantalones y vi que eran mi talla. No había forma de parar la ola de calor que me estaba entrando. Lo que Aiden había hecho significaba un mundo para mí. Esta noche iba a pertenecer al Covenant de verdad.

En lugar de los uniformes negros que llevaban los Centinelas entrenados, los estudiantes llevaban ropa verde del mismo tipo —como un recuerdo de los uniformes del ejército.

Y tenían todos los bolsillos elegantes y ganchos para llevar armas que tanto me gustaban.

Me di una ducha rápida, y tras ponerme el uniforme me sentí emocionada.

Habían pasado unos cuantos años desde la última vez que me puse esto, y hubo momentos en los que pensé que nunca volvería a llevarlo. Girándome frente al espejo, tuve que reconocer que me sentaba bien vestir de verde.

Emocionada, me recogí el pelo en una coleta y fui a encontrarme con Caleb. Juntos, nos dirigimos hacia el campus principal, y una extraña sensación de nostalgia me inundó cuando entramos al edificio más grande de la academia.

Había evitado la parte académica del campus desde que volví, sobre todo porque ahí era donde Marcus tenía su despacho. También me parecía injusto tener que rememorar todo esto si él decidía en un mes o dos que no me dejaba quedarme.

Claro que Caleb pensaba que las cosas iban genial y que Marcus me dejaría quedarme, pero yo no estaba tan segura. Ni siquiera le había vuelto a ver desde el día en que se pasó por el gimnasio y me hice sentir como una idiota. Estaba segura de que eso le habría dejado huella. Ahora que lo pensaba, no me extraña que Aiden estuviese tan preocupado por lo que pudiese decirle a Lucian.

Miré alrededor a la gente que abarrotaba el enorme salón de la escuela. Era como si todos los Guardias y Centinelas estuviesen allí, de pie bajo las estatuas de las nueve musas. Las nueve olímpicas, hijas de Zeus y Mnemosine, o quien fuese con la que se lió. ¿Quién lo sabía a ciencia cierta? El dios se movía bastante.

Los Guardias estaban alineados en todas las esquinas y bloqueaban todas las esquinas, con aspecto pétreo y fiero. Los Centinelas estaban en el medio, parecían despiadados y listos para luchar.

No era de extrañar que mis ojos encontrasen a Aiden finalmente. Estaba entre Kain y Leon. En mi opinión, estos tres parecían ser más peligrosos de entre todos ellos.

Aiden miró hacia arriba, encontrándose sus ojos con los míos. Me hizo un ligero saludo con la cabeza, y aunque no dijo nada, sus ojos hablaron por él. Esa única mirada tenía cierta carga de orgullo y cariño. Igual hasta pensaba que yo hacía parecer bonito el uniforme de cadete. Empecé a sonreír, pero Caleb me llevó más allá,

a la izquierda de los Centinelas donde estaban los estudiantes. Logramos colarnos al lado de la obsesión secreta de Caleb —Olivia. Qué oportuno.

Sonrió.

—Me preguntaba si ibais a lograr llegar.

Caleb dijo algo incoherente mientras sus mejillas se volvían de color rojo. Me di la vuelta de vergüenza ajena y no pude ver cuál fue la respuesta de Olivia. Pobre Caleb.

—Se te ve bien, Álex —susurró Jackson.

Nunca fallaba. El único chico que no quería que me viese siempre lo hacía.

Le miré y forcé una sonrisa.

—Gracias.

Pareció como si realmente se hubiese creído que de verdad apreciaba su cumplido, pero entonces apareció Lea, y juro que intentaba llevar el uniforme tan ajustado como le era físicamente posible. Miré hacia abajo hacia mí misma y me di cuenta de que mis piernas no se veían ni de cerca tan geniales como las suyas. Zorra.

La vi contonearse pasando al lado de los Guardias y curvando los labios en un beso hacia uno de ellos antes de meterse entre Luke y Jackson. Murmuró algo, pero mi atención ya estaba en otro lado más llamativo que la genialidad de sus piernas.

Sirvientes mestizos se pusieron detrás del personal, quietos y callados. Fila tras fila, las túnicas de un gris apagado y pantalones blancos gastados los hacían prácticamente indistinguibles los unos de los otros. Desde que había vuelto al Covenant sólo había visto a algunos sirvientes aquí y allá. Su trabajo era ser invisibles, pasar fácilmente desapercibidos. O quizá era algo arraigado en nosotros —los mestizos libres— ignorar su presencia. Dioses, había tantos de ellos y todos parecían iguales: mirada perdida, expresiones ausentes, y el tatuaje de un rudimentario círculo atravesado por una línea marcaba todas sus frentes. Haciendo asegurar visiblemente que todo el mundo sabía su lugar en el sistema de castas. De repente me afectó.

Podría convertirme en uno de ellos.

Tragándome la afilada punzada de miedo, miré hacia el frente justo a tiempo para ver a mi tío caminar amenazante hasta el centro de la sala y permanecer con las manos unidas a la espalda. No había ni un mechón de pelo marrón fuera de su sitio, y el traje oscuro que llevaba se veía fuera de lugar. Hasta los Instructores que estaban allí iban mejor vestidos que él en comparación, con sus uniformes del Covenant.

Las gruesas puertas de mármol y cristal se abrieron para dar entrada a los Guardias del Consejo. No pude evitar el gritito ahogado que escapó de mis labios. Era una vista impresionante, con sus uniformes blancos y expresiones crueles. Entonces entraron los miembros del Consejo. De hecho sólo dos salieron de detrás de los Guardias. No tenía ni idea de quién era la mujer, pero inmediatamente reconocí al hombre.

Vestido con ropajes blancos, Lucian no había cambiado ni una pizca desde la última vez que le vi. Su pelo negro azabache seguía siendo ridículamente largo y su cara mostraba tan pocas emociones como la de un daimon. Era innegable que era un hombre guapo —como todos los puros— pero había algo en él que me dejaba

un mal sabor de boca.

Su aire de arrogancia le sentaba como un guante. Según se acercaba a Marcus, sus labios se convirtieron en una sonrisa plastificada. Los dos intercambiaron saludos. Marcus incluso hizo una pequeña reverencia. Gracias a los dioses, nosotros no teníamos que hacer ninguna de esas tonterías. Si fuese así, alguien tendría que forzarme a ponerme de rodillas de una patada.

Lucian era un Patriarca, pero no era un dios. Ni siquiera era de la nobleza. Sólo era un puro con mucho poder. Oh, y prepotencia. No podía olvidar eso. Nunca había podido entender lo que vio mamá en él.

¿Dinero, poder y prestigio?

Suspiré. Nadie era perfecto, ni siquiera ella.

Algunos Guardias más siguieron a Lucian y a la mujer, que me di cuenta que era una Matriarca. Cada uno de los Guardias era idéntico al anterior excepto uno. Él era diferente, muy distinto de todos los mestizos que estábamos aquí.

El aire pareció salir de la sala cuando entró en el edificio.

Era alto —quizá tan alto como Aiden, pero no podía estar segura. Su pelo rubio estaba recogido en una pequeña coleta, mostrando sus rasgos imposiblemente perfectos y complexión de oro. Iba completamente de negro, como los Centinelas. Bajo diferentes circunstancias —unas en las que no me hubiese dado cuenta de lo que era— habría dicho que estaba buenísimo.

—La ostia —murmuró Luke.

Un fino trasfondo de electricidad entró en la habitación, recorrió toda mi piel y luego entró en mí. Me estremecí y di un paso atrás, chocándome con Caleb.

—El Apollyon —dijo alguien detrás de mí. ¿Quizá Lea? No tenía ni idea.

Pues sí, la ostia.

El Apollyon siguió tras Lucian y Marcus, manteniéndose a suficiente distancia. No los estaba acosando de cerca, pero podría reaccionar ante cualquier amenaza que sintiera. Todos miramos, impactados por su mera presencia. De forma inconsciente, di otro paso atrás cuando el pequeño grupo se acercó a nuestro lado. No sé qué es lo que me pasó, pero de repente, tenía ganas de estar lo más lejos posible... y necesitaba estar aquí más que nada en este mundo. Bueno... igual no más que nada, pero casi.

No quería mirarle, pero no podía apartar la vista. Mi estómago se encogió cuando nuestras miradas se encontraron. Sus ojos —tenían el color más extraño que había visto nunca, y según se iba acercando, me di cuenta de que no era mi imaginación. Sus ojos eran de color ámbar, casi iridiscente.

Mientras continuaba mirándome, ocurrió algo. Empezó como una débil línea formándose en sus brazos, transformándose en un color negro puro según llegaba a sus dedos. Entonces, de repente, la fina línea que cubría el color dorado de su piel cambió y pasó a convertirse en un montón de dibujos serpenteantes. El tatuaje se movía y cambiaba, entrando por su camiseta y extendiéndose por su cuello hasta que intrincados dibujos cubrieron el lado derecho de su cara. Esas marcas significaban algo. El qué, no lo sabía. Cuando pasó a nuestro lado, mi respiración se entrecortó.

—¿Estás bien? —Caleb me miró extrañado.

—Sí —me eché el pelo hacia atrás con manos temblorosas—. Él era...

—Está buenísimo —Elena se giró hacia mí, con los ojos danzando de emoción.

—¿Quién iba a saber que el Apollyon sería tan increíblemente maravilloso?

Caleb hizo una mueca.

—Es el Apollyon, Elena. No deberías hablar así de él.

Fruncí el ceño.

—Pero esas marcas...

Elena le lanzó una mirada asesina a Caleb.

—¿Qué marcas? ¿Y qué pasa si digo que está bueno? No creo que le vaya a ofender.

—¿A qué te refieres? —me abrí paso a través de Caleb—. ¿No has visto esos... tatuajes? Aparecieron de la nada. ¡Le cubrían todo el cuerpo y la cara!

Elena arrugó la boca mientras me miraba.

—Yo no he visto nada. Igual es que estaba atontada mirando esos labios.

—Y ese culo —añadió Lea.

—Esos brazos —añadió Elena.

—¿Lo decís en serio? les miré a todos—. ¿No habéis visto ningún tipo de tatuaje?

Negaron con la cabeza.

Los chicos, excepto Luke, parecían bastante molestos con el jaleo que estaban montando Lea y Elena. Y yo también. Cabreada, me di justo contra Aiden.

—¡Wow! Perdón.

Levantó las cejas.

—No te vayas muy lejos —eso fue todo lo que dijo.

Caleb me empujó a un lado.

—¿Qué es todo esto?

—Ah, Lucian quiere hablar conmigo o algo así.

Se encogió.

—Eso tiene que ser incómodo.

—Cierto es —por un momento me olvidé de los tatuajes del Apollyon. Aun queriendo, no podía irme muy lejos. Nuestro grupito consiguió salir fuera durante la puesta de sol. Todo el mundo parecía estar hablando del Apollyon. Nadie se esperaba verlo aquí o sabía cuánto tiempo hacía que era uno de los Guardias de Lucian. Como Lucian se había ido a vivir a la isla principal, alguien debería de haber sabido antes que el Apollyon estaba por aquí. Esa pregunta cambió a otra más interesante todavía.

—El Apollyon suele estar por ahí cazando daimons —Luke apareció sobre la barandilla—. ¿Por qué le habrán reasignado para vigilar a Lucian?

—Igual está pasando algo —los ojos de Caleb se dirigieron de nuevo al edificio—. Algo grande. Quizá han amenazado a Lucian.

—¿Quién? —pregunté extrañada, apoyándome en una de las columnas—. Siempre está rodeado de un montón de Guardias. Ni un solo daimon podría acercarse a él.

—¿A quién le importa? —Lea se mordió el labio y suspiró—. El Apollyon está aquí y está buenísimo. ¿Acaso tenemos que preocuparnos de algo más?

Le hice una mueca.

—Wow. Algún día serás una excelente Centinela.

Se burló de mí.

—Por lo menos *seré* una Centinela algún día.

La miré con los ojos entrecerrados, pero el no parar de Olivia me acabó cabreando.

—¿Qué pasa contigo?

Olivia miró hacia arriba, con sus enormes ojos color chocolate.

—Perdón. Es sólo que... estoy muy inquieta —se encogió de hombros y se abrazó la cintura—. No sé cómo podéis decir que está bueno. No me malinterpretéis, pero él es el Apollyon. Todo ese poder da un poco de miedo.

—Todo ese poder es sexy —Lea se echó hacia atrás, cerró los ojos y suspiró—. ¿Puedes imaginar cómo debe ser en...?

Las puertas detrás nuestra se abrieron y Aiden se acercó a mí. En los escalones de abajo alguien hizo un ruidito. Lo ignoré y dejé atrás a mi grupo de enemigos y amigos.

—¿Tan pronto? —pregunté una vez que estaba dentro.

Asintió con la cabeza.

—Supongo que quieren acabar con esto cuanto antes.

—Oh —seguí a Aiden por las escaleras—. Hey, gracias por el uniforme —recordar cómo lo cogió para mí me hizo sonreír.

Miró por encima del hombro.

—No fue molestia. Te queda bien.

Levanté las cejas mientras mi corazón daba un vuelco.

Enrojeciendo, Aiden miró a otro lado.

—Quiero decir... que está bien verte con el uniforme.

Mi sonrisa creció hasta límites épicos. Le alcancé y subí las escaleras al lado de su imponente porte.

—Y entonces... ¿el Apollyon?

Aiden pareció forzado.

—No tenía idea de que iba a estar con Lucian. Deben de haberlo reasignado hace no mucho

—¿Por qué?

Me tocó el brazo.

—Hay cosas que no puedo decirte, Álex.

Normalmente no me habría quejado por eso, pero la forma en que lo dijo, como burlón, me hizo sentir enfadada y rara.

—No es justo.

Aiden no respondió, y subimos unos cuantos pisos en silencio.

—¿Notaste... algo cuando Seth entró?

—¿Seth?

—El Apollyon se llama Seth.

—Oh. Vaya nombre más aburrido. Se tendría que haber llamado de alguna forma más interesante.

Se rió en voz baja.

—¿Cómo se tendría que haber llamado entonces?

Lo pensé un momento.

—No sé. Algo que sonase a griego, o por lo menos, algo guay.

—¿Cómo le habrías llamado tú?

—No sé. Algo guay, por lo menos. Quizá Apolo. ¿Lo pillas? Apolo. Apollyon. Aiden se rió.

—Bueno, eso ¿notaste algo?

—Sí... fue extraño. Casi como una corriente eléctrica o algo así.

Asintió mientras seguía sonriendo.

—Es su éter. Es muy poderoso.

Nos acercábamos al piso superior y me pasé una mano por la frente. Las escaleras son una mierda.

—¿Por qué lo preguntas?

—Parecías ida. La primera vez que estás a su lado es un poco inquietante. Te habría avisado si hubiese sabido que iba a estar aquí.

—Pero eso no ha sido lo más inquietante.

—¿Eh?

Tomé aire profundamente.

—Los... tatuajes eran más inquietantes —lo observe atentamente. Su reacción me diría si estaba loca o qué.

Aiden se paró completamente.

—¿Qué?

Oh tío, estaba loca.

Bajó un escalón.

—¿Qué tatuajes, Álex?

Tragué al ver la mirada que me lanzaba.

—Creí haber visto como unas marcas en él. Al principio no estaban, pero luego sí. Creo que... veo cosas raras.

Aiden exhaló lentamente, con los ojos fijos en mí. Se acercó, arreglándome un mechón de pelo que se había soltado. Su mano rozó mi mejilla, y en ese momento, no había nada más importante que él tocándome. Atontada, le miré.

Demasiado deprisa, dejó caer la mano y sus ojos se encontraron con los míos. Pude ver que había muchas cosas que me quería contar, pero por alguna razón no podía.

—Tenemos que ir. Marcus está esperando. Álex, intenta ser todo lo agradable que puedas, ¿vale?

Continuó subiendo las escaleras, y me apresuré a alcanzarlo.

—Entonces, ¿tuve visiones?

Aiden miró a los Guardias del fondo del pasillo.

—No lo sé. Luego hablamos de ello.

Frustrada, lo seguí hasta el despacho de Marcus. Lucian aún no había llegado, y Marcus estaba sentado tras su enorme mesa antigua. Estaba igual que antes en la sala, pero sin la chaqueta de traje.

—Entra. Siéntate —se acercó a mí.

Caminé sin ganas por el despacho, aliviada de que Aiden no fuese a dejarme sola. No se sentó a mi lado, sino que se quedó junto a la pared en el mismo sitio que estaba la primera vez que me encontré con Marcus.

Todo ese panorama no auguraba nada bueno, pero no tenía mucho tiempo para pensarlo. Aun estando de espaldas a la puerta, supe cuándo el grupo de Lu-

cian se estaba acercando al despacho, pero no era él el que hacía que se me erizase todo el vello de los brazos. En el momento en que el Apollyon entró en la sala con mi padrastro, todo el oxígeno se desvaneció.

Luchando contra mi acuciante necesidad de darme la vuelta, me agarré al respabrazos de la silla. No quería saludar a Lucian y no quería mirar al Apollyon.

Aiden se aclaró la garganta, y yo levanté la cabeza. Marcus me miraba con los ojos entrecerrados. *Oh... mierda.* Sentí las piernas entumecidas cuando me obligué a levantarme.

De reojo, vi a Seth ponerse al lado de Aiden. Le hizo un saludo seco con la cabeza al pura-sangre, que Aiden le devolvió. Como no vi los tatuajes, me permití levantar la cabeza.

Al momento, nuestras miradas se cruzaron. Su mirada no era aduladora. Me estaba repasando con la vista, pero no como la mayoría de los chicos. En vez de eso, me estaba estudiando. Al estar cerca, me di cuenta de que era joven. No me lo esperaba. Con tanto poder y reputación, me esperaba alguien más mayor, pero debía tener casi mi edad.

Y realmente era... guapo. Bueno, todo lo guapo que puede ser un chico. Pero su belleza era fría y dura, como si lo hubiesen hecho a trozos para hacerle parecer de una forma, pero los dioses se hubiesen olvidado de darle un toque de humanidad, de vida.

Noté las miradas de los demás, y cuando miré a Aiden tenía una expresión extrañada según nos miraba a Seth y a mí. Marcus... bueno, se le veía expectante, como si estuviese esperando que ocurriese algo.

—Alexandria —movió la cabeza hacia Lucian.

Eliminé el impulso de gruñir y levanté la mano moviendo los dedos hacia el Patriarca del Consejo.

—Hola.

Alguien —Aiden o Seth— sonó como si se hubiese tragado una risita. Pero entonces ocurrió algo extraño. Lucian dio un paso al frente y me envolvió con sus brazos. Me quedé helada, con los brazos pegados al cuerpo en una posición extraña y el olor a hierbas e incienso que me atacó los sentidos.

—Oh, Alexandria, que alegría verte. Después de tantos años, miedo y preocupación, aquí estás. Los dioses han respondido a nuestras oraciones —Lucian se apartó, pero continuó con las manos en mis hombros. Sus ojos oscuros revisaron cada centímetro de mi cara—. Por los dioses... te pareces mucho a Rachele.

No tenía idea de qué hacer. De todas las reacciones que esperaba, esta no era una de ellas. Siempre que había estado cerca de Lucian en el pasado, me había mirado con un frío desdén. Esta extraña exhibición de afecto me dejó sin palabras.

—En cuanto Marcus me dijo que te habían encontrado a salvo, me alegré. Le dije a Marcus que tenía un sitio en mi casa para ti —los ojos de Lucian volvieron a posarse en los míos, y hubo algo en su cálida mirada de lo que no me fiaba—. Habría venido antes, pero tenía que atender asuntos del Consejo, ¿sabes? Pero tu antigua habitación... de cuando te quedabas con nosotros sigue intacta. Quiero que vengas a casa, Alexandria. No tienes que quedarte aquí.

Me quedé boquiabierta y me pregunté si en estos últimos tres años lo habían cambiado por un pura-sangre más majo.

—¿Qué?

—Estoy seguro de que Alexandria sólo está abrumada por su felicidad —comentó Marcus sin ninguna gracia.

Otra vez ese ruidito ahogado, comenzaba a sospechar que era Seth el culpable. Aiden estaba demasiado bien entrenado como para escapársele dos veces. Miré a Lucian.

—Sólo... estoy confusa.

—¿Confusa? Lo imagino. Después de todo por lo que has pasado —Lucian me soltó los hombros, pero entonces me cogió la mano. Intenté no dejar mostrar mi asco—. Eras demasiado joven para sufrir todo lo que has sufrido. La marca... nunca desaparecerá, ¿verdad, cariño?

La mano que me quedaba libre fue hacia mi cuello de forma inconsciente.

—No.

Asintió con lástima, y me llevó hacia las sillas. Me soltó la mano, recolocándose la toga mientras se sentaba. Me desplomé en la otra silla.

—Tienes que venir a casa —Lucian me atravesó con la Mirada—. No hace falta que te esfuerces por ponerte al nivel de los otros. Ya no necesitas esta vida. He hablado largo y tendido con Marcus. Podrás volver al Covenant al comienzo del curso como estudiante, pero no a entrenar.

No podía haberlo escuchado bien. Los mestizos no iban al Covenant como estudiantes. O entrenaban o entraban en servidumbre.

Marcus se sentó lentamente, con su brillante mirada fija en mí.

—Alexandria, Lucian te ofrece la oportunidad de una vida muy diferente.

No pude evitarlo. La risa empezó en mi garganta y salió fuera.

—Es... es una broma ¿verdad?

Lucian intercambió una mirada con Marcus.

—No. No es ninguna broma, Alexandria. Sé que no fuimos muy cercanos cuando eras más pequeña, pero después de todo lo que ha pasado, he visto dónde te fallé como padre.

Volví a reír de nuevo, ganándome una mirada de reproche de Marcus.

—Lo siento —dije entrecortada mientras volvía a tratar de controlarme—. Es que no es para nada lo que me esperaba.

—No hace falta que te disculpes, hija mía.

Me atraganté.

—No eres mi padre.

—¡Alexandria! —avisó Marcus.

—¿Qué? —miré a mi tío—. No lo es.

—No pasa nada, Marcus —la voz de Lucian era como acero cubierto de terciopelo—. Cuando Alexandria era más pequeña, no fui nada para ella. Dejé que mi rencor me superase. Pero ahora, todo aquello me parece muy superficial —se volvió para mirarme—. Si hubiese sido una mejor figura paterna, entonces quizá hubieses pedido ayuda cuando tu madre se te llevó.

Me pasé una mano por la cara, sintiendo como si estuviese en otro mundo —un mundo en el que Lucian no era un enorme capullo, y donde aún tenía a alguien que técnicamente era mi familia y que se preocupaba por mí.

—Pero eso es el pasado, cariño. He venido a llevarte de nuevo a casa —Lucian

me mostró una fina sonrisa—. Ya he hablado con Marcus, y hemos acordado que, teniendo en cuenta las circunstancias, sería lo mejor.

Salí de mi estado de mudez.

—Espera. Me estoy poniendo al día, ¿verdad? —me giré—. Aiden, me estoy poniendo al día ¿verdad? Estaré lista para el comienzo del curso.

—Sí —miró hacia Marcus—. Más rápido de lo que habría pensado que fuese posible, para ser honestos.

Emocionada porque no me hubiese lanzado a la boca del lobo, me giré hacia mi tío.

—Puedo hacerlo. Tengo que ser una Centinela. No quiero nada más —mi voz sonaba desesperada—. No puedo hacer nada más.

Por primera vez desde que vi a Marcus, pareció dolido, como si fuese a decir algo que no quería.

—Alexandria, no tiene nada que ver con el entrenamiento. Soy consciente de tu progreso.

—¿Entonces por qué? —no me importaba tener testigos de mi miedo. Las paredes comenzaban a estrecharse, y no sabía por qué.

—Cuidarán de ti —Lucian intentó parecer tranquilizador—. Alexandria, no puedes seguir siendo una Centinela. No con un conflicto de intereses tan horrible.

—¿Cómo? —miré de un lado a otro entre mi padrastro y mi tío—. No hay ningún conflicto de intereses. ¡Más que nadie, yo tengo una razón para ser Centinela!

Lucian frunció el ceño.

—Más que nadie, tienes una razón para *no* ser Centinela.

—«Patriarca»... Aiden dio un paso al frente, con los ojos entrecerrados hacia Lucian.

—Sé que has trabajado duro con ella, y lo aprecio, St. Delphi. Pero no puedo permitirlo —Lucian levantó una mano—. ¿Qué crees que pasará cuando se gradúe? ¿Cuando salga de la isla?

—Eh, ¿que cazaré y mataré daimons?

Lucian se volvió hacia mí.

—¿Cazar y matar daimons? —su cara empalideció más de lo normal, que ya era mucho, al girarse hacia Marcus—. No lo sabe, ¿verdad?

Marcus cerró los ojos brevemente.

—No. Pensamos que... que sería lo mejor.

El malestar recorrió toda mi espalda.

—¿Saber qué?

—Irresponsable —siseó Lucian. Bajó la cabeza, tocándose el puente de la nariz.

Me puse en pie.

—¿Saber *qué*?

Marcus miró hacia arriba, con la cara demacrada y sin color.

—No hay ninguna forma fácil de decir esto. Tu madre no está muerta.

Capítulo 11



NO EXISTÍA NADA MÁS QUE ESAS PALABRAS.

Marcus se levantó y rodeó su escritorio. Se paró delante de mí. La mirada lastimosa había vuelto, pero esta vez estaba mezclada con simpatía.

El tictac del reloj de la pared y el suave zumbido de los motores del acuario llenaban la habitación. Nadie hablaba; nadie me quitaba los ojos de encima. No tenía ni idea de cuánto tiempo estuve ahí mirándole mientras trataba de unir todo lo que había dicho. Al principio nada tenía sentido. La esperanza y la incredulidad chocaron, y luego el horror de comprenderlo al entender el gesto de empatía que veía en su cara. Ella seguía viva, pero...

—No... —me aparté de la silla, tratando de poner distancia entre sus palabras y yo—. Mientes. Yo la vi. El daimon la drenó, y yo la toqué. Estaba tan... tan fría.

—Alexandria, lo siento pero...

—¡No! Es imposible. ¡Estaba muerta!

Aiden estaba a mi lado, con una mano en mi espalda.

—Álex...

Me solté de sus manos. Su voz —*oh, dioses*— su voz lo dijo todo. Cuando lo miré y vi el dolor clavado en su cara, lo supe.

—Álex, había otro daimon. Ya lo sabes —la voz de Marcus me llegaba por encima del sonido de la sangre fluyendo que me llenaba los oídos.

—Sí, pero... —recordé lo alterada que estaba. Llorando y totalmente histérica, la había sacudido y rogado que se despertase, pero no se movió.

Y entonces escuché a alguien fuera.

Muerta de miedo, me había encerrado en la habitación y cogido el dinero. Todo estaba borroso. Tenía que correr. Era lo que mamá había preparado para mí si algo así ocurría. Mi corazón palpité y perdió el ritmo.

—¿Ella... aún vivía? —Oh... Oh, dioses. La abandoné. Tuve ganas de vomitar sobre los perfectos zapatos de Marcus—. ¡La abandoné! ¡Podía haberle ayudado! ¡Podía haber hecho algo!

—No —Aiden se me acercó, pero me retiré—. No había nada que pudieses hacer.

—¿El otro daimon lo hizo? —miré a Marcus, pidiendo una respuesta.

Asintió.

—Eso creemos.

Empecé a temblar.

—No. Mamá no se ha convertido... es imposible. Todos... todos estáis equivocados.

—Alexandria, sabes que podría haber pasado.

Marcus tenía razón. La energía que le pasó el daimon estaba contaminada. Se habría vuelto adicta desde el primer momento. Era una forma cruel de convertir a un pura-sangre, robándole su propia voluntad.

Quería gritar y llorar, pero me prometí que podía con ello. El ardor en mis ojos me demostró que estaba mintiendo. Me volví hacia Marcus.

—¿Es... un daimon?

Algo parecido al dolor se vislumbró en su rostro, serio normalmente.

—Sí.

Me sentí atrapada en esa habitación con gente extraña. Mis ojos pasearon por sus caras. Lucian parecía aburrido con esto, sorprendente considerando sus anteriores muestras de afecto y apoyo. Aiden parecía pasarlo mal tratando de mantener una expresión vacía. Y Seth... bueno, me miraba como esperando algo. Esperando que me pusiese histérica, supongo.

Quizá lo obtuviese. Sólo estaba a un paso de perder completamente el control.

Tragué a través del grueso nudo que tenía en la garganta, e intenté calmar el salvaje palpitar de mi pecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi hermana. Lo sabría si estuviese muerta.

—Podrías estar equivocado —mi susurro llevaba un pequeño rastro de esperanza. La muerte era mejor que la alternativa. No había vuelta atrás una vez que un puro se convertía en un daimon. Ningún de poder o súplica, ni siquiera los dioses podían arreglarlo.

Marcus movió la cabeza.

—Se la vio en Georgia. Justo después de que te encontrásemos.

Pude ver que le dolía —seguramente tanto como a mí. Era su hermana después de todo. Marcus no era tan insensible como se mostraba.

Entonces el Apollyon habló.

—Dijiste que vieron a su madre en Georgia. ¿No estaba Alexandria en Georgia cuando la encontrasteis? —su voz tenía un acento extraño, casi musical.

Lentamente me giré hacia él.

—Sí —las oscuras cejas de Aiden se encogieron.

Seth pareció pensar en ello.

—¿No os suena extraño a ninguno? ¿Puede ser que su madre la recordase? ¿La estaba siguiendo?

Un extraño gesto cruzó la cara de Marcus.

—Somos conscientes de la posibilidad.

No tenía sentido. Cuando los puros eran convertidos, no les importaban las cosas de sus vidas anteriores. O, al menos, eso era lo que pensábamos. De nuevo, no es que nadie se hubiese tomado la molestia de interrogar a un daimon. Se les mataba nada más verlos. Sin preguntarles nada.

—Creéis que su madre es consciente de ella. ¿Que quizá esta incluso buscándola? —preguntó Seth.

—Existe esa posibilidad, pero no podemos estar seguros. Podría haber sido una coincidencia que estuviese en Georgia —las palabras de Marcus sonaban falsas.

—¿Una coincidencia que estuviese en Georgia además de los otros dos daimons siguiéndola? —preguntó Aiden—. Sabes lo que pienso de esto. No sabemos cuánto mantienen los daimons de sus vidas anteriores. Hay posibilidades de que esté buscando a Álex.

La habitación se inclinó, y cerré los ojos con fuerza. ¿Buscándome? No como mi madre sino como un daimon. ¿Para qué? Las posibilidades me asustaban... me ponían enferma.

—Mayor razón para sacarla del Covenant, St. Delphi. Bajo mi cuidado, Alexandria estará protegida por los Guardias del Consejo y el Apollyon. Si Rachele la está buscando, estará más segura conmigo.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que estaba de pie en medio de la habitación. Me dolía cada vez que respiraba. La necesidad de rendirme a las lágrimas estaba ahí, pero la calmé. Levanté la barbilla y miré a Marcus directamente a los ojos.

—¿Sabes dónde está ahora?

Marcus levantó las cejas y se volvió hacia Lucian, que se tomó un momento antes de responder.

—Tengo una docena de mis mejores Centinelas buscándola.

Asentí.

—¿Y todos, todos pensáis que saber que mi madre... es un daimon va a interponerse en mi camino de convertirme en una buena Centinela?

Hizo una pausa.

—No todos estamos de acuerdo, pero sí.

—No puedo ser la primera persona a la que le haya pasado eso.

—Claro que no —dijo Marcus—, pero eres joven, Alexandria, y tú...

Volví a quedarme sin aliento.

—¿Yo qué? —¿Soy ilógica? ¿Estoy desesperada? ¿Cabreada? Eran algunas de las cosas que sentía ahora mismo.

Movió la cabeza.

—Las cosas son distintas para ti, Alexandria.

—No. No lo son —mi voz sonaba áspera—. Soy una mestiza, mi deber es matar daimons a toda costa. Esto no me afectará. Mi madre para mí está muerta.

Marcus se me quedó mirando.

—Alexandria...

—¿Va a obligarla a salir del Covenant, Patriarca? —preguntó Seth.

—Nosotros no la vamos a obligar a marcharse —dijo Marcus con sus ojos fijos en mí.

Lucian se puso junto a Marcus.

—Nos pusimos de acuerdo en esto, Marcus —su voz era tensa y grave—. Necesita estar bajo mi protección.

Supe que estaba diciendo mucho más. Vi a Marcus pensar en lo que sea que no había dicho.

—Puede quedarse en el Covenant —Marcus dejó la mirada fija—. No hay ningún peligro si se queda aquí. Podemos seguir hablando de esto más adelante, ¿no

crees?

Mis ojos se abrieron de par en par cuando vi al Patriarca acceder a lo que decía Marcus.

—Sí. Discutiremos esto con más detalle.

Marcus asintió antes de girarse hacia mí.

—La oferta original sigue estando en pie, Alexandria. Tendrás que probarme que estás lista para ir a las clases.

Dejé escapar el aire que estaba aguantando.

—¿Algo más?

—No —me di la vuelta para marcharme, pero Marcus me paró—. Alexandria... Siento lo que ha ocurrido. Tu madre... no se merecía esto. Ni tú tampoco.

Una disculpa sincera, pero no significaba nada para mí. No sentía nada, y lo que más quería era alejarme de todos ellos. Salí de la oficina con la cabeza alta, sin ver a nadie. Incluso logré pasar a los Guardias, que posiblemente habrían oído todo.

—Álex, espera.

Luchando por controlar el huracán de emociones que tenía dentro, me di la vuelta. Aiden me había seguido fuera. Le advertí con la mano temblorosa.

—No.

Se echó atrás.

—Álex, déjame que te explique.

Por encima de su hombro, vi que no estábamos solos. Los Guardias estaban frente a las puertas cerradas del despacho de Marcus —y el Apollyon también. Nos estaba mirando con indiferencia.

Traté de hablar en voz baja.

—Lo has sabido todo este tiempo ¿verdad? Sabías lo que le había pasado realmente a mi madre.

El músculo de su mandíbula se tensó.

—Sí, lo sabía.

El dolor explotó en mi pecho. Parte de mí esperaba que no lo hubiese sabido, que no me lo hubiese ocultado. Di un paso al frente.

—¿Hemos estado juntos todos los días y no se te pasó nunca por la cabeza decírmelo?

—Claro que pensé que tenías derecho a saberlo, pero no era lo mejor para ti. Y sigue sin serlo. ¿Cómo ibas a concentrarte en los entrenamientos, concentrarte en matar daimons, cuando supieses que tu madre era uno de ellos?

Abrí la boca, pero no me salió nada. ¿Cómo iba a poder concentrarme ahora?

—Siento que hayas tenido que descubrirlo así, pero no lamento habértelo ocultado. Podíamos haberla encontrado y hacernos cargo del problema sin que tú lo supieses. Ese era el plan.

—¿Ese era el plan? ¿Matarla antes de que yo descubriese que estaba viva? —a cada palabra subía más la voz—. ¿Y me decías que confiase en ti? ¿Cómo demonios puedo confiar ahora en ti?

Mis palabras dieron en el blanco. Dio un paso atrás, pasándose una mano por el pelo.

—¿Cómo te sientes al saber lo que es tu madre? ¿Qué piensas sobre ello?

Unas lágrimas cálidas comenzaron a arderme en la garganta. Estaba a punto de explotar aquí mismo, delante suyo. Empecé a apartarme.

—Por favor. Solamente déjame sola. Déjame sola.

Esta vez, cuando me fui, nadie me paró.

...

Aturdida, me metí en la cama. Un sentimiento horrible se había adueñado de mí. Parte de mí quería creer que todo el mundo estaba equivocado y que mamá no era un daimon.

Se me revolvió el estómago y me hice un ovillo. Mamá estaba por ahí, en algún sitio, matando gente. Desde el momento en que se convirtió, la necesidad de alimentarse de éter la consumía. No le importaba nada más. Aunque me recordase no sería igual.

Salí de la cama a trompicones, llegando al baño justo a tiempo. Me puse de rodillas, agarré los lados del váter, y vomité hasta no poder más. Cuando acabé, no tuve fuerzas ni para levantarme.

Mis pensamientos giraban en un gran caos. *Mi madre es un daimon*. Había centinelas por ahí, dándole caza. Pero no podía reemplazar su cálida sonrisa por la de un daimon. Era mi madre.

Me aparté del váter y apoyé la cabeza en las rodillas. En un momento dado, alguien llamó a la puerta, pero ignoré el sonido. No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie. No sé cuánto tiempo estuve ahí. Podrían haber sido minutos —u horas. Quería no pensar, sólo respirar. La parte de respirar era fácil, pero la parte de no pensar era imposible. Al final, me levanté y miré mi reflejo.

Mamá me estaba mirando —todo menos los ojos, lo único que no compartíamos. Pero ahora... ahora tendría esos dos agujeros vacíos y su boca estaría llena de dientes aserrados.

Y si me volvía a ver, no sonreiría o me abrazaría. No me echaría el pelo hacia atrás como solía hacer. No habría lágrimas ni felicidad. Igual ni sabría mi nombre.

Intentaría matarme.

Y yo intentaría matarla a ella.

Capítulo 12



EL DOMINGO POR LA TARDE NO PODÍA ESCONDERME MÁS EN LA HABITACIÓN. Asqueada de pensar, asqueada de estar sola y asqueada de mí misma. En algún momento del día anterior, me había vuelto el apetito y me moría de hambre.

Logré llegar hasta la cafetería antes de que cerrasen las puertas. Por suerte, estaba vacía y pude comerme tranquilamente tres trozos de pizza. La comida se convirtió en una bola densa en mi estómago, pero conseguí comerme un cuarto trozo.

Estaba envuelta en el silencio espeso de la cafetería. Al no estar haciendo nada, el parloteo incesante de mis pensamientos resurgió de nuevo. *Mamá. Mamá. Mamá.* Desde el viernes por la noche, ella era todo en lo que podía pensar

¿Podía haber hecho algo diferente? ¿Podría haber prevenido que se convirtiese en un monstruo? Si no me hubiese entrado el miedo después del ataque, igual podría haber ahuyentado al otro daimon. Podría haber salvado a mi madre de un destino tan horrible.

La culpabilidad me agrió la comida en el estómago. Me aparté de la mesa y me dirigí fuera justo cuando uno de los sirvientes entraba para cerrar durante la noche. Unos cuantos chavales se movieron por la sala, pero a ninguno lo conocía demasiado bien.

No sé por qué acabé en la sala de entrenamientos. Eran las ocho pasadas, pero nunca cerraban estas salas, aunque las armas se guardaban tras las sesiones de entrenamiento. Me paré frente a uno de los maniqués que se usaban para las prácticas con cuchillo y como contrincante de boxeo.

Me picó la inquietud al ver la lograda figura. Pequeños cortes y surcos marcaban el cuello, pecho y abdomen. Eran las áreas donde los mestizos se entrenaban a dar: el plexo solar, corazón, cuello y estómago.

Pasé los dedos por las hendiduras. Los filos del Covenant estaban escandalosamente afiladas, diseñadas para cortar rápidamente a través de la piel del daimon y hacer el máximo daño.

Observando las zonas de golpe marcadas de rojo —lugares donde golpear o pegar si me metía en una pelea a manos descubiertas con un daimon— me recogí el pelo en una especie de moño descolocado. Aiden me había dejado practicar con los

maniqués unas cuantas veces, quizá porque se cansó de que le pegase patadas a él.

El primer puñetazo que le lancé echó al muñeco atrás un centímetro y poco, quizá dos. Bah. El segundo y tercer puñetazo lo movieron unos cuantos centímetros más, pero seguía sin ser nada para mí. Un torbellino borroso de emociones me presionaba, pidiéndome que cediese. *Date por vencida. Acepta la oferta de Lucian. No te arriesgues a enfrentarte a mamá. Que lo haga otro.*

Di un paso atrás, con las manos en los muslos.

Mi madre era un daimon. Como mestiza, tenía la obligación de matarla. Como su hija tenía la obligación de... ¿qué? Esa pregunta la llevaba evitando todo el fin de semana. ¿Qué se supone que tenía que hacer?

Matarla. Huir de ella. Salvarla de alguna forma.

Un grito de frustración se me escapó al levantar la pierna y darle al maniquí justo en el centro. Se balanceó treinta centímetros o medio metro, y cuando vino hacia mí, atacué —con puñetazos y patadas. Mi enfado e incredulidad crecían con cada estallido.

No era justo. Nada de esto lo era.

El sudor empezó a caer, empapando mi camiseta hasta que se me pegó al cuerpo y algunos pelos sueltos al cuello. No podía parar. La violencia salía de mí, convirtiéndose en algo físico. Podía sentir el enfado en mi garganta —espeso como la bilis y pesado. Conecté con él. Me convertí en él.

La rabia fluyó a través de mí y mis movimientos, hasta que mis patadas y puñetazos fueron tan precisos que, si el maniquí hubiese sido una persona de verdad, estaría muerto. Sólo me eché atrás cuando estuve satisfecha, me pasé la mano por la frente y me di la vuelta.

Aiden estaba en la puerta.

Dio un paso al frente, parándose en el centro de la sala y en la misma posición en la que solía estar durante nuestras sesiones de entrenamiento. Llevaba vaqueros, algo con lo que no solía verlo.

Aiden no dijo nada mientras me miraba. No sé en qué estaba pensando o por qué estaba ahí. Me daba igual. La rabia me seguía hirviendo por dentro. Me imaginé cómo sería el ser un daimon, como si una especie de fuerza invisible controlase todos mis movimientos.

Fuera de control —estaba fuera de control. Sin decir una palabra, atravesé la distancia que nos separaba. En sus ojos vi una mirada precavida. No había ninguna intención en ello, sólo una rabia insoportable y puro dolor. Eché el brazo atrás y le pegué un puñetazo justo a un lado de la mandíbula. Un dolor enorme me recorrió los nudillos.

—¡Mierda! —me doblé sobre mí misma, doblando la mano hacia el pecho. No pensaba que fuese a doler tanto. Peor aún fue que a él casi ni le hizo nada.

Se volvió hacia mí como si no acabase de darle un puñetazo en la cara y arrugó la frente.

—¿Te hace sentir mejor? ¿Ha cambiado algo?

Me enderecé.

—¡No! Pero me gustaría volver a hacerlo.

—¿Quieres pelear? —se hizo a un lado, inclinando la cabeza un poco hacia mí—. Entonces pelea conmigo.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Me lancé hacia él. Bloqueó mi primer puñetazo, pero mi enfado me hizo más rápida de lo que él pensaba. La parte ancha de mi brazo atravesó sus bloqueos, golpeándole directamente en el pecho. No le desconcerté nada —ni un poco. Pero el placer se encendió en mi interior, propulsándome hacia delante. Ardiendo de rabia y algún otro sentimiento salvaje, luché más fuerte y mejor que nunca. Nos rodeábamos el uno al otro, intercambiando golpes. Aiden no me atacaba con todas sus fuerzas, y eso sólo me cabreaba. Ataqué más fuerte, haciéndole retroceder en las colchonetas. Sus ojos tenían un peligroso color plateado cuando agarró mi puño a pocos centímetros de dar con su nariz. Mal sitio donde apuntar por encima del pecho, pero bueno.

—Ya es suficiente —Aiden me empujó hacia atrás.

Pero no era suficiente. Nunca sería *suficiente*. Fui a usar uno de los movimientos ofensivos que me había enseñado días atrás. Aiden se movió y me cogió en pleno vuelo, tirándome al suelo. Una vez que me tuvo en el suelo se dio la vuelta.

—Sé que estás enfadada —ni siquiera le faltaba el aliento. Yo, por otra parte, casi no podía respirar—. Sé que estás confundida y dolida. No puedo ni imaginar lo que sientes.

Mi pecho se movía rápidamente. Empecé a levantarme, pero me volvió a empujar al suelo con una mano.

—¡Sí, estoy enfadada!

—Estás en todo tu derecho.

—¡Tenías que habérmelo dicho! —el ardor en mis ojos comenzó a aumentar—. ¡Alguien tenía que habérmelo dicho! Si no era Marcus, entonces tú.

Apartó la mirada.

—Tienes razón.

Sus suaves palabras no me confortaron. Aún podía oírle diciendo que no se arrepentía de no habérmelo dicho, que era lo mejor. Se puso las manos sobre las piernas tras un rato.

Mal movimiento.

Salí disparada, directa a su pelo sedoso. Un movimiento totalmente de chica, pero en algún punto del camino me había dejado llevar por la furia.

—¡Para! —me cogió fácilmente de las muñecas. De hecho era vergonzoso lo rápido que me había logrado contener. Esta vez me dejó clavada a la colchoneta—. Álex, para ya —dijo de nuevo, en voz más baja.

Eché la cabeza hacia atrás, lista para estampar mi pie en algún lugar, cuando nuestras miradas se encontraron. Entonces paré, con su cara a pocos centímetros de la mía. La atmósfera cambió mientras una de las emociones salvajes que se arremolinaban en mi interior logró escapar y asomar la cabeza.

Su torso inclinado hacia mí y sus piernas presionando las mías, me hacían pensar en otras cosas —cosas que no eran pelear o matar, pero en las que sí se sudaba, mucho. Se me hizo difícil respirar mientras seguíamos mirándonos. Sus ondas oscuras le habían caído sobre los ojos. No se movía, y yo no podía aunque quisiera. Y no quería. Oh, dioses, no quería volver a moverme *nunca más*. Pude ver el momento en que él observó el cambio en mí. Algo cambió en sus ojos y sus labios se abrieron.

Era un amor platónico estúpido e inocente. Incluso mientras levantaba la ca-

beza, dejando mis labios a unos pocos centímetros de los suyos, seguía repitiéndomelo. No me gustaba. No tanto —no más que cualquier otra cosa que hubiese querido en mi vida.

Le besé.

Al principio no fue realmente un beso. Mis labios sólo rozaron los suyos, y al no apartarse, volví con más ganas. Aiden parecía estar demasiado atontado como para hacer nada durante unos segundos. Pero luego me soltó las muñecas y sus manos se deslizaron por mis brazos.

El beso se hizo más profundo, lleno de pasión e ira. Y frustración, mucha frustración. Entonces Aiden fue el que presionó, no era yo la que estaba besándole. Sus labios se movían contra los míos, sus dedos apretaban mi piel. Después de tan sólo unos segundos, interrumpió el beso y saltó lejos de mí.

A varios metros de mí, Aiden se puso en cuclillas. Su pesada respiración llenaba el espacio entre los dos. Tenía los ojos bien abiertos y tan dilatados que casi se veían negros.

Yo me levanté y rápidamente me eché atrás. Lo que acababa de hacer logró penetrar a través de la espesa niebla que cubría mis pensamientos. No sólo le había pegado un puñetazo en la cara a un pura-sangre, sino que lo había besado. Oh... oh, tío. Mis mejillas se sonrojaron; todo mi cuerpo se sonrojó.

Aiden se levantó lentamente.

—No pasa nada —tenía la voz áspera—. Estas cosas pasan... cuando tienes mucho estrés.

¿Que estas cosas pasan? Creo que no.

—No... no me puedo creer que haya hecho esto.

—Sólo es el estrés —se quedó a una distancia segura—. No pasa nada, Álex.

Me miré a los pies.

—Creo que debería irme.

Entonces dio un paso adelante, pero se paró en seguida, como con miedo de acercarse.

—Álex... no pasa nada.

—Sí, sólo es el maldito estrés y eso, ¿no? Wow. Vale. Todo es perfecto —me di la vuelta, mirando a todas partes excepto a él—. Lo necesitaba, ¡no lo último! ¡O lo de pegarte un puñetazo! Sino lo de... ya sabes, cuando estaba entrenando mi agresividad... y eso. Bueno, vale... nos vemos mañana —huí de la sala, del edificio entero.

Fuera, bajo ese aire nocturno denso y húmedo, me pegué en la frente y gruñí. «Oh, dioses». En algún lugar por detrás de mí se abrió una puerta, así que continué caminando.

Realmente no estaba prestando atención de hacia dónde iba. El shock y la vergüenza no lograban describir bien lo que sentía. Mortificación era una palabra un tanto patética. Quizá *pudiese* echarle la culpa al estrés. Quería reír, pero también quería llorar.

¿Sería capaz de superar esta vergüenza? Dioses, no me podía creer que le besase de verdad. Ni tampoco que en un momento dado él me devolviera el beso, que se apretara contra mí de una forma que me decía que él lo quería tanto como yo. Tenía que haber sido producto de mi imaginación.

Necesitaba un nuevo entrenador. Necesitaba en seguida un nuevo entrenador. De ninguna forma podía volver a estar con él sin caerme redonda y morir. Ni de coña, y—

Alguien se puso en frente de mí. Me moví a un lado para evitar a quien fuese, pero me bloqueó. Cabreada por no poder enfurruñarme en privado, exploté sin mirar hacia arriba.

—¡Dioses! Aléjate de mí.

Las palabras murieron en mis labios.

El Apollyon estaba frente a mí.

—Bueno, buenas noches —sus labios se curvaron en una sonrisa despreocupada.

—Eh... lo siento. No te había visto —o *sentido*, que era raro teniendo en cuenta lo que pasó las dos veces en que lo había sentido incluso antes de verlo.

—Obvio. Estabas mirando al suelo como si te hubiera hecho algo horrible.

—Sí, estoy teniendo un fin de semana horrible... parece que no acaba —volví a dar un paso a un lado, pero se volvió a poner en frente de mí—. Perdona —puede que usase mi voz *más* dulce. Después de todo, era el Apollyon.

—¿Puedo robarte unos minutos de tu tiempo?

Miré hacia el vacío patio a mí alrededor, sabiendo que no podía negarme.

—Claro, pero tengo que volver pronto a mi residencia.

—Entonces te acompaño hasta allí y así podemos hablar.

Asentí, sin tener ni la más remota idea de lo que podría querer hablar conmigo. Me acerqué a él con cuidado.

—He estado buscándote —se puso a mi lado a mi paso—. Al parecer te has refugiado en tu residencia, y tus amigos me han dicho que los chicos no podemos entrar ahí. Yo no soy una excepción, lo que encuentro frustrante y muy irritante. Las pequeñas y estúpidas reglas del Covenant no deberían aplicarse a mí.

Mire extrañada, no estaba segura de qué me daba más cosa: el que supiese quienes eran mis amigos o que estuviese buscándome. Las dos cosas me parecían igual de escalofrantes. Podía cortarme el cuello como si fuese una ramita. Era el Apollyon —alguien al que *nadie* querría tener buscándolo.

—Así que estaba esperando a que reaparecieses.

Ahora sí que *era* un tanto escalofriante. Sentí su mirada, pero mantuve la mía fija al frente.

—¿Por qué?

Seth se puso rápidamente junto a mí a mi paso.

—Quiero saber qué eres.

Me quedé helada y tuve que mirarle. Estaba bastante cerca, pero sin llegar a tocarme. Sinceramente, parecía no querer hacerlo. La cautela se reflejaba en todos sus fascinantes rasgos mientras me observaba.

—Soy una mestiza.

Arqueó una ceja rubia.

—Wow. No tenía ni idea de que eras una mestiza, Alexandria. Me has dejado flipando.

Le miré con los ojos entrecerrados.

—Llámame Álex. ¿Entonces por qué has preguntado?

—Sí, ya lo sé. Todo el mundo te llama con nombre de chico.

Hizo una mueca y su voz se llenó de frustración.

—Da igual, sabes que eso no era lo que preguntaba. Quiero saber qué eres.

Mosquear al Apollyon seguramente no era lo más inteligente, pero estaba entre un ánimo horrible y de mierda. Crucé los brazos sobre el pecho.

—Soy una chica. Tú eres un chico. ¿Te aclara eso las cosas?

Curvó un lado de su boca.

—Gracias por la clase en géneros. Siempre me confundo acerca de las partes de los chicos y las chicas, pero de nuevo, no es eso lo que estoy preguntando —dio un paso al frente, inclinando la cabeza a un lado—. En mayo, Lucian requirió mi presencia en el Consejo. Te encontraron hacia la misma fecha. Es extraño.

Mi instinto me exigía dar un paso atrás, pero me negué.

—¿Vale?

—No creo en las coincidencias. La orden de Lucian tiene que ver contigo. Así que eso nos lleva a una importante pregunta.

—¿Que es...?

—¿Qué es tan importante en una chiquilla cuya madre es un daimon? —me rodeó. Me giré, siguiendo su movimiento—. ¿Por qué Lucian me quiso aquí ahora, y no antes? Tenías razón en el despacho del decano. No eres la primera mestiza o incluso pura-sangre que tiene que derrotar a un ser querido o un amigo en batalla. ¿Qué te hace tan especial?

Comencé a sentir que me estaba irritando.

—No tengo ni idea. ¿Por qué no vas y se lo preguntas?

Varios mechones cortos se escaparon de la cinta de cuero y le cayeron sobre la cara.

—Dudo que Lucian esté siendo sincero.

—Lucian no tiene por qué ser sincero.

—Deberías saberlo. Es tu padrastro.

—Lucian no es nada para mí. Lo que viste en ese despacho fue extraño. Tenía que estar puesto de coca o anfet.

—¿Entonces no te enfadarás si digo que ha sido todo un capullo pedante?

Contuve la risa.

—No.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—Intento pensar por qué me pasaron de estar cazando daimons a cuidar de una chica...

Alcé las cejas.

—No estás cuidando de mí. Estás cuidando de Lucian.

—¿Ah sí? ¿Por qué iba Lucian a necesitarme como Guardia? Pocas veces sale del Consejo y siempre está rodeado de numerosa protección. Un Guardia cualquiera puede servirle. Esto es hacerme perder el tiempo

Ese era un buen argumento, pero no tenía respuestas para él. Me encogí de hombros y comencé de nuevo a andar, esperando que no me siguiese, pero lo hizo.

—Te lo volveré a preguntar. ¿Qué eres?

Las primeras dos veces que hizo la pregunta, sólo me había logrado cabrear, pero la tercera vez se me quedó grabada en el cerebro y logró sacar de mí un recuer-

do que estaba suelto por mi mente. Me acordé de la noche en la fábrica. ¿Qué dijo el daimon después de marcarme? «¿Qué eres?» Me llevé la mano al cuello, rozando la piel ultra suave de la cicatriz.

Los ojos de Seth se clavaron en mí.

—¿Qué es eso?

Miré hacia arriba.

—¿Sabes? No eres la primera persona en preguntarme eso. Un daimon me lo preguntó también después de marcarme.

Vi interés en su cara.

—Igual tengo que morderte para averiguarlo.

Dejé caer la mano y le atravesé con la mirada. Estaba bromeando, pero aun así me desconcertó.

—Buena suerte con ello.

Esta vez sonrió, mostrando una fila de dientes perfectos y blancos. Su sonrisa no era como la de Aiden, pero era bonita.

—No pareces tenerme miedo.

Respiré profundamente.

—¿Por qué debería tenerlo?

Seth se encogió de hombros.

—Todo el mundo me tiene miedo. Incluso Lucian; hasta los daimons me tienen miedo. Ya sabes, pueden sentirme, y aunque saben que para ellos significa la muerte, vienen corriendo hacia mí. Como si fuera un auténtico manjar para ellos. No pueden dejarme sin más.

—Sí... y yo soy comida rápida —murmuré recordando lo que dijo el daimon en Georgia.

—Quizá... o quizá no. ¿Quieres oír algo extraño?

Miré a mi alrededor, buscando una salida. Mi estómago volvió a retorcerse.

—La verdad es que no.

Se pasó los mechones sueltos de pelo por detrás de la oreja.

—Sabía que estabas aquí. No tú, por así decirlo. Pero sabía que había alguien; alguien diferente. Lo sentí fuera, antes de entrar al salón. Era como una atracción magnética. Me fijé en ti inmediatamente.

Me sentía más incómoda cuanto más hablaba con él.

—¿Oh?

—Nunca antes me había pasado —descruzó los brazos e hizo el amago de tocarme. Di un salto atrás. Hizo una mueca de fastidio. Había múltiples razones por las que no quería que me tocara. Asustada por que lo fuese a hacer de verdad, solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Vi tus tatuajes.

Seth se quedó helado, con un brazo levantado en mi dirección. Su cara brilló de sorpresa antes de que dejase caer el brazo y parecer receloso. Demonios, ya no parecía querer tocarme —ni estar en el mismo código postal que yo. Esta vez fue él el que retrocedió.

Debería de haberme alegrado, pero eso sólo incrementó los nervios que se estaban formando en mi estómago.

—Tengo... que irme. Es tarde.

La repentina ráfaga de aire me hizo levantar la cabeza. Seth se movía rápido, posiblemente más que Aiden, y ahora estaba de nuevo en mi espacio personal.

—¿Iba en serio lo que dijiste en el despacho del decano? ¿Que tu madre estaba muerta para ti? ¿Realmente piensas eso?

La pregunta me pilló por sorpresa, y no contesté.

Se acercó más, con voz baja pero todavía melódica.

—Si no, entonces más vale que no te encuentres nunca con ella, porque te matará.

Capítulo 13



AL DÍA SIGUIENTE EL ENTRENAMIENTO FUE ÉPICAMENTE EXTRAÑO. Aiden pasó todo el tiempo haciendo como que no le había agredido física y sexualmente, lo que creó en mí una serie de emociones conflictivas. Parte de mí se alegraba de que no sacase el tema. Y la otra parte... bueno, la otra parte estaba picada. Aunque no tenía sentido, quería que admitiese lo que pasó entre nosotros.

Pero llevé mi enfado al entrenamiento. Peleé mejor y bloqueé más que nunca. Aiden alabó mi técnica de una forma realmente profesional, lo que me irritó bastante. Cuando enrollamos las colchonetas al final del entrenamiento, me sentí con ganas de provocar.

—Me encontré con Seth... anoche —a la palabra «anoche» probablemente le di más peso que al resto de lo que dije. Aiden se puso tenso, pero no respondió—. Quiere saber por qué Lucian le ordenó ir al Consejo.

Aiden se enderezó, pasándose las manos por las piernas.

—No debería cuestionar sus órdenes.

Levanté una ceja.

—Cree que tiene algo que ver conmigo.

Entonces me miró, con una expresión totalmente vacía.

—¿Es así?

Sin respuesta.

—¿Tiene algo que ver con lo que le pasó a mi madre?

Cerré los puños ante su continuo silencio.

—Anoche dijiste que tenía todo el derecho de saber lo que le pasó a mi madre. Así que creo que tengo todo el derecho a saber qué narices está pasando. ¿O vas a volver a mentirme?

Eso sí que tuvo respuesta.

—Nunca te he mentado, Álex. Omití la verdad.

Puse los ojos en blanco.

—Claro, porque eso no es mentir.

Vi cómo su irritación se reflejaba en su cara.

—¿Crees que me gustaba saber lo que le pasó a tu madre? ¿Que disfruté viendo lo que te dolió cuando lo descubriste?

—Esa no es la cuestión.

—La cuestión es que estoy aquí para entrenarte. Para prepararte y que puedas empezar las clases.

—Y nada más ¿no? —el dolor alimentó mi cabreo—. ¿Ni la cortesía de contarme lo que está pasando cuando es tan obvio que sabes qué ocurre?

La incertidumbre oscureció su expresión. Movi6 la cabeza y se pasó una mano por el pelo. Las ondas oscuras volvieron sobre su frente como siempre.

—No sé por qué el Patriarca ordenó que Seth fuera al Consejo. Sólo soy un Centinela, Álex. No sé cómo funciona el Consejo por dentro, pero... —respiró profundamente—. No confío plenamente en tu padrastro. Lo que hizo en el despacho de Marcus fue... algo fuera de lo común.

De todo lo que esperaba que dijese, me sorprendió que admitiese eso. Esto logró difuminar un poco —pero no todo— mi enfado.

—¿Qué crees que está haciendo?

—Eso es todo lo que sé. Álex. Si yo fuese tú... tendría cuidado con Seth. Los Apollyons a veces pueden ser inestables, peligrosos. Se sabe que pierden los estribos, y si está enfadado por su reubicación...

Asentí, pero no estaba realmente preocupada por ello. Aiden se fue sin decir mucho más. Decepcionada, salí de la sala de entrenamientos y me encontré fuera con Caleb.

Los dos nos quedamos mirando.

—Entonces... ¿supongo que ya lo sabes? —intenté sonar despreocupada.

Caleb asintió, con dolor en sus ojos azul cielo.

—Álex, lo siento. No está bien, no es justo.

—No lo es —susurré.

Sabiendo cómo soy con estas cosas, lo dejó después de eso. No volvimos a sacar el tema, y durante el resto de la noche todo fue como si las cosas fuesen normales. Mamá no era un daimon, y no iba por ahí fuera drenando puros. Era más fácil seguir adelante fingiendo que todo era normal. Funcionó un tiempo.

Algunos días después, conseguí mi deseo de un nuevo entrenador. Bueno... casi. Cuando abrí las puertas dobles de la sala de entrenamiento Aiden no estaba solo. Kain estaba a su lado, y se le veía que aún recordaba bien nuestro último entrenamiento.

Fui más despacio mientras mis ojos iban de uno a otro.

—¿Hey...?

La cara de Aiden era ilegible —la expresión normal desde que le besé.

—Kain nos va a ayudar a entrenar tres días a la semana.

—Oh —estaba entre emocionada por aprender lo que Kain me pudiese enseñar y decepcionada por que alguien invadiese *mi* tiempo con Aiden.

Realmente tenía mucho que aprender de Kain. No era tan rápido como Aiden, pero ya había logrado anticipar los movimientos que usaba Aiden. Con Kain todo era nuevo. Al final del entrenamiento me sentí un poco mejor por el cambio en el entrenamiento, pero seguía teniendo la insistente sensación de que la reaparición de Kain tenía algo que ver con el beso.

Kain no era el único que volvió a aparecer. Durante la siguiente semana, Seth estuvo por el campus, apareciendo por la sala de entretenimiento, la cafetería y la sala de entrenamiento. Hizo que evitarle —que era mi plan— fuese imposible.

Intentar defenderme de Kain sólo con Aiden mirando ya era suficientemente malo, pero que el Apollyon estuviese también, era un asco.

Por suerte, hoy era el día libre de Kain. Estaba acompañando a un grupo de puros en una excursión de fin de semana. Me sentí mal por él. Ayer, se pasó la mayor parte del entrenamiento quejándose de ello. Era un cazador, no un niño. Yo también estaría cabreada si me cargasen con esa tarea.

En los entrenamientos, por fin habíamos pasado de las técnicas de bloqueo y estábamos trabajando en diferentes tipos de placajes. A pesar de que gané a Aiden varias veces, era súper paciente conmigo. A pesar de mentirme sobre mi madre, había sido un santo.

—Esta semana has estado muy bien —dijo con una sonrisa insegura según salíamos.

Moví la cabeza.

—Kain ayer me dio un palizón.

Aiden abrió la puerta y la sujetó. Normalmente dejaba las puertas abiertas del todo, pero últimamente las cerraba.

—Kain tiene a favor la experiencia, pero aun así te defendías bien de él.

Mis labios se curvaron hacia arriba. Por triste que fuera, vivía por esos momentos en que halagaba mi mejoría.

—Gracias.

Asintió.

—¿Crees que está ayudando el trabajar con Kain?

Nos paramos en las puertas de fuera. Estaba un tanto sorprendida de que me preguntase por mi opinión.

—Sí... tiene diferentes tácticas. Creo que ayuda que puedas ver qué es lo que estoy haciendo mal y guiarme para mejorarlo.

—Bien. Eso es lo que esperaba.

—¿En serio? —solté—. Pensaba que era porque..., da igual.

Aiden entrecerró los ojos.

—Sí. ¿Por qué si no iba a querer que ayudase Kain?

Avergonzada por haber dicho *eso* sin darme cuenta, me di la vuelta.

—Eh... olvida lo que he dicho.

—Álex —dijo mi nombre de una forma suave y de una paciencia infinita. Contra mis deseos, me di la vuelta hacia él—. Traer a Kain no ha tenido nada que ver con aquella noche.

Quería correr y esconderme. También quería buscarme un bozal.

—¿Ah no?

—No.

—Sobre aquella noche... —respiré profundamente—. Siento haberte pegado y... lo otro.

Sus ojos se volvieron más grandes, volviéndose más plateados que grises.

—Acepto tus disculpas por pegarme.

Hasta ese momento no me di cuenta, pero estábamos tan cerca que nuestros zapatos se tocaban. No sé si se había movido, o si había sido yo.

—¿Y sobre lo otro?

Entonces Aiden sonrió, mostrando esos profundos hoyuelos. Su brazo rozó el

mío al ir a abrir la puerta.

—No tienes que disculparte por lo otro.

Me tambaleé hacia la brillante luz del sol.

—¿Ah no?

Movió la cabeza sin dejar de sonreír, y entonces simplemente se fue. Confundida y un poco obsesionada por lo que *eso* pudiese significar, me fui con mis amigos a cenar y ver que nuestra nueva adquisición estaba otra vez en nuestra mesa. Mi sonrisa se desvaneció cuando vi lo encantado que estaba Caleb —la cara que se le ponía cada vez que hablaba con Seth.

Ni siquiera me miraron cuando me senté en la mesa con ellos. Todo el mundo parecía ensimismado con lo que sea que Seth estuviese contando. Yo parecía ser la única a la que no le impresionaba.

—¿A cuántos has matado? —Caleb se inclinó hacia delante.

¿No habían tenido ya esta conversación? *Oh, sí. Ayer.* Solté un suspiro de aburrimiento.

Seth se reclinó en la silla de plástico, con una pierna apoyada en el borde de la mesa.

—Más de veinte.

—Wow —Elena suspiró, con pura admiración brillando en sus ojos.

Puse los ojos en blanco y di un mordisco a la carne seca asada que teníamos.

—¿No sabes el número exacto? —Caleb levantó las cejas—. Yo llevaría una lista con la fecha y la hora.

Lo encontré un tanto siniestro, pero Seth sonrió.

—Veinticinco. Habrían sido veintiséis, pero el último bastardo se me escapó.

—¿Se le escapó al Apollyon? —di un trago de agua—. Que embarazoso.

Caleb abrió los ojos como platos, y sinceramente, no sé qué me hizo decir eso —quizá esa pequeña advertencia que me dio la última vez que hablamos en privado. Seth pareció tomárselo con calma. Me señaló con su botella de agua.

—¿A cuántos has matado tú?

—Dos —me metí una un trozo de carne a la boca.

—No está mal para una chica sin entrenamiento.

Sonreí alegremente.

—Nop.

Caleb me lanzó una mirada de advertencia antes de volverse hacia Seth.

—Y... ¿cómo sienta usar los elementos?

—Es increíble —Seth me puso los ojos encima—. A mí nunca me han marcado. Me puse tensa, con la mano a mitad de camino hacia mi boca. Au.

—¿Qué se siente, Álex?

Me obligué a masticar la comida lentamente.

—Oh... sienta maravillosamente bien

Se movió, inclinándose tanto que podía sentir su respiración en mi cuello. Mi cuerpo entero se bloqueó.

—Qué fea cicatriz tienes ahí.

El tenedor se me cayó de los dedos, salpicando puré de patatas por toda la mesa. Reuní mi mejor mirada fría y me encontré con su mirada.

—Estás en mi espacio personal, tío.

Una sonrisa juguetona asomó en sus labios.

—¿Y? ¿Qué piensas hacer por ello? ¿Tirarme tu puré? Me muero de miedo.

Pegarte un puñetazo en la cara. Eso es lo que quería decir y hacer, pero ni siquiera yo era tan estúpida. En vez de eso, le devolví la sonrisa.

—¿Por qué estás aquí? ¿No se supone que deberías estar haciendo cosas importantes, como *cuidar* de Lucian?

Caleb y el resto de los chicos no pillaron mi indirecta, pero él sí. La sonrisa desapareció de su cara y se levantó. Volviéndose hacia ellos, saludó con la cabeza.

—Ha sido agradable hablar con vosotros —en su camino rozó a Olivia al pasar. La pobre chica estaba flipando.

—Oh, dioses, Álex. Es el Apollyon —siseó Elena.

Limpié el desastre del puré.

—Sí. ¿Y?

Dejó caer una servilleta sobre el montón de puré.

—Eh... podrías tenerle un poco más respeto.

—Le he tratado con respeto. Simplemente no le estaba lamiendo el culo —levanté las cejas al mirarla.

—No estábamos besándole el culo —frunció el ceño mientras recogía más puré.

Torcí los labios.

—No es lo que me ha parecido.

—Da igual —Caleb soltó aire con un silbido—. Quiero decir, wow. Ha matado a veinticinco daimons. Puede controlar los cuatro elementos además del quinto; el *quinto*, Álex. Sí, le besaré el culo todo el día.

Reprimí un gruñido.

—Deberías montar un club de fans. Elena puede ser tu vicepresidenta.

Puso una sonrisita.

—Pues igual lo hago.

Por suerte, dejamos de hablar de Seth en cuanto Olivia se sentó en nuestra mesa. Caleb estaba totalmente feliz de verla, y mi mirada iba del uno al otro.

—¿Os habéis enterado, chicos? —los ojos color café de Olivia se abrieron de par en par.

Me daba un poco de miedo el preguntar.

—¿Qué?

Me echó una mirada nerviosa.

—Hubo un ataque daimon en Lake Lure anoche. El Consejo acaba de saberlo. No han podido comunicarse con el grupo de puros y sus Guardias.

Esa información barrió todo lo demás de mi mente. Ya no pensaba sobre mi mal comportamiento hacia Seth o lo que pudo haber querido decir Aiden antes. Ni siquiera estaba pensando en mamá.

Elena soltó un gritito.

—¿Qué? Lake Lure está sólo a cuatro horas de aquí.

Lake Lure era una pequeña comunidad donde a bastantes puros les gustaba apartarse. Como el sitio de Gatlinburg donde mi madre solía llevarme, tenía que estar bien vigilado. A salvo. Al menos esa era lo que nos decían.

—¿Cómo es posible? —odí el sonido chillón en el que me salió la voz.

Olivia movió la cabeza.

—No lo sé, pero varios Guardias del Consejo salieron con el grupo este fin de semana, Llevaban al menos dos Centinelas entrenados.

Se me secó la boca. No. No podía ser el mismo grupo —el grupo del que Kain se había estado quejando por tener que cuidar.

—¿Alguien que conozcamos? —Caleb se inclinó.

Ella miró alrededor, bajando la voz.

—Mi madre no ha podido decirme mucho más. Se iba a investigar... la escena, pero dijo que los Centinelas eran Kain o Herc. No sé nada de lo que les ha pasado a ellos, pero...

Los daimons no dejaban a los mestizos con vida.

El silencio cayó sobre la mesa según procesábamos las noticias. Intenté tragar a través de la repentina sequedad de mi garganta. Kain había estado dándome una paliza y bromeando conmigo justo ayer. Era bueno y rápido, pero si estaba desaparecido, significaba que lo habían cogido como aperitivo para después. Kain era un mestizo, así que no podía ser convertido en un daimon.

No. Moví la cabeza. *Se ha escapado. Aún no le han encontrado.* Caleb apartó el plato. Ahora deseaba no haber comido tanto. Las noticias estaban haciendo estragos con la comida en mi estómago, pero todos nosotros fingíamos no estar *tan* afectados. Estábamos entrenándonos. En un año o así, tendríamos que lidiar con todo esto en persona.

—¿Y los puros? ¿Quiénes eran? —la voz de Elena tembló.

La expresión de su cara me llenó de inquietud. De repente comprendí que no era sólo Kain al que habíamos perdido.

—Había dos familias —Olivia tragó con dificultad—. Liza y Zeke Dikti, y su hija Letha. La otra familia es... El padre y la madrastra de Lea.

Silencio.

Ninguno de nosotros se movió. Creo que ni siquiera respiramos. Dioses, odiaba a Lea. La odiaba de verdad, pero sabía cómo sentaba esto. O al menos, antes. Al final, Caleb encontró la capacidad de hablar.

—¿Estaban Lea o su hermanastra con ellos?

Olivia sacudió la cabeza.

—Dawn se quedó en casa y Lea está aquí, estaba aquí. Por el camino he visto a Dawn. Venía a recogerla.

—Es horrible —Elena empalideció—. ¿Cuántos años tiene Dawn?

—Tiene como veintidós —Caleb se mordió el labio.

—Es bastante mayor como para tomar el asiento de sus padres, pero quién... —Olivia paró.

Todos sabíamos lo que estaba pensando. ¿Quién iba a querer quedarse con un asiento en el Consejo de esa manera?

...

De vuelta en mi residencia, encontré dos cartas pegadas a mi puerta. Una era un trozo de papel doblado y la otra un sobre. El papel tenía un mensaje garabateado de Aiden cancelando el entrenamiento de mañana debido a los inesperados

sucesos. Obviamente, le habían llamado para investigar el ataque.

Doblé la nota y la dejé en la mesa. El sobre era otra cosa totalmente diferente; era de mi padraastro bipolar. No leí la tarjeta. Sin embargo había unos cuantos billetes de cien dólares doblados dentro. Me los quedé. La tarjeta fue a parar a la papelería.

Después de pasarme el resto de la noche pensando sobre lo que había pasado en Lake Lure, me costó dormirme y me levanté demasiado pronto, llena de inquietud.

Para la hora de comer, descubrí que Seth había hecho también el viaje de cuatro horas con Aiden. Más información fue llegando al Covenant según pasaba el día. Olivia tenía razón. Todos los puros que estaban en Lake Lure habían sido sacrificados. Y lo mismo sus sirvientes mestizos. Buscaron por el lago y los alrededores, pero sólo encontraron a cuatro del equipo de Seguridad. Les habían drenado todo su éter. Los otros dos, Kain incluido, no habían sido encontrados.

Olivia, que se había convertido en nuestra principal fuente de información, nos contó lo que sabía.

—Algunos de los muertos tenían múltiples marcas. Pero los mestizos que encontraron... estaban llenos de marcas de daimon.

Leí la misma pregunta escalofriante en las caras pálidas alrededor de la mesa: *¿Por qué?* De nacimiento, los mestizos tenían menos éter en ellos. *¿Por qué drenarían los daimons repetidamente a un mestizo si tenían puros llenos de éter?*

—¿Sabes cómo pasaron a los Guardias?

Movió la cabeza.

—Aún no, pero había cámaras de seguridad alrededor de las cabañas, así que esperan que las grabaciones en vídeo revelen algo.

Algunos de los mestizos intentaron volver un poco a la normalidad según iba pasando el día, y ninguno de nosotros quería estar solo. Pero en los billares faltaban las risas habituales, y las consolas estaban sin tocar frente a las televisiones.

La atmósfera sombría comenzó a llegarme. Me retiré a mi habitación después de cenar. Unas horas después, escuché cómo llamaban suavemente a mi puerta. Me levanté esperando ver a Caleb o a Olivia.

Aiden estaba ahí de pie, y mi corazón dio un vuelco extraño que empezaba a odiar.

Le hice la pregunta más estúpida.

—¿Estás bien? —claro que no. Mentalmente me di una patada mientras él entraba y cerraba la puerta.

—¿Te has enterado?

No había razón para mentir.

—Sí, me enteré anoche —me senté en el borde del sofá.

—Acabo de volver. Las noticias viajan rápido —nunca le había visto tan cansado o afectado. Parecía que se había pasado las manos por el pelo muchas veces, y ahora lo tenía hacia cualquier sitio. La necesidad de confortarle casi me sobrepasó, pero no había nada que pudiese hacer. Señaló hacia el sofá.

—¿Puedo?

Asentí.

—Es... muy malo, ¿verdad?

Se sentó, con las manos sobre las rodillas.

—Es bastante malo.

—¿Cómo lograron llegar hasta ellos?

Aiden miró hacia arriba.

—Cogieron fuera a uno de los puros. Una vez que los daimons entraron, el ataque sorprendió a los Guardias. Había tres daimons... y los Centinelas... lucharon duro.

Tragué saliva. Tres daimons. La noche en Georgia, me sorprendió cuántos iban juntos. Aiden debía estar pensando algo parecido.

—Los daimons están empezando a trabajar en grupos. Están mostrando un nivel de moderación en sus ataques y una organización que nunca antes habían tenido. Dos mestizos están desaparecidos.

—¿Qué crees que significa eso?

Movió la cabeza.

—No estamos seguros, pero lo descubriremos.

No dudaba de que lo haría.

—Siento... que tengas que cargar con todo esto.

Se puso tenso. No se movió.

—Álex... hay algo que tengo que decirte.

—Vale —quise creer que su tono de voz era debido a todas las cosas tan duras con las que se había encontrado durante el día.

—Había cámaras de vigilancia. Nos han dado una buena idea sobre lo que ocurrió fuera de la casa, pero no dentro —respiró profundamente y levantó la cabeza. Nuestros ojos se encontraron—. He venido aquí primero.

Mi pecho se tensó.

—Esto... será malo, ¿verdad?

Aiden no se andó con rodeos.

—Sí.

Cogí aire.

—¿Qué... qué pasa?

Giró todo su cuerpo hacia mí.

—Quería asegurarme de que lo supieses antes... que nadie. No podemos evitar que la gente lo sepa. Había mucha gente allí.

—¿Vale?

—Álex, no hay una forma fácil de decirte esto. Vimos a tu madre en las cámaras de vigilancia. Era uno de los daimons que les atacaron.

Me levanté y justo después me volví a sentar. Mi cerebro se negaba a procesar esto. Moví la cabeza mientras mis pensamientos no dejaban de repetir lo mismo. *No. No. No. Ella no —cualquiera menos ella.*

—¿Álex?

Sentí como si no pudiese respirar. Esto era peor que ver el vacío en sus ojos mientras estaba tendida en el suelo, peor que escuchar que la habían convertido. Esto... esto era peor.

—Álex, lo siento mucho.

Me costó tragar.

—¿Ella... mató a alguno?

—No hay forma de saberlo a no ser que encontremos a alguno de los mestizos vivos, pero supongo que sí. Es lo que hacen los dainons.

Pestañeé lágrimas calientes. *No llores. No lo hagas.*

—¿Has... has visto a Lea? ¿Está bien?

Vi cómo Aiden se asombraba.

La risa que solté sonaba temblorosa y rota.

—Lea y yo no éramos amigas, pero yo no...

—No querrías que ella pasase por esto. Ya lo sé —me cogió la mano con la suya. Sentí sus dedos sorprendentemente calientes y fuertes—. Álex, aún hay más.

Casi vuelvo a reír.

—¿Cómo puede haber más?

Su mano se tensó sobre la mía.

—No puede ser una coincidencia que esté tan cerca del Covenant. Sin duda se acuerda de ti.

—Oh —me quedé quieta, sin poder ir más allá. Me aparté de Aiden, mirándonos a las manos. El silencio se apoderó de nosotros, y entonces él se inclinó y me envolvió los hombros con su otro brazo. Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Incluso en un momento así, podía ver lo mal que estaba esta situación. Aiden no debía de estar ofreciéndome ningún tipo de consuelo. Seguramente no debía ni de haber venido a contármelo. Los mestizos y los puros no se consolaban mutuamente.

Pero con Aiden nunca me sentí como una mestiza y nunca pensé en él como un pura-sangre.

Aiden murmuró algo que no pude entender. Sonaba como griego antiguo, el lenguaje de los dioses. No sé por qué, pero el sonido de su voz atravesó las barreras que intentaba construir en mí y que no dejaban de caer. Me hundí hacia delante, con mi cabeza sobre su hombro. Me froté los ojos para aliviar el fuerte picor. Respiré con bocanadas cortas y temblorosas. No sé cuánto rato estuvimos así, con su mejilla sobre mi cabeza, nuestros dedos entrelazados.

—Muestras una fuerza increíble —murmuró, moviendo el pelo alrededor de mi oreja.

Me obligué a tener los ojos abiertos.

—Oh... estoy reservando todo esto para los años de terapia que me tocarán después.

—No te das cuenta de lo que vales. ¿Todo por lo que has pasado? Eres muy fuerte —me echó hacia atrás, rozándome la mejilla con su mano tan rápido que llegué a pensar que me lo había imaginado—. Álex, tengo que irme a decírselo a Marcus. Me está esperando.

Asentí mientras me soltaba la mano.

—¿Podría... podría haber alguna posibilidad de que ella no les matase?

Aiden se paró al lado de la puerta.

—Álex, no lo sé. Sería bastante improbable.

—¿Me... me dirás si encuentran a alguno de los mestizos vivo? —sabía que no servía de nada.

Asintió.

—Sí. Álex... si necesitas cualquier cosa, dímelo —cerró la puerta con un clic

detrás de él.

Sola, me deslicé hasta el suelo y apoyé la cabeza contra las rodillas. Podría haber una posibilidad de que mamá no hubiese matado a nadie. Podría estar con los otros daimons porque no sabía qué otra cosa podía hacer. Quizá estaba confusa. Quizá venía a por mí.

Me estremecí, apoyándome más fuerte. Me dolía el corazón. Sentía de nuevo cómo se aplastaba —otra vez. Había una pequeña, diminuta posibilidad de que ella no hubiese matado a nadie. Hasta yo sabía lo estúpido que era aferrarse a esa posibilidad, pero lo hacía. Porque, ¿qué más me quedaba? Las palabras de la Abuela Piperi se volvieron más claras —no sólo lo que dijo, sino lo que no.

Por alguna razón, mamá dejó la seguridad de la comunidad para alejarme del Covenant, poniendo todo esto —todo este lío — en marcha. Durante estos tres años, nunca pedí ayuda, nunca paré la locura de vivir sin protección entre mortales.

Las incontables veces que no hice nada me pasaron por delante. De alguna forma yo era responsable de lo que le pasó. Peor aún, si había matado a esa gente inocente, yo era responsable de sus muertes también.

Las piernas no me sostuvieron cuando me puse de pie. Una certeza llenaba mi mente —quizá comenzó la noche en que supe lo que realmente le había pasado. Había una pequeña posibilidad de que ella no hubiese cometido terribles crímenes, pero sí... si el daimon que había sido mi madre había matado a alguien, entonces de una forma u otra, yo iba a matarla. Ella era ahora mi responsabilidad —mi problema.

Capítulo 14



AL DÍA SIGUIENTE DURANTE EL ENTRENAMIENTO HICE COMO QUE NO PASABA NADA. Funcionó bien hasta que nos tomamos un descanso y Aiden me preguntó qué tal estaba.

Mantuve firme la voz.

—Estoy bien.

Luego le di toda una paliza al maniquí.

Hacia el final del entrenamiento, una corriente de energía bajó por mi espalda justo antes de que Seth apareciese. Se quedó en la puerta, mirando en silencio. Tenía la sensación de que estaba ahí por mí. Gruñí y me tomé mi tiempo enrollando las colchonetas.

Aiden movió la cabeza hacia Seth.

—¿Todo bien?

—¿Quién sabe? —dije frunciendo el ceño.

Aiden se incorporó, recuperando toda su altura.

—¿Te ha estado molestando?

Una gran parte de mí quiso decir que sí, pero en realidad, Seth no me había molestado. Y si lo hubiese hecho ¿qué podría hacer Aiden? Aiden era un Centinela increíble, pero Seth era el Apollyon. Mientras Aiden controlaba el fuego —*bastante genial*— y sabía pelear, Seth controlaba los cuatro elementos —*bastante terrorífico*— y podía barrer el suelo con la cara de Aiden.

Aiden se quedó mirando a Seth como diciéndole que no tendría ningún problema en enfrentarse a él por mí. Por estúpido que pareciese, sentí una gran sonrisa dibujarse en mis labios.

Estaba muy mal.

Obligándome a apartar la sonrisa de mi cara, rodeé a Aiden.

—Luego te veo ¿vale?

Asintió, con los ojos aún fijos en Seth. Pues vale. Cogí la botella de agua del suelo, y me encaminé despacio. Saludé con la cabeza a Seth según pasaba a su lado, medio esperando que sólo estuviese allí para participar en el juego de miradas con Aiden, pero se dio la vuelta e inmediatamente se puso a mi paso.

La sonrisa de Seth parecía satisfecha.

—No le gusto a tu entrenador.

—No es mi entrenador. Es un Centinela —seguí andando—. Y dudo que tú le

preocupes siquiera.

Seth rió.

—Tu entrenador, que también es un Centinela, casi no me habló mientras estábamos en Lake Lure. Y cuando lo hizo fue bastante frío. Hirió mis sentimientos.

Lo dudé.

—Seguramente no iba dispuesto a hacer amigos teniendo en cuenta lo que estaba pasando.

—¿Teniendo en cuenta que tu madre era parte del grupo de ataque? —levantó una ceja como si nada—. Pareció anormalmente afectado cuando vimos las grabaciones y la vio.

Sus palabras fueron como un buen golpe en la cara. Me paré y me puse en frente suyo.

—Seth, ¿qué quieres?

Inclinó la cabeza hacia atrás. Una nube oscura se levantó sobre nuestras cabezas, proyectando una sombra gris sobre todo el recinto. Iba a llover.

—Quería ver cómo te iba. ¿Tan malo es?

Pensé sobre ello.

—Sí. No me conoces. ¿Por qué te iba a importar?

Miró hacia abajo, encontrándose con mi mirada.

—Vale. Realmente no me importa. Pero tú eres el porqué de que esté atrapado en esta ratonera en medio del campo, cuidando de un capullo creído.

Abrí los ojos de par en par. El tono de su voz hizo sonar elegante esa frase. Fue casi gracioso.

—Sabes, realmente ahora no me importa todo eso —me paré cuando varios mestizos pasaron a nuestro lado. Nos miraron, me miraron. Hice lo que pude para ignorar sus miradas.

—Claro que no. Tu madre ha asesinado a la familia de una compañera de clase. Yo también tendría la cabeza en otro sitio.

—¡Dioses! —solté—. Eso ha estado genial, en serio —me fui de allí.

Seth me siguió.

—No... No ha sido muy amable por mi parte. Ya me han dicho alguna vez que soy demasiado brusco. Debería bajarlo.

—Sí, quizá deberías ir a hacerlo ahora mismo —lancé las palabras por encima de mi hombro.

Impasible, se puso a mi paso.

—Le pregunté a Lucian, ya sabes, le pregunté por qué estaba yo aquí.

Apreté los dientes y seguí andando. Las nubes siniestras continuaron creciendo. Parecía que se iba a abrir el cielo en cualquier momento.

—¿Sabes lo que respondió? Me preguntó que qué pensaba de ti.

Sólo tenía medio curiosidad por escuchar su respuesta.

—Estaba ansioso por escuchar lo que tenía que decir —un rayo cruzó el cielo, impactando en la costa. Una fracción de segundo después, un trueno silenció la conversación. Subí el ritmo de mis pasos cuando comencé a ver a las chicas de la residencia—. ¿No quieres saberlo?

—No.

Otro relámpago iluminó el cielo. Esta vez dio en la tierra, en alguna parte en

el pantanal. Estaba cerca, demasiado cerca.

—Mientes.

Me di la vuelta. Mi respuesta ingeniosa murió antes de tomar forma del todo. Unas marcas negras rompieron el tono dorado de toda su piel que se veía. Iban cambiando de diseño, permanecían quietos unos segundos, y luego se movían en otras formas. *¿Qué eran?*

Separé mis ojos de sus brazos, pero los tatuajes se extendieron por sus perfectas mejillas, bordeando sus ojos. Sentí la necesidad urgente de tocarlos.

—Los vuelves a ver ¿verdad?

No tenía sentido mentir.

—Sí.

La ira y confusión ardieron en sus ojos. Un relámpago cruzó el cielo.

—Es imposible.

Un trueno sonó tan alto que me estremecí. Todo encajó.

—La tormenta... la estás haciendo tú.

—Pasa cuando me pongo de mal humor. Y ahora estoy bastante mosqueado — Seth dio un paso al frente, imponiéndose sobre mí—. No estaría así si supiese qué está pasando. Necesito saber por qué puedes ver las marcas del Apollyon.

Me obligué a mirarle a los ojos. Fue un error —un error enorme y estúpido.

La energía aumentó, salvaje e intensa. La sentí por mi piel y deslizándose por mi espalda.

Y de repente, mi mente se vació de todo excepto de la necesidad de encontrar la fuente de esa energía. *Tenía que alejarme todo lo rápido que me fuese posible.* En lugar de eso, como en una especie de aturdimiento, di un paso al frente. Tenía que ser por lo que él era. La energía que lo recorría tenía este efecto de atracción, uno que atrapaba a los puros, mestizos... incluso a los daimons.

Ahora estaba sintiendo esos efectos. Lo salvaje que vivía en mí levantó la cabeza y me obligó a ir hacia delante. Me hizo necesitar tocarle, porque estaba bastante segura de que lo que fuese que estaba ocurriendo se mostraría en cuanto nos tocásemos.

Seth no se movió cuando levanté mi mirada hacia él. Me miró como si estuviese intentando resolver un puzzle y yo fuese una de las piezas. La pequeña sonrisa se desvaneció y sus labios se abrieron. Inhaló fuerte y levantó una mano para tocarme.

Me costó mucho, pero me escapé. Seth no me siguió. En cuanto di un paso dentro de la residencia, el cielo se abrió, y otro flash de cegadora luz recorrió el cielo oscuro. En algún lugar, no muy lejos, volvió a caer.

...

Más tarde, por la noche, me sinceré con Caleb mientras estábamos al fondo de la sala de entretenimiento. La lluvia había traído a todos dentro, y no teníamos garantizada nuestra privacidad durante mucho rato.

—¿Te acuerdas de lo que dijo la Abuela Piperi?

Levantó las cejas.

—La verdad es que no. Dijo muchas locuras. ¿Por qué?

Jugué con mi pelo, enrollándolo en el dedo.

—A veces creo que no está tan loca.

—Espera. ¿Qué? Tú eres quien dijo que estaba loca.

—Bueno, eso fue antes de que mi madre se pasase al lado oscuro y empezara a matar gente.

Caleb miró por la habitación.

—Álex.

Nadie nos escuchaba, aunque la gente nos miraba de vez en cuando y susuraban.

—Es cierto. ¿Lo que dijo Piperi? ¿«Matarás a los que amas»? Pensaba que sonaba a locura, pero eso era antes de saber que mamá era un daimon. Nos estamos entrenando para matar daimons. Parece bastante obvio ¿no?

—Mira, Álex, de ninguna forma vas a tener que estar nunca en esa situación.

—Sólo está como a cuatro horas de aquí. ¿Por qué crees que acabó en Carolina del Norte?

—No lo sé, pero los Centinelas la cogerán antes de que tú... —paró al ver mi cara—. No tendrás que hacerlo tú. El año que viene estarás en el Covenant, Álex.

En otras palabras, un Centinela la habría matado antes de que me graduara, eliminando la posibilidad de que nuestros caminos se cruzasen. La verdad es que no sabía qué pensar.

—Álex, ¿estás bien? —inclinó la cabeza, mirándome a fondo—. Quiero decir... ¿bien de verdad?

Le quité importancia a su preocupación.

—Aiden dijo que no podían estar seguros de que mamá fuese parte del ataque. Estaba en la cámara, pero...

—Álex —en su cara pude ver comprensión y tristeza—. Es un daimon, Álex. Sé que quieres pensar que no. Lo entiendo, pero no olvides en lo que se ha convertido.

—¡No lo he hecho! —varios chicos cerca del billar nos miraron. Bajé la voz—. Mira. Todo lo que digo es que podría haber una posibilidad, una pequeña posibilidad de que ella...

—¿De que ella qué? ¿Que no sea un daimon? —me cogió del brazo, llevándome al lado de una de las máquinas recreativas—. Álex, estaba en el grupo de daimons que mataron a la familia de Lea.

Me solté el brazo.

—Caleb, ha venido a Carolina del Norte. ¿Por qué si no iba a venir si no me recordase, si no quisiese verme?

—Podría querer matarte, Álex. Eso para empezar. Ya está muerta.

—¡No lo sabes! Nadie lo sabe.

Levantó la barbilla.

—¿Y si lo hizo?

Mi enfado pasó a ser determinación.

—Entonces la encontraré y la mataré yo misma. Pero conozco a mi madre. Lucharé contra lo que se ha convertido.

Caleb se pasó una mano por el pelo y se agarró el cuello por detrás.

—Álex, creo que... *oh*.

Puse cara de extrañada.

—¿Crees qué?

Su cara cambió a la expresión turbada que siempre tenía cuando veía a Seth. Al darme la vuelta confirmé mis sospechas. Seth estaba mirando desde la puerta, inmediatamente rodeado por sus groupies.

—Sabes, sigues poniendo esa cara cuando está cerca, la gente va a empezar a hablar.

—Lo que digas.

Cambié de tema.

—Por cierto, ¿qué pasa entre Olivia y tú? ¿Has hablado con ella sobre Myrtle?

—No. No hay nada entre ella y yo —Caleb me miró a mí, ahora con una expresión de curiosidad—. ¿Y qué pasa entre Seth y tú? Espera, déjame reformular la frase: ¿Qué te pasa a ti con Seth?

Puse los ojos en blanco.

—Es sólo que... no me gusta. Y no cambies de tema.

Hizo una mueca.

—¿Cómo puede no gustarte? Es el Apollyon. Como mestizos estamos obligados a que nos guste. Es el único que puede controlar los elementos.

—Da igual.

—Álex. Mírale —intentó darme la vuelta, pero yo me quedé en el sitio—. Oh, espera. Está mirando hacia aquí.

Le hice retroceder más.

—No viene hacia aquí, ¿verdad?

Sonrió.

—Sí. No. Espera. Elena le ha cortado el paso.

—Oh, gracias a los dioses.

Caleb bajó las cejas.

—¿Pero qué pasa contigo?

—Es extraño y...

Se acercó más.

—¿Y qué? Vamos. Dímelo. Tienes que contármelo. Soy tu mejor amigo. Dime por qué le odias —entrecerró los ojos—. ¿Es porque estás irremediabilmente atraída hacia él?

Reí.

—Dioses. No. Vas a pensar que la razón real es incluso más disparatada.

—Prueba.

Así que le conté las sospechas de Seth acerca de por qué le habían mandado aquí y sobre los tatuajes, pero omití la parte en la que quería tocarle. Me daba demasiada vergüenza como para decirlo en voz alta. Se le veía totalmente perplejo... y emocionado. Casi hasta dio un salto.

—¿Los tatuajes eran verdad? ¿Sólo tú puedes verlos?

—Eso parece —suspiré, mirando por encima de mi hombro. Elena estaba asquerosamente cerca de Seth—. No tengo ni idea de lo que significa, pero Seth no estaba muy contento con ello. ¿La tormenta de antes? ¿La lluvia? Fue él.

—¿Qué? Había oído que algunos puros podían controlar el tiempo, pero nunca lo había visto —le echó un ojo—. Wow. Increíble.

—¿Podrías quitarte esa cara de flipado durante dos segundos? Me está poniendo nerviosa.

Me dio un golpecito en el brazo.

—Vale, tengo que concentrarme —se veía que tenía que esforzarse para no mirar a Seth. No era porque Caleb se sintiese atraído por él. La verdad es que Seth estaba lleno hasta arriba de éter. No podíamos evitarlo.

—¿Por qué iba a tener algo que ver contigo la orden de Lucian?

—Buena pregunta —de repente me vino—. Igual Lucian teme que yo sea un riesgo. Ya sabes, por mi madre. Igual se ha traído a Seth por si hacía alguna locura.

—¿Hacías qué? ¿Dejarla entrar? ¿Hacerle una fiesta de bienvenida a tu madre? —lo dijo con voz de incredulidad—. Tú no harías eso y creo que ni siquiera Lucian pensaría en ello.

Asentí, pero mi nueva idea comenzaba a ganar peso. Eso explicaría por qué Lucian no quería que volviese al Covenant. En su casa, estaría continuamente vigilada, pero aquí podía vagar con libertad. Sólo había un punto débil en esta idea: ¿Realmente pensaba Lucian que podría hacer algo tan horrible?

—Seguramente no sea nada —Caleb se mordió el labio—. Quiero decir, ¿qué podría ser? No puede significar nada.

—Tiene que significar algo. Tengo que averiguarlo.

Caleb se quedó mirándome.

—¿Crees que... te estás concentrando en esto por... por todo lo que ha ocurrido?

Bueno, claro que sí, pero esa no era la cuestión.

—No.

—Quizá el estrés te está haciendo ver más de lo que hay.

—No estoy viendo más de lo que hay —solté. No parecía estar de acuerdo. Cabreada con él y la conversación, di un vistazo a la sala de entretenimiento. Elena seguía teniendo a Seth acorralado, pero eso no fue lo que llamó mi atención. Jackson estaba en la sala.

Estaba apoyado contra una de las mesas de billar al lado de Cody y otro mestizo. Su piel siempre morena parecía extrañamente pálida y parecía no haber dormido mucho últimamente. No podía culparle. Aunque no sabía cuál era el estado actual de su relación con Lea, tenía que estar preocupado por ella, triste por lo que les había pasado a sus padres.

Mi mirada pasó a Cody. Por un segundo nuestros ojos se encontraron. No esperaba una sonrisa ni nada, pero podía haberme atravesado con su mirada gélida y asqueada. Confundida, vi cómo se inclinaba y le decía algo a Jackson.

Respiré temblorosa.

—Creo que están hablando de mí.

—¿Quiénes? —Caleb se dio la vuelta—. Oh. ¿Jackson y Cody? Te estás volviendo paranoica.

—¿Crees que... lo saben?

—¿Lo de tu madre? —movió la cabeza—. Saben que es un daimon, pero no creo que sepan que estuvo en Lake Lure.

—Aiden dijo que la gente se enteraría —mi voz se tensó.

Caleb pareció crecer cuando se percató de mi miedo.

—Nadie va a culparte. Nadie va a usarlo contra ti. No pueden, porque no tiene nada que ver contigo.

Asentí, deseando creerle.

—Claro. Supongo que tienes razón.

...

Durante la semana siguiente, los susurros crecieron. La gente se me quedaba mirando. La gente hablaba. Al principio, nadie tenía narices de decirme nada directamente, pero los puros... bueno, ellos sabían que no podía tocarlos.

Mientras volvía a la sala de entrenamiento después de comer, me crucé con Cody en el patio. Mantuve la cabeza agachada y pasé a su lado a toda prisa, pero aun así escuché sus palabras.

—No deberías estar aquí.

Levanté la cabeza, pero él ya estaba a medio camino. Me dirigí de nuevo al entrenamiento, con sus palabras repitiéndose una y otra vez. Cuando el entrenamiento estaba llegando a su fin, dije algo.

—¿Crees que hay alguna posibilidad... de que mi madre no haya atacado a esa gente?

Dejó caer la colchoneta y me miró.

—Si no lo hizo, entonces cambiaría lo que sabemos sobre los daimons ¿no?

Asentí, solemne. Los daimons necesitaban drenar éter para sobrevivir. Mamá no sería una excepción.

—Pero pueden... drenar sin matar, ¿verdad?

—Pueden, pero los daimons no suelen ver la razón para no matar. Incluso el convertir a un puro requiere de una cantidad de autocontrol que la mayoría de los daimons no tienen.

No habían convertido a ninguno de los puros de Lake Lure. Los daimons atacantes no habían mostrado ningún autocontrol.

—¿Álex?

Miré hacia arriba, y no me sorprendió ver que estaba justo delante de mí. En su cara se leía la preocupación. Forcé una sonrisa.

—Parte de mí espera que siga estando ahí de alguna forma. Que no sea todo maldad, que aún sea mamá.

—Ya lo sé —su voz era suave.

—Esa parte en mí, es muy patética, porque sé; *en verdad* sé que es mala y tienen que detenerla.

Aiden dio un paso al frente, sus ojos eran cálidos y brillantes. Quería olvidarme de todo y caer en ellos. Con cuidado alzó la mano hacia mí, y con esos dedos echó hacia atrás el mechón de pelo que siempre acababa en mi cara. Me estremecí sin poder evitarlo.

—No hay nada malo en la esperanza, Álex.

—¿Pero?

—Pero tienes que saber cuándo dejar la esperanza de lado —pasó las yemas de sus dedos por mi mejilla. Dejó caer las manos y dio un paso atrás, rompiendo la conexión—. ¿Recuerdas por qué dijiste que tenías que estar en el Covenant?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—Sí... tenía que luchar contra los daimons. Tengo que hacerlo.

Aiden asintió.

—¿Y sigues necesitándolo? ¿Incluso después de saber que tu madre es una de ellos?

Pensé en ello un momento.

—Sí. Siguen estando ahí fuera, matando. Tienen... que ser detenidos. Sigo necesitándolo aunque mamá sea uno de ellos.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Entonces aún hay esperanza.

—¿Esperanza para qué?

Me rozó al pasar a mi lado, parándose lo suficiente como para darme una mirada de complicidad.

—Esperanza para ti.

Le vi marcharse, confundido por sus palabras. ¿Esperanza para mí? ¿Esperanza en que los chicos olvidarían que mi madre era una daimon que posiblemente haya matado a la familia de una compañera de clase?

Más tarde esa noche, sentí las miradas en la sala común. De vez en cuando me llegaban algunas palabras. Algunos de ellos —puros y mestizos— no creían que se pudiese confiar en mí. No estando mamá tan cerca y siendo tan letal. Era estúpido. Pero se volvió peor. Ahora le gente se preguntaba por qué nos fuimos hace tres años, y por qué nunca había vuelto al Covenant en ese tiempo. Los rumores empezaban a circular. ¿Mi favorito? Que mamá se había convertido en un daimon mucho antes de aquella horrible noche en Miami. Y había gente que se lo creía.

Pasaron los días y sólo me hablaban unos pocos mestizos. Ningún puro. Seth tampoco ayudaba, y mierda, hacía imposible mantenerse alejada de él. Estaba en todas partes; en el patio después del entrenamiento, cenando con Caleb y Luke. Incluso se pasaba de vez en cuando por el entrenamiento, siempre observando en silencio. Era molesto y daba cosilla.

Cada vez que Seth pasaba, la cara de Aiden tenía una *expresión* extraña. Me decía a mí misma que era una mezcla de disgusto y protección. A pesar de ello, hoy había pasado todo el entrenamiento sin aparecer Seth, así que no pude continuar examinando esa expresión. Qué pena. Vi cómo Aiden cogía uno de los maniqués con los que habíamos estado practicando y lo arrastró hasta la pared. Esa cosa pesaba una tonelada, pero él la movía como si no pesara nada.

—¿Necesitas ayuda? —me ofrecí de todas formas.

Movió la cabeza y lo puso contra la pared.

—Ven aquí.

—¿Qué pasa?

—¿Ves esto? —señaló al pecho del maniquí. Había varias hendiduras en el material carnoso. Cuando asentí, pasó las yemas de sus dedos sobre ellas—. Estas son de tus puñetazos de hoy —en su voz había orgullo, y era mejor que cualquier mirada que le pudiese echar a Seth—. Así de fuerte te has vuelto. Increíble.

Sonreí.

—Wow. Tengo los dedos de la muerte.

Rió suavemente.

—Y esto es de tus patadas —pasó sus manos por la cadera del maniquí. Parte del material se había venido abajo. Y parte de mí tenía envidia del maniquí. Quería que sus dedos me tocasen así—. Hay estudiantes de tu edad que han pasado años entrenando y no pueden infligir esta clase de daños.

—Soy una maestra del kung fu. ¿Entonces qué dices? ¿Estoy lista para jugar con los juguetes de mayores?

Aiden miró a la pared, la que tenía tantas ganas de tocar.

—Puede ser.

La idea de entrenar con los cuchillos me hizo querer hacer un bailecito feliz, pero también me recordó para lo que se usaban los cuchillos.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Sólo parecía un poquito cansado.

—Sí.

—Si... si hubiesen convertido a tus padres, ¿qué habrías hecho?

Aiden hizo una pausa antes de responder.

—Habría ido a cazarlos. Álex, ellos no habrían querido ese tipo de vida, perder toda la moral y todos sus ideales; matar. No habrían querido eso.

Tragué, con los ojos fijos en la pared.

—Pero ellos... eran tus padres.

—*Eran* mis padres, pero ya no lo serían desde que se convirtieron —Aiden se puso a mi lado, y sentí sus ojos sobre mí—. En algún momento tenemos que olvidar esa relación. Si no es tu... madre, puede ser cualquier otra persona que conozcas o ames. Si ese día llega, tendrás que afrontar que no son la misma persona que solían ser.

Asentí ausente. Técnicamente Aiden tenía razón, pero al fin y al cabo, sus padres no habían sido convertidos. Les habían matado, así que realmente nunca había pasado por algo así.

En ese momento me apartó de la pared.

—Eres más fuerte de lo que crees, Álex. Ser un centinela es una forma de vida para ti, no sólo la mejor opción como lo es para algunos de los demás.

De nuevo, sus palabras me trajeron una oleada de calor.

—¿Cómo sabes que soy tan fuerte? Por lo que sabes podría estar meciéndome sin parar en mi habitación.

Me miró con una cara extraña, pero movió la cabeza.

—No. Estás siempre... tan viva, incluso cuando estás pasando por algo que podría oscurecer el alma de la mayoría —paró ahí, dándose cuenta de lo que acababa de decir. Se ruborizó—. Da igual, eres increíblemente decidida. Hasta el punto de la tozudez. No pararás hasta que lo consigas. Álex, sabes lo que está bien y lo que no. Me preocupa que seas *demasiado* fuerte.

Mi corazón se hinchó. Se... se *preocupaba* por mí, y había duda antes de responder a la pregunta sobre sus padres. De alguna forma me hizo sentir mejor sobre mi propio conflicto emocional, y sacó un buen argumento. No importa a quién me enfrente ahí fuera, si eran daimons, mi deber era matarlos. Por eso era por lo que me estaba entrenando ahora. De alguna forma, me estaba entrenando para matarla.

Respiré profundamente.

—Sabes... odio cuando tienes razón.

Rió cuando le hice una mueca.

—Pero tú tuviste razón aunque no te dabas cuenta.

—¿Eh?

—¿Cuándo dijiste que no sabía cómo divertirme, el día del Solsticio? Tenías razón. Después de que matasen a mis padres, tuve que crecer muy rápido. Leon dice que mi personalidad se quedó en alguna parte —hizo una pausa, riendo suavemente—. Supongo que él también tenía razón.

—¿Qué iba a saber Leon? Es como hablarle a una estatua de Apolo. De todas formas eres divertido, cuando quieres. Y simpático, e inteligente, muy inteligente. Tienes la mejor personalidad que he...

—Vale —levantó las manos mientras reía—. Lo pillo, y me sé divertir. Entrenarte es divertido y para nada aburrido.

Murmuré algo incoherente, porque mi pecho, bueno, estaba palpitando otra vez. El entrenamiento había acabado, y aunque quería quedarme con él, no había más razones para quedarme. Me encaminé hacia las puertas.

—¿Alex?

Mi estómago se tensó.

—¿Sí?

Se quedó a unos pocos metros de mí.

—Creo que sería buena idea... si no volvieses a llevar puesto *eso* para entrenar.

Oh. Me había olvidado de lo que llevaba puesto. Eran un par de shorts bastante cuestionables que Caleb me había comprado. Ni siquiera pensé que se fuese a dar cuenta. Mirándole ahora, me di cuenta de que *se había* fijado. Puse una mirada totalmente inocente.

—¿Te distraen estos shorts?

Aiden puso una de sus extrañas sonrisas. Cada célula de mi cuerpo sintió calor. Hasta me olvidé de que me estaba entrenando para algo horrible. Su sonrisa tenía ese impacto.

—No son los shorts lo que me distraen —me rozó al pasar a mi lado, parándose en la puerta—. En el próximo entrenamiento, si tenemos tiempo, igual te dejo entrenar con las dagas.

Mis provocativos shorts y todo lo demás quedaron en el olvido en ese mismo instante.

—No puede ser. ¿En serio?

Intentó parecer serio, pero tenía una sonrisa un tanto traviesa.

—Creo que no hará daño, pero sólo un ratito. Creo que ayudará... que tengas unas nociones sobre cómo manejarlas.

Volví a mirar hacia la pared de las armas. Ni siquiera se me permitía tocarlas, y ahora me iba a dejar entrenar con ellas. Era como acabar la guardería. Vaya, era como estar en Nochebuena.

Sin pensarlo, acorté la distancia entre nosotros y le abracé. Aiden inmediatamente se puso tenso, obviamente le pilló por sorpresa. Era un simple abrazo, pero la tensión aumentó varios grados. De repente me pregunté cómo sería el apoyar la cabeza contra su pecho como hice cuando volví de Lake Lure. O si me envolviese con sus brazos, pero no para consolarme. O si le besase de nuevo como hice aquella noche... ¿me devolvería el beso?

—Eres demasiado guapa como para ir vestida así —me movió el pelo con su respiración—. Y estás demasiado emocionada por trabajar con los cuchillos.

Me puse roja, dando un paso atrás. *¿Qué?* ¿Aiden pensaba que era guapa? Necesité un rato para dejar eso de lado.

—Estoy sedienta de sangre. ¿Qué quieres que te diga?

Aiden bajó la mirada, y yo decidí que tenía que ir a la tienda a buscar tantos pantalones minúsculos como pudiese.

Capítulo 15



JUSTO ANTES DEL AMANECER COMENZÓ EL FUNERAL PARA LOS ASESINADOS EN LAKE LURE Y... BUENO, FUE IGUAL DE HORRIBLE QUE TODOS LOS FUNERALES. Siguiendo la tradición griega antigua, el funeral consistía en tres partes. Todos los cuerpos —los recuperados— estaban preparados antes de que empezase el funeral. Yo me quedé al fondo de la funeraria, negándome a acercarme a los muertos. Les mostré mis respetos desde una distancia prudencial.

Los tres cuerpos de la familia Dikti, el padre y la madrastra de Lea y los Guardias estaban envueltos en telas de lino con bordados de oro. Desde allí comenzó la procesión del funeral, y era larga. Los cuerpos se levantaron sobre piras y los llevaron por la calle principal. En Deity Island se había suspendido toda actividad turística, y las calles estaban llenas de dolientes pura-sangres y mestizos.

Los estudiantes del Covenant destacábamos sobre los demás. Llevábamos vestidos de verano negros o vestidos de fiesta. Ninguno de nosotros teníamos realmente nada apropiado que llevar para un funeral. Yo llevaba un vestido de tubo negro y unas chancletas. Era lo mejor que tenía.

Me quedé al lado de Caleb y Olivia, y sólo vi un momento a Lea y Dawn en el cementerio. Las hermanas compartían el mismo pelo rojo cobre y cuerpos imposiblemente delgados, e incluso con los ojos hinchados, Dawn era absolutamente impresionante.

Los Hematoi no enterraban a los muertos. Tras incinerar los restos, les erigían enormes estatuas de mármol. La interpretación del artista con la que honraría a la familia Samos, dispuso sus imágenes sobre un pedestal grabado con un verso griego sobre la inmortalidad entre los dioses. El pedestal redondo ya estaba en su sitio.

A los cuerpos se les quitaban las joyas y el oro y se ponían sobre el pedestal. En ese punto ya quería irme, pero habría sido lo más irrespetuoso que se puede hacer. Me di la vuelta cuando encendieron las piras, pero aun así podía escuchar el chisporroteo del fuego consumiendo sus cadáveres. Me estremecí, odiando la finalidad de aquello, odiando que éstas eran posiblemente víctimas de mi madre.

Lentamente, los dolientes se fueron apartando. Algunos se fueron a sus casas; otros fueron a las pequeñas recepciones que se hacían en las casas de las familias. Yo me puse detrás de Caleb y Olivia, camino hacia el Covenant, lejos de toda la

muerte y desesperación.

Al pasar al lado de las piras, mis ojos encontraron a Aiden. Estaba con Leon, unos cuantos metros por detrás de Dawn y Lea. Miró hacia arriba —casi como si me hubiese sentido— y nuestros ojos se encontraron. No hizo ninguna otra señal, pero yo sabía que mi presencia allí le parecía bien. Ayer, antes de la charla sobre perseguir a nuestros seres amados y el incidente de los shorts, cuando dijo que era guapa, mencioné que no estaba segura de si debía venir o no, teniendo en cuenta que mamá había sido uno de los daimons.

Aiden me miró con cara seria.

—Te sentirás más culpable por no ir y no mostrar tus respetos. Mereces hacerlo. Tanto como todos los demás, Álex.

Por supuesto que tenía razón. Odiaba los funerales, pero me habría sentido mal si no hubiese venido.

Ahora saludó suavemente antes de volverse hacia Dawn. Se estiró y le tocó el brazo. Un mechón de pelo oscuro le cayó sobre la frente cuando inclinó la cabeza, ofreciendo sus condolencias. Volví mi atención hacia las enormes puertas de hierro que separaban la ciudad del terreno lleno de estatuas. Seth estaba ahí, vestido con su uniforme negro. Sin duda estaba observándonos. Le ignoré en cuanto salimos del cementerio.

Durante el resto del día intenté olvidar que habíamos perdido a tanta gente inocente.

Y que mamá era responsable.

...

Al final no hice nada con las dagas en el siguiente entrenamiento. Cuando le monté una escena por ello, Aiden se quedó mirando pacientemente entretenido.

—Ala, venga —tiré las colchonetas al suelo—. ¿Cómo se supone que voy a ponerme al nivel cuando no puedo ni tocar una daga?

Aiden me apartó del camino y retomó la tarea con las colchonetas.

—Tengo que asegurarme de que sabes defenderte.

—¿No ha practicado nada con los filos del Covenant?

Seth estaba apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Nos miraba con una expresión desganada, pero sus ojos eran extraordinariamente brillantes.

Aiden se enderezó, sin preocuparse casi en mirarle.

—Juraría haber cerrado la puerta con llave.

Seth sonrió con satisfacción.

—He abierto el cierre y la puerta.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté—. La puerta se cierra desde dentro.

—Secretos de Apollyon. No puedo revelarlos —me hizo un guiño antes de dirigir sus ojos ámbar hacia Aiden—. ¿Cómo va a estar preparada para pelear si no sabe cómo usar la única arma que tendrá contra un daimon?

Seth ganó puntos conmigo con esa pregunta. Miré a Aiden esperando respuesta. La expresión fría y desagradable que *tenía* ganó más puntos.

—No sabía que tuvieses potestad sobre su entrenamiento —Aiden arqueó una

ceja.

—Y no la tengo— Seth se apartó de la pared y atravesó la sala de entrenamientos. Cogió una daga de la pared y vino hacia nosotros—. Estoy seguro de que podría convencer a Marcus o a Lucian para que dejen a Álex entrenar unas rondas conmigo. ¿Querías, Álex?

Sentí como Aiden se tensaba a mi lado y moví la cabeza.

—No. La verdad es que no.

Una lenta sonrisa fue creciendo en la cara de Seth mientras hacía girar la daga en su mano.

—En serio, te dejaría jugar... con los juguetes de los mayores —se paró en frente de mí, ofreciéndome el arma por el mango—. Toma. Cógela.

Dejé caer la mirada sobre el metal brillante en su mano. El extremo había sido afilado hasta un punto exagerado. Como si estuviese bajo una poderosa compulsión, fui a cogerla.

La mano de Aiden agarró la de Seth, empujando la daga y la mano de Seth fuera de mi alcance. Asustada, miré a Aiden. Sus ojos plateados se encontraron con los de Seth, manteniendo la mirada furiosa.

—Entrenaré con las dagas cuando yo decida. No tú. Tu presencia no es bienvenida aquí.

Los ojos de Seth fueron hacia la mano de Aiden. Su sonrisa no flaqueó ni un instante.

—Increíblemente controlador, ¿eh? ¿Desde cuándo se preocupan tanto los puros sobre lo que un mestizo toca o no?

—¿Desde cuándo una mestiza es algo de lo que se tenga que ocupar un Apollyon? Uno pensaría que tiene mejores cosas que hacer.

—Uno pensaría que un pura-sangre es tan sensato como para no enamorarse de...

—Ya vale —me puse entre los dos, parando lo que sólo los dioses saben que Seth iba a decir—. Hora de jugar limpio, chicos —ninguno de los dos pareció haberme oído o visto. Suspiré y cogí a Aiden del brazo. Entonces me miró—. El entrenamiento ha acabado ¿verdad?

A regañadientes soltó la muñeca de Seth y se apartó. Hasta él parecía sorprendido de su reacción, pero miró a Seth atentamente.

—Por ahora, sí.

Seth se encogió de hombros y le dio la vuelta a la hoja de nuevo, con su mirada fija en mí otra vez.

—De hecho, no tengo nada mejor que hacer que ocuparme de una *chica mestiza*.

Hubo algo en la forma de decirlo que me dio escalofríos. O igual era la habilidad que tenía en el manejo de la hoja.

—Creo que paso.

Después de eso, Aiden y yo salimos de la sala de entrenamiento sin hablarnos. No estaba segura de por qué Aiden había reaccionado tan agresivamente o por qué Seth tenía la necesidad de presionar así a Aiden. Pero cuando me encontré con Caleb, llevé todo eso a los rincones más escondidos de mi cerebro para ponerme con ello más tarde.

Caleb decidió que necesitábamos divertirnos, y la diversión estaba en la isla principal; en la noche de pelis semanal de Zarak. Siempre lograba tener en sus manos películas que acababan de estrenar en el cine, y como ninguno de nosotros solía ir a sitios así a menudo, era una pasada el poder ver lo que fuese que tenía obsesionados a los del mundo mortal. Me sorprendió que lo mantuviese después de los funerales de ayer, pero supuse que todo el mundo tenía que relajarse un poco, recordarse que siguen vivos.

Pero en cuanto llegamos a su casa, supe que las cosas no iban a ser divertidas. Todo el mundo dejó de hablar cuando bajamos al sótano que había convertido en un mini cine. Puros y mestizos me miraron, y en cuanto Caleb siguió a Olivia escaleras arriba, todo el mundo empezó a susurrar.

Fingiéndolo que no me preocupaba para nada, me senté en uno de los asientos y me concentré en un punto en la pared. El orgullo me hizo no huir de la habitación. Tras unos minutos, Deacon se escapó del grupo de chicos y se vino conmigo.

—¿Qué tal estás?

Le miré.

—Genial.

Me ofreció un trago de su petaca. La cogí y le di un buen trago, mirándole por el rabillo del ojo.

—Cuidado —rió mientras me cogía la petaca de entre los dedos.

El líquido me abrasó la garganta y me hizo arder los ojos.

—Leches, ¿qué es eso?

Deacon se encogió de hombros.

—Es mi propia mezcla especial.

—Bueno... ciertamente es especial.

Alguien al otro lado de la habitación murmuró algo que no pude descifrar, pero Cody se echó a reír. Empecé a sentirme paranoica y traté de ignorarle.

—Están hablando de ti.

Lentamente, miré a Deacon.

—Gracias, tío.

—Todo el mundo —se encogió de hombros mientras se iba cambiando la petaca de mano—. Sinceramente, me da igual. Tu madre es un daimon. ¿Y qué? No es que tú puedas evitarlo.

—¿En serio no te molesta? —de todo el mundo, pensaba que a él sí que podría molestarle.

—No. Tú no eres responsable de lo que haya hecho tu madre.

—O no haya hecho —me mordí el labio, mirando al suelo—. Nadie sabe si ella hizo algo.

Deacon levantó las cejas mientras daba un trago largo.

—Tienes razón.

El grupo en frente de nosotros empezó a reírse por lo bajo y a lanzarnos miradas a escondidas. Zarak movió la cabeza, pasando su atención al mando a distancia que tenía en la mano.

—Creo que los odio —murmuré, deseando no haber venido.

—Sólo tienen miedo —echó una mirada hacia el grupo de gente al otro lado de la habitación—. Todos temen ser convertidos. Los daimons nunca habían esta-

do tan cerca, Álex. Cuatro horas no es tan lejos, y podría haber sido cualquiera de ellos. Podrían haber sido sus muertes.

Me estremecí y deseé otro trago de la petaca de Deacon. Te calentaba de verdad.

—¿Y tú por qué no tienes miedo?

—Todos tenemos que morir en algún momento, ¿no?

—Eso es bastante siniestro.

—Pero mi hermano nunca habría permitido que algo así me sucediese —añadió—. Moriría antes... y él tampoco dejaría que eso ocurriese. Hablando de mi hermano, ¿cómo le va entrenando a mi mestiza favorita?

—Eh... bien, realmente bien.

La voz de Cody resonó bien alto.

—La única razón por la que sigue aquí es porque su padrastro es el Patriarca y su tío es el decano.

Llevaba toda la semana ignorando los susurros maliciosos y las miradas horribles, pero esto —esto no lo podía ignorar. No iba a defender mi dignidad si lo hacía.

Me incliné hacia delante en la silla, con los brazos apoyados en las rodillas.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

Nadie se atrevió a hablar hasta que Cody levantó la cabeza hacia mí.

—La única razón por la que sigues aquí es por quienes son tus parientes. A cualquier otro mestizo le habrían mandado a la servidumbre.

Respiré profundamente y busqué entre mis recuerdos algo que me calmase. No encontré nada.

—¿Y por qué tendría que ser así, Cody?

Deacon se apartó de mí, con la petaca en la mano.

—Tú trajiste a tu madre hasta aquí. Por eso. ¡Esos puros murieron porque tu madre está por ahí buscándote! Si no estuvieses aquí, seguirían vivos.

—Tonterías —Zarak se puso de pie, apartando su silla de mi camino. Justo a tiempo. Me lancé al otro lado de la habitación, parándome frente a Cody.

—Vas a lamentar haber dicho eso.

Los labios de Cody se torcieron en una sonrisa de suficiencia. No me tenía miedo.

—Wow. Por amenazar a un puro sí que te echarán del Covenant. ¿Igual es eso lo que quieres? Así podrás reunirte con tu madre.

Abrí la boca casi hasta el suelo, y mi puño estaba a punto de darle en la suya. Deacon intervino, pasando un brazo por mi cintura. Me levantó y me llevó en dirección contraria.

—Fuera —no me dio mucha opción con su mano en mi espalda, empujándome hacia las puertas de cristal.

Estar fuera no calmó mi enfado.

—¡Lo voy a matar!

—No, no lo harás —Deacon me pasó la petaca—. Dale un trago. Te ayudará.

La destapé y tomé un trago sano. El líquido abrasó mi interior y sólo acentuó mi enfado. Intenté apartar a Deacon, pero para alguien tan delgado y sin entrenar, probó ser un buen obstáculo.

Maldito sea.

—No voy a dejarte entrar ahí. Puede que tu tío sea el Patriarca, pero si pegas a Cody sacarás tu culo del Covenant.

Tenía razón, pero sonreí.

—Merecería la pena.

—¿Tú crees? —se echó a un lado, con los rizos rubios cayéndole sobre los ojos mientras me volvía a bloquear el paso.

—¿Cómo crees que le sentaría a Aiden?

La pregunta me dio de lleno.

—¿Eh?

—Si te echan, ¿qué pensaría mi hermano?

Solté las manos.

—No... no sé.

Deacon me señaló con la petaca.

—Se culparía a sí mismo. Pensaría que no te entrenó o aconsejó lo suficientemente bien. ¿Eso quieres?

Entrecerré los ojos. No me gustaba su razonamiento lógico.

—¿Igual que él te aconseja que no te pases el día borracho? Y aun así lo haces. ¿Cómo crees que le hace sentir eso?

Lentamente bajó la petaca.

—Touché.

Unos segundos después, llegó el apoyo.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Caleb.

—Algunos de tus amigos no se están portando bien —Deacon inclinó la cabeza hacia la puerta.

Caleb frunció el ceño mientras venía hacia mí.

—¿Alguno te ha hecho algo? —la rabia cruzó su cara cuando le conté lo que Cody había dicho—. ¿Estás de coña?

Crucé los brazos.

—¿Acaso te lo parezco?

—No. Vámonos a la otra isla. Estos capullos de ahí no lo entienden.

—Nadie lo entiende —dije, con la rabia todavía inundando mi interior—. Puedes quedarte aquí con tus amigos, yo me vuelvo. Esto ha sido una idea horrible.

—¡Hey! —Caleb levantó las cejas. —No son mis amigos. ¡Tú sí! Y lo entiendo, Alex. Sé que estás pasando por muchas cosas.

La tomé con Caleb. Sabía que no tenía razón, pero no podía parar.

—¿Que lo *entiendes*? ¿Cómo narices ibas a poder entenderlo? ¿Tu madre no te quiere cerca! ¡Tu padre sigue vivo! No es un daimon, Caleb. ¿Cómo narices vas a entenderlo?

Extendió las manos como si pudiese parar físicamente mis palabras. Su cara reflejó el dolor.

—¿Alex? Dioses.

Deacon se metió la petaca en el bolsillo, suspirando.

—Álex, intenta calmarte. Tienes público.

Tenía mucha razón. La gente en algún momento había salido fuera, extendiéndose por el porche, observando como esperando algo. Antes habían querido una

pelea y se la habían negado. Respiré hondo e intenté calmar mi ira. Fallé.

—¡Todos los estúpidos que estáis aquí pensáis que yo soy la razón por la que esa gente murió!

Caleb parecía no creerse lo que pasaba.

—Eso no puede ser verdad. Mira. Sólo estás estresada. Volvamos...

Perdí la compostura. Acortando la distancia entre los dos, me pregunté si sería capaz de pegar a mi mejor amigo. Era bastante posible, pero nunca pude averiguarlo. De la nada, Seth apareció a mi lado, vestido de negro como siempre. ¿Nunca se quitaba ese uniforme?

Su presencia no sólo me dejó inmóvil, sino que también hizo que todo el mundo a nuestro alrededor se callase. Me lanzó una mirada dura y luego habló con esa voz lírica suya.

—Ya vale.

Les habría dicho a todos que se fuesen a tomar viento, pero esta no era una situación normal, y Seth no era una persona normal. Nos quedamos mirando el uno al otro. Claramente, esperaba que hiciese caso de su advertencia o si no...

Con gran esfuerzo, me aparté. Caleb dio un paso hacia mí, pero Deacon le agarró del brazo.

—Deja que se vaya.

Y me fui. Pasaron varias horas hasta que Seth vino a por mí.

—¿Dejas que un puñado de puros te cabreen tanto?

—Estás hecho todo un acosador, Seth. ¿Cuánto tiempo llevabas ahí?

—No soy un acosador, y llevaba ahí el tiempo suficiente como para darme cuenta de que no tienes control sobre ti misma y que eres inestable. Me gusta eso de ti, sobre todo porque lo encuentro entretenido. Pero tienes que saber que no eres responsable de lo que hizo tu madre. ¿A quién le importa lo que piense un puñado de puros malcriados?

—¡No sabéis si mi madre hizo algo!

—¿En serio? —sus ojos escrutaron mi cara. Encontró lo que estaba buscando—. ¡Lo dices en serio! Ahora puedo añadir estúpida a mi lista de adjetivos para describirte.

Me pregunté cuáles serían los demás adjetivos.

—Me da igual. Déjame sola.

Seth me cortó.

—Es un daimon. Mata, *mata* a gente inocente, Álex. Es lo que hacen los daimons. No hay ninguna razón detrás. Eso es lo que está haciendo, pero no es tu culpa.

Realmente le quería dar una patada o un puñetazo, pero no sería muy inteligente. Ves, tenía autocontrol e inteligencia. Di un paso al lado para irme, pero Seth no me dejó. Me agarró del antebrazo. Carne contra carne.

El mundo explotó.

Una ola de energía me recorrió el cuerpo. Era como lo que sentía cuando estaba cerca, pero cien veces más fuerte. No podía hablar, y cuanto más tiempo estaba Seth así, más fuerte era la oleada. Lo que sentía era una locura. Lo que veía era una locura. Una luz intensa y brillante le envolvía la mano. Se retorció como un cordón, chisporroteando y enrollándose por mi brazo, su mano. Instintivamente supe que

nos estaba conectando —uniéndonos.

Para siempre.

—No. ¡No, no es posible! —el cuerpo de Seth se había puesto rígido.

Realmente deseé que me soltase el brazo, porque sus dedos se me clavaban en la piel y algo... algo más estaba sucediendo. Lo sentí moverse dentro de mí, enrollándose y envolviendo mi interior, y con cada vuelta supe que nos estaba conectando.

Emociones y pensamientos que no eran míos corrieron hacia mí. Llegaron con una luz cegadora, seguida de colores vibrantes que daban vueltas y cambiaban hasta que pude entender y verle el sentido a algunos de ellos.

No es posible.

Iba a matarnos a los dos.

Traté de coger aire. Los pensamientos de Seth se deslizaban entre los míos y sus emociones se juntaban y retozaban entre los dos. De repente, todo paró como si una puerta se hubiese cerrado en mi mente. Los colores se retiraron y finalmente, el cordón azul resplandeció con un brillo azul apagado antes de desaparecer.

—Eh... tus tatuajes han vuelto.

Seth parpadeó mientras miraba hacia donde su mano seguía sobre mi brazo.

—No... no puede estar sucediendo.

—¿Qué... ha pasado? Porque si lo sabes, me encantaría saberlo, en serio.

Miró hacia arriba, sus ojos brillaron en la oscuridad. Su aspecto salvaje se desvaneció, y se cambió por ira.

—Vamos a morir.

Eso no era lo que quería escuchar.

—¿Que yo... qué?

Lo que sea que sabía, para él al final acabó encajando. Sus labios se estrecharon, y entonces empezó a andar, arrastrándome detrás de él.

—¡Espera! ¿Dónde vamos?

—¡Lo sabían! Lo sabían todo este tiempo. Ahora entiendo por qué Lucian me mandó al Consejo cuando te encontraron.

Mis pies resbalaban en la arena mientras yo iba a tropezones intentando mantener su paso. Perdí una sandalia en el proceso, y luego la otra unos cuantos pasos después. Mierda, me gustaban esas sandalias.

—¡Seth! Vas a tener que ir más despacio y contarme qué está pasando.

Me lanzó una mirada peligrosa por encima del hombro.

—Tu presuntuoso padrastro va a decirnos lo que pasa.

No me gustaba admitirlo, pero tenía miedo, tenía miedo de verdad.

Los Apollyons podían ser inestables —incluso peligrosos. No era broma. Seth aligeró el paso, arrastrándome detrás de él. Me resbalé. La rodilla se me enganchó en el dobladillo del vestido y lo desgarró. Con un gruñido impaciente, me levantó y continuó.

Unos rayos brillaron en el cielo mientras continuaba arrastrándome por la isla. Uno cayó sobre un barco amarrado a tan sólo unos metros de nosotros. La luz me asustó, pero Seth ignoró el lío que había causado su enfado.

—¡Para! —clavé los pies en la arena—. ¡El barco está ardiendo! ¡Tenemos que hacer algo!

Seth se dio la vuelta, sus ojos estaban iluminados. Tiró de mí.

—No es de nuestra incumbencia.

Notaba en el pecho que me costaba respirar.

—Seth... me estás asustando.

Su expresión continuó dura y salvaje, pero soltó un poco mi brazo.

—No es de mí de quien tendrías que estar asustada. Vamos.

Tiró de mí pasando al lado del barco y por toda la costa que estaba en silencio.

Seth se giró cuando vio la casa de Lucian, tomando las escaleras de dos en dos. Estaba claro que no le importaba si podía seguirle o no. Entonces me soltó y empezó a golpear la puerta como hace la policía en la televisión.

Dos Guardias de aspecto aterrador abrieron la puerta. El primero sólo me dirigió una rápida mirada antes de mantener los ojos entrecerrados sobre Seth.

Seth levantó la barbilla.

—Tenemos que ver a Lucian ahora.

El Guardia se puso recto.

—El Patriarca se ha retirado durante la noche. Tendréis que...

Una corriente de aire brutal entró desde detrás de nosotros. Durante un segundo no podía ver más allá de todo el pelo que tenía por la cara, pero cuando pude se me paró el corazón. La fuerza casi huracanada dio al Guardia en el pecho, lanzándolo hacia atrás y sujetándolo en medio de la pared del rico vestíbulo de mi padrastro. El viento paró, pero el Guardia continuó contra la pared.

Seth pasó por la puerta y miró al otro Guardia.

—Ve a buscar a Lucian. Ahora.

El Guardia apartó los ojos de su compañero y se apresuró a hacer lo que Seth le había dicho. Seguí a Seth, con las manos temblándome tanto que tuve que sujetarlas juntas.

—¿Seth? Seth, ¿qué estás haciendo? Tienes que parar. Ahora. ¡No puedes hacer esto! Irrumpir en casa de Lucian...

—Calla.

Me aparté hasta la esquina más lejana del vestíbulo, miré al Guardia. El aire crujía de la tensión y energía —la energía del Apollyon. Me pegué a la pared al sentirla sobre mi piel y meterse dentro de mí.

Un gran alboroto y movimiento al final de las escaleras captó mi atención. Lucian bajó por la escalera de caracol, con un pantalón de pijama y una camiseta ancha. Verle así me hizo reír, pero me salió una risa corta e histérica.

Lucian notó mi posición semi petrificada en la esquina y luego miró hacia el Guardia suspendido contra la pared. Finalmente, le lanzó a Seth una mirada calmada.

—¿De qué va todo esto?

—¡Quiero saber cuánto tiempo ibais a continuar con esta locura antes de matarnos a los dos mientras dormíamos!

Me quedé boquiabierta.

La voz de Lucian se mantuvo al mismo volumen e igual de fría.

—Suelta al Guardia y te contaré todo.

Seth no parecía querer hacerlo, pero soltó al Guardia, y no muy delicadamente. El pobre hombre se golpeó contra el suelo.

—Quiero saber la verdad.

Lucian asintió.

—¿Por qué no nos movemos a la sala de estar? Alexandria parece querer sentarse

Seth miró por encima del hombro con el ceño fruncido, como si se hubiese olvidado de mí. Se me debía de ver bastante penosa, porque asintió. Pensé en salir de allí corriendo, pero dudo que llegase muy lejos. Además, a pesar del miedo, yo también tenía curiosidad por saber lo que estaba pasando.

Entramos en una pequeña habitación con paredes de cristal. Me dejé caer sobre la silla blanca de mimbre. Los Guardias nos siguieron, pero Lucian los echó con un gesto de la mano.

—Por favor, notifiquen al Decano Andros que Seth y Alexandria están aquí. Él lo entenderá —los Guardias dudaron, pero Lucian los tranquilizó con un movimiento de cabeza. Cuando salieron, miró hacia Seth—. ¿Te sientas?

—Prefiero quedarme de pie.

—Um... hay un barco en llamas ahí fuera —mi voz sonaba tensa y demasiado alta—. Quizá alguien quiera echarle un ojo.

—Ya se encargarán —Lucian se sentó en una de las sillas a mi lado—. Alexandria, no he estado muy cercano a ti.

Solté una pequeña burla.

—¿En serio?

Se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en su pantalón de pijama a cuadros.

—Hace tres años, el oráculo le dijo a tu madre que, en tu decimoctavo cumpleaños, te convertirías en el Apollyon.

Me eché a reír.

—Eso. Es. Ridículo.

—¿Ah sí? —Seth se dio la vuelta hacia mí. Parecía querer zarandearme.

—Um... ¡sí! —abrí los ojos de par en par—. Sólo hay uno de vosotros... —mi voz se fue apagando según iba recordando lo que leí en el libro que Aiden me dejó. Sentí frío y calor al mismo tiempo.

—Antes de que Rachele se fuera, se lo contó a Marcus. No estaba de acuerdo con sus decisiones, pero sentía que tenía que protegerte.

—¿Protegerme de qué? —en cuanto estas palabras salieron de mi boca, ya sabía la respuesta. *Protegerme de lo que le pasó a Solaris*. Moví la cabeza—. No. Esto es una locura. ¡El oráculo no le dijo eso a mamá!

—¿Te refieres a la otra parte, en la que le dijo que matarías a los que amas? Esa no es la parte importante. Lo que es importante es que te convertirás en otro Apollyon —se volvió hacia Seth, sonriendo—. Traer a Seth aquí era la mejor forma de descubrir si lo que dijo el oráculo era correcto.

Seth caminó lentamente por toda la sala de estar.

—Ahora todo tiene sentido. Por qué... te sentí el primer día. No me extraña que tu madre se fuese de aquí. Seguramente pensó que podría esconderte de alguna forma entre los mortales —se giró y miró a Lucian —¿Por qué nos queráis juntar? Ya sabéis lo que pasará.

—No sabemos lo que va a pasar —Lucian le devolvió la mirada—. No ha habi-

do dos de vosotros desde hace más de cuatrocientos años. Las cosas han cambiado desde entonces. Y los dioses también.

Mis ojos fueron de uno a otro.

—Chicos... sé lo que estáis diciendo, pero estáis equivocados. No puede ser que yo sea *lo mismo* que él. No puede ser.

—¿Entonces cómo explicas lo que ha pasado ahí fuera? —Seth se me quedó mirando.

Respiré profundamente, ignorándole.

—No es posible.

—¿Qué ha pasado? —Lucian pareció tener curiosidad.

Los ojos de Lucian bailaban entre los dos mientras Seth explicaba lo del cordón azul y cómo, por unos segundos, escuchamos los pensamientos del otro. No le sorprendió.

—No es nada de lo que tenzáis que preocuparos. Lo que habéis experimentado es un modo de reconocer. Por eso te reasigné aquí, Seth. Teníamos que ver si ella era la otra mitad. La posibilidad era una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar. No esperaba que tardaseis tanto en juntaros.

—¿Y merecía la pena arriesgarse? —Seth frunció el ceño—. Si los dioses no sabían lo suyo, ahora sí. Podíais haberlo dejado pasar. ¿Es que su vida no vale nada para vosotros?

Mi padrastro se inclinó hacia delante, encontrándose sus ojos con los de Seth.

—Entiendes lo que esto significa? ¿No sólo para vosotros, sino para los nuestros? Dos de los vuestros lo cambiará todo, Seth. Sí. Ahora eres poderoso, pero cuando ella cumpla dieciocho vuestro poder será ilimitado.

Eso pareció captar el interés de Seth.

—Pero los dioses... no dejarán que eso ocurra.

Lucian se inclinó hacia atrás.

—Los dioses... no nos hablan desde hace siglos, Seth.

—¿Qué? —gritamos Seth y yo. Eso era algo muy fuerte.

—Han desaparecido ellos solos, y el Consejo no cree que vayan a intervenir en nada. Además, si los dioses tienen curiosidad o están preocupados, ya saben lo de Alexandria. Si el oráculo lo ha visto, entonces los dioses ya lo sabían. *Tienen* que saber de ella.

No creí a Lucian. Ni por un segundo.

—¡No supieron de Solaris!

Los dos me miraron. Las cejas de Lucian formaron una línea.

—¿Cómo sabes lo de Solaris?

—He... He leído sobre ella. Mataron a los dos Apollyons.

Lucian movió la cabeza.

—No conoces toda la historia que hay detrás. El otro Apollyon atacó al Consejo y a Solaris la obligaron a pararle. No lo hizo. Por eso ambos fueron ejecutados. Miré extrañada. El libro no decía nada de eso.

Al final Seth se sentó.

—¿Qué ganáis con esto?

Lucian abrió los ojos de par en par.

—Con vosotros dos podemos eliminar a los daimons sin arriesgar tantas vi-

das. Podríamos cambiar las reglas, las leyes acerca de los mestizos, los decretos de boda, el Consejo. Todo podría ser posible.

Me dieron ganas de darle un puñetazo en la cara. A Lucian no le importaban los mestizos.

—¿Qué normas del Consejo te gustaría cambiar? —Seth miró la cara de Lucian.

—Estas cosas es mejor discutir las más tarde, Seth —movió la mano hacia mí, sonriendo con esa sonrisa extraña y asquerosa de nuevo—. Está destinada a ser tu otra mitad.

Seth se giró y me dirigió una larga mirada.

—Podría ser peor, supongo.

Vale, eso me dio cosilla.

—¿Qué quieres decir con *eso*?

—Sois como piezas de un puzzle. Encajáis juntos. Tu poder alimentará el suyo... y viceversa —Lucian sonrió—. En serio, es increíble. Eres su otra mitad, Alexandria. Estás destinada a estar con él. Le perteneces.

Sentí que algo me presionaba el pecho.

—Oh. *Oh*. No.

Seth arrugó la frente.

—No tienes que parecer tan asqueada.

El otro día sentí la necesidad de tocarle. Pensé que era sólo por lo que era, pero ¿podría haber sido por lo que *éramos*? Me estremecí.

—¿Asqueada? ¡Es... repugnante! ¿Os estáis escuchando?

Seth suspiró.

—Ahora estás siendo insultante.

Lo ignoré, *le* ignoré.

—Yo... no pertenezco a nadie.

Lucian juntó su mirada con la mía, y me sorprendió su intensidad.

—Pues sí.

—¡Eso es una locura!

—Cuando cumpla los dieciocho —Seth torció la boca—, el poder; su poder vendrá hacia mí.

—Sí —Lucian asintió ilusionado—. Una vez pase por la palingenesis, el Despertar, a los dieciocho, todo lo que tendrás que hacer es tocarla.

—Entonces... —no tuvo que decir nada. Todos lo sabíamos.

Seth se convertiría en un Asesino de Dioses.

Se volvió hacia Lucian.

—¿Quién lo sabe?

—Lo sabe Marcus, y la madre de Alexandria.

Mi corazón dio un vuelco.

Seth se me quedó mirando, con una expresión ilegible.

—Eso explica por qué se ha acercado tanto al Covenant cuando la mayoría de los daimons no se atreverían, ¿pero por qué? No pueden convertir a un mestizo.

—¿Por qué si no iba a querer un daimon poner sus manos sobre un Apollyon? Incluso ahora, el éter de Alexandria podría alimentarlos durante meses —Lucian me hizo un gesto—. ¿Qué crees que pasará si su madre la tiene después de que pase

por la palingenesis?

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Creéis que está aquí para hacerle de comida?

Miró hacia arriba.

—¿Por qué si no iba a estar aquí, Alexandria? Por eso es por lo que estaba en contra de que te quedases en el Covenant, y Marcus también. No tenía nada que ver con el tiempo que habías perdido o con tu comportamiento anterior. Había alguna posibilidad de que no pudiésemos atrapar a Rachelle antes de que te graduases. El riesgo de que te encontrases con ella y fallases en tu deber era demasiado grande. No puedo permitir que un daimon le ponga las manos encima a un Apollyon.

—¿Y ahora es diferente? —pregunté.

—Sí —Lucian se puso de pie, poniendo sus manos sobre mis hombros—. Con ella tan cerca, podremos encontrarla. Nunca tendrás que enfrentarte. Es algo bueno, Alexandria.

—¿Algo bueno? —reí fuertemente y me zafé de sus manos—. Todo esto es muy retorcido... y enfermo.

Seth movió la cabeza hacia mí.

—Álex, no puedes ignorar esto. Ignorar lo que eres. Lo que *ambos* somos...

Puse la mano entre los dos.

—Oh, ni se te ocurra llegar ahí, amigo. ¡No somos nada! ¡Nunca seremos nada!
¿Vale?

Puso los ojos en blanco, aburrido por mis protestas.

Comencé a salir de la habitación.

—En serio, no quiero volver a escuchar nada más de todo esto. Voy a fingir que esta conversación nunca ha sucedido.

—Álex. Para —Seth se dirigió hacia mí.

Le miré.

—¡No me sigas! En serio, Seth. No me importa que me puedas lanzar por el aire. ¡Si me sigues, saltaré desde un maldito puente y te llevaré conmigo!

—Deja que se vaya —Lucian movió la mano de forma elegante—. Necesita tiempo para... aceptar todo esto.

Sorprendentemente, Seth le escuchó. Así que me fui, dando un portazo detrás de mí. Los pensamientos rebotaban en mi cabeza tremendamente caóticos mientras iba hacia la isla. Casi no me di cuenta de que el aire ya no estaba lleno de humo. Alguien se había ocupado del barco en llamas. Los Guardias del puente parecían aburridos cuando me saludaron al pasar.

Algunos minutos después, crucé el campus y la zona arenosa que separaba la facultad y el alojamiento de los visitantes del resto del campus. Bajo ninguna circunstancia podía —o cualquier estudiante, para el caso— vagar alrededor de sus casas, pero necesitaba hablar con alguien —necesitaba a Aiden.

Aiden podría encontrarle sentido a todo esto. Sabría lo que hacer. Como la mayoría de las casas estaban vacías durante el verano, era fácil adivinar cuál era la suya. Sólo una de las cabañas tenía luz dentro. Me paré enfrente de la puerta y dudé. Venir aquí —no sólo iba a meterme a mí en problemas, también a Aiden. Ni siquiera podía imaginarme lo que harían si me viesan en la cabaña de un purasangre a estas horas de la noche. Pero le necesitaba, y eso era más importante que

las consecuencias.

Aiden respondió unos segundos después, tomándose bastante bien verme al otro lado de su puerta.

—¿Qué pasa?

No era tarde, pero iba vestido como si hubiese estado en la cama. Los pantalones de pijama bajos le quedaban mejor a él que a Lucian. Y la camiseta sin mangas también.

—Necesito hablar contigo.

Me recorrió con la mirada.

—¿Dónde están tus zapatos? ¿Por qué estás llena de arena? Álex, dimelo ya. ¿Qué ha pasado?

Miré atontada hacia abajo —¿mis sandalias?—, estaban perdidas en alguna parte en la isla principal, y nunca volvería a verlas. Suspiré y me retiré unos mechones de pelo hacia atrás.

—Ya sé que no debería estar aquí, pero no sabía dónde ir

Aiden acercó sus manos y me cogió los brazos con cariño. Sin decir una palabra, me metió en su cabaña.

Capítulo 16



MIENTRAS AIDEN ME LLEVABA HACIA SU SOFÁ Y ME SENTABA, TENÍA UN ASPECTO ENTRE PELIGROSO Y CONSOLADOR AL MISMO TIEMPO.

—Déjame... que te traiga un vaso de agua.

Mi mirada recorrió su sala de estar. No era mucho más grande que mi habitación de la residencia, y como la mía, carecía de cualquier tipo de decoración. No había fotos, cuadros, u obras de arte cubriendo las paredes. En vez de eso, había libros y cómics repartidos por la mesita de café, colocados en las múltiples estanterías y apilados en su pequeño escritorio. No había televisión. Le gustaba leer —probablemente hasta leyese cómics en griego antiguo. Por alguna razón eso me hizo sonreír.

Entonces me fijé en una esquina de la habitación, entre la estantería y el escritorio. Había una guitarra apoyada contra la pared, y varias púas de colores formaban una línea en una de las baldas —de todos los colores menos el negro. Lo sabía— esas manos las usaba para algo artístico. Me pregunté si alguna vez conseguiría que tocara algo para mí. Siempre tuve algo por los chicos que tocaban la guitarra.

—¿Tocas? —señalé la guitarra con la barbilla.

—A veces —me pasó un vaso de agua, y lo vacié antes de que se sentase a mi lado—. ¿Tenías sed?

—Mmmm —me sequé algunas gotas de los labios—. Gracias. ¿Qué pasa con las púas?

Miró la guitarra.

—Las colecciono. Una extraña costumbre mía, supongo.

—Necesitas una negra.

—Supongo —Aiden cogió el vaso y lo puso en la mesa de café, arrugando la frente cuando vio el temblor de mis manos—. Álex, ¿qué ha pasado?

La risa se me atravesó en la garganta.

—Va a parecerse una locura —le eché un vistazo rápido a Aiden, y ver en su cara la preocupación que tenía por mí fue casi mi perdición.

—Álex... me lo puedes contar. No voy a juzgarte.

Me pregunté qué pensaría que había pasado.

Sacó la mano y cogió la mía.

—Confías en mí ¿verdad?

Miré nuestras manos, esos dedos. *Estás destinada a estar con él.* Esas palabras tuvieron un efecto demoledor en mí. Me solté las manos y me puse de pie.

—Sí. Confiaba en ti. Confío. Sólo es que es una locura.

Aiden se quedó sentado, pero seguía mi paseo errático con los ojos.

—Intenta empezar por el principio.

Asentí, pasándome las manos por el vestido. Empecé con la fiesta. La expresión de Aiden se endureció cuando le conté lo que había dicho Cody y se volvió más peligrosa aún cuando le expliqué cómo Seth había acabado con el barco de alguien. Le conté todo, incluso la parte más desagradable con Seth, y cómo éramos «dos mitades» o algo así. Aiden sabía realmente escuchar. No me hizo preguntas, pero sabía que había entendido todo lo que le había soltado.

—Y por eso, no puede ser cierto ¿verdad? Quiero decir, nada de esto es cierto —volví a recorrer toda la sala—. Lucian dijo que por eso mamá se fue. El oráculo le dijo que yo era el segundo Apollyon y tenía miedo de que los dioses... me matasen, supongo —mi risa sonó un tanto estridente.

Aiden se pasó una mano por el pelo.

—Sospeché algo raro cuando Lucian dijo que te quería llevar a su casa. Y cuando dijiste que habías visto las marcas de Seth... no puedo creerme que haya estado al lado de alguien tan especial todo este tiempo. ¿Cuándo cumples los dieciocho, Álex?

Me froté las manos nerviosamente.

—El cuatro de marzo —quedaba menos de un año.

Aiden se acarició la barbilla.

—¿Cuando le hablaste al oráculo, te dijo algo de esto?

—No, sólo me dijo que mataría a los que amo. Nada de esto, pero dijo tantas locuras —tragué saliva, escuchando cómo la sangre recorría mis venas—. Quiero decir, echando la vista atrás, algunas de las cosas que dijo tenían sentido, pero no las entendí.

—¿Cómo ibas a entenderlo? —se acercó, rodeando la mesita de madera—. Ahora sabemos por qué tu madre se arriesgó tanto abandonando la seguridad de la isla. Quería protegerte. La historia de Solaris es realmente trágica, pero se puso en contra del Consejo y los dioses. Eso fue lo que determinó su destino. No lo que estaba escrito sobre ellos en los libros.

—¿Por qué hizo eso Solaris? ¿No sabía lo que iba a pasar?

—Algunos dicen que se enamoró del Primero. Cuando se enfrentó al Consejo, ella lo defendió.

—Es estúpido —puse los ojos en blanco—. Básicamente se suicidó. Eso no es amor.

Aiden esbozo una media sonrisa.

—La gente hace las cosas más estúpidas cuando están enamorados, Álex. Mira lo que hizo tu madre. Es un tipo distinto de amor, pero lo dejó todo porque te quería.

—Nunca entendí por qué se fue —mi voz sonó añorada y frágil—. Ahora lo sé. Se fue para protegerme —saberlo me sentó como la leche cortada—. Sabes, de alguna forma la odiaba por haberme sacado de aquí. Nunca entendí por qué haría

algo tan arriesgado y estúpido, pero lo hizo para protegerme.

—Tiene que darte una cierta paz saber el porqué, ¿no?

—¿Paz? No lo sé. Sólo pienso que si no fuese esta especie de cosa extraña, ella seguiría viva.

Mis palabras causaron que un gesto de dolor cruzase su cara.

—No puedes culparte por esto. *No* voy a permitirlo, Álex. Has llegado muy lejos.

Asentí, mirando hacia otro lado. Aiden podía pensar lo que quisiese, pero si no hubiese sido el segundo Apollyon por venir, nada de esto habría pasado.

—Odio esto. Odio no tener el control.

—Pero sí que tienes el control, Álex. Lo que eres te da más control que a cualquiera.

—¿Y eso? Según Lucian, soy la fuente de energía personal de Seth o algo así. ¿Quién sabe? Nadie lo sabe.

—Tienes razón. Nadie lo sabe. Cuando cumplas dieciocho...

—Seré algo rarísimo.

—Eso no es lo que iba a decir.

Levanté las cejas y le miré.

—Vale. ¿Cuando cumpla dieciocho años, los dioses van a matarme mientras duermo? Eso es lo que dijo Seth.

La ira volvió sus ojos gris oscuro.

—Los dioses tienen que tener cuidado contigo. Sé que esto no te hace sentir mejor, pero si quisieran... deshacerse de ti, ya lo habrían hecho. Así que cuando cumplas dieciocho años, todo puede ser posible.

—Lo dices como si esto fuese algo bueno.

—Podría serlo, Álex. Con dos de vosotros...

—¡Hablas como Lucian! —me aparté de él—. ¡Ahora me dirás que soy la otra mitad súper especial de Seth y que le pertenezco, como si fuese una cosa en vez de una persona!

—No he dicho eso —acortó la distancia, poniendo sus manos sobre mis hombros. Me estremecí bajo el peso de sus manos—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre el destino? —moví la cabeza. Me acordaba de que se distrajo con mis shorts. Tengo esta maravillosa memoria selectiva—. Sólo tú tienes control sobre tu futuro, Álex. Solo tú tienes control sobre lo que quieres.

—¿En serio piensas eso?

Asintió.

—Sí.

Moví la cabeza, dudando que pudiese creer en nada llegados a este punto, y empecé a irme, pero las manos de Aiden me sujetaron los hombros. Un momento después, me acercó más a él. Dudé, porque estar tan cerca de él era posiblemente la mejor tortura.

Tenía que soltarme... irme todo lo lejos que pudiese, pero sus brazos rodeaban mis hombros. Despacio, con cuidado, apoyé la cabeza contra su pecho. Dejé caer las manos sobre la curvatura de su espalda y respiré profundamente. Su olor, una mezcla de mar y jabón, me llenó. El rítmico latir de su corazón bajo mi mejilla me consoló. Sólo era un abrazo, pero dioses, significaba tanto. Significaba *todo*.

—No quiero ser un Apollyon —cerré los ojos—. No quiero ni estar en el mismo país que Seth. No quiero nada de esto.

Aiden bajó su mano por mi espalda.

—Ya lo sé. Es abrumador y da miedo, pero no estás sola. Lo arreglaremos. Todo va a estar bien.

Me apreté más contra él. El tiempo pareció detenerse, dándome unos pocos momentos del simple placer de estar en sus brazos, pero luego sus dedos se adentraron en mi pelo, hasta la nuca, y de ahí me echó la cabeza hacia atrás.

—No tienes nada de lo que preocuparte, Álex. No voy a dejar que te pase nada.

Esas palabras prohibidas me envolvieron el corazón, metiéndose para siempre en mi alma. Nuestros ojos se encontraron. Se hizo el silencio entre nosotros mientras nos mirábamos. Sus ojos cambiaron a un color plateado y su otro brazo fue a parar a mi cintura, apretando. Sus dedos dejaron mi pelo y lentamente trazaron la curva de mi pómulo. Mi pulso vibraba dentro de mí mientras su mirada intensa seguía sus dedos. Los movió por mi cara y sobre mis labios.

No deberíamos estar haciendo esto. Él era un pura-sangre. Todo podría tener un final horrible para los dos si nos pillaban, pero daba igual. Ahora mismo, estar con él parecía merecer cualquier consecuencia que pudiese venir de ello. Esto estaba bien, como tenía que ser. No había ninguna explicación lógica.

Entonces él se inclinó hacia delante y apoyó su mejilla contra la mía. Un cálido hormigueo me recorrió entera cuando sus labios se movieron hacia mi oreja.

—Deberías decirme que parase.

No dije ni una palabra.

Aiden hizo un sonido grave con la garganta. Su mano se deslizó hacia arriba por mi espalda, dejando una estela de fuego en su recorrido, y sus labios se movieron por mi mejilla, parando para quedarse en el aire sobre los míos. Se me olvidó cómo respirar, y lo que es más importante, cómo pensar.

Se movió, siempre muy levemente, y sus labios rozaron los míos una vez, luego otra. Era un beso suave, y bonito, pero cuando se hizo más profundo, no era nada tímido. Era como una peligrosa necesidad reprimida, un deseo negado desde hacía mucho. El beso fue salvaje, agotador y ardiente.

Aiden me aprisionó directamente contra su cuerpo. Y cuando me volvió a besar, nos dejó a los dos sin respiración. Nuestras manos se enredaban entre nuestros cuerpos mientras íbamos hacia el dormitorio. Mis manos se metieron bajo su camiseta, sobre la tersa piel de su costado. Nos separamos lo suficiente como para poder quitarle la camiseta, y dioses, cada una de sus duras curvas era tan impresionante como me imaginaba.

Bajándome hasta su cama, sus manos pasaron de mi cara a mis brazos. Luego su mano viajó sobre mi estómago, luego mis caderas, y bajo el borde de mi vestido. De alguna forma, la parte de arriba del vestido acabó en mi cintura, y su boca se movía por mi cuerpo. Me derretí por él, sus besos y su tacto. Mis dedos se clavaron en la tersa piel de sus brazos y mi interior ardía. Donde nuestros cuerpos se tocaban saltaban chispas.

Aiden apartó sus labios de los míos e hice un ruido de protesta, pero entonces su boca siguió por mi garganta hasta la base del cuello. Mi piel ardía y mis pensa-

mientos estaban en llamas. Su nombre era apenas un susurro, pero sentí sus labios contra mi piel.

Su mirada y sus dedos seguían un camino invisible mientras se movía sobre mí.

—Eres tan guapa. Tan valiente, tan llena de vida —me echó la cabeza hacia abajo y me dio un dulce beso sobre la cicatriz del cuello—. ¿No tienes ni idea, verdad? Tienes tanta vida en ti, tanta...

Incliné la cabeza y me dio un beso en la punta de la nariz.

—¿De verdad?

—Sí —me quitó el pelo de la cara—. Desde la noche en que te vi en Georgia has estado bajo mi piel. Te metiste *dentro* de mí, te convertiste en parte de mí. No puedo quitármelo. Está mal —nos dio la vuelta, haciéndome rodar sobre la cama hasta estar él encima—. *Agapi mou*, no puedo... —volvió a poner sus labios sobre los míos.

No hubo más palabras. Nuestros besos se volvieron más salvajes, sus labios y sus manos llevaban una intención que sólo podía significar una cosa. Nunca antes había llegado tan lejos con un chico, pero sabía que quería estar con él. No había duda, sólo certeza. Todo mi mundo dependía de este momento.

Aiden levantó la cabeza, mirándome con una pregunta en sus ojos.

—¿Confías en mí?

Pasé mis dedos por su mejilla, luego por sus labios.

—Sí.

Hizo un sonido grave y me cogió la mano. La llevó hacia sus labios y fue besando una a una las yermas de mis dedos, luego la palma de la mano y luego mis labios.

Y entonces alguien llamó a la puerta.

Los dos nos quedamos helados. Sus ojos, aún nublados por el ansia, se encontraron con los míos. Pasó un segundo, y otro. Pensé que iba a ignorarlo. Dioses, quería que lo ignorase. Mucho. Mi vida dependía de ello. Pero volvieron a llamar, y esta vez junto a una voz.

—Aiden, abre esta puerta. Ahora.

Leon.

Mierda. Eso era todo en lo que podía pensar. Estábamos tan pillados que no sabía qué hacer. Me quedé simplemente ahí tumbada, con los ojos como platos y desnuda. Totalmente desnuda.

Sin quitarme los ojos de encima ni un momento, Aiden se levantó lentamente y se puso de pie. Sólo al ir a recoger la camiseta que yo había tirado a un lado rompió el contacto visual. Salió del dormitorio sin decir nada y cerró la puerta detrás de él.

Me quedé ahí un rato, sin creérmelo. La atmósfera se había perdido por completo —obviamente, y yo seguía desnuda. Cualquiera podría entrar aquí, y aquí estaba yo, tumbada en la cama. *Su* cama...

Más asustada que nunca, me bajé de un salto y cogí mi vestido. Me lo puse mientras buscaba algún sitio donde esconderme, pero las palabras de Leon me dejaron paralizada.

—No quería despertarte, pero supuse que querrías saber esto inmediatamen-

te. Han encontrado a Kain. Está vivo.

Lo escuché, con el estómago en la garganta, mientras Aiden intentaba convencer a Leon de que luego se verían en la enfermería mientras yo me negaba a mirar hacia la cama. Levanté la cabeza cuando Aiden abrió la puerta.

—Ya lo he oído.

Aiden asintió, con sus ojos grises llenos de conflicto interior.

—Ya te contaré lo que ha dicho.

Di un paso adelante.

—Quiero ir. Tengo que oír lo que dice.

—Álex, tu toque de queda ha pasado, ¿y cómo ibas a saber que tenías que ir a la enfermería?

Mierda, odiaba cuando tenía razón.

—Pero puedo ir a escondidas. Las habitaciones están separadas sólo por mamparas. Podría ponerme detrás...

—Álex —el amante había desaparecido. Muerto—. Tienes que volver a tu residencia. Ahora. Te prometo que te contaré todo lo que diga ¿vale?

Viendo que no podía ganar esto, asentí. Esperamos unos cuantos minutos más antes de salir de su casa. En la puerta, Aiden paró, moviendo los dedos.

Miré extrañada.

—¿Qué pasa?

La mirada de Aiden se clavó en mí y me quedé sin aire. La pasión me dio de lleno, fuerte y cálida. La expresión de su cara —de sus ojos— me hizo estremecer. Sin decir nada, me cogió la cara y acercó sus labios a los míos. El beso se llevó todo el aire que quedaba en mí. Fue profundo, arrebatador. No quise que acabara nunca, pero lo hizo. Aiden se apartó, con sus dedos lentamente despegándose de mis mejillas.

—No hagas nada estúpido —su voz sonó dura. Entonces desapareció en la oscuridad fuera de su cabaña.

Volví como pude hasta mi residencia con las rodillas temblando, repasando lo que había sucedido entre los dos. Esos besos, su tacto, y la forma en que me miraba estaban grabados para siempre en mi mente. A dos segundos de perder la virginidad.

Dos malditos segundos.

Pero ese último beso —había algo en él, algo que me llenó de nerviosismo y dolor. Una vez en mi habitación, me puse a andar de un lado a otro. Con saber que me convertiría en el segundo Apollyon en mi cumpleaños, lo que había pasado entre Aiden y yo, y la inesperada reaparición de Kain, estaba demasiado nerviosa. Me di una ducha. Incluso ordené la habitación, pero nada podía calmarme. Ahora mismo, Aiden y los demás Centinelas estaban interrogando a Kain —obteniendo las respuestas que yo necesitaba. ¿Mamá era una asesina?

Pasaron las horas mientras esperaba a que Aiden pasase con noticias, pero no apareció. Caí en un sueño inquieto y me desperté demasiado pronto. Me quedaba como una hora hasta empezar el entrenamiento, y no podía esperar más de ninguna manera. Un plan comenzó a formarse en mi mente. Me puse la ropa de entrenar y salí fuera.

El sol acababa de salir por el horizonte, pero la humedad enturbiaba el aire.

Evité a los Guardias que patrullaban, bordeé los edificios y me encaminé hacia la enfermería. El aire fresco me saludó al entrar en el estrecho edificio. Me moví a través de pasillos flanqueados por despachos pequeños y unas cuantas salas más grandes equipadas para lidiar con emergencias médicas. Los médicos pura-sangre vivían en la isla principal y sólo estaban en la enfermería durante el año escolar. Tan temprano una mañana de verano, sólo habría unas pocas enfermeras en todo el edificio.

Ya tenía preparadas unas cuantas excusas por si me encontraba con alguna de estas enfermeras. Tengo unos calambres horribles, me he roto un dedo el pie. Podría hasta decir que necesitaba un test de embarazo si eso me llevaba a donde tenían a Kain, pero no necesité ninguna de mis excusas. El recinto médico estaba silencioso como una tumba, mientras caminaba por el pasillo débilmente iluminado. Tras mirar en varias de las salas más pequeñas, me encontré con una que usaban para meter a varios pacientes a la vez. El instinto me llevó a través de las camillas vacías y tras la cortina verde. Me quedé helada, la tela fina como el papel temblaba detrás de mí.

Kain estaba sentado en medio de la cama, vestido con pantalones de deporte anchos y nada más. Mechones de pelo le escondían la mayor parte de la cara, pero su pecho... Volví a tragar la bilis que me había subido por la garganta, no podía dejar de mirar.

Su pecho, increíblemente pálido, estaba cubierto de marcas con forma de media luna y finos cortes que parecían hechos por una de nuestras dagas de Covenant. No había mucho en él que no estuviese marcado.

Levantó la cabeza. Sus ojos azules destacaban sobre su palidez casi cadavérica. Me acerqué, sintiendo que algo se tensaba en mi pecho. Se le veía mal, y cuando me sonrió fue peor. Su piel estaba tan descolorida que los labios se le veían rojos como la sangre. Una pequeña chispa de culpa nació en mi interior. Quizá podría haber esperado para preguntarle, pero como era típico en mí, entré.

—¿Kain? ¿Estás bien?

—Eso... creo.

—Quería hacerte algunas preguntas si... si no te importa.

—¿Quieres preguntarme sobre tu madre? —me miró las manos.

Sentí un gran alivio. No tenía que explicarme. Me acerqué un paso más.

—Sí.

Estaba callado mientras seguía mirándose las manos. Sujetaba algo, pero no pude ver lo que era.

—Les he dicho a los demás que no recordaba nada.

Me quería sentar y llorar. Kain era mi única esperanza.

—¿En serio?

—Eso es lo que les he dicho.

Un sonido extraño salió de detrás de la cortina verde del otro lado de la cama de Kain, como de algo arrastrándose por el suelo. Puse cara de extrañada mientras intentaba mirar más allá.

—¿Hay... hay alguien ahí?

La única respuesta fue un leve borboteo. Me llegó el pánico de la nada, recorriéndome toda la espalda, pidiéndome que saliese ahora de esa habitación. Fui

hasta el otro lado de la cama y aparté la cortina. Mis labios se abrieron en un grito silencioso.

Tres enfermeras pura-sangre estaban tiradas por el suelo lleno de sangre. Una aún se aferraba a la vida. Una furiosa línea roja le cruzaba la garganta, y ella intentaba arrastrarse hacia mí. Intenté llegar a ella, pero con un último borboteo, murió. Anclada al sitio, no podía ni pensar ni respirar.

Gargantas cortadas. Todas muertas.

—Lexie.

Sólo mamá me llamaba así —sólo ella. Me di la vuelta, con la mano temblando sobre mi boca. Kain seguía en el otro lado de la cama, mirándose las manos.

—Creo que el apodo de Lexie es mucho mejor que Álex, ¿pero qué se yo? —rió, sonó frío, sin humor. Muerto—. No sabía nada hasta ahora.

Salí disparada.

Kain se movió sorprendentemente rápido para alguien que había sido torturado durante semanas. Estaba en frente de mí antes de que lograra llegar a la puerta, con la daga del Covenant en la mano.

Mis ojos se fijaron en la daga.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —imitó mi voz—. ¿No lo entiendes? No. Claro que no. Yo tampoco lo entendía. Lo intentaron primero con los Guardias, pero los drenaron demasiado rápido. Murieron.

Algo iba mal, muy mal en él. La tortura le podía haber hecho eso; todas esas marcas le podían haber vuelto loco. Pero en realidad no importaba por qué se había vuelto loco, porque estaba totalmente pirado —y yo estaba acorralada.

—Cuando llegaron a mí, habían aprendido de sus errores. A los nuestros hay que drenarlos despacio —miró hacia la daga—. Pero no somos como ellos. No cambiamos como ellos.

Di un paso atrás, tratando de tragar a través del miedo. Todo mi entrenamiento se esfumó. Sabía cómo lidiar contra un daimon, pero un amigo que se ha vuelto loco es otra historia.

—Tenía hambre, mucha hambre. No hay nada como eso. Tenía que hacerlo.

Me percaté de la horrible situación. Volví a dar un paso atrás justo cuando se lanzó hacia mí. Era muy rápido, más rápido que nunca. Antes de poder si quiera darme cuenta de ello, su puño impactó contra mi cara. Volé por la sala, estampándome sobre una de las mesillas. Ocurrió tan rápido que no pude ni parar la caída. Aterricé mal, aturdida y con sabor a sangre en la boca.

Kain estaba inmediatamente encima mío, levantándome sobre los pies y tirándome a través de la sala. Me di bien fuerte contra el borde de la cama y luego contra el suelo.

Intentando ponerme de pie, ignoré el dolor y afronté lo único que no podía ser.

Más allá de cualquier razón o explicación, no tenía dudas de que Kain ya no era un mestizo. Sólo había una cosa que se moviese así de rápido. Aunque era imposible, era un daimon.

Capítulo 17



A PESAR DE ESTAR ANORMALMENTE PÁLIDO, KAIN PARECÍA... KAIN. Eso explicaba por qué ninguno de los otros mestizos lo había notado en él. Nada en él te advertía de que algo iba muy mal. Bueno... excepto el montón de cuerpos tras la cortina. Agarré lo que parecía un aparato de monitorizar el corazón, lanzándoselo a la cabeza. Como era de esperar, lo apartó antes de que le diera.

Volvió a reír con esa risa horrible.

—¿No puedes hacerlo mejor? ¿Recuerdas nuestras sesiones de entrenamiento? ¿Lo rápido que logré que dices lo mejor de ti?

Ignoré ese doloroso recuerdo, imaginando que era mejor tenerle hablando hasta que encontrase alguna opción mejor.

—¿Cómo es posible? Eres un mestizo.

Asintió, pasándose la daga a la otra mano.

—¿No estabas prestando atención? Ya te lo he dicho. Nos drenan lentamente, y dioses, duele de narices. Quise morir mil veces, pero no lo hice. ¿Y ahora? Soy mejor que nunca. Más rápido. Más fuerte. No puedes luchar contra mí. Ninguno podéis —levantó la daga y la movió hacia delante y atrás—. La parte de alimentarse es un rollo, pero funciona.

Miré por encima de su hombro. Había una pequeña posibilidad de que pudiese llegar hasta la puerta. Aún era rápida y no estaba malherida.

—Eso... tiene que ser una mierda.

Se encogió de hombros, pareciéndose al antiguo Kain —tanto que me dejó sin respiración.

—Te acostumbras a ello cuando tienes hambre.

Eso era muy tranquilizador. Me eché hacia la izquierda.

—Vi a tu madre.

Todos mis instintos me gritaron que no le escuchase.

—¿Hablaste... con ella?

—Estaba como loca, matando y disfrutando con ello también. Ella es la que me convirtió —se mojó los labios—. Viene a por ti, ¿lo sabías?

—¿Dónde está? —no esperaba que me fuese a responder, pero lo hizo.

—Si dejas la seguridad del Covenant la encontrarás... o ella te encontrará a ti. Pero eso no va a suceder.

—¿Oh? —susurré, pero ya lo sabía. No soy estúpida. Mamá no iba a poder conseguir mi éter, porque Kain iba a matarme y drenarme.

—¿Sabes lo único que apesta de ser un daimon? Que siempre tengo hambre. ¿Pero tú? Estoy seguro de que sientas como nadie. Está bien que hayas venido a mí. Que hayas confiado en mí —sus ojos azules se fijaron en mi cuello; donde mi pulso iba como loco—. Ella seguirá matando hasta que te encuentre o hasta que estés muerta. Y vas a morir.

Esa era la clave para moverme. Salí con todas mis fuerzas, pero fue inútil. Kain bloqueaba mi única ruta de escape. Sin más opción que luchar contra él, me puse en guardia, sin armas y sin preparación.

—¿En serio quieres intentarlo?

Traté de que mi voz sonase todo lo segura que pude.

—¿Y tú?

Esta vez, cuando vino a cogermme, me eché hacia él y agarré la mano con la que sujetaba la daga. Se le soltó, golpeando contra el suelo. Antes de que pudiese celebrar mi pequeña victoria, lanzó su puño, y pareció recordar lo mal que se me daban los bloqueos. El puñetazo me dio en el estómago, haciéndome doblar.

Una corriente de aire me movió el pelo, dándome unos segundos para incorporarme. Estaba perdida —sin duda. Pero cuando levanté la cabeza no era Kain el que estaba en frente de mí.

Era Aiden.

No le dijo nada a Kain. De alguna forma lo supo cuando me echó hacia atrás, lejos del daimon mestizo. Kain pasó su atención hacia Aiden. Dejó escapar un aullido inquietantemente parecido al que hizo el daimon en Georgia. Se rodearon el uno al otro, y con Kain desarmado, Aiden tenía las de ganar. Intercambiaron resoplidos de rabia —ya no eran compañeros sino enemigos hasta la muerte. Entonces Aiden hizo su movimiento. Clavó la daga de titanio hasta el fondo en el estómago de Kain.

Ocurrió lo imposible —Kain no cayó.

Aiden dio un paso atrás, mostrando la cara asustada de Kain. Miró hacia su enorme herida y empezó a reír. Debía de haber sido mortal, pero mientras iba comprendiéndolo poco a poco, me di cuenta de que teníamos más que aprender de los daimons mestizos.

Era inmunes al titanio.

Aiden le lanzó una patada a Kain, que la bloqueó y se giró para darle una a él. Una máquina médica se estampó contra la pared. Me encontré entre los dos, clavada en el sitio. No podía quedarme simplemente ahí. Fui a por la daga del suelo.

—¡Apártate! —gritó Aiden mientras envolvía mis dedos alrededor del frío titanio.

Miré hacia arriba, viendo a los refuerzos —y al Apollyon.

—¡Aparta! —la voz de Seth resonó entre el caos.

Aiden saltó hacia delante, empujándome contra la pared y cubriéndome con su cuerpo. Tenía las manos sobre su pecho. Giré la cabeza cuando Aiden se puso delante de los Centinelas, con un brazo estirado frente a él. Segundos después algo que sólo podría describir como un relámpago salió de su mano. El destello de luz azul —intensa y brillante— oscureció el resto de la habitación. *Akasha* —el quinto y

último elemento; sólo los dioses y el Apollyon podían manejarlo.

—No mires —susurró Aiden.

Apreté mi cara contra su pecho mientras el aire se llenaba del chisporroteo del elemento más poderoso que los Hematoi conocían. Los horribles gritos de Kain se alzaron por encima cuando *akasha* dio contra él. Me estremecí, apretándome más contra Aiden. Los gritos —nunca olvidaré esos gritos.

Aiden me agarró más fuerte hasta que el chillido agonizante paró y el cuerpo de Kain cayó al suelo. Entonces Aiden se apartó, acariciando con sus dedos mi labio partido e hinchado. Durante un segundo sus ojos se cruzaron con los míos. En una sola mirada había tanto. Dolor. Alivio. Ira.

Todo el mundo entró corriendo a la sala. Entre el caos, Aiden comprobó rápidamente que estaba bien antes de entregarme a Seth.

—Sácala de aquí.

Seth me llevó tras los Centinelas mientras Aiden centraba su atención en el cuerpo arrugado. En el pasillo nos cruzamos con Marcus y muchos más Guardias. Nos echó una breve mirada. Seth me llevó a través de todo el pasillo, en silencio hasta que me metió en otra habitación al final.

Cerró la puerta detrás de él y lentamente se acercó a mí.

—¿Estás bien?

Me aparté hasta que di contra la pared más alejada de él, respirando con dificultad.

—¿Álex? —entrecerró los ojos.

En cuestión de unas horas, todo había cambiado. Nuestro mundo —mi mundo— ya no era el mismo. Todo era demasiado. ¿Mamá, la locura de lo de Seth, la noche pasada con Aiden y ahora esto? Me rompí en pedazos. Deslizándome por la pared, me senté con las rodillas contra mi pecho. Reí.

—Álex, levántate —su voz tenía ese tono musical, pero sonaba tensa—. Todo esto es mucho, lo sé. Pero tienes que recomponerte. Van a venir aquí; pronto. Querrán respuestas. Esta noche Kain era normal, todo lo normal que Kain puede ser. Ahora era un daimon. Querrán saber qué ha pasado.

Kain ya era un daimon entonces, pero nadie lo sabía. Nadie lo podía haber sabido anoche. Me quedé mirando a Seth en blanco. ¿Qué quería que dijese? ¿Que estaba bien?

Volvió a intentarlo, agachándose frente a mí.

—Álex, no puedes dejar que te vean así. ¿Me entiendes? No puedes dejar que los otros Centinelas o tu tío te vean así.

¿Acaso importaba? Las reglas habían cambiado. Seth no podía estar en todas partes.

Saldríamos ahí fuera y moriríamos. Peor aún, podían convertirnos. Podrían convertirme. Como a mamá. Ese pensamiento me devolvió una pizca de sensatez. Si perdía la cabeza, ¿de qué iba a servir? ¿Qué pasaría con mamá? ¿Quién arreglaría esto —en lo que se había convertido?

Seth miró por encima de su hombro hacia la puerta.

—Álex, empiezas a preocuparme. Insúltame... o algo.

Una débil sonrisa apareció en mis labios.

—Eres más raro de lo que nunca me podría haber imaginado.

Rió, y mis oídos tenían que haberme engañado, porque sonó aliviado.

—Tú eres tan rara como yo. ¿Qué tienes que decir a eso?

Me encogí, apretando los dedos contra las rodillas.

—Te odio.

—No puedes odiarme, Álex. Ni siquiera me conoces.

—Da igual. Odio lo que significas para mí. Odio no tener el control. Odio que todo el mundo me haya mentido —estaba inspirada, estiré las piernas—. Y odio lo que *esto* significa. Los Centinelas morirán ahí fuera uno detrás de otro. Odio que aún siga pensando en mi madre... como si fuese mi *madre*.

Seth se inclinó hacia delante y me cogió de la barbilla. La impresión que me dio su tacto no fue tan brutal como antes, pero el extraño intercambio de energía seguía vibrando en mi interior.

—Entonces toma ese odio y haz algo con él, Álex. Usa el odio. No te quedes aquí sentada como si no hubiese esperanza para ellos, para nosotros.

¿Para nosotros? ¿Se refería a esperanza para los nuestros o para él y para mí?

—Viste lo que puedo hacer. Tu también podrás hacerlo. Juntos podemos pararlos. Sin ti no puedo. Y joder, necesito que seas fuerte. ¿De qué sirves si acabas siendo una maldita sirvienta porque no puedes con ello?

Bueno... supongo que eso respondió a mi pregunta. Le aparté la mano de un golpe.

—Lárgate.

Se acercó más.

—¿Y qué vas a hacer?

Le lancé una mirada de advertencia.

—No me importa que puedas lanzar rayos con la mano. Te daré una patada en la cara.

—¿Por qué será que no me sorprende? ¿Podría tener que ver con que sabes que no voy a hacerte daño, que no puedo?

—Seguramente —en realidad no estaba segura de eso. Veinticuatro horas antes me estaba llevando a rastras por toda la isla.

—Eso no suena muy justo, ¿no?

—Todo esto no es justo —le di un golpecito en el pecho con el dedo—. Tú tienes el control en esto.

Seth soltó un ruido enfadado. Me cogió la cabeza por los lados.

—Tú tienes el control. ¿No lo pillas?

Enfadada, le cogí de las muñecas.

—Déjalo.

Giró las manos y me cogió las mías. Sus ojos ámbar llamearon, como si estuviese listo para enfrentarse a mí. Después de unos tensos momentos, me soltó y se levantó.

—Esta es la actitud que he llegado a conocer y despreciar.

Le saqué el dedo corazón, pero lo malo es que su cabreo en general me llegó. Aunque no lo admitiría. Nunca.

Cogió una toalla de la estantería. La humedeció y me la tiró.

—Límpiate un poco —me lanzó una sonrisa maliciosa—. No puedo tener a mi pequeña «Apollyon en prácticas» hecha un desastre.

Cogí la toalla con fuerza.

—Si alguna vez vuelves a decir una estupidez así, te asfixiaré mientras duermes.

Levantó sus cejas doradas.

—Pequeña *Álex*, ¿estas sugiriendo que durmamos juntos?

Asombrada por cómo había podido llegar a *esa* conclusión, bajé la toalla.

—¿Qué? ¡No!

—¿Entonces cómo ibas a poder asfixiarme mientras duermo a menos que estuvieses en la cama conmigo? —sonrió—. Piensa en ello.

—Oh, cállate.

Se encogió de hombros y miró hacia la puerta.

—Están viniendo.

Sólo tenía un poco de curiosidad por saber cómo lo sabía, pero según me puse la toalla sobre mi labio hinchado, el dolor me atravesó. Marcus entró primero y Aiden apareció detrás de él. Su mirada me recorrió entera, comprobando que estuviese bien de nuevo. Por su cara supe que quería venir conmigo, pero con Marcus y una docena de Centinelas presentes era imposible. Luché contra la necesidad de estar en sus brazos y pasé mi atención hacia mi tío.

Marcus me miró a los ojos.

—Necesito saber exactamente lo que ha pasado.

Así que les dije todo lo que recordaba. Marcus permaneció impasible durante todo el rato. Hizo las preguntas pertinentes y cuando acabó, sólo quería volver a mi habitación. Volver a vivir lo que le había pasado a Kain me había dejado sin fuerzas.

Marcus me dio permiso para irme, y me puse en pie mientras le daba órdenes a Leon y a Aiden.

—Notificad a los demás Covenants. Yo me ocuparé del Consejo.

Aiden me siguió hasta la entrada.

—¿Acaso no te pedí que no hicieses nada estúpido?

Aiden movió la cabeza, pasándose una mano por el pelo. Entonces me hizo la única pregunta que a nadie se le había ocurrido preguntar.

—¿Dijo algo sobre tu madre?

—Dijo que los mató —respiré profundamente—. Que disfrutó mucho con ello.

Vi lástima en esos ojos.

—*Álex*, lo siento. Sé que esperabas que no fuese así. ¿Estás bien?

En realidad no, pero quería parecer fuerte.

—Sí.

Apretó los labios.

—Ya... hablaremos más tarde, ¿vale? Te diré cuándo volvemos a empezar los entrenamientos. Va a ser todo un caos los próximos días.

—Aiden... Kain dijo que ella me estaba buscando. Que venía a por mí.

Tuvo que haber algo en mi voz, porque rápidamente vino enfrente de mí. Me agarró las mejillas, con una voz que no me dejó dudar ni una de las palabras que me dijo.

—No dejaré que eso ocurra. Nunca. Nunca te enfrentarás a ella.

Tragué. Su cercanía, su tacto, me trajo tantos recuerdos; necesité un momento

para responder.

—Pero si lo hiciese, podría lograrlo.

—¿Kain dijo algo más sobre tu madre?

Seguirá matando hasta que te encuentre—

—No —moví la cabeza mientras la culpa roía un agujero en mi alma.

Dejó caer una mano sobre su pecho, donde se frotó en un punto sobre el corazón.

—Vas a volver a hacer algo estúpido.

Sonreí débilmente.

—Bueno, normalmente lo hago como una vez al día.

Aiden levantó una ceja, con los ojos animados.

—No, eso no es lo que quería decir.

—¿Entonces qué?

Movió la cabeza.

—Nada. Ya hablaremos —se cruzó con Seth de vuelta a la sala. Por un momento, los gestos de los dos se volvieron duros como la piedra. En sus caras podía haber un respeto mutuo, pero también antipatía.

Salí antes de que Seth pudiese pararme. Cuando llegué a la residencia de las chicas, varias estudiantes estaban en el porche. Las noticias volaban rápido aunque aún era pronto, pero lo más sorprendente es que Lea estaba entre ellas.

Verla me encogió el corazón. Se la veía fatal dentro de cómo era ella —es decir que estaba como cualquiera de nosotros en día bueno. No estaba segura de qué decirle. No éramos amigas, pero era inimaginable por lo que estaba pasando.

¿Qué podía decirle? Ningún tipo de disculpa ni palabras de pésame iban a hacerle sentir mejor, pero según me acercaba a ella, vi el rojo de sus ojos, la delgada línea que formaban sus labios normalmente carnosos y el aire general de desconuelo a su alrededor. Me hizo recordar cómo me sentí cuando pensé que mi madre había muerto. Ahora, coge eso y multiplícalo por dos; así es como se sentía Lea.

Nuestras miradas se cruzaron, y una patética disculpa salió de mi boca.

—Lo siento... todo.

Sorprendentemente, Lea me saludó con la cabeza cuando nos cruzamos mientras entraba. Me paré un poco detrás suyo, deseando que me llamase zorra o se burlase de mi cara. Hasta eso sería mejor que esto. Triste y dolorida, caminé por el pasillo y pasé al lado de un grupo de chicas. Murmuraron algo y tenían razón. Mi madre era un daimon asesino.

En mi habitación me derrumbé. Aún vestida como iba me quedé dormida, tal y como le pasa a la gente después de afrontar algo tan enorme que cambia tu vida. En algún momento, en ese estado medio lúcido antes de perder la consciencia por completo, me percaté de que cuando Seth y yo nos tocamos en la sala médica, no hubo ningún cordón azul.

...

Aiden me mandó una nota al día siguiente diciendo que el entrenamiento seguía cancelado. No dijo cuándo volvería a ponerse en contacto conmigo. Según pasaban las horas, iba creciendo mi preocupación. ¿Se habría arrepentido Aiden de

lo que pasó entre los dos? ¿Aún me deseaba? ¿Volveríamos a hablar?

Tenía bastante desordenadas mis prioridades, pero no podía evitarlo. Desde que me había despertado sólo podía pensar en lo que casi ocurre entre los dos. Y cuando lo hice me sentí caliente y avergonzada.

Me quedé mirando al descomunal libro que me dejó. Lo había dejado en el suelo, al lado del sofá. Me vino una idea a la cabeza. Podría devolverle el libro —una razón totalmente inocente para buscarlo. Cogiendo el libro, abrí la puerta.

Caleb estaba ahí, con una mano levantada como si estuviese a punto de llamar a la puerta y con una caja de pizza en la otra.

—¡Oh! —sorprendido dio un paso atrás.

—Hey —no pude mirarle a la cara.

Bajó la mano. Nuestra casi-pelea seguía flotando entre los dos como un veneno.

—¿Así que ahora lees fábulas griegas?

—Um... —miré hacia el maldito libro—. Sí... Supongo.

Caleb se mordió el labio, una costumbre nerviosa que tenía desde la infancia.

—Sé lo que ha pasado. Vamos... tu cara ya lo dice todo.

Como ausente, mis dedos tocaron el labio rajado.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

Asentí.

—Estoy bien.

—Mira, he traído comida —sujetó la caja con una sonrisa—. Y me van a pillar como no me dejes entrar o me vaya.

—Está bien —dejé el libro en el suelo y salí con él fuera. De camino al patio, opté por un tema inocuo—. Ayer por la mañana vi a Lea.

Asintió.

—Volvió tarde la noche anterior. Ha estado bastante baja de ánimos. Aunque es una zorra, lo siento por ella.

—¿Has hablado con ella?

Caleb asintió.

—Está por ahí dentro. No estoy seguro de que le haya llegado, ¿sabes?

Lo entendí más que él seguramente. Encontramos un sitio con sombra bajo unos grandes olivos y me senté. Cogí la pizza, colocando mis rodajas de pepperoni en una carita sonriente un poco horrible.

—Álex, ¿qué le ha sucedido de verdad a Kain? —su voz era apenas un susurro—. Todo el mundo dice que era un daimon, pero eso no es posible ¿verdad?

Aparté la vista de la comida.

—Era un daimon.

El sol pasaba a través de las ramas, dando en el pelo de Caleb y volviéndolo de un color dorado brillante.

—¿Cómo no lo supieron los Centinelas?

—Estaba como siempre. Sus ojos eran normales, sus dientes normales —me apoyé contra el árbol y crucé las piernas por los tobillos—. No había forma de saberlo. Yo no lo supe hasta que... vi a las puras —una imagen que nunca iba a poder borrar.

Tragó, mirando a su pizza.

—Más funerales —murmuró. Y luego algo más alto—. No puedo creerlo. Todo este tiempo y nunca ha habido un daimon mestizo. ¿Cómo puede ser?

Le conté lo que dijo Kain, suponiendo que no había ninguna razón para mantenerlo en secreto. Su reacción fue la típica: dura y seria. Caer en batalla significaba la muerte para nosotros, y nunca tuvimos que considerar ninguna otra cosa.

Caleb arrugó la frente.

—¿Y si Kain no ha sido el primero? ¿Y otros daimons ya lo averiguaron antes y lo único es que nosotros no lo sabíamos?

Nos miramos el uno al otro. Tragando, devolví la pizza al cartón.

—Entonces hemos elegido un momento horrible al graduarnos en primavera ¿no?

Los dos reímos... nerviosamente. Luego me puse a recolocar mi pizza, pensando en todo lo demás que había pasado. Por delante de mí pasaban imágenes de Aiden sin camiseta. La forma en que me miraba y me besaba. El tacto de los dedos de Aiden lentamente se fue convirtiendo en el tacto de Seth y el cordón azul.

—¿En qué piensas? —Caleb se acercó más y continuó cuando no le respondí —¿Qué sabes? ¡Tienes esa cara que pones! ¡Como cuando teníamos trece años y pillaste a los Instructores Lethos y Michaels montándose en el almacén!

—¡Argh! —puse cara de asco al recordarlo. Maldito sea por recordar siempre lo más asqueroso—. No es nada. Sólo estoy pensando... sobre todo. Han sido unos cuantos días muy largos.

—Todo ha cambiado.

Miré a Caleb, sintiendo lástima por él.

—Sí.

—Van a tener que cambiar la forma de entrenarnos, ¿sabes? —continuó con la voz más suave que le había escuchado nunca—. Los daimons siempre tienen más velocidad y fuerza, pero ahora vamos a tener que luchar contra mestizos entrenados como nosotros. Conocerán nuestras técnicas, nuestros movimientos, todo.

—Muchos de nosotros van a morir ahí fuera. Más que nunca.

—Pero tenemos al Apollyon —me apretó la mano—. Ahora te va a tener que gustar. Va a salvarnos el culo ahí fuera.

La necesidad de contarle todo casi me sobrepasaba, pero miré hacia otro lado, fijando mis ojos en las espesas flores de olor amargo. No me acordaba de cómo se llamaban. ¿Bellacopa o algo así? ¿Qué dijo la Abuela Piperi sobre ellas? Como los besos de los que caminan entre los dioses...

Me giré hacia Caleb y me fijé en que ya no estábamos solos. Olivia estaba a su lado, con los brazos cruzados suavemente en la cintura. Él le contó lo que había pasado, y no actuó como un idiota enamorado, que no estaba mal. Al final, ella se sentó y me miró compasivamente. Supuse que tenía la cara como un mapa, pero la verdad es que no me había fijado mucho.

Caleb dijo algo gracioso y Olivia rió. Yo también, pero Caleb me miró, pillando el tono de falsedad. Intenté meterme en su conversación, pero no pude. Nos pasamos el día intentando olvidar una cosa u otra. Caleb y Olivia se concentraban en cualquier cosa menos la dura realidad de mestizos convirtiéndose en daimons. ¿Y yo? Bueno, yo intentaba olvidarlo todo.

Cuando la noche comenzó a caer sobre nosotros, nos dirigimos a nuestras re-

sidencias, haciendo planes para quedar a comer mañana.

—Álex, sé que estás pasando por muchas cosas. Además de todo eso, las clases van a empezar en dos semanas. Tienes mucho estrés encima. Y siento lo que pasó aquella noche en casa de Zarak.

¿Las clases empezaban en dos semanas? Maldita sea, ni me había dado cuenta.

—Debería ser yo la que se disculpase —y lo decía en serio—. Siento haber sido tan zorra.

Él se rió y me dio un abrazo rápido. Se apartó y quitó la sonrisa.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —le vi empezar a darse la vuelta—. ¿Caleb?

Paró, esperando.

—Mamá... mató a esa gente en Lake Lure. Fue la que convirtió a Kain.

—Lo... lo siento —dio un paso adelante, levantando las manos y volviéndolas a dejar caer—. Ya no es tu madre. No es ella la que está haciendo esto.

—Ya lo sé —la madre que yo conocía no disfrutaba ni matando bichos. Nunca habría hecho daño a otra persona viva—. Kain dijo que seguirá matando hasta que me encuentre.

Parecía que no sabía qué decir.

—Álex, seguirá matando pase lo que pase. Sé que suena horrible, pero los Centinelas la encontrarán. Ellos la pararán.

Asentí, jugueteando con el borde de mi camiseta.

—Debería ser yo quien la parase. Es mi madre.

Caleb arrugó la frente.

—Debería ser *cualquiera* excepto tú, ya que *fue* tu madre. Yo... —se puso serio y me miró— Álex, no irías a por ella, ¿verdad?

—¡No! —forcé una risa—. No estoy loca.

Continué mirándome.

—Mira. Ni siquiera sabría dónde encontrarla —le dije, pero las palabras de Kain me vinieron a la cabeza. *Si dejas la seguridad del Covenant la encontrarás o ella te encontrará a ti.*

—¿Por qué no te vienes conmigo? Podemos bajarnos una tonelada de pelis ilegales y verlas. Incluso podemos colarnos en la cafetería y robar un montón de comida. ¿Qué te parece? Suena divertido ¿no?

La verdad es que sí, pero...

—No. Estoy muy cansada, Caleb. Estos últimos días han sido...

—¿Una mierda?

—Sí, se podría decir —me alejé un poco—. ¿Te veo en el desayuno? No creo que tenga entrenamiento.

—Vale —seguía pareciendo preocupado—. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Asentí y me fui para la residencia. Había otro pequeño sobre blanco metido en la rendija. Cuando vi la desordenada letra de Lucian, me sentí intranquila. Nada de Aiden.

—Dioses —lo abrí y lo tiré rápidamente sin leer nada. Aunque estaba reuniendo una suma considerable de dinero. Este sobre llevaba trescientos, y lo junté con el resto del dinero. En cuanto las cosas se calmasen, me iba a ir de compras sin parar.

Después de cambiarme y ponerme un pantalón de pijama de algodón y una camiseta de tirantes, cogí el libro de leyendas griegas y lo llevé a la cama, pasando hasta la sección del Apollyon. Leí esa parte una y otra vez de nuevo, buscando algo que me pudiese decir lo que iba a pasar cuando cumplierse los dieciocho, pero el libro no me dijo nada que no supiese ya.

Que no era demasiado.

Me tuve que quedar dormida, porque lo siguiente que recuerdo es estar mirando al techo con la habitación a oscuras. Me senté y me coloqué el pelo. Desorientada y aún medio dormida, intenté recordar lo que había soñado.

Mamá.

En el sueño estábamos en el zoo. Era como cuando era pequeña, pero yo era más mayor y mamá... mamá se dedicaba a matar a todos los animales, cortándoles la garganta y riéndose. Todo el rato yo me limitaba a estar a su lado mirándola. No la intenté parar ni una sola vez.

Dejé las piernas colgando en el borde de la cama y me quedé ahí sentada hasta que se me retorció el estómago. *Seguirá matando hasta que te encuentre.* Me puse de pie, sentí las piernas extrañamente débiles. ¿Por eso había venido Kain? ¿Sabía mamá de alguna forma que lo iba a ir a buscar y que me daría ese mensaje?

No. No podía ser. Kain volvió al Covenant porque estaba...

¿Por qué vino a un sitio lleno de gente preparada para matarle?

Me vino a la cabeza otro recuerdo, más vívido que los demás. Éramos Aiden y yo enfrente de los maniquíes en la sala de entrenamiento. Le pregunté que qué habría hecho si sus padres hubiesen sido convertidos.

Habría ido a cazarlos. Ellos no hubiesen querido ese tipo de vida

Cerré fuerte los ojos.

Mamá habría preferido morir a convertirse en un monstruo que se alimenta de toda criatura viviente. Y ahora mismo estaba ahí fuera, matando y cazando —esperando. De alguna forma acabé frente a mi armario, pasando los dedos sobre mi uniforme del Covenant.

Tenía que encontrarla y matarla yo misma. Mis propias palabras me ardieron en la mente. No había dudas de lo que había que hacer. Era una locura e imprudente —incluso estúpido— pero el plan tomó forma. Una determinación fría y férrea me poseyó. Dejé de pensar y empecé a actuar.

Era pronto —demasiado pronto como para que hubiese nadie vagando por el Covenant. Tan sólo las sombras de los Guardias en patrulla se movían bajo la luz de la luna. Llegar hasta el almacén detrás de las salas de entrenamiento no fue tan difícil como pensé. Los Guardias estaban más preocupados por las posibles debilidades en el perímetro. Una vez dentro, me dirigí hacia donde guardaban los uniformes. Cogí uno que me quedase bien, y mi corazón se aceleró mientras me lo ponía. No necesitaba un espejo para saber cómo me quedaba —siempre supe que estaría increíble con el uniforme de Centinela. El negro me sentaba muy bien.

Los Hematoi usaban el elemento tierra para hacer más atractivo el uniforme y que el mundo mortal no sospechase que somos una organización paramilitar o algo así. Para un mortal, el uniforme parecían unos vaqueros viejos normales y una camiseta, pero para un mestizo era una señal de la más alta posición a la que un mestizo podía aspirar. Sólo los mejores llevaban este uniforme.

Había bastantes posibilidades de que ésta fuera la primera y última vez que lo fuese a llevar. Si lograba volver... seguramente me expulsarían. Si no lograba volver, bueno, era algo en lo que no podía pensar.

Vas a hacer algo estúpido. Mis pies tropezaron cuando recordé lo que me dijo Aiden. Sí. Esto era bastante estúpido. ¿Cómo lo sabía? Mi corazón dio un vuelco. Aiden siempre sabía lo que estaba pensando. No necesitaba un cordón azul o un oráculo para conocerme. Simplemente me conocía.

Ahora mismo no podía pensar en él o en lo que haría si descubría lo que iba a hacer. Cogí una gorra de la estantería de arriba y me la encajé para que me tapase casi toda la cara.

Luego pasé a concentrarme en la sala de las armas —la parada necesaria para conseguir cualquier tipo de cuchillo mortal, pistola, y casi cualquier cosa que apuñalase y decapitase. Por enfermo que sonase, estaba emocionada de estar ahí. No estaba segura de lo que eso decía de mí como persona, pero de nuevo, matar era parte de ser un mestizo, igual que para un daimon. Ninguno de nosotros podíamos evitarlo —sólo los puros.

Opté por dos dagas. Una la metí en un lado de mi muslo derecho, y la otra con sólo tocar un botón en el mango, se reducía de quince a cinco centímetros. Esa me la metí en el bolsillo que iba a lo largo de la costura de los pantalones. Cogí una pistola y me aseguré de que estaba cargada.

Balas recubiertas de titanio. Mortales.

Miré por última vez la sala de la muerte y desmembramiento, di un pequeño suspiro e hice lo que tanto Aiden como Caleb habían temido. Dejé la seguridad del Covenant.

Capítulo 18



DEMONIOS. MI DISFRAZ FUNCIONÓ.

Me quedé entre las sombras casi todo el rato, sin dejar de pensar sobre lo que estaba haciendo. Cuando crucé el primer puente, los Guardias simplemente me saludaron con la cabeza. Uno incluso me silbó, obviamente confundíendome con alguien en edad legal.

Mientras iba por las calles vacías de la isla, pensé en las veces que había matado. Tenía dos daimons muertos en mi haber. Podía hacer esto. Mamá no sería distinta.

No podía ser distinta.

Al ser un daimon joven, tendría velocidad y fuerza, pero nunca la habían entrenado de verdad. No como a mí. Yo sería más rápida y más fuerte que ella. Aiden me había metido en la cabeza el hecho de que los daimons jóvenes, recién convertidos, sólo estaban preocupados por una cosa: drenar. Con tres meses, se le podía considerar una novata —una pequeña daimon.

Sólo tendría que actuar mientras ella siguiese pareciendo un daimon, antes de que se cubriese de la magia elemental y se pareciese a... mamá.

El puente principal fue un poco más difícil de cruzar, pero por suerte, aquellos Guardias no tenían mucho contacto con los estudiantes. Ninguno me reconoció, pero querían charlar. Eso me retrasó lo suficiente como para que mi confianza flaquease.

Hasta que uno dijo «Ten cuidado y vuelve, Centinela» y se hizo a un lado.

Centinela. Eso es lo que siempre había querido ser tras graduarme, tomar el camino más activo y vérmelas con daimons en lugar de vigilar a los puros o sus comunidades.

De nuevo, me quedé entre las sombras mientras pasaba tras los barcos. La gente de Bald Head Island estaban acostumbrados a la gente «profundamente reservada» de Deity Island, pero notaban algo en nosotros. No sabían qué era lo que les hacía apartarse, al mismo tiempo que los atraía hacia nosotros.

Vivir entre mortales durante tres años fue una experiencia realmente mierdástica para mí. Los jóvenes querían estar a mi alrededor, pero los padres decían que yo era «una de *esas* personas» de las que tenían que mantenerse alejados. Signifique

lo que signifique.

Me pregunté lo que pensarían esos padres si supieran exactamente lo que era —una máquina de matar casi entrenada. Supongo que entonces estarían en su derecho de mandar a sus hijos que se mantuvieran alejados.

Cuando salí de los muelles, me pegué a los edificios. No estaba segura de dónde ir, pero tenía un presentimiento de que no tendría que ir lejos. Y estaba en lo cierto. Diez minutos de estar en lo que con cariño me refería como el mundo normal, oí rápidas pisadas detrás de mí. Me di la vuelta para enfrentarme a mi atacante, sacando la pistola y apuntando.

—¿Caleb? —sentí algo entre incredulidad y alivio.

Estaba a unos cuatro metros de mí, con los ojos azules bien abiertos y los brazos levantados. Llevaba el pijama, una camiseta blanca y chancletas.

—¡Baja la pistola! —susurró—. Dioses. Vas a dispararme sin querer o algo.

Bajé la pistola y le agarré del brazo, arrastrándolo hasta un callejón.

—Caleb, ¿qué haces aquí? ¿Estás loco?

—Yo podría preguntarte lo mismo —me miró—. Te estaba siguiendo, obviamente.

Moví la cabeza y volví a meterme la pistola en la cintura de los pantalones. Se me había olvidado coger una funda —mira tú.

—Tienes que volver al Covenant. Ahora. ¡Mierda, Caleb! ¿En qué estabas pensando?

—¿En qué estás pensando *tú*? —me miró con el ceño fruncido mientras me lanzó la pregunta de vuelta—. Sabía que ibas a hacer algo increíblemente estúpido. Por eso no pude dormir. Me senté en la maldita ventana y esperé. ¡Con cuidado y atento, te vi escabulléndote por el patio!

—¿Cómo narices pasaste a los guardias con tu pijama de *Mario Bros*?

Miró hacia abajo, encogiéndose de hombros.

—Tengo mis trucos.

—¿Tus trucos? —no tenía tiempo para esto. Me aparté de él y señalé hacia el puente—. Tienes que volver donde estás seguro.

Cruzó los brazos, testarudo.

—No sin ti.

—¡Oh, por el amor de los dioses! —mi mala leche surgió—. Ahora no necesito esto. No lo entiendes.

—No empieces con esa mierda de que «no lo entiendo». ¡Esto no va de entender nada! ¡Esto va de que te vas a hacer matar! Esto es un suicidio, Álex. No es valiente. No es inteligente. No tiene que ver con el deber o algún tipo de culpa equivocada que...

Volvió a abrir los ojos cuando *algo* aterrizó a unos pocos metros detrás de mí. Me di la vuelta, y al mismo tiempo, Caleb cogió la daga de mis pantalones mientras yo sacaba la pistola.

Era ella.

Estaba ahí, en medio de la calle. Era ella... sólo que no lo era. Tenía su pelo largo, oscuro, que le caía en suaves ondas, enmarcando su cara pálida y fantasmal —con esos pómulos altos y labios reconocibles. Pero había oscuridad donde tenían que estar sus ojos, y si sonreía, se vería una fila de dientes afilados y horribles en

su boca.

Era mi madre... siendo un daimon.

El impacto de verla —ver su hermosa y amable cara convertida en una máscara tan grotesca— hizo que mi brazo flojeara, que mi dedo temblase sobre el gatillo. Era ella...pero no lo era.

Sabía que desde donde estaba no iba a poder defenderse de un tiro en el pecho. Tenía en la mano una pistola llena de balas de titanio —un cargador lleno, de hecho. Podría dispararla ahora mismo y todo esto se acabaría.

No se movió ni un poco.

Y ahora se parecía a mamá. La magia elemental cubrió al daimon, y ahora me miraba con esos ojos brillantes color esmeralda. Aún era pálida, pero ya no estaba cubierta de gruesas venas. Estaba igual que la noche antes de que la convirtieran —sonriéndome, manteniéndome la mirada.

—Lexie —murmuró, pero la oí alto y claro. Era su voz. Oírla me causó cosas buenas y malas sensaciones.

Estaba guapa, increíble y muy viva —fuese un daimon o no.

—¡Álex! ¡Hazlo! ¡Haz...! —gritó Caleb.

Echando un vistazo rápido detrás mío, me di cuenta de que mamá no estaba sola. Otro daimon de pelo oscuro tenía ahora una mano alrededor de la garganta de Caleb. No se movió para matarlo ni marcarlo. Simplemente lo estaba sujetando.

—Lexie, mírame.

Sin poder negarme al sonido de su voz, me volví hacia ella. Estaba más cerca —tan cerca que un disparo le habría dejado un agujero en el pecho. Y tan cerca que podía captar el olor a vainilla— su perfume favorito.

Mi mirada recorrió su cara, cada centímetro de ella me resultaba familiar y bonito. Cuando la miré a los ojos, recordé las cosas más raras. Recuerdos de nuestros veranos juntas, del día que me llevó al zoo y me dijo el nombre de mi padre, la cara que puso cuando me dijo que teníamos que abandonar el Covenant, y cómo la vi tirada en el suelo en su pequeña habitación.

Me tambaleé. No podía respirar al mirar esos ojos. Era mi madre —*mi madre!*—. Me había criado, tratado como si fuese la cosa más importante del mundo. Y yo lo había sido todo para ella —su razón de vivir. No podía moverme.

¡Hazlo! ¡Ya no es tu madre! Mi brazo tembló. ¡Hazlo! ¡Hazlo!

Un grito de frustración me desgarró por dentro y dejé caer el brazo. Segundos, sólo habían pasado unos segundos, y aun así me pareció una eternidad. No podía hacerlo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa engreída. Caleb dio un chillido detrás de mí, y entonces un agudo dolor explotó en mis sienes. Caí en la dulce oscuridad de la inconsciencia.

...

Me desperté con un horrible dolor de cabeza y un sabor seco y amargo en el fondo de la boca. Necesité varios minutos para recordar qué había ocurrido. Una mezcla de horror y decepción me hizo levantar, alerta a pesar del constante dolor que sentía en un lado de la cara. Me toqué la cabeza con cuidado, sintiendo un chi-

chón del tamaño de un huevo.

Mareada, miré por la habitación profusamente amueblada. Las paredes con láminas de cedro, la gran cama cubierta de sábanas de satén, la televisión de plasma, los muebles hechos a mano, todo me resultaba familiar. Era una de las habitaciones de la cabaña a la que solíamos ir, en la que había dormido media docena de veces. Al lado de la cama, un jarrón con flores de hibisco moradas —las favoritas de mamá. Le gustaban las flores moradas.

Estaba impactada y consternada. Recordaba esta habitación. Oh, dioses. Esto no era bueno. Nop.

Estaba en el maldito Gatlinburg, Tennessee —a más de cinco horas del Covenant. Cinco horas. Peor aún, no veía a Caleb. Fui lentamente hacia la puerta, me paré y escuché. Ni un ruido. Miré hacia las puertas de cristal que guiaban fuera hacia la terraza, pero no había forma de salir. Tenía que encontrar a Caleb... si es que seguía vivo.

Me aferré a ese pensamiento. Tenía que estar vivo. No podía ser de otra forma.

Por supuesto, ya no tenía mi pistola, y Caleb se había llevado mi daga. No había nada en la habitación que pudiese usar como arma. Si empezase a romper cosas, llamaría la atención, y no es que nada de esto pudiese convertirse en un arma. Habían quitado todo lo que pudiese estar hecho de titanio.

Intenté girar el pomo de la puerta y estaba sin cerrar. Abrí la puerta un poco y miré alrededor. El sol estaba saliendo, mostrando las sombras de la sala de estar y la cocina. En medio de la sala había una gran mesa redonda, rodeada por seis sillas a juego. Dos de ellas estaban un poco apartadas, como si hubiesen estado ocupadas. Varias botellas de cerveza vacías seguían sobre la superficie de roble tallado. ¿Los daimons bebían cerveza? No tenía ni idea. Había dos sofás grandes, cubiertos de una lujosa tela marrón.

En el otro lado de la sala, la televisión estaba encendida pero silenciada —una de esas enormes teles de pantalla plana, anclada a la pared. Fui hacia la mesa y cogí una botella. No mataría a un daimon, pero por lo menos era un arma.

Un grito ahogado llevó mi atención hasta una de las habitaciones de atrás. Si recordaba bien, había dos habitaciones más, otra sala de estar y una sala de juegos. Todas las puertas estaban cerradas. Me acerqué más y que me quedé quieta cuando el sonido volvió a salir de la habitación principal.

Apreté la botella en la mano y murmuré una plegaria en voz baja. No estaba segura de a qué dios le estaba rezando, pero esperaba que alguno contestase. Entonces abrí la puerta de una patada. Las bisagras chirriaron y me abrieron paso mientras la madera alrededor del pomo se astillaba. La puerta se quedó abierta.

Me quedé sin respiración ante la pesadilla que se estaba desarrollando delante de mí. Caleb estaba atado a la cama. Un daimon rubio estaba encima de él, con sus ásperas manos cubriéndole la boca y sujetándole mientras le marcaba en el brazo. Los ruidos que hacía el daimon mientras le drenaba la sangre a Caleb para conseguir el éter me ponía los pelos de punta.

Ante el ruido de mis gritos de ira, el daimon levantó la cabeza. Su mirada vacía me perforó. Me tiré directa desde la puerta, con la botella levantada. No le mataría, pero iba a hacer que le doliese.

Pero nunca pasó.

Estaba tan pillada con lo que el daimon le estaba haciendo a Caleb, que no comprobé la habitación. Estúpida. Pero mierda, este es el tipo de cosas que me perdí al abandonar el Covenant. Sólo sabía como actuar y pelear. No como pensar.

Alguien me agarró por detrás. Me retorció el brazo hasta que solté la botella al suelo. Me vinieron a la mente las dos sillas que estaban apartadas de la mesa. Tenía que haberlo visto venir. Desde esta posición no podía escaparme, pero aún así di patadas y traté de escabullirme. Sólo logré que el daimon me sujetase tan fuerte que me hacía daño.

—Ahora. Ahora. Daniel no va a matar a tu amigo —la voz me llegó por detrás—. Aún no.

Daniel sonrió, mostrando una fila de dientes ensangrentados. En un abrir y cerrar de ojos, se puso en frente de mí, inclinando la cabeza hacia un lado. La magia elemental le cubrió, revelando sus rasgos de pura-sangre. Habría sido guapo de no ser por los regueros de sangre que le caían por la barbilla.

El cuerpo de Caleb se movía nerviosamente cada pocos segundos. Convulsiones por las marcas —ya me lo conocía. Sus brazos desnudos revelaban no una, sino dos marcas de daimon. Furiosa, le grité al daimon en frente de mí.

—¡Os voy a matar!

Daniel rió y se pasó el dorso de la mano por la barbilla.

—Y a mí me va a encantar probarte —me olisqueó; *literalmente*—. Casi puedo saborearte ya.

Le di una patada, alcanzándole en el pecho. Se tambaleó unos cuantos metros hacia atrás, dando con la cama. Caleb gruñó y trató de sentarse. Daniel dejó inconsciente a Caleb de un golpe. Yo grité, forcejeando como un animal rabioso, pero el daimon me golpeó.

Y entonces me encontré volando, sin que nadie me tocara. Golpeé la pared tan fuerte que el yeso crujió a mi espalda, igual que me pareció que hacían todos los huesos de mi cuerpo. Y ahí me quedé clavada, con los pies colgando a varios metros del suelo. El daimon controlaba el elemento aire —algo contra lo que tampoco había aprendido a defenderme.

—Tenéis que aprender a jugar limpio. Los dos —el otro daimon levantó las manos. Tenía acento sureño, suave y profundo. Se acercó hasta donde estaba colgando y me dio unos golpecitos en el pie. Era el daimon del callejón, el de pelo oscuro que estaba con mamá—. Nos entra hambre, ¿sabes? Y contigo aquí... bueno, nos roe las entrañas. Es como un fuego que tenemos por dentro.

Intenté separarme de la pared, pero no me moví.

—¡Apártate de él!

Me ignoró, dirigiéndose hacia el inmóvil Caleb.

—No somos nuevos daimons, pero tú... nos pones difícil resistirnos a la atracción del éter. Sólo un poquito. Eso es todo lo queremos —pasó sus dedos por la cara de Caleb—. Pero no podemos. No hasta que vuelva Rachelle.

—No le toques —casi no reconocí mi propia voz.

Me volvió a mirar y movió una mano. Caí al suelo primero con los pies, y luego caí sobre las rodillas. Sin pensar en nada más que alejarle de Caleb, corrí hacia él. El daimon de pelo oscuro movió la cabeza y simplemente movió el brazo hacia arriba. Mi cuerpo golpeó la pared, tirando varios cuadros al suelo. Esto —*esto* no se

parecía a los entrenamientos.

Y esta vez no me levanté.

Molesto, se apartó de Caleb. Se acercó a mí y grité, encarándome a él. Me cogió el brazo y luego el otro, haciéndome levantar.

Sin poder usar los brazos, sólo me quedaban las piernas. Aiden siempre había alabado mis patadas, y con eso en mente, apoyé la espalda contra la pared. Usando los brazos del daimon y la pared para apoyarme, levanté las piernas hasta el pecho y di una patada.

Le di justo en el pecho, y por la cara de asombro que puso, no se lo esperaba. Se tambaleó varios metros y yo volví a caer al suelo.

Daniel salió disparado de la cama y metió los dedos entre mi pelo, tirándome de la cabeza hacia atrás. Por un momento, me golpeó una horrible sensación de déjà vu, pero ahora no estaba Aiden para salvarme —no iba a aparecer la caballería. Mientras forcejeaba con Daniel, el daimon de pelo oscuro se dejó caer frente a mí. Con las manos en las rodillas y una sonrisa tranquila en su cara, parecía que iba a hablar del tiempo conmigo. Así de despreocupado estaba.

—¿Qué está pasando aquí?

Daniel me soltó al oír la voz enfadada de mi madre. Me puse en pie, girándome hacia ella. No pude evitar la mezcla de miedo y amor que me invadía. Estaba en la puerta, vigilando los daños con ojo crítico. Sólo la vi con la magia. No pude ver su forma real.

Estaba jodida.

—¿Eric? —dirigió su mirada enfadada hacia el moreno.

—Tu hija... no está contenta de cómo son las cosas ahora.

No pude quitarle los ojos de encima mientras pasaba por encima de un trozo de madera rota.

—Más vale que a mi hija no le falte ni un pelo de la cabeza.

Eric miró a Daniel.

—Su pelo está perfectamente bien. Está bien. Y el otro mestizo también.

—Oh. Sí —se volvió hacia Caleb—. Me acuerdo de él. ¿Es tu novio, Lexie? De todas formas, que amable por acompañarte. Estúpido, pero amable.

—Mamá —mi voz se entrecortó.

Se volvió hacia mí con una sonrisa —una sonrisa grande y bonita.

—¿Lexie?

—Por favor... —tragué—. Por favor, deja que Caleb se vaya.

Chasqueó la lengua y movió la cabeza.

—No puedo permitirlo.

Me retorcí por dentro.

—Por favor. Él sólo... por favor.

—Nena, no puedo. Le necesito —estiró un brazo y me echó el pelo hacia atrás como solía hacerlo. Me estremecí y ella frunció el ceño—. Sabía que vendrías. Te conozco. La culpa y el miedo te reconcomerían. Lo que no planeé fue lo de él, pero no estoy enfadada. ¿Ves? Va a quedarse.

—Podrías dejar que se fuera —me tembló la barbilla.

Bajó la mano por mi mejilla.

—No puedo. Va a asegurar que cooperas conmigo. Si haces todo lo que te

digo, sobreviviré. No dejaré que le maten o le conviertan.

No eran tan estúpida como para tener esperanzas. Esto tenía truco, seguramente uno bien grande y horrible.

Se apartó, volviendo su atención hacia los dos daimons.

—¿Qué le habéis contado?

Eric levantó la barbilla.

—Nada.

Mi madre asintió. Su voz era la misma, pero mientras hablaba me di cuenta de que le faltaba lo que la hacía suya. No había dulzura ni emoción en ella. Era dura, plana—no la suya. “Bien.” Volvió a hablarme a mí.

—Quiero que entiendas algo, Lexie. Te quiero mucho, mucho.

Parpadeé, apartándome hacia la pared. Sus palabras dolían más que cualquier golpe físico.

—¿Cómo puedes quererme? Eres un daimon.

—Sigo siendo tu madre —respondió en el mismo tono plano—, y tú aún me quieres. Por eso no me mataste cuando tuviste oportunidad.

Un acto y una verdad de los que ya me arrepentía, pero mirándola ahora sólo podía verla a ella —a mamá. Cerré los ojos, obligándome a ver al daimon, al monstruo dentro de ella. Cuando abrí los ojos seguía siendo la misma.

Sus labios se torcieron en una sonrisa.

—No puedes volver al Covenant. No puedo permitirlo. Tengo que mantenerte alejada de allí. Permanentemente.

Mi mirada se dirigió a Caleb. Daniel se iba acercando poco a poco hacia él.

—¿Por qué? —podía mantenerme en calma siempre y cuando ese bastardo no volviese a tocarlo.

—Tengo que mantenerte alejada del Apollyon.

Parpadeé sin esperarme eso.

—¿Qué?

—Te quitará todo. Tu poder, tus dones... todo. Él es el Primero, Lexie. Lo sepa él o no, te quitará todo para poder convertirse en el Asesino de Dioses. No quedará nada de ti cuando haya acabado. El Consejo lo sabe. No les importa. Sólo quieren al Asesino de Dioses, pero Thanatos no dejará nunca que eso ocurra.

Me aparté, moviendo la cabeza. Mamá estaba completamente loca.

—No les importa lo que vaya a hacerte. No puedo permitirlo. ¿Entiendes? —caminó hacia mí, parándose en frente—. Por eso tengo que hacer esto. Tengo que convertirte en un daimon.

La habitación dio vueltas, y por un momento pensé que iba a desmayarme.

—No tengo otra opción —me cogió la mano, llevándosela hacia donde le latía el corazón. La sostuvo ahí—. Como daimon serás más rápida y más fuerte que ahora. Serás inmune al titanio. Tendrás un gran poder... cuando cumplas dieciocho serás imparable.

—No —aparté la mano—. ¡No!

—No tienes ni idea a qué le estás diciendo «no». Pensaba que antes había vivido, pero es ahora cuando estoy viviendo de verdad —mantuvo su mano libre enfrente de mi cara, moviendo los dedos una y otra vez. Una pequeña chispa salió de sus dedos, y luego tenía la mano entera en llamas.

Me intenté apartar, pero me sujetó la mano con más fuerza.

—Fuego, Lexie. Casi no podía controlar el elemento aire cuando era pura sangre, pero siendo daimon controlo el *fuego*.

—¡Pero estás matando gente! ¿Cómo puede ser eso bueno?

—Te acostumbras —encogió los hombros quitándole importancia—. Te acostumbrarás.

La sangre se me heló en las venas.

—Pareces... pareces una loca.

Me miró sin gracia.

—Ahora dices eso, pero ya verás. El Consejo quiere que todo el mundo crea que los daimons son criaturas desalmadas y malvadas. ¿Por qué? Miedo. Saben que somos mucho más poderosos, y al final ganaremos esta guerra. Somos como dioses. No. Somos dioses.

Daniel casi se relamió ante la expectativa mientras me miraba. Sentí cómo las náuseas y el miedo se aferraban mí, y moví la cabeza.

—No. No lo hagas. Por favor.

—Es la única forma —se dio la vuelta, mirándome por encima del hombro—. No me hagas obligarte a hacerlo.

La miré, preguntándome cómo pude haber dudado en el callejón. No había nada en esta cosa delante de mí que fuese mi madre. Nada.

—Estás completamente loca.

Se giró, con una expresión dura.

—Te dije que no me hicieses obligarte. ¡Daniel!

Me aparté de la pared cuando Daniel se echó hacia Caleb, que gimió mientras se le acercaba. Mamá me agarró antes de que pudiese alcanzarlos. El daimon agachó la cabeza hacia su brazo.

El terror me desgarró.

—¡No! ¡Para!

Daniel rió un momento antes de clavarle los dientes. Caleb se retorció en la cama, con los ojos idos mientras sus gritos aterrados llenaban la cabaña. Empujé a mi madre, pero no pude abrirme paso. Era fuerte, increíblemente fuerte.

—Eric, ven aquí.

Eric pareció ser más que feliz de obedecer. Sus ojos oscuros brillaron de hambre. El miedo y el asco me sobrepasaron, y mis forcejeos se acrecentaron. Mamá me tenía sujeta bien fuerte por la cintura.

—Recuerda lo que te dije, Eric. Mordiscos pequeños, cada hora y no más. Si lucha contra ti, mata al chico. Si cumple, deja al chico en paz.

Me quedé helada.

—¡No! ¡No!

—Lo siento, nena. Esto va a doler, pero si no te pones en su contra, acabará pronto. Es la única opción, Lexie. Nunca podría controlarte de otro modo. Ya verás, Lexie. Al final será lo mejor. Te lo prometo.

Y entonces me tiró sobre Eric.

Capítulo 19



SIMPLEMENTE ESO.

Qué zorra.

Grité y me revolví hacia ella mientras Eric me cogía entre sus brazos.

—¡No les dejes que lo hagan!

Ella levantó la mano.

—Eric.

El daimon me dio la vuelta. Pataleé y amenacé con todos los métodos posibles de muerte y desmembramiento, pero no le paró. El daimon me sonrió mientras yo soltaba todo eso. Entonces apretó los dedos, y en un milisegundo, sus dientes se hundieron en la carne blanda de mi brazo.

Un fuego ardiente me recorrió por dentro. Me aparté tratando de escapar del ardor, pero seguía mis movimientos. Por encima de mis chillidos podía escuchar a Caleb gritando y pidiéndoles que parasen. Ni mamá ni el daimon le hicieron caso. El dolor me recorrió todas las partes de mi cuerpo mientras Eric continuaba drenando. La habitación empezó a inclinarse, y era bastante probable que fuese a desmayarme.

—Suficiente —murmuró.

El daimon levantó la cabeza.

—Está muy rica.

—Es el éter. Tiene más que un puro.

Entonces Eric me soltó, y me caí de rodillas, temblando. No había nada —absolutamente nada que fuese como esto. Las sacudidas por la marca me dejaron sin respiración. Luchando por tomar aire, me quedé ahí hasta que el fuego pasó a no ser más que un dolor.

Sólo entonces me di cuenta de que Caleb estaba callado. Levanté la cabeza y le vi mirándome. Tenía los ojos como idos, como si de alguna manera hubiese logrado escapar a otro lugar, dejando el cuerpo o algo. Quise estar donde él.

—Ves, ¿a que no ha sido tan malo? —mamá me cogió de los hombros y me obligó a ponerme contra la pared.

—No me toques —me salió una voz débil y con dificultad.

Me dirigió una sonrisa fría.

—Ya sé que estás triste, pero ya verás. Juntas cambiaremos el mundo.

Daniel volvió al lado de Caleb, pero no se movió. La forma en que Daniel le miraba me hizo pensar que le quería hacer cosas malas a Caleb.

De repente, las palabras del oráculo me vinieron a la mente.

Alguien con un futuro brillante y corto.

Caleb iba a morir. El miedo me hizo ir hacia la cama. ¡Esto no podía estar pasando! En un momento, Eric me tuvo sujeta contra la pared. Sus labios aún estaban manchados de sangre —*mi* sangre. Una vez seguro de que no me volvería a mover, me soltó y se apartó con una media sonrisa.

Asqueada, aparté mi miedo y mi dolor.

—Mamá... por favor, deja que Caleb se vaya. Por favor. Haré lo que sea —y lo decía en serio. De ninguna forma iba a dejar que Caleb muriese en este sitio abandonado de la mano de los dioses—. Por favor, deja que se vaya.

Me estudió en silencio.

—¿Qué harías?

Mi voz se quebró.

—Lo que sea. Sólo deja que se vaya.

—¿Me prometes que no te enfrentarás a mí ni huirás?

Las palabras del oráculo continuaron resonando una y otra vez, como un horrible cántico. No sé cuánto más podría soportar Caleb. Tenía un color enfermo, blanquecino. ¿Lo que iba a pasar estaba predestinado, no? ¿Los dioses habrían visto esto? Y si decidía no luchar, me convertiría en un daimon.

Tragué con sabor a bilis.

—Sí, lo prometo.

Su mirada corrió entre Caleb y el daimon. Suspiró.

—Él se queda, pero como has hecho una promesa, te haré yo otra. No lo volverán a tocar, pero su presencia asegurará que cumplas tu promesa.

Saliendo de su ensimismamiento, Caleb negó con la cabeza nerviosamente, pero volví a asentir. Le quería fuera de aquí, pero por ahora esto era lo mejor que podía hacer. Me senté al otro lado de la cama, con la espalda contra la pared, y los ojos entre Daniel y Caleb. Eric tomó sitio a mi lado. Todo lo que podía hacer era esperar que alguien hubiese empezado a buscarnos ya. Quizá Aiden al final vino a hablarme o a volver a entrenar. Igual alguien había ido a ver a Caleb, y alguien en el Covenant sumó dos y dos. Si no, en un desagradable giro del destino, la próxima vez que viese a Aiden, intentaría matarme.

Y dudaba que él flaquease como yo.

Daniel se volvió hacia mí y miró hacia la marca fresca en mi brazo. Yo cerré los ojos y giré la cabeza. Ahora le tocaba el turno a Daniel, y tenía el presentimiento de que iba a hacer que doliese lo máximo posible. Los ojos me ardían mientras me apoyaba contra la pared, deseando poder desaparecer dentro de ella.

Pasó una hora, y mi cuerpo se tensó cuando Daniel se arrodilló y me cogió el otro brazo. Esto estaba mal, muy mal. No había forma de prepararse para esto, y cuando Eric me puso la mano en la boca, Daniel me mordió la muñeca.

Me hundí contra la pared, tambaleándome cuando acabó. Como un reloj, Daniel y Eric se iban turnando para marcarme. Mamá parloteaba sobre cómo podríamos acabar con los miembros del Consejo, empezando por Lucian. Entonces nos

sentaríamos en los tronos, y hasta los dioses se inclinarían ante nosotros. Cambiarían las tornas, dijo, y los daimons gobernarían no sólo sobre los pura-sangre, sino también sobre el mundo mortal.

—Tendremos que acabar con el Primero, pero cuando seas un daimon Apollyon serás más fuerte que él —mejor que él.

Mamá estaba total y completamente loca.

Aprendí cosas acerca del drenaje. ¿Quizá estaba intentando prepararme para mi nueva vida? Los mestizos les ocupaban unos días, los puros sólo unas horas, y a los mortales, bueno, les mataban sólo por diversión. Qué pena que no hubiese un puro que pudiese entregarles a los daimons ahora. Puede sonar terrible, pero tenía los brazos cubiertos de mordiscos, igual que las cicatrices de mi antigua instructora. Y había sentido lástima por ella —irónico.

El drenaje continuaba. Partes de quien era desaparecían con cada marca. Ya no trataba de soltarme cuando Daniel se agachaba o Eric se inclinaba sobre mí. Ya ni siquiera gritaba. Y todo el tiempo, ella estaba al lado viéndolo todo. Empezaba a rendirme ante esta locura, y mi alma se volvió oscura y desesperada.

De vez en cuando ella salía para ir a comprobar fuera. Ni una sola vez se alimentó de mí. Supongo que ya se habría encargado antes de un puro, pero cuando se fue, la quise de vuelta enseguida. Sin ella, Daniel se envalentonaba, y aunque me ponía enferma, le dejaba acercarse. De vez en cuando pasaba las yemas de sus dedos por mis brazos, alrededor de los mordiscos. Por lo menos esto mantenía su atención alejada de Caleb.

—Ya puedo sentirlo —murmuró Eric.

Había olvidado que seguía ahí. Aunque me estaba marcando del todo, le prefería a él que a Daniel.

—¿Sentir qué? —mi voz sonó adormilada.

—El éter. Estoy al máximo con él. Casi como si pudiese hacer cualquier cosa —estiró un brazo y me dio un golpe en uno de los mordiscos—. ¿Sientes cómo sale de ti? ¿Cómo entra en mí?

Me negué a contestarle, y bajé la cabeza hacia las rodillas dobladas. Él parecía estar al máximo... y yo me encontraba mal —mi alma se encontraba mal. Para cuando Daniel me echó la cabeza hacia atrás, estaba cansada y casi delirando de dolor. Caleb hacía un rato que no se movía, y Eric ya no necesitaba taparme la boca. Sólo hice algún sonido cuando los dientes atravesaron la piel en la base de mi cuello.

Eric hacía sonidos tranquilizadores mientras Daniel me drenaba, con su pulgar marcando el salvaje palpitar de mi pulso.

—Pronto acabará. Ya verás. Sólo unas pocas marcas más, y se habrá acabado. Todo un mundo nuevo te está esperando.

Cuando Daniel acabó, me fui cayendo al suelo poco a poco. La habitación me daba vueltas, se movía. Me costaba concentrarme en lo que Eric estaba diciendo.

—Primero convertiremos a los mestizos. A ellos no se les puede ver como a nosotros. No necesitan magia elemental. Lanzaremos nuestro ataque por todo el mundo. Será hermoso —Eric sonrió al pensarlo—. Los Covenants estarán infiltrados... y luego el Consejo.

Era un plan bastante bueno, uno que se podía convertir fácilmente en una

aterradora realidad. Eric no pareció molestarse por la falta de respuesta en la conversación. Siguió hablando, y ya me resultaba difícil mantener los ojos abiertos. El miedo y la ansiedad se habían apoderado de mí. Me desmayé. No sé durante cuánto tiempo estuve así, pero algo me despertó zarandeándome.

Cansada y confusa, levanté la cabeza a tiempo para ver a Daniel en frente de mí. ¿Ya había pasado otra hora? ¿Ya tocaba? Me pregunté si se estaban preparando para el último mordisco, la última gota de éter y la última de mi alma.

—Daniel, no es la hora.

—No me importa. Te estás llevando más que yo. Casi hasta brillas. ¡Mírame!
—Daniel frunció el ceño—. Yo no estoy como tú.

Eric no brillaba, pero su piel tenía un aspecto saludable. Parecía... un pura sangre normal. Daniel, por otro lado, seguía blanco como la cal.

Eric movió la cabeza.

—Te matará.

Daniel se arrodilló frente a mí y metió una mano entre mi pelo, echándome la cabeza hacia atrás.

—No si no lo sabe. ¿Cómo va a enterarse? Sólo quiero una vez más.

—No... le dejes —mi débil voz tenía un punto de súplica, pero si a Eric le preocupaba el destino de Daniel, desde luego no lo mostró ni trató de pararle.

Había un hueco libre en mi cuello sin morder. En silencio rogué que no fuese a por él. No sé por qué importaba llegados a este punto, pero mierda, aún me quedaba algún resquicio de vanidad.

—Seguramente le guste —dijo Daniel. Un latido más tarde, hundió sus dientes en ese pequeño punto, y sus labios se movieron contra mi piel. El dolor me atravesó, poniéndome rígida. Una de sus manos se tensó en mi pelo y la otra se puso cariñosa, pasando por mi hombro y bajando más aún.

De todo lo que estaba pasando, esto —esto era demasiado. Con toda la fuerza que me quedaba, levanté las manos y le clavé las uñas en la cara.

Daniel se echó atrás, aullando. La camiseta se me rompió en el proceso, pero ese sonido —la cara que puso, me llenaron de satisfacción. Unas magulladuras profundas se formaron en su cara, empezando a perlarse de sangre fresca. Sin pensarlo, arremetió contra mí y me tiró contra Eric.

—¡Demonios! —Eric saltó y yo me comí el suelo.

Me eché a un lado en posición fetal. Por encima de mí, sentí a Eric empujando a Daniel, gritándole a la cara, pero no les estaba escuchando. Algo largo y fino se hundió en mi muslo. Lentamente me di la vuelta, moviendo los dedos hasta que se cerraron sobre el objeto escondido en la costura de mis pantalones. El cuchillo —el retraíble.

De repente, Eric me levantó y me enderezó para que le mirase. Algo húmedo y caliente corrió por mi cara, goteando en mi ojo derecho. Sangre. No es que tuviese mucha más que me pudiese permitir perder.

Por encima de su hombro vi que Caleb estaba despierto. Me miró e intenté lanzarle un mensaje, pero Eric estaba haciendo un buen trabajo bloqueándolo. De la parte delantera de la casa, oímos abrirse la puerta y el sonido de los tacones de mi madre resonando por toda la cabaña. Mis labios se curvaron en una pequeña sonrisa triste. Él lo sabía. Yo lo sabía.

Mamá iba a estar enfadada cuando me viese la cara.

Entró a la habitación, y sus ojos se fijaron en mí. En un Segundo estaba arrodillada delante de mí, echándome la cabeza hacia atrás.

—¿Qué ha pasado aquí?

La pérdida de sangre y el cansancio me tenían confundida. Pasó el tiempo mientras la miraba. No recordaba dónde estaba o cómo había llegado allí. Sólo quería apretarme contra ella, que me cogiese y me dijese que todo estaba bien. Era mi madre, y ella los iba a parar. Tenía que hacerlo, especialmente algo tan horrible, tan malvado.

—¿Mamá? Mira... mira lo que me han hecho.

—Shhh —me apartó el pelo de la cara.

—Por favor... por favor, haz que pare —la agarré en un débil abrazo, deseando acurrucarme en sus brazos, deseando que me agarrase. No lo hizo. Cuando se apartó de mí, grité e intenté cogerla.

No. Esto —*esta* cosa en frente mío no era mi madre. Mi madre nunca me habría dado la espalda. Me habría agarrado, consolado. Me espabilé, pestañeando lentamente.

—¿Quién le ha hecho esto en la cara? —su voz era tan fría, tan muerta y tan poco parecida a la de mamá, pero a la vez podía escucharla en sus palabras. Reconocí el tono de tantas veces que me había gritado por meterme en problemas —era el tono que tenía justo antes de ponerse hecha como una fiera. Eric y Daniel no lo sabían. Ellos no conocían a mi madre como yo.

—¿Tú quién crees? —dijo Eric con un tono burlón.

Puso sus labios fríos contra mi frente, y yo cerré los ojos con fuerza. No era mi madre.

—Os di a ambos ordenes explícitas —se enderezó, mirando directamente a Daniel.

La realidad se apoderó de mí de nuevo, y me puse de rodillas. Ya no podía pensar en ella, no podía verla como mi madre. Tomé una decisión. *Que le den al destino*. Mis ojos se cruzaron con los de Caleb, y asentí a las espaldas de mamá, diciendo «prepárate» —para que me leyese los labios. Sólo esperaba que me hubiese entendido.

—Esto es simplemente inaceptable —esa fue la única advertencia que hizo. Se lanzó hacia Daniel, tirándole sobre Caleb. Los dos daimons cayeron al suelo, rodando y golpeándose el uno al otro.

Vi la oportunidad. Poniéndome en pie como pude, me acerqué y agarré a Caleb.

Por suerte había pillado el mensaje. Se bajó de la cama justo cuando Eric fue también a por Daniel. Yo logré apartarme justo cuando mamá tiró a Daniel al suelo. Era casi medio metro más alto que ella, pero ella lo lanzó a través de la habitación como si no fuese nada. Hubo un momento en que no pude moverme. Su fuerza era increíble, fuera de lo normal.

Mareada y con náuseas, salí de la habitación tambaleándome con Caleb a rstras. Corrimos por la cabaña hasta salir fuera por la puerta principal. La lluvia golpeaba en el tejado del porche, casi silenciando, pero no del todo, el ruido que salía de la casa. Olvidaba lo altos que eran estos porches, y caí fuerte contra el suelo

de rodillas.

—¡Lexie!

La voz de mi madre me empujó a salir corriendo. Mirando a mi lado, vi a Caleb hacer lo mismo. Corrimos, medio resbalándonos y medio cayéndonos, bajando la embarrada colina. Las ramas me pegaban en la cara, tiraban de la ropa y de mi pelo, pero yo seguía corriendo. Todo ese tiempo en el gimnasio mereció la pena. Mis músculos continuaron funcionando a pesar del dolor y la falta de sangre.

—¡Alexandria!

No éramos lo suficientemente rápidos. El grito asustado de Caleb hizo que me diese la vuelta. Mi madre le había agarrado por detrás, zarandeándolo hacia los lados. Puso cara de sorpresa justo antes de estamparse contra un grueso arce. Grité, volviendo sobre mis pasos hacia donde había caído.

Una barrera de llamas surgió frente a mí, obligándome a retroceder. El fuego destruyó todo a su paso según se extendía. Caleb rodó hacia un lado, escapando de él por los pelos. Me tambaleé hacia atrás mientras el mundo ardía en llamas rojas y violetas. La lluvia no podía hacer nada para sofocar ese fuego artificial.

Y ahí estaba ella —alta y erguida, como una temible diosa de la muerte. Ya iban dos veces en que no me había dado cuenta. En el callejón de Bald Head y un rato antes en la cabaña, justo después de darme cuenta de que tenía una daga del Covenant en el bolsillo.

—Lexie, me prometiste que no ibas a correr —sonó increíblemente calmada.

¿Ah sí? Me metí la mano al bolsillo.

—Mentí.

—Me he ocupado de Daniel. No tienes que preocuparte por él —se acercó más—. Ahora todo estará bien. Lexie, deberías sentarte. Estás sangrando por todos lados.

Me miré a mí misma. Correr me hizo tener el pulso a mil. Podía sentirlo cosquilleando por mis brazos y el cuello. Casi estaba hasta sorprendida de seguir teniendo. Por el rabillo del ojo vi un rayo azul oscuro aparecer de entre las llamas.

—Hazlo, Rachele. Es débil —las palabras de Eric estaban repletas de furia e impaciencia—. ¡Encárgate de ello y larguémonos de aquí!

Eso era cierto. Sin nada en la cabeza y desequilibrada, un conejito habría podido conmigo ahora mismo.

—No te acerques más.

Mi madre rió.

—Lexie, esto acabará pronto. Sé que tienes miedo, pero no tienes nada de lo que preocuparte. Voy a ocuparme de todo. ¿No confías en mí? Soy tu madre.

Me aparté, parando al sentir el calor de las llamas.

—No eres mi madre.

Ella se movió hacia delante. En algún lugar en la distancia creí oír mi nombre. Su voz —*la de Aiden*. Tenía que ser una alucinación, porque ni Eric ni mi madre reaccionaron ante el sonido, pero aunque fuese una triste manifestación de mi subconsciente, me dio fuerzas para seguir en pie. Mis dedos se deslizaron sobre la fina daga. ¿Cómo se les podía haber pasado por alto ésta?

—Tú no eres mi madre —dije de nuevo con voz ronca.

—Nena, estás confundida. Yo soy tu madre.

Mi dedo gordo pasó sobre el botón de la daga.

—Tú moriste en Miami.

Sus ojos tenían un destello peligroso.

—Alexandria... no hay otra opción.

Espera, una voz susurró en mi cabeza, *espera hasta que baje la guardia*. Si veía la hoja, todo se habría acabado. Tenía que hacerla creer que había ganado. La necesitaba vulnerable. Lo raro es que estaba casi cien por cien segura de que la voz no era la mía. Pero ahora no importaba.

—Hay otra opción. Podrías matarme sin más.

—No. Vas a unirme a mí —su voz sonó igual que en la habitación justo antes de que matase a Daniel por haberme tocado. Estaba mal la cosa—. Y como has roto tu promesa, voy a tener que matar a tu pequeño novio de aquí. Bueno, sólo si es que no se ha quemado vivo aún.

Todo se reducía a este momento. Muere o máatala. Conviértete en un monstruo o máatala.

—Ya estás muerta —susurré—, y yo preferiría estar muerta que convertirme en lo que eres.

—Ya me lo agradecerás —moviéndose inhumanamente rápido, me agarró el pelo y me echó la cabeza hacia atrás.

Sentía el mango de la daga como algo extraño, como si estuviese mal. Tomé aire y apreté el pequeño botón. No había mucho espacio entre las dos, pero aún tenía el brazo entre ambas. No sería un golpe certero, no desde este ángulo, pero sería mortal.

Matarás a los que amas.

El destino había acertado en eso.

Mi madre se apartó, con la boca abierta, sorprendida. Miró hacia abajo, y yo también. Tenía la mano pegada a su pecho, y la hoja se había clavado en su piel tal y como hacía el titanio en los daimons.

Se tambaleó hacia atrás cuando saqué la daga. Tenía la cara contraída de dolor. Sus ojos bonitos y brillantes se encontraron con los míos, y entonces desaparecieron. Como si hubiesen apretado un interruptor, el fuego que nos rodeaba dejó de existir.

Su grito llenó el bosque, y mis gritos superaron los suyos. Se desplomó justo cuando mis piernas se negaron a cooperar. Ambas nos doblamos a la vez, sólo que yo me desplomé en el suelo y ella se plegó sobre sí misma. Hubo un momento —fue rápido— pero vi un brillo de alivio en su cara. En ese instante era mamá. Era ella de verdad. Y entonces empezó a desaparecer, desvaneciéndose hasta que sólo quedó una fina capa de polvo azul.

Me caí hacia delante, con la cabeza sobre el suelo húmedo, casi sin ser consciente de Eric que corría y de la lluvia que caía sobre mí. Meses de dolor y pérdida se arremolinaron dentro de mí, invadiendo cada célula, cada poro. No quedaba nada más que el crudo dolor de un tipo distinto. Las marcas y las mordeduras no eran nada en comparación. La angustia me consumió. Quería morir —desplomarme como mamá. La había matado —a mi madre. Daimon o no, la había matado.

El tiempo se paró. Podían haber pasado minutos u horas, pero en algún momento oí voces. La gente me llamaba, llamaba a Caleb, pero no podía contestar.

Todo sonaba muy lejano e irreal.

Entonces, unas manos fuertes me rodearon, levantándome. Mi cabeza cayó hacia atrás, y la lluvia fresca me salpicó en las mejillas.

—Álex, mírame. Por favor.

Reconocí la voz y abrí los ojos. Aiden me miraba, pálido y demacrado. Parecía afectado al ver todas mis marcas de mordiscos.

—Hey —murmuré.

—Todo va a ir bien —su voz tenía algo de asustado y desesperado. Pasó sus dedos húmedos por mis mejillas y me cogió la barbilla—. Necesito que mantengas los ojos abiertos y me hables. Todo va a ir bien —me sentía extraña, así que lo dudaba. Había muchas voces, algunas que reconocía y otras que no. En algún lugar oí a Seth.

—¿Dónde está... Caleb?

—Está bien. Le tenemos —Álex, sigue conmigo. Háblame.

—Tenías... razón —tragué, necesitaba decírselo a alguien—decírselo a él—. Se fue aliviada. Lo vi...

—¿Álex? —Aiden se puso de pie, llevándome hacia su pecho. Sentí su corazón tronando bajo mi mejilla y luego no sentí nada más.

Capítulo 20



ME DESPERTÉ MIRANDO EL SUAVE BRILLO DE LAS LUCES FLUORESCENTES DEL TECHO. No estaba segura de lo que me había despertado o de dónde estaba.

—Álex.

Giré la cabeza y vi sus ojos gris claro. Aiden estaba sentado en el borde de la cama. Ondas oscuras de pelo le caían sobre la frente. Parecía diferente. Tenía sombras bajo los ojos.

—Hey —dije con voz ronca.

Aiden sonrió con esa maravillosa sonrisa tan rara de ver, tan bonita. Acercó el brazo, y con la yema de sus dedos me apartó algunos mechones de pelo de la frente.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Tengo... sed —intenté aclararme la garganta de nuevo.

Se inclinó, y la cama se hundió ligeramente cuando cogió un vaso de la mesilla. Me ayudó a incorporarme y esperó mientras tragaba el agua fría.

—¿Más?

Moví la cabeza. Así incorporada, podía ver mejor esa habitación que no me sonaba. Estaba conectada a una docena de cables y tubos, pero no estaba en el Covenant.

—¿Dónde estamos?

—Estamos en el Covenant de Nashville. No podíamos arriesgarnos a perder todo el tiempo que nos habría llevado volver a Carolina del Norte —hizo una pausa, como si estuviese escogiendo sus próximas palabras—. Álex, ¿por qué lo hiciste?

Me eché hacia atrás y cerré los ojos.

—Me he metido en muchos problemas ¿verdad?

—Robaste un uniforme de Centinela. También robaste armas y abandonaste la zona sin permiso. Sin entrenar y sin preparar, saliste a atrapar a tu madre. Lo que has hecho es totalmente imprudente y peligroso. Te podrían haber matado, Álex. Así que sí, tienes problemas.

—Me lo imaginaba —suspiré, abriendo los ojos—. Ahora Marcus sí que me expulsará ¿verdad?

Vi lástima en su cara.

—No lo sé. Marcus está muy decepcionado. Habría venido, pero está con el Consejo. Todo el mundo está alborotado con lo que le pasó a Kain y lo que ello implica.

—Todo ha cambiado —murmuré para mí misma.

—¿Hmm?

Respiré profundamente

—Caleb no debería tener problemas. Intentó pararme, pero... ¿dónde está?

—Está aquí, en otra habitación. Lleva despierto todo el día, preguntando por ti. Tiene algunas costillas magulladas, pero se pondrá bien. Él volverá hoy más tarde, pero tu tendrás que quedarte aquí algo más.

Me quedé aliviada. Me relajé contra las almohadas mullidas.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

Jugueteó con las sábanas y las ajustó alrededor de mí.

—Dos días.

—Wow.

—Estabas bastante mal, Álex. Pensé...

Le miré fijando mi mirada en la suya y manteniéndola ahí.

—¿Qué pensaste?

Aiden tomó aire tranquilamente.

—Pensé; pensamos que te habíamos perdido. Nunca había visto tantas marcas en alguien que... siguiera vivo —cerró los ojos brevemente. Eran de un color brillante cuando los volvió a abrir, un bonito color plateado—. Me asustaste. En serio.

Tenía un extraño dolor en el pecho, como un dolor sordo.

—No era mi intención. Pensé...

—¿Qué pensaste, Álex? ¿Llegaste a pensar algo? —Aiden bajó la barbilla. Un músculo se tensó a lo largo de su mandíbula—. Ahora ya no importa. Caleb nos ha contado todo.

Estaba segura de que a lo que él se refería con «todo» eran todas las locuras que ella dijo, los daimons, y esas horribles y terribles horas en la habitación.

—No deberían castigar a Caleb. Intentó detenerme, pero nos pillaron en una calle... y la vi. Tuve que haberla... matado en ese momento, pero no pude. Fallé, y pude haber hecho que matasen a Caleb.

Aiden me volvió a mirar.

—Ya lo sé.

Tragué.

—Tenía que hacerlo. Iba a seguir matando, Aiden. No podía quedarme quieta esperando a que los Centinelas la encontrasen. Sí, fue estúpido. Mírame —levanté los brazos vendados—. Sé que fue estúpido, pero era mi madre, tenía que hacerlo.

Aiden estaba callado mientras me miraba.

—¿Por qué no viniste a decírmelo en vez de huir y hacer esto?

—Porque estabas ocupado con lo que había pasado con Kain y me habrías parado.

Sus ojos brillaron con ira.

—¡Claro que te habría parado, evitando que te pasase *esto*!

Me estremecí.

—Por eso no podía ir a decírtelo.

—Nunca tendrías que haber pasado por todo eso. Ninguno queríamos que pasases por todo eso. Lo que debes sentir...

—Puedo con ello —apreté los puños al sentir cierta presión en el fondo de la garganta.

Se pasó la mano por el pelo. Parecía que lo había hecho muchas veces en los últimos dos días.

—Eres tan estúpidamente valiente.

Sus palabras me trajeron a la memoria el recuerdo de la noche en su... cama.

—Ya me has dicho eso antes.

—Sí. Y ya entonces lo decía en serio. Si hubiese sabido en realidad lo estúpidamente valiente que eras, te habría encerrado en tu habitación.

—Eso también me lo imaginaba.

No dijo nada más, y nos sentamos en silencio un buen rato.

Luego empezó a levantarse.

—Tienes que descansar un poco. Volveré a verte algo más tarde.

—No te vayas. Aún no.

Aiden me miró como si pudiese leer lo que estaba pasando en mi interior.

—Sé de qué quieres hablar, pero ahora no es el momento. Necesitas ponerte mejor. Entonces podremos hablar.

Agarré la manta con fuerza.

—Yo quiero hablarlo ahora.

—Álex —tenía la voz suave.

—¿Aiden?

Torció la boca ante mi respuesta, pero entonces nuestros ojos se encontraron y me sostuvo la mirada profundamente.

—Aquella noche, lo que ocurrió entre nosotros fue... bueno, nunca tendría que haber ocurrido.

Au. Fue duro mantener la cara normal sin mostrar cuánto dolían esas palabras.

—¿Te... te arrepientes? ¿De lo que pasó entre nosotros? —si decía que sí, creo que me moriría.

—Por mal que esté, no me arrepiento. No puedo —entonces apartó la mirada, respirando profundamente—. Perdí el control, perdí la noción de lo que es importante para ti, para mí.

—No era una queja.

Me miró como advirtiéndome.

—Álex, no me lo estás poniendo fácil.

Me incorporé más, ignorando los tubos que me tiraban de los brazos.

—¿Y porqué debería hacerlo? Me... me gustas. Me gusta estar cerca de ti. Confió en ti. No soy inocente ni estúpida. Me gustabas. Aún me gustas.

Cerró las manos alrededor de la manta que me envolvía las piernas.

—No digo que seas inocente ni estúpida, Álex. Pero... mierda, casi destruyo los futuros de ambos en cosa de minutos. ¿Qué crees que habría pasado si nos pillan?

Me encogí de hombros, pero sabía lo que podría haber pasado. No habría sido bonito.

—Pero no nos pillaron —entonces algo se me pasó por la cabeza. Igual no tenía que ver con las normas—. ¿Es porque soy la maldita mitad de Seth? ¿Es por eso?

—No. No tiene nada que ver con eso.

—¿Entonces por qué?

Aiden me miró como si de alguna forma pudiese entenderle sólo con la mirada.

—No tiene nada que ver con que seas el Apollyon. Álex, sabes que no te veo diferente a mí, pero... el Consejo sí.

—Los puros lo hacen, lo hacen siempre y no les pillan.

—Sé que hay algunos pura-sangre que rompen las reglas, pero lo hacen porque no les importa lo que le ocurra a la otra persona, y a mí me importa lo que te pase a ti —sus ojos buscaron los míos con intensidad—. Me preocupo por ti más de lo que debería, y por eso no voy a ponerte en esa situación y poner en peligro tu futuro.

Desesperada, busqué un modo en que pudiésemos hacerlo funcionar. Teníamos que hacerlo, pero la expresión de Aiden me cortó la respiración, mis quejas.

Cerró los ojos y volvió a respirar profundamente.

—Ambos necesitamos ser Centinelas ¿verdad? Tú sabes por qué tengo que hacerlo. Y yo sé por qué tienes que hacerlo. Perdí el control y olvidé lo que podría pasar. Podría haber acabado con cualquier oportunidad que tuvieses de convertirte en Centinela, pero peor aún, podría haberte robado el futuro. No importa lo que seas o en lo que te convertirás cuando cumplas los dieciocho. El Consejo se aseguraría de que abandonases el Covenant, y yo... yo no nunca me lo perdonaría.

—Pero la Orden de Razas...

—La Orden de Razas no ha cambiado, y sabiendo que los mestizos pueden convertirse, dudo que lo hagan nunca. Todo el terreno que los mestizos habían ganado se perdió cuando los daimons descubrieron que los tuyos podían ser cambiados.

Bueno... eso era deprimente, pero no tan doloroso como esto. Todos los momentos que compartimos habían sido mágicos, perfectos y correctos. De ninguna forma podía haber confundido la manera en que me miraba o cómo me tocaba. Mirándole ahora, sabía que seguía sin confundir esa expresión casi desesperada, de lujuria y de algo más fuerte.

Intenté bromear.

—Pero soy el Apollyon. ¿Qué pueden decirme? Cuando tenga los dieciocho, podré freír a cualquiera que nos moleste.

Torció los labios.

—Eso no importa. Las reglas llevan así desde que los dioses andaban entre los mortales. Ni Lucian ni Marcus podrían parar lo que pasaría. Te darían el elixir y te pondrían a servir, Álex. Y yo no podría vivir sabiendo lo que eso te haría. ¿Verte perder todo lo que te hacer ser tú? No podría soportarlo. No podría vivir viéndote como al resto de los sirvientes. Tienes demasiada vida para eso, demasiada vida que perder por mí.

Me acerqué más, con mis piernas rozando sus manos y mi cara a tan sólo centímetros de la suya. Sabía que estaba hecha un desastre, pero también sabía que Aiden miraba más allá de eso.

—¿No te gusto?

Gruñó con la garganta y puso su frente contra la mía.

—Sabes la respuesta. Aún... me gustas, pero no podemos estar juntos, Álex. Los puros y mestizos no pueden estar juntos de esa forma. No podemos olvidarlo.

—Odio las normas —suspiré, sintiendo la garganta ardiendo de nuevo. Desde que me desperté quería que me abrazase. Y nuestra sangre no permitía ni eso.

Sonó como si quisiese reír, pero sabía que eso sólo iba a provocarme más. Suspiró.

—Pero tenemos que seguirlas, Álex. Yo no puedo ser la razón por la que pierdas todo.

Le podían dar a las reglas. Sólo había unos pocos centímetros entre los dos, y si tan sólo me movía un poco más, nuestros labios se tocarían. Me pregunté qué pensaría entonces sobre nuestro futuro. Si le besase, ¿se preocuparía por las normas? ¿Sobre lo que la gente pensase?

Casi como si hubiese sentido lo que estaba pensando, murmuró.

—Eres una insensata.

La última vez que estaba despierta, pensé que nunca volvería a sonreír, pero sí que sonreí.

—Lo sé.

Aiden se movió y juntó sus labios con mi frente. Se quedó así unos segundos, y antes de que pudiese hacer nada, lo cual era un asco, porque me *sentía* bastante insensata, se apartó.

—Yo... siempre cuidaré de ti, pero no haremos esto. No podemos. ¿Entiendes?

Le miré, sabiendo que tenía razón, pero que también estaba equivocado. Él lo quería tanto como yo, pero estaba demasiado preocupado por lo que *me* podría pasar. A una parte de mí eso le gustó más aún, pero mi corazón... bueno, estaba destrozado. Lo único que evitó que se derrumbara del todo fue la fugaz cara de deseo y orgullo que puso durante un segundo mientras se dirigía hacia la puerta.

—Descansa — dijo cuando no respondí—. Vendré a verte más tarde.

Me volví a recostar, pero de repente se me ocurrió algo.

—¿Aiden?

Se paró, dándose la vuelta.

—¿Sí?

—¿Cómo nos encontrasteis?

Se puso tenso.

—Seth.

Confundida, me incorporé de nuevo.

—¿Qué? ¿Cómo?

Aiden movió ligeramente la cabeza.

—No lo sé. Apareció bien pronto por la mañana, la mañana en que te fuiste, y dijo que algo iba mal y que estabas en peligro. Fui a tu habitación y vi que no estabas. En cuanto nos pusimos en camino, él sabía dónde encontrarte. De alguna forma podía sentir dónde estabas. No sé cómo, pero lo hizo. Te encontramos gracias a Seth.

Dos días después volví al Covenant, llena de sangre y fluidos. En cuanto llegué me llevaron a la enfermería para volver a hacerme pruebas. Aiden estuvo sentado a mi lado mientras el doctor quitaba las gasas blancas que me cubrían toda la piel.

No hace falta decir que estaba hecha pedazos. Un montón de marcas de mordiscos me cubrían cada brazo. Aún estaban bastante rojas, y mientras el doctor hacía una mezcla de hierbas que «debería» ayudar a minimizar las cicatrices, yo hurgaba por los armaritos.

—¿Qué buscas? —preguntó Aiden.

—Un espejo.

Él sabía por qué. A veces era como si compartiésemos el mismo cerebro, por molesto que pudiese ser.

—No está tan mal, Álex.

Le miré por encima del hombro.

—Quiero verlo.

Aiden volvió a intentar que me sentase, pero me negué a escucharle hasta que se levantó y encontró un pequeño espejo de plástico. Sin decir nada, me lo dio.

—Gracias —levanté el espejo y casi se me cae.

El morado oscuro que me cubría el ojo derecho y se extendía hasta la frente no estaba mal. Se iría en unos cuantos días. Quería pensar que me daba un aspecto de malota. Sin embargo, las marcas en los lados del cuello eran horribles. Algunas parecían profundas, como si me hubiesen quitado trozos de piel y me los hubiesen puesto de nuevo, la carne estaba desigual y de color rojo. La rojez se iría, pero las cicatrices serían profundas y evidentes.

Mis dedos se tensaron sobre el mango de plástico.

—Están; estoy horrible.

Vino inmediatamente a mi lado.

—No. Se irán, y antes de que te des cuenta nadie se percatará.

Moví la cabeza. No podía esconderlo —no tantas.

—Además —dijo con ese tono suave—, éstas son cicatrices de las que te puedes sentir orgullosa. Mira a lo que has sobrevivido. Estas cicatrices te harán más fuerte, más guapa al fin y al cabo.

—Eso ya lo dijiste antes—sobre la primera.

—Sigue sirviendo lo mismo. Álex. Te lo prometo.

Lentamente, dejé el espejo en la mesita y... me derrumbé. No era por las cicatrices o por lo que Aiden había dicho. Era que esas cicatrices serían un recuerdo para siempre de —haber perdido a mamá en Miami. Todas las horribles cosas que hizo y que permitió que ocurriesen. Y de lo que yo había hecho —matarla. Lloré entre enormes y potentes sollozos. De esa manera en que no puedes ni respirar ni pensar. Intenté recomponerme, pero no pude.

Me senté en medio de la consulta del doctor y lloré. Quería a mamá, pero nunca respondería, nunca me consolaría. Se había ido, esta vez se había ido de verdad. Se había abierto un agujero en mí, y la pena y el dolor sólo salían, sin parar.

Aiden se arrodilló a mi lado, poniendo sus brazos alrededor de mis hombros. No dijo nada. Sólo me dejó llorar, y después de meses obligándome a pasar de ello, todo el dolor y la pena que se habían convertido en un nudo, al final se estaba

deshaciendo.

Una vez que lloré todo lo que tenía que llorar, no estuve segura de cuánto tiempo había pasado. Me dolía la cabeza, tenía la garganta seca y los ojos hinchados. Pero de una forma extraña me sentía mejor, como si por fin pudiese respirar de nuevo, respirar de verdad. Todos estos meses me estaba ahogando lentamente y no me había dado cuenta hasta ahora.

Gimoteé e hice una mueca de dolor, por el dolor que tenía en la parte de atrás de la cabeza.

—¿Recuerdas lo que dijiste sobre que tus padres no habrían querido una vida así?

Sus dedos se movieron con dulzura sobre mis hombros tensos.

—Sí. Me acuerdo.

—Ella no la quería. Lo vi justo antes de que... se fuese. Parecía aliviada. Lo estaba.

—Le liberaste de una existencia horrible. Eso es lo que tu madre habría querido.

Pasaron unos cuantos minutos. Yo seguía sin poder mirar hacia arriba.

—¿Crees que ahora está en un sitio mejor?

—Claro que sí —tío, sonaba como si realmente lo creyese—. Donde está... ya no sufre más. Es un paraíso, un lugar tan bonito que no podemos ni imaginarnos cómo debe ser.

Asumí que estaba hablando de Elysia —un sitio parecido al cielo. Respiré profundamente y me froté los ojos.

—Si alguien se lo merece, es ella. Sé que suena mal habiéndose convertido en un daimon, pero ella nunca lo habría elegido.

—Lo sé, Álex. Los dioses también lo saben.

Lentamente me recompuse y me puse de pie.

—Perdón por... haber descargado todo en ti —le miré de reojo.

Aiden arrugó la frente.

—Ni se te ocurra pedir perdón por esto, Álex. Ya te lo dije, que si alguna vez necesitabas algo podías venir a mí.

—Gracias... por todo.

Asintió, echándose a un lado al pasar yo.

—¿Álex? —cogió un bote de la encimera. El doctor debía de haber venido en algún momento—. No te lo olvides.

Cogí el bote y murmuré un gracias. Con cara de sueño, le seguí fuera al sol. Me dolían la cabeza y los ojos, pero de alguna forma el sol me sentaba bien. Estaba viva.

Nos quedamos un rato en el camino de mármol, ambos mirando a través del patio hacia el océano a lo lejos. Me pregunté en qué estaría pensando.

—¿Vuelves a tu residencia? —preguntó.

—Sí.

No hablamos sobre nuestra conversación en Nashville o sobre aquella noche en su casa, pero me seguía rondando por la cabeza según íbamos hacia las residencias. Caminando tan cerca como íbamos, era difícil no pensar en ello, pero cuando pensé en Caleb, todos los pensamientos sobre amor —o falta de— se desvanecie-

ron. Necesitaba verle.

—Ya... nos vemos por aquí.

Aiden asintió mientras miraba por la zona. Unos cuantos mestizos estaban tranquilamente en los bancos que había entre las residencias. Había una pura con ellos. Estaba haciendo llover sobre un punto. Estaba guay.

Suspiré.

—Bueno...

—¿Álex?

—¿Sí?

Me miró, con una suave sonrisa sobre sus labios.

—Estarás bien.

—Sí... lo estoy. Supongo que hace falta algo más que unos cuantos daimons hambrientos para acabar conmigo, ¿eh?

Rió, y ese sonido casi me deja sin aire en los pulmones. Me encantaba cómo se reía. Le miré, con una pequeña sonrisa en mis labios. Como siempre, nuestros ojos se encontraron y algo profundo brilló entre nosotros. Incluso aquí, al aire libre como estábamos, seguía ahí.

Aiden dio un paso atrás. No había nada más que decir. Le saludé con la mano y le miré mientras desaparecía de mi vista, entonces acorté por el patio y me dirigí hacia la habitación de Caleb. No me preocupaba que me pillasen yendo a la residencia de los chicos. No habíamos tenido oportunidad de hablar desde que todo empezó a ir mal. Abrió la puerta al primer golpe, llevaba un pantalón de chándal y una camiseta ancha.

—Hey —dije.

Sonrió y abrió la puerta del todo. La sonrisa inmediatamente se convirtió en una mueca de dolor y se agarró un costado.

—Mierda. Siempre me olvido de no moverme de cierta manera.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo me duelen un poco las costillas. ¿Y tú?

Le seguí hacia el cuarto y me senté con las piernas cruzadas sobre la cama.

—Bien. Me acaba de ver el doctor de aquí.

Se acomodó a mi lado en la cama. Arrugó la frente mientras me observaba.

—¿Y esas marcas? ¿Por qué no se han curado como las mías?

Le miré a los brazos. Cuatro días después y el único recuerdo que le quedaba eran las costillas magulladas y unas pocas cicatrices pálidas en los brazos.

—No lo sé. El doctor dijo que se irían en unos días. Me dio un bote con algo para ponerme —me palpé el bolsillo—. Tienen bastante mala pinta ¿verdad?

—No. Tienes pinta de... de que debería tener miedo de que me dices una paliza o algo.

Reí.

—Eso es porque *puedo* darte una paliza.

Levantó las cejas.

—Álex, estaba un poco ido en el bosque, pero he oído que...

—¿La maté? —cogí otra almohada—. Sí, lo hice.

Mi franqueza le hizo estremecerse.

—Lo... lo siento mucho. Ojalá supiese qué decirte para hacerte sentir mejor.

—No tienes que decir nada —me estiré a su lado, mirando hacia las pequeñas estrellas verdes del techo. Por la noche brillaban—. Caleb, siento haberte arrastrado a todo eso.

—No. Tú no me arrastraste a nada.

—No tenías que haber estado ahí. Lo que Daniel estaba haciendo...

Apretó los puños. No creo que viese que me daba cuenta de ello, pero lo hice.

—Tú no...

—No tenías que haber estado allí.

Movió la mano, cortándome.

—Déjalo. Tomé la decisión de seguirte. Podría haber avisado a los Guardias o a los Centinelas. En lugar de eso, te seguí. Fue mi elección.

Le miré y vi que estaba serio. Parecía no haber dormido bien. Miré a otro lado.

—Siento que... hayas tenido que pasar por todo esto.

—No pasa nada, ¿vale? Mira. ¿Para qué están los amigos si no pueden compartir unas cuantas horas con unos daimons pirados? Podemos verlo como una experiencia unificadora.

Resoplé.

—¿Experiencia unificadora?

Asintió y empezó a contarme acerca de todos los mestizos que habían ido a visitarle desde que volvió al Covenant. Cuando mencionó a Olivia, se le puso esa cara de bobo. De pronto, me pregunté si a mí también se me ponía cara de boba cuando pensaba en Aiden. Dioses, esperaba que no.

—Así que antes, una mofeta se me montó la pierna —continuó Caleb.

—¿Qué?

Rió y me guiñó un ojo.

—No estabas escuchándome.

—Lo siento —pestañee—. Me he quedado un poco traspuesta.

—Ya te digo.

Y entonces me dio un ataque de verborrea.

—Casi me lo monto con Aiden.

Caleb abrió la boca de par en par. Necesitó unos cuantos intentos para decir algo coherente.

—¿Quieres decir que casi montas con él un puzzle?

Arrugué la frente ante la imagen.

—No.

—¿Una fiesta entonces?

Moví la cabeza.

Me miró poniéndose pálido.

—Álex, ¿en qué narices estás pensando? ¿Estás loca? ¿Quieres acabar sirviendo? Wow. Oh dioses, estás pirada.

Gruñí.

—He dicho que *casi* nos lo montamos, Caleb. Relájate.

—¿Casi? —levantó los brazos e hizo una mueca—. Al Consejo, a los *Señores* no les importa el casi. Tío, pensaba que Aiden era guay. Malditos pura-sangre, no les importa una mierda lo que nos ocurra. Arriesgan todo tu futuro sólo para meterse entre...

—Hey. Aiden no es así.

Caleb me miró sin gracia.

—¿Ah no?

—No —me froté los ojos—. Aiden no va a arriesgar mi futuro. Créeme. No es para nada como el resto de ellos. Le confiaría mi vida. Caleb.

Lo pensó en silencio.

—¿Cómo ocurrió?

—No voy a entrar en detalles, pervertido. Es algo que... simplemente pasó, pero ya se ha acabado. Es que se lo tenía que contar a alguien, pero tienes que prometerme que no dirás nada.

—Claro que no. No puedo creer que lo hayas tenido ni que decir.

—Lo sé, pero me siento mejor diciéndolo. ¿Vale?

—Álex... él te importa de verdad ¿no?

Cerré los ojos.

—Sí.

—¿Te das cuenta de lo mal que está eso?

—Sí, pero... él es tan diferente a cualquiera de los puros que conocemos. No piensa como ellos. Es majo y es realmente divertido una vez que lo conoces. Ha aguantado todas mis mierdas, y creo que me gusta por eso. No sé, Aiden me puede.

—¿Y te das cuenta de que todo eso no significa nada? —dijo Caleb—. ¿Que no va a ninguna parte?

Saberlo dolía más que nada. Suspiré.

—Lo sé. ¿Podemos... hablar de otra cosa?

Caleb se quedó en silencio, pensando en vete tú a saber qué.

—¿Has visto a Seth?

Me apoyé en un codo.

—No. No se pasó mientras estaba en Nashville y hoy tampoco he estado en ninguna parte. ¿Por qué?

Se encogió de hombros como pudo. Con las costillas magulladas le salió un poco de lado. “Supuse que lo habrías visto, ya que...”

—¿Ya que, qué?

—Sé que estaba un poco ido en la cabaña, Álex, pero tu madre dijo que eras otro Apollyon —me miró atentamente.

El estómago me dio un vuelco y me eché en la cama hacia arriba, en silencio. Caleb seguía mirándome. Esperando. Tomé aire profundamente y le conté todo rápidamente, parando para respirar justo antes de contarle que Seth se convertiría en el Asesino de Dioses. Cuando acabé, Caleb se me quedó mirando como si tuviese tres cabezas.

—¿Qué?

Parpadeó y movió la cabeza.

—Es sólo que... no deberías serlo, Álex. Recuerdo la clase de *Historia y Civilización* del año pasado. Hablamos sobre los Apollyons y lo que le pasó a Solaris. Esto es... wow.

—Wow no era la palabra que esperaba —me incorporé y crucé las piernas—. Quiero decir, mola bastante ¿no? A los dieciocho seré o destruida o absorbida por Seth en lugar de poder comprar cigarrillos legalmente.

—Pero...

—No es que fuese a fumar. Supongo que podría empezar a hacerlo. Quizá, y sólo quizá, puede que tenga energía el tiempo suficiente como para poder usar akasha, porque le vi usarlo a Seth y es una pasada. Me gustaría darle a uno o dos daimons con eso.

Caleb frunció el ceño.

—No te lo estás tomando para nada en serio.

—Oh, sí. Esto es a lo que me gusta llamar asumir lo imposible.

No le impresionó mi estrategia.

—Dijiste que a Solaris la mataron porque el Primer Apollyon atacó al Consejo ¿verdad? ¿No por lo que ella era?

Me encogí de hombros.

—Así que siempre y cuando Seth no se vuelva loco, supongo que estaré bien.

—¿Por qué Solaris no se puso en su contra?

—Porque se enamoró de él o alguna cursilada así.

—Entonces no te enamores de Seth.

—La verdad es que no creo que eso vaya a ser un problema.

No parecía del todo convencido.

—Pensaba que los dos erais como uno y tenáis que estar juntos o algo así.

—¡No de ese modo! —puse una voz más calmada—. Es como que nuestra energía responde a la del otro. No es más que eso. Yo estoy hecha para... no sé, completarle. ¿Es una mierda o no?

Me miró preocupado.

—Álex, ¿qué vas a hacer con esto?

—¿Qué puedo hacer? No voy a parar de vivir... o dejar de vivir mi vida, por lo que *pueda* suceder. De esto puede salir algo o muy malo o muy bueno o... nada. No lo sé, pero sé que me voy a concentrar en ser una... —me paré, sorprendida por mis propias palabras. Uff. Este era uno de esos momentos realmente maduros y raros en mi vida.

Mierda. ¿Dónde estaba Aiden para ver esto?

—¿Concentrarte en qué?

Una gran sonrisa apareció en mi cara.

—Concentrarme en ser una Centinela de la leche.

Caleb seguía sin creérselo, pero saqué a Olivia en la conversación y logré distraerle. En un momento dado me levanté para marcharme. Mientras iba saliendo, tuve una idea. Vino de la nada, pero en el momento en que se me pasó por la cabeza, supe que tenía que hacerlo.

—¿Puedes quedar conmigo mañana por la noche a eso de las ocho?

Me miró. Creo que de alguna forma sabía lo que le iba a preguntar, porque ya estaba asintiendo.

—Quiero hacerle... algo a mi madre —cruce los brazos en la cintura—. Como una honra fúnebre o algo. Vamos, que no tienes por qué venir.

—Claro que estaré allí.

Me puse roja y asentí.

—Gracias.

Al volver a mi habitación, me encontré con dos cartas pegadas en la puerta

—una de Lucian y otra de Marcus. Estuve tentada de tirar las dos a la basura, pero abrí la de mi tío.

Menos mal que lo hice. El mensaje era simple, claro y conciso.

Alexandria,

Por favor ven a verme inmediatamente.

Marcus.

Mierda.

Tiré las dos cartas sobre la mesita frente a mi sofá y cerré la puerta detrás de mí. Iba pensando sobre qué querría decirme Marcus. Demonios, las posibilidades eran infinitas. La proeza que había hecho, mi futuro en el Covenant, o cualquier cosa sobre el Apollyon. Dioses, dioses, me podrían expulsar de verdad y mandarme a vivir con Lucian. ¿Cómo podía haberme olvidado de eso?

Cuando logré llegar a su despacho, el sol había comenzado a descender lentamente sobre las aguas, y la luz difusa creaba todo un arco iris de colores que brillaba sobre el océano. Me intenté preparar para la reunión, pero no sabía lo que Marcus iba a hacer. ¿Me expulsaría? El estómago se me retorció. ¿Qué haría? ¿Vivir con Lucian? ¿Ir a servir? Ninguna de éstas eran opciones con las que pudiese vivir.

Los Guardias me saludaron cortésmente con la cabeza antes de abrir la puerta hacia el despacho de Marcus y se hicieron a un lado. Mi sonrisa era más una mueca, pero la emoción creció en mí cuando reconocí a quien estaba al lado del enorme bulto que era Leon.

Aiden me lanzó una pequeña sonrisa tranquilizadora cuando los Guardias cerraron la puerta detrás de mí, pero en cuanto me giré hacia Marcus me quedé helada.

Parecía cabreado.

Capítulo 21



POSIBLEMENTE FUESE LA PRIMERA VEZ QUE LE VEÍA MOSTRAR ALGÚN TIPO DE EMOCIÓN. Me preparé para lo que suponía que sería el festival de las broncas.

—Primero y más importante, me alegro de que estés viva y de una pieza — luego su mirada cayó sobre mi cuello y finalmente sobre mis brazos—. Apenas de una pieza.

Me mosqueó, pero logré mantener la boca cerrada.

—Lo que hiciste demostró que no tienes ningún aprecio por tu vida ni por la de los demás...

—¡Tengo aprecio a la vida de los demás!

Aiden me lanzó una mirada de aviso que decía *cállate*.

—Ir tras un daimon, cualquier daimon, sin entrenamiento ni preparación, es la mayor de las imprudencias y de los comportamientos estúpidos. Con lo que eres, en lo que te convertirás, no puedo resaltarte lo irresponsables que han sido tus acciones... —Marcus continuó, pero yo desconecté en ese momento.

En vez de eso, me pregunté cuánto hacía que Leon sabía lo que era. Lucian dijo que sólo él y Marcus sabían lo que Piperi le dijo a mi madre, pero me vino un recuerdo a la mente. Leon fue el primero en venir en mi defensa cuando me trajeron de vuelta al Covenant. ¿Lo había sabido siempre? Miré a mi tío, sin prestar atención a lo que estaba diciendo. Existía la posibilidad de que no hubiesen sido sinceros conmigo sobre quién lo sabía. Demonios, Lucian y Marcus no habían sido sinceros sobre muchas cosas.

—Si no es por Seth, estarías muerta o algo peor. Y tu amigo el Sr. Nicolo habría sufrido el mismo destino.

Mi atención se despertó un poco. ¿Dónde narices estaba Seth, por cierto? Había esperado verle en esta reunión.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa?

—Ummm... —miré un instante a Aiden antes de responder—. Fue toda una estupidez por mi parte.

Marcus arqueó una ceja.

—¿Eso es todo?

—No —moví la cabeza—. No debería haberlo hecho, pero no me arrepiento —podía sentir los ojos de Aiden perforándome. Tragué, me incliné hacia delante y puse las manos sobre el escritorio de Marcus—. Me arrepiento de que a Caleb le hiriesen y de que el otro daimon se escapase, pero ella era mi madre, mi responsabilidad. No lo entiendes, pero tenía que hacerlo.

Se reclinó en la silla mientras me estudiaba.

—Lo creas o no, te entiendo. No hace que tus acciones sean justificables o inteligentes, pero entiendo lo que te llevó a hacerlo.

Sorprendida, me dejé caer en la silla en silencio.

—Alexandria, han cambiado muchas cosas. Con los daimons pudiendo convertir a los mestizos, ha cambiado la forma en que debemos enfrentarnos a cada situación —hizo una pausa, las puntas de sus dedos descansaban bajo su barbilla—. El Consejo va a tener una reunión especial durante la sesión de noviembre en Nueva York para discutir las repercusiones. Ya que has sido testigo directa de sus planes, vas a acudir. Tu testimonio ayudará a decidir cómo actuará el Consejo ante esta nueva amenaza.

—¿Mi testimonio?

Marcus asintió.

—Estuviste al tanto de los planes de los daimons. El Consejo necesita escuchar exactamente lo que te dijeron.

—Pero sólo fue mamá... —me detuve, insegura de cuánto sabría Leon.

Mi tío pareció entender.

—Es bastante improbable que fuese Rachelle la que descubriese que los mestizos podían ser convertidos. Es más probable que hubiese visto a otro daimon hacerlo. Te quería a ti... por sus propias razones.

Era un buen argumento. Basándome en lo que ella dijo, parece que hubiese una especie de plan maestro —más que sólo su alegre grupo de psicópatas. Y luego estaba Eric; seguía por ahí fuera, a tope de éter de Apollyon. Sólo los dioses sabían lo que estaría haciendo ahora.

—Hay algo más de lo que tenemos que hablar —tenía de nuevo mi atención—. Me he reunido con Aiden y hemos repasado tus progresos.

Tenía totalmente mi atención. Intenté sonar valiente y confiada.

—Cuéntame.

Marcus parecía entretenido, aunque sólo fuese durante un segundo.

—Aiden me ha dicho que has progresado lo suficiente como para quedarte en el Covenant —cogió el expediente y lo abrió. Me hundí en el asiento, recordando la última vez que le echó un ojo—. Tienes un buen manejo de las técnicas de defensa y combate ofensivo, pero no has empezado entrenamiento de Silat o defensa contra los elementos, y estás muy por detrás en tus estudios. No has tomado ni una clase de reconocimiento o técnicas básicas de protección...

—No quiero ser Guardia —señalé—. Y me puedo poner al día con las cosas de clase. Sé que puedo.

—Que quieras o no ser Guardia o Centinela no es algo que importe en este momento, Alexandria

—Pero...

—Aiden ha aceptado continuar tu entrenamiento —Marcus cerró la carpe-

ta—, durante el año escolar. Cree que con su ayuda y con el tiempo que pases con los Instructores, podrás ponerte al día completamente.

Intenté con todas mis fuerzas no mirar a Aiden, pero casi me caigo de la silla. Una vez empezasen las clases, Aiden no tenía por qué continuar entrenándome. Era un Centinela a tiempo completo. El que me dedicase su tiempo libre tenía que significar algo.

—Tengo que ser honesto, Alexandria No estoy seguro de que sea suficiente, pero tengo que tener en cuenta todo lo que has logrado últimamente. Incluso sin todo el entrenamiento y la experiencia en clase, has probado que tu habilidad está... por encima de la de nuestros experimentados Centinelas.

—Pero, *espera*. ¿Qué?

Marcus sonrió, y no una sonrisa ni falsa ni fría. En ese momento me recordé tanto a mamá que no pude evitar que el enorme muro que nos separaba se tambalease un poco. Sin embargo, sus siguientes palabras derrumbaron esa barrera completamente.

—Si logras graduarte en primavera, estoy seguro de que serás una Centinela excepcional.

Sorprendida, le miré. Esperaba que me fuese a mandar de nuevo con Lucian para estar bajo el poder del Consejo bastante antes de cumplir los dieciocho, pero lo que realmente me había dejado estupefacta fueron los cumplidos que Marcus me había dedicado.

Al final, encontré mi voz.

—Entonces... ¿me puedo quedar?

—Sí. Una vez empiecen las clases, tendrás que pasar algo de tiempo extra para ponerte al día.

Una pequeña parte de mí quiso correr y abrazarle, pero esa reacción no habría estado demasiado bien. Así traté de estar totalmente tranquila.

—Gracias.

Marcus asintió.

—He llegado a un acuerdo con Aiden para que comparta los entrenamientos con Seth. Hemos pensado que será lo mejor. Hay cosas para las que Seth estará... mejor preparado según vaya pasando el tiempo.

Estaba demasiado contenta por el hecho de que me dejaran quedarme como para preocuparme por pasar algo de tiempo por obligación con Seth. Después de tres años de estar en el limbo en cuanto a mi futuro se refería, casi no podía contener el alivio y la emoción que me recorrían. Asentí con impaciencia según Marcus iba trazando un plan para que me pusiese al día con los estudios y cómo alternaría los días entre Aiden y Seth.

Cuando mi reunión con Marcus acabó, seguía queriendo abrazarle.

—¿Eso es todo?

Su mirada esmeralda se clavó en mí.

—Sí... por ahora.

Una enorme sonrisa apareció en mi cara.

—Gracias, Marcus.

Marcus asintió, y sin dejar de sonreír, salió disparada de allí. Mientras me iba, Aiden y yo intercambiamos miradas de alivio antes de cerrar la puerta detrás de

mí. Salí del edificio principal, y en todo el camino hasta casa no pude quitarme la sonrisa de la cara. Habían pasado un montón de cosas horribles, pero aparte de todo ese sufrimiento, las cosas parecían comenzar a ir bien.

Una vez en mi habitación, me quité los zapatos y la camiseta. La camiseta interior se me quedó enganchada a la camiseta en el proceso. Le di la vuelta y tiré de ella para...

—Por favor, no pares sólo en la camiseta.

—¡Me cago en...! —me agarré el pecho sorprendida.

Seth estaba sentado en mi cama, con las manos sobre su regazo. El pelo le caía suelto sobre la cara. Tenía una sonrisa pervertida en la cara que decía que me había visto del todo mi sujetador de encaje.

—¿Qué haces aquí? —y añadí—, ¿Y en mi cama?

—Esperarte.

Me lo quedé mirando. Parte de mí quería que Seth se fuese, pero también tenía curiosidad. Me senté a su lado, pasándome las manos por las piernas. No estaba exactamente nerviosa, pero era como si quisiese que se me tragase la tierra. Seth fue el primero en romper el silencio incómodo que se había formado entre los dos.

—Estás horrible.

—Gracias —gruñí y levanté los brazos. Las manchas moradas me cubrían todos los brazos, pero sabía que mi cuello... bueno, estaba fatal. Por unos minutos me había olvidado de ello—. Muchas gracias por señalarlo.

Seth inclinó la cabeza y se encogió de hombros.

—Los he visto peores. Recuerdo una Centinela que fue acorralada en Nueva York. Era una chica realmente guapa, un poco mayor que tú, y tuvo que ser Centinela en lugar de Guardia. Un daimon le dio un mordisco en la cara sólo para...

—Argh. Vale. Pillo por dónde vas: podría ser peor. Intenta decírmelo cuando no parezca que me he liado con un vampiro. ¿Y por qué estás aquí?

—Quería hablar contigo.

—¿Sobre...? —me miré los pies y moví los dedos.

—Nosotros.

Cansada, levanté la cabeza y le miré.

—No hay ningún...

Levantó el brazo y puso un dedo en mis labios.

—Tengo algo muy importante que decir al respecto, y después de que me des una oportunidad para decirlo, no volveré a sacar el tema ni a presionarte de nuevo. ¿Vale?

Tenía que haberle bajado la mano de un golpe, pidiéndole que se fuese, o al menos apartarme. En vez de eso, le aparté los dedos con cuidado.

—Antes de que sigas, quiero decir algo.

Las cejas de Seth se levantaron con curiosidad.

—Vale.

Respiré profundamente y me volví a mirar los dedos de los pies.

—Gracias por hacer lo que... lo que hicieses para encontrarnos. Si no llega a ser por ti, seguramente estaría muerta o cortando a alguien en cachitos ahora mismo. Así que... gracias.

Se quedó en silencio tanto rato que miré a ver qué estaba haciendo. Seth sólo me estaba mirando con esa expresión boba en la cara. Para evitar sonreír, miré hacia otro lado.

—¿Qué?

—Creo que posiblemente sea lo más majo que me hayas dicho. Que me hayas dicho nunca.

Reí.

—Qué va. Te he dicho cosas buenas antes.

—¿Cómo qué?

Tenía que haber habido otra situación en la que le dijese algo bueno.

—Como... cuando... —no se me ocurría nada. Leches. Era una zorra—. Vale.

Es la primera cosa buena que te digo.

—Creo que necesito un momento para asumir y conservar esto.

Puse los ojos en blanco.

—Volviendo a lo de antes, ¿de qué querías hablarme?

Seth se puso serio.

—Quería ser completamente honesto contigo en unas cuantas cosas.

—¿Como qué? —me recosté contra las almohadas que había en la parte superior de la cama, moviendo las piernas para que no le tocasen.

Arrugó la frente.

—Como qué es lo que tiene el futuro preparado para nosotros.

Suspiré.

—Seth, no va a pasar nada entre...

—¿No sientes ni un poco de curiosidad por saber cómo te encontré? ¿No quieres saber cómo lo hice?

—Sí, lo he pensado, me gustaría saberlo.

Seth se apoyó en un brazo, girándose hacia un lado. El movimiento hizo que rizos dorados de su pelo cayesen hacia delante, deslizándose por su mandíbula. Su cadera estaba demasiado cerca de mis tobillos cruzados. No parecía importarle.

—Estaba teniendo ese sueño tan estupendo sobre esa tía que conocí en Houston y estábamos...

Gruñí.

—Seth.

—De repente, salí del sueño. Me desperté y tenía el corazón a mil, no paraba de sudar. No tenía ni idea de por qué. Estaba mal, mal hasta el alma.

Apreté las rodillas contra el pecho.

—¿Por qué?

—A eso voy, Álex. Necesité un rato para darme cuenta de que no me pasaba nada, pero esa sensación seguía. Entonces la sentí; la primera marca. Era como si estuviese ardiendo y ese dolor... era algo real. Por un segundo hasta creí que me habían marcado de verdad. Entonces lo entendí. Era a ti a quien estaba sintiendo. Fui a ver a Aiden...

—¿Por qué fuiste a verle a él?

—Porque supuse que si alguien sabía dónde estabas, sería él. Aunque al final fue de ayuda, no tenía ni idea.

¿Cómo había llegado a esa conclusión? Era algo que mejor podíamos dejar

aparte por ahora.

—¿Así que sentías lo que yo estaba sintiendo?

Seth asintió.

—Cada. Maldita. Marca. Como si fuese mi piel la que se desgarraba y me drenasen el éter. Nunca había sentido algo así —apartó la mirada. Pasó un rato hasta que volvió a hablar.

—No sé cómo... pudiste con ello. Era como si me estuviesen desgarrando el alma, pero era *tu* alma.

Estaba como atontada con lo que estaba explicando, escuché en silencio.

—Cuando nos dimos cuenta de que no estabas en tu habitación, Aiden se imaginó lo que habías hecho. Salimos inmediatamente, y no sé ni cómo explicar el saber dónde teníamos que ir. Era como algo que me guiaba. ¿El instinto quizá? —se encogió de hombros, mirándose la mano—. No lo sé. Sólo sabía que teníamos que ir hacia el oeste, y cuando nos acercamos a la frontera con Tennessee, Aiden dijo que una vez mencionaste Gatlinburg. En cuanto lo dijo, supe dónde estabas.

—¿Pero cómo? ¿Te había pasado esto alguna vez? ¿Cuando estaba peleando contra Kain?

Miró hacia arriba y movió la cabeza.

—No creo. Sea lo que sea que cambió, lo hizo después de eso. Lo único que se me ocurre es que cuanto más tiempo paso cerca de ti, más... conectados estamos, y como yo ya he pasado por el cambio, puedo sentir este tipo de cosas mejor.

Arrugué la frente.

—No tiene sentido.

—Lo tendrá —suspiró—. Cuando Lucian dijo que éramos dos mitades hechas para ser un todo, no bromeaba. Si te hubieses quedado por allí esa noche en su casa, habrías aprendido algunas cosas interesantes. Haría las cosas... mucho más sencillas.

Ah, mierda. Aquella noche sólo me hacía pensar en una cosa: Aiden. Fue difícil, pero logré apartarle en un rincón de mi mente.

—¿Qué tipo de cosas?

Seth se incorporó y me miró.

—Los dioses saben que vas a odiar esto, pero oh, qué demonios. Cuanto más tiempo pasemos juntos, más conectados estaremos; hasta el punto en que ninguno de los dos sabrá exactamente dónde acaba uno y dónde empieza el otro.

Me incorporé un poco más.

—No me gusta como suena.

—Ya... a mí tampoco. Pero esto es lo que pasará. Sé cómo eres con esto del control. Eres un poco como yo en ese sentido. No me gusta no poder controlar lo que siento, igual que tú, pero va a dar igual. Incluso ahora, ya me está afectando.

—¿Qué te está afectando?

Pareció luchar por buscar las palabras correctas.

—Estar cerca de ti ya me está afectando. Puedo usar *akasha* fácilmente, sentirte cuando estás herida, e incluso ahora puedo sentirlo —hizo una pausa, respirando profundamente—. Es la energía que hay en ti; el éter. Me llama, y ni siquiera has cambiado aun. ¿Cómo crees que será cuando lo hagas? ¿Cuando cumplas dieciocho?

No lo sabía, y no me gustaba hacia dónde se estaba encaminando todo esto.

—Tú sabes lo que pasará, ¿verdad?

Seth asintió de nuevo y apartó la vista.

—Una vez ocurra, será mil veces más fuerte; no, un millón de veces más fuerte. Lo que yo quiera, tú lo querrás. Compartiremos los mismos pensamientos, necesidades y deseos. Supuestamente funciona en los dos sentidos, pero yo seré más fuerte que tú. Lo que quieras puede que acabe siendo sepultado por lo que yo quiero. Yo soy el Primero, Álex. Sólo hace falta un toque, y toda esa energía se transfiere a mí.

El pánico se desató en mí, y no logré dominarlo. Empecé a levantarme, pero Seth me puso las manos en las rodillas. Gracias a los dioses, yo llevaba vaqueros, porque si su piel tocaba la mía y comenzaba esa mierda de los estúpidos chisporroteos, seguramente perdiese los estribos.

—Álex, escúchame.

—¿Que te escuche? Estás diciendo que no tendré control sobre nada —moví la cabeza como loca. El movimiento me provocó dolor en el cuello, pero ignoré los pinchazos—. Eso no puede ocurrir. No puedo con eso. No creo en estar destinada a nadie ni en el destino.

—Álex, cálmate. Mira. Sé que esto está entre las peores cosas que te pueden pasar, pero tienes tiempo.

—¿Qué quieres decir con que tengo tiempo?

—Nada de esto te afecta aún. Ahora mismo no vas a querer nada que yo quiera —me soltó las rodillas y se echó atrás, alejándose de mí—. Pero para mí no funciona así. Estar cerca de ti implica que la conexión me esté volviendo loco. Como ahora mismo, que tienes el corazón a mil. El mío también lo está, estar cerca de ti es como... estar dentro de tu cabeza, pero tú aún tienes tiempo.

Procesar todo esto no era fácil. Quiero decir, entendía lo que me estaba diciendo. Desde que empezó con todo eso de la palingénesis, lo que sea que había entre nosotros le estaba envolviendo con su cuerda súper especial, pero no a mí. No hasta que cumpliese los dieciocho. ¿Y entonces?

—¿Por qué Lucian no me contó nada de esto?

—No te quedaste, Álex.

Le hice una mueca.

—No me gusta nada de esto, Seth. Estamos hablando de siete meses. En siete meses tendré dieciocho años.

—Ya lo sé. Siete meses de ayudarte a entrenar, así que imagina el infierno por el que voy a pasar durante todo este tiempo.

Lo intenté, pero no pude.

—Esto no va a funcionar.

Se echó hacia delante y se llevó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Esto es en lo que estoy pensando. Se me ocurrió una idea. Ahora, escúchame bien. Yo por ahora puedo con esto, porque aunque la energía sea fuerte, no lo es tanto. Puedo soportarlo, pero después de que Despiertes, las cosas cambiarán. Si no podemos con ello; si no *puedes* con ello, entonces nos separaremos. Me iré. Tú no podrás por la escuela, pero yo sí. Me iré hasta la otra punta del mundo.

—Pero el Consejo, Lucian, te quiere aquí conmigo —puse los ojos en blan-

co—. Por lo que sea. Estás destinado aquí.

Seth se encogió de hombros y se tumbó de espaldas.

—Da igual. Que le den al Consejo. Soy el Apollyon. ¿Qué puede hacerme Lucian?

Esas eran palabras peligrosamente rebeldes. Me gustaron un poco.

—¿Harías eso por mí?

Me devolvió la mirada, sonriendo un poco.

—Sí. Lo haría. Pareces sorprendida.

Dejé caer una de mis piernas por el lateral de la cama mientras me inclinaba hacia él.

—Sí. ¿Por qué ibas a hacerlo? Parece que todo lo que pase es bueno para ti.

—¿Crees que soy una mala persona o algo? —continuó sonriéndome.

Parpadeé, me había pillado por sorpresa.

—No... no lo creo.

—¿Entonces por qué piensas que te forzaría a esto? Estar separados no hará que nuestra conexión deje de hacerse más fuerte, pero parará la transferencia de energía. Las cosas... serán intensas en cuanto ocurra la transferencia. Si me voy, cada uno de nosotros seguirá siendo el mismo.

De la nada me vino el por qué.

—Esto es por ti. No crees que puedas soportarlo.

Sólo respondió a mis palabras torciendo los labios burlesco. Esta cosa de la conexión debía de molestarle en serio si creía que no iba a poder con ello. Al final, si las cosas se acababan pasando de la raya, había una salida. Yo aún tenía el control. Y Seth también.

—¿En qué piensas?

Saliendo de mis pensamientos, le miré.

—Los próximos siete meses van a ser un asco para ti.

Seth inclinó la cabeza hacia atrás y rió.

—Ah, no lo sé. Esto, *esta cosa*, tiene sus beneficios.

Me eché hacia atrás, cruzando los brazos.

—¿Y eso?

Sonrió.

—¿En qué piensas?

—En que hemos tenido una conversación entera sin insultarnos. Sin que te des cuenta, me acabarás considerando tu amigo.

—Poco a poco, Seth. Poco a poco.

Volvió a mirar al techo. No tenía estrellas que brillasen, sólo pintura blanca normal. Sin pensarlo, me volví a mover, tocando la mano que estaba al lado de mi pierna. Llámalo experimento, pero quería ver lo que pasaría.

Seth movió la cabeza en mi dirección.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada —y nada es lo que ocurrió. Confundida, le agarré la mano.

—No parece que sea nada —entrecerró los ojos.

—Supongo —me di por vencida con mi experimento improvisado y levanté la mano—. No deberías de... —sea lo que fuese que iba a decir, murió en mis labios. Increíblemente rápido, Seth me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Esto es lo que querías? —preguntó como si nada.

Ocurrió. Al estar tan cerca de él, esta vez pude ver de dónde venían las marcas. Las gruesas venas de su mano fueron las primeras en oscurecerse, multiplicándose antes de extenderse por el brazo. Fascinada, vi cómo esa especie de tatuajes cubrían toda su piel. Ante mis ojos se separaron de sus venas, serpenteando por su piel. Estallando en diferentes diseños mientras él —nosotros— seguíamos cogidos de las manos.

—¿Qué significan? —miré hacia arriba. Tenía los ojos cerrados—. ¿Las marcas?

—Son... las marcas del Apollyon —respondió lentamente, como si le costase formar las palabras y frases—. Son runas y hechizos... hechas para proteger... o en nuestro caso, alertarnos el uno al otro de nuestra presencia mutua... o algo. También significan otras cosas.

—Oh —las runas corrieron por su piel, por la punta de sus dedos. Llámame loca, pero estaba segura de que esas marcas reaccionaban al tacto de nuestra piel, y por un segundo llegué a creer que esos glifos iban a saltar de su piel y a extenderse por la mía.

—¿Yo... también seré así algún día?

—¿Umm?

Separé la mirada de nuestras manos y miré hacia arriba. Seth seguía con los ojos cerrados, con aspecto relajado. De hecho, era más que eso. Parecía... feliz. Contento. Nunca le había visto así.

—¿Este es uno de los beneficios? —lo dije de broma, pero me di cuenta antes de que pudiese responder. *Era* porque estaba cerca de mí. Algo tan fácil como eso le afectaba. *Yo* le afectaba así. Recordé lo que me dijo tras mi encuentro con Kain.

—Realmente tengo todo el poder en esto.

Abrió los ojos y le brillaban como dos enormes joyas rojizas.

—¿Qué?

Mis dedos se apretaron contra los suyos, y sus labios se abrieron, dejando escapar un suspiro. Entonces, lentamente, con cuidado, fui soltando sus dedos. Interesante.

—Nada.

—No te tenía que haber contado la verdad sobre eso —su voz tenía algo brusco—. Lo tienes, por lo menos por ahora.

Ignoré la última parte y solté la mano del todo antes de que las marcas me pudiesen tocar. No nos dijimos nada durante unos minutos. Me recosté sobre las almohadas, y Seth volvió a cerrar los ojos. Durante ese rato de silencio, observé el rítmico subir y bajar de su pecho. Casi parecía estar durmiendo. Estando tan relajado, su belleza no parecía tan fría. Esta vez fui yo la primera en romper el silencio.

—Y... ¿qué estás haciendo tú?

—¿Ahora? —sonaba adormecido—. Estoy haciendo planes. Cosas que voy a enseñarte; en el entrenamiento, claro.

Levanté las cejas.

—No sé qué me puedes enseñar tú que no pueda Aiden.

Entonces Seth se rió, y cuando habló, su voz parecía un tanto engreída.

—Oh, Álex, tengo mucho que enseñarte. Cosas que Aiden nunca podrá ense-

ñarte.

Mirándole, admití que había una pequeña —mínima— parte de mí que estaba deseando ver lo que estaba planeando enseñarme. Estaba segura de que sería entretenido e incluso provechoso.

No hablamos más después de eso, y de repente se me fueron las ganas de todo, dejándome agotada. Mis párpados se volvieron demasiado pesados como para mantenerlos abiertos, y sólo quería echar a Seth para poderme tumbar un poco. Y es que él ocupaba bastante espacio aquí, tirado en medio de *mi* cama.

No me sorprendió que Seth abriese los ojos y me mirase. Cuando me mostró una medio sonrisa y se levantó de la cama, me preguntó si habría sentido que estaba a punto de darle una patada en un costado.

Se acabó el factor sorpresa.

—¿Te vas? —no sabía qué otra cosa decir.

Seth no respondió. Levantó los brazos por encima de la cabeza y se estiró, mostrándome una fila de duros músculos cuando la camiseta negra se le levantó por encima del estómago. Me vino a la mente la imagen de un gato. Así era como él se movía, felino y depredador. Tenía una gracia sutil que no era ni humana ni de mestizo.

—¿Sabes lo que significa tu nombre? ¿Tu nombre real, Alexandria?

Moví la cabeza.

Sonrió despacio.

—Significa «Defensora de los Hombres» en griego.

—Oh. Suena guay. ¿Y tu nombre qué...?

De repente, se inclinó y salió disparado. Lo hizo tan rápido que no tuve ni tiempo de echarme hacia atrás, que por cierto, es una reacción totalmente natural cuando el Apollyon viene hacia alguien así de rápido. Puso sus labios sobre mi frente sólo el tiempo suficiente como para que estuviese segura de que me había dado un amable beso antes de incorporarse.

—Buenas noches Alexandria, Defensora de los Hombres.

Flipando, murmuré algo como un adiós, pero ya se había ido antes de poder decirlo bien. Me pasé los dedos por el lugar que habían tocado sus labios. Ese gesto suyo había sido extraño, inesperado, inapropiado y... dulce.

Me relajé y estiré las piernas. Mirando al techo, me pregunté qué me tendrían reservados los próximos meses. Para la mayoría de cosas no iba preparada. Todo había cambiado —yo había cambiado, pero de lo que podía estar segura es que entre Aiden y Seth iba a aprender muchas cosas.

...

La tarde siguiente recordé la tarjeta de Lucian que había dejado sobre la mesa. Pasé el dedo bajo la solapa del sobre y lo abrí. Saqué el dinero, y por primera vez, leí la nota. No estaba mal ni era demasiado falsa, pero aun así no sentí nada al leer su elegante letra. No importaba cuánto dinero me mandase o cuántas cartas me escribiese personalmente, no podía comprar mi amor o borrar las sospechas que le rodeaban como una gruesa nube.

Pero su dinero iba a comprarme pronto unos zapatos bien bonitos.

Con eso en mente, me duché y encontré algo que ponerme que cubriese la mayor parte de las marcas. Me dejé el pelo suelto para ayudar a cubrir lo del cuello, pero no cubría todas las manchas.

Para mi sorpresa, los Guardias no me pararon cuando crucé el puente hacia la isla principal, pero según caminaba por la calle principal, tenía la sensación de estar siendo vigilada. Una mirada rápida por encima del hombro confirmó mis sospechas. Uno de los Guardias se había separado de su compañero en el puente y mantenía una distancia discreta detrás de mí. Quizá Lucian o Marcus estuviesen preocupados porque volviese a salir de allí... o hacer alguna otra cosa increíblemente irresponsable.

Le dirigí una sonrisa descarada antes de meterme en una de las tiendas de turistas del paseo que pertenecían a los puros pero que llevaban mortales. En la que me había metido tenía una serie de cosas hechas a mano como velas, teselas de mosaico hechas de conchas y sales de baño de mar. Sonriéndome a mí misma, sentí que iba a gastar aquí algo del dinero de Lucian.

Emocionada por el gustazo que me iba a dar en tantas cosas de chica, pensé en que los simples placeres de la vida se pasaban por alto cuando te preparabas para matar daimons. Las burbujas de baño normalmente tenían poca prioridad. Cogí unas cuantas velas votivas blancas que iban dentro de barcos de espíritus hechos con madera de pino y un puñado de las grandes y macizas —de esas que olían como si hubiesen salido de una de esas tiendas de jabones.

En la fila de la caja ignoré el modo en que la empleada mortal miraba sin reparos mi cuello. Los puros usaban compulsiones en los mortales que vivían cerca del Covenant, para convencerlos de que todas las cosas raras que veían eran normales. Esta tipa parecía necesitar otra dosis.

—¿Eso es todo? —tartamudeó un poco en la última palabra, forzando para apartar la mirada de mi cuello.

Me moví incómoda. ¿Así iba a actuar la gente hasta que desapareciesen las malditas marcas? Mis ojos pasaron de ella a un set de papel de carta ambientado en el océano.

—¿Puedo añadir eso?

La chica asintió, y su pelo con mechas le cayó sobre la cara. Incapaz de mirarme directamente, me despachó bastante rápido.

Fuera de la tienda me senté en uno de los bancos blancos que había por toda la calle y garabateé unas líneas. Tras cerrar el sobre, me dirigí al otro lado de la calle y acorté entre una librería y una tienda de regalos. No tenía que mirar atrás para saber que el Guardia seguía detrás de mí. Diez minutos después subí los anchos escalones de la casa de playa de Lucian y deslicé la note bajo la puerta.

Había bastantes probabilidades de que no la recibiese, pero me sentía menos culpable por gastarme mi mini fortuna en ropa nueva para la vuelta a las clases. Y es que no podía tener sólo ropa verde y de entrenamiento todo el año.

Me apresuré lejos de su porche por si acaso estaba en casa y me pillaba allí. Con mi bolsa llena de cositas olorosas, me dirigí de vuelta a la isla del Covenant.

—¿Señorita Andros?

Suspiré, me giré y miré al Guardia acosador. Ahora estaba con su compañero, tenían los dos una expresión anodina en la cara.

—¿Sí?

—La próxima vez que desee abandonar el Covenant, por favor pida permiso. Puse los ojos en blanco, pero asentí. Había vuelto al principio desde que volví al Covenant. Aún necesitaba que me cuidasen.

De vuelta en el campus, hice una parada más antes de verme con Caleb: el jardín. Los hibiscos eran las flores preferidas de mamá, y había bastantes florecidos. Me gustaba pensar que olían como el trópico, pero nunca había captado ningún olor en ellas. A mamá le gustaban simplemente por lo bonitas que eran. Cogí como media docena y salí del jardín.

Según me acercaba a la residencia de las chicas, vi a Lea sentada en el porche delantero con algunas otras mestizas. Se la veía mejor que la última vez.

Levantó la barbilla cuando pasé a su lado, usando su mano súper bronceada para pasarse su pelo increíblemente brillante por encima del hombro. El silencio nos rodeó, y entonces ella abrió la boca.

—Estás más adorable que de normal ¿verdad? —se apartó de las columnas y se mordió el labio inferior—. Bueno, al menos las marcas apartan la atención de tu cara. Supongo que eso está bien ¿no?

No sabía si reír o darle un puñetazo en la cara. De todos modos, por absurdo que parezca, me gustó ver a Lea de nuevo siendo tan asquerosa como siempre.

—¿Qué? —entrecerró los ojos como retándome—. ¿No tienes nada que decir? Lo pensé.

—Lo siento... estás tan bronceada que pensaba que eras una silla de cuero. Sonrió con superioridad al pasar junto a mí.

—Bah. Friki.

Normalmente, esas palabras habrían comenzado una batalla interminable de insultos, pero esta vez lo dejé pasar. Tenía cosas mejores que hacer. En mi habitación separé las velas y los pequeños barcos que se usaban para guiar a los espíritus hasta la otra vida. El significado era totalmente simbólico, pero ya que no tenía un cuerpo ni una tumba, esto era lo mejor que se me había ocurrido.

Me tomé mi tiempo para prepararme, quería estar guapa —bueno, todo lo guapa que podía estar con la mitad del cuerpo cubierto de marcas. Cuando estuve convencida de que mi pelo no parecía una maraña y de que el vestido que llevé a los otros funerales no estaba lleno de pelusas, cogí una chaqueta fina. Me la puse sobre los hombros, recogí las cosas y fui fuera a encontrarme con Caleb.

Él ya estaba al lado del agua, cerca del borde de la zona pantanosa y donde estaban las cabañas del personal. Era el mejor sitio y más privado para hacer esto, y me sentí bien por ello. Ver a Caleb con su mejor ropa me sentó como un puñetazo en el pecho.

Debía de haber rescatado un par de pantalones negros del fondo de su armario, porque le quedaban cortos. Aunque mi madre había intentado matar a Caleb, él se había arreglado en respeto a su memoria y por mí. Algo se me clavó en la garganta. Tragué, pero la sensación no desapareció.

Caleb me miró con lástima al dar un paso al frente y coger las flores de mis manos. En silencio, se puso a colocar los barquitos, y yo arranqué los suaves pétalos y los esparcí sobre los barcos. Creí que a ella... le habría gustado ese toque.

Mirando a los barcos, volví a tragar. Uno por mamá, otro por Kain y otro por

todos los demás que habían muerto.

—Te lo agradezco de verdad —dije—. Gracias.

—Me alegro de que estés haciendo esto.

Mis ojos ardieron más y la garganta se me hizo un nudo.

—Y de que me hayas incluido —añadió.

Oh, dioses. Iba a lograr que lo hiciese. Iba a llorar.

Caleb se acercó más a mí y me envolvió los hombros con sus brazos.

—No pasa nada.

Se me escapó una lágrima. La pillé con la punta del dedo antes de que corriese por toda mi mejilla, pero detrás vino otra más... y otra. Me sequé la cara con la mano.

—Lo siento —sollocé.

—No —Caleb movió la cabeza—, no tienes que sentir nada.

Asentí y respiré profundamente. Al rato logré frenar las lágrimas yforcé una sonrisa triste.

Nos perdimos en nuestros brazos un rato. Los dos teníamos algo que llorar —algo que habíamos perdido. Quizá Caleb también necesitaba esto. El tiempo pareció hacerse más lento mientras nos preparábamos.

Miré a las velas.

—Mierda —me había olvidado de coger un mechero.

—¿Necesitas fuego?

Nos giramos hacia la voz grave. Reconocí el sonido con toda mi alma.

Aiden estaba a poca distancia de nosotros, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros. El sol que se empezaba a poner creó un efecto de halo a su alrededor, y por un pequeño momento casi creí que era un dios y no un puro.

Parpadeé, pero no desapareció. Estaba ahí de verdad.

—Sí.

Dio un paso adelante y tocó cada vela de vainilla con la punta de su dedo. Unas extrañas llamas brillantes brillaron y crecieron sin inmutarse con la brisa que venía del océano. Cuando acabó, se levantó y me miró. En su mirada tranquilizadora había orgullo, y supe que aprobaba lo que estaba haciendo.

Volví a tragar más lágrimas mientras Aiden se retiraba de nuevo donde estaba antes. Con esfuerzo, aparté la vista de él y cogí mi barco. Caleb me siguió y fuimos hasta donde el agua se hacía espuma, rozándonos las rodillas —suficientemente lejos como para que la corriente no devolviese los barcos a la orilla.

Caleb puso primero los dos barcos. Movié los labios, pero no escuché lo que dijo. ¿Una oración? No podía estar segura, pero en un momento soltó los barcos, y las olas se los llevaron.

Por mi cabeza pasaban muchas cosas al mirar mi barco. Cerré los ojos, viendo su bonita sonrisa. Me la imaginé asintiendo y diciéndome que estaba todo bien, que era hora de dejarlo todo atrás. Y supongo que, en cierto modo, estaba bien. Ella estaba en un sitio mejor, lo creía de verdad. Siempre hubo algo de culpabilidad. Todo lo que había hecho desde el momento en que el oráculo le habló había llevado hasta esta situación, pero ya había acabado —por fin había acabado. Me incliné y dejé el barco en el agua.

—Gracias por todo, por todo lo que sacrificaste por mí —hice una pausa,

sintiendo cómo se me humedecía la cara—. Te echo mucho de menos. Siempre te querré.

Mis dedos siguieron tocando el barco un segundo más, y entonces las olas se lo llevaron lejos de mí. Más y más lejos, los tres barcos se marchaban, con las velas aún brillando. Para cuando perdí de vista a los barcos y su suave brillo, ya se había oscurecido el cielo. Caleb me esperaba en la arena, y detrás de él estaba Aiden. Si Caleb pensaba algo sobre la presencia de Aiden, no lo mostraba.

Con cuidado me acerqué a la playa. La distancia entre Aiden y yo pareció evaporarse, y éramos sólo los dos. Una pequeña sonrisa surgió en sus labios según me acercaba a él.

—Gracias —susurré.

Aiden pareció entender que le estaba dando las gracias por algo más que por el fuego. Habló en voz muy baja para que sólo yo le oyese.

—Cuando mis padres murieron, nunca pensé que volvería a encontrar la paz. Sé que tú lo has logrado, y me alegro por ello. Te lo mereces, Álex.

—Tú... ¿llegaste a encontrar la paz?

Pasó sus dedos por la curva de mi mejilla. Fue un gesto tan rápido que supe que Caleb no lo había visto.

—Sí, ahora sí.

Respiré profundamente, queriéndole decir tantas cosas, pero no pude. Quería pensar que lo sabía, y seguramente era así. Aiden dio un paso atrás, y con una última mirada se dio la vuelta y se dirigió a casa.

Le miré hasta que se convirtió en tan sólo una sombra.

Volví hacia donde estaba Caleb, me dejé caer a su lado y apoyé la cabeza en su hombro. De vez en cuando, el agua salada nos hacía cosquillas en los dedos de los pies, y podía sentir el olor a vainilla que venía con la brisa del océano. El aire era cálido y agradable, pero el viento traía algo de fresco, lo que significaba que el otoño estaba llegando. Pero por ahora, la arena de la isla en la costa de Carolina estaba aún caliente, y el aire seguía oliendo a verano.